
STAR WARS
JOAN D'ARC
DARIO POZO

El Escuadrón Blanco de la Alianza Rebelde se enfrenta a una misión imposible: el rescate de los colonos de KS-31, un insignificante planetoide del sistema Kessel a punto de ser reducido a cenizas por la Flota Imperial.

La comandante del Escuadrón Blanco, Avalancha, sabe que si intenta intervenir estará condenando a sus pilotos, a su tripulación y a ella misma a una muerte tan segura como inútil. Pero aún así, se resiste a abandonar a los colonos a su suerte…

Lo que Avalancha ignora es que su destino y el de aquellos a los que pretende salvar están unidos al de una muchacha que vivió ochocientos años antes de que ella naciera, en los días de la Antigua República. También ella tuvo que enfrentarse a lo imposible, poniendo en juego no sólo su vida y la de los que le rodeaban, sino incluso su propia alma. Al intentarlo, su nombre se convirtió en leyenda.

Se llamaba Joan, y era una Jedi.



Darío Pozo



Título original: *Joan d'Arc*

Autor: Darío Pozo

Arte de portada: Darío Pozo

Los modelos 3D utilizados en la portada y en las ilustraciones que aparecen al final del texto han sido realizados por miembros de Star Wars Modelling Alliance (http://www.swma.net). *Los dibujos del Cantante y el Tridente han sido realizados a mano por el autor.*

Ilustraciones: Darío Pozo

Publicado originalmente en wolfslair.org, fanfix.com y loresdelsith.net.

Publicación del original: 1997

 3 años después de la batalla de Yavin

 Esta historia es fan-fiction, no forma parte oficial de la continuidad.

Traducción: Darío Pozo

Revisión: ...

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

08.04.18

Base LSW v2.22

Declaración

Notas del Autor

«Joan d'Arc» transcurre en el universo de la Guerra de las Galaxias, es decir, *hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…*

Ese universo es propiedad intelectual de su creador, George Lucas, y por tanto *esta historia no puede ser comercializada ni empleada en modo alguno para la obtención de beneficios económicos*. No obstante, nada impide a los numerosísimos amantes de esta saga galáctica, como yo mismo, disfrutar leyendo y escribiendo relatos que tienen lugar en ese tiempo y en esa galaxia, y compartirlas con otros como nosotros… generalmente a través de Internet.

La red de redes está plagada de sitios basados en la Guerra de las Galaxias y en lo que se ha terminado llamando «el universo expandido», es decir, las novelas, los cómics, los juegos de rol y de ordenador, así como las historias, los videos e imaginería diversa creada por los aficionados. «Joan d'Arc» nació en el seno de uno de estos grupos, «White Squadron» (Escuadrón Blanco), dedicado principalmente a los juegos de simulación por ordenador de la Guerra de las Galaxias, pero también a escribir historias recreando las aventuras del escuadrón. Aunque juegos como X-Wing o TIE-Fighter me han hecho pasarme las horas muertas frente al ordenador, fueron las historias lo que me animó a afiliarme a White Squadron. Las fundadoras del grupo (tres féminas, dos americanas y una japonesa) habían decidido bautizar como *Joan d'Arc* a la fragata que en los diversos relatos aparecería como nave nodriza del escuadrón Blanco. Cuando yo me incorporé al grupo a primeros de 1997 (eran ya unas doce personas por aquel entonces), no pude dejar de considerar aquello como un *gazapo*: Juana de Arco no existió en el universo de la Guerra de las Galaxias. Para solucionarlo, se me ocurrió inventar una Juana en ese universo que pudiera haber dado nombre a la nave, y lo más tentador era intentar trasladar la historia del personaje real (más bien la historia que ha quedado después de casi seiscientos años y el paso por novelas y películas) al marco de la Guerra de las Galaxias. Con esa idea en la cabeza empecé a escribir…

«Joan d'Arc» se publicó por primera vez en inglés a finales de 1997, y una versión mejorada apareció en 1998. Esta última es la que aún puede encontrarse en Internet, en los siguientes sitios web:



http://www.wolfslair.org

Éste es el sitio web de Wolfshead Squadron, heredero de White Squadron. En la sección «Reading Room» hay una buena colección de historias, entre ellas Joan d'Arc. Esta versión está en formato HTML y contiene ilustraciones dibujadas por mí mismo a golpe de ratón.



http://www.fanfix.com

En la sección «roleplaying» de este sitio se encuentra una versión en formato ASCII (texto).

El escribir en inglés hace que estas historias sean accesibles para un número mayor de *potenciales* lectores, pero en mi caso al menos, tiene una consecuencia negativa, y es que no he podido compartirlas con mi familia o con muchos de mis amigos. Dado que Joan d'Arc es mi preferida entre las que he escrito, me decidí hace tiempo a traducirla al castellano, pero lo que me encontré haciendo realmente fue *reescribiéndola* en castellano. Por una parte, era inevitable hacer añadidos aquí y allá para explicar cosas que se entendían bien en el contexto de White Squadron, pero que podrían resultar confusas al leerse como historia independiente. Por otra, por muy buena intención que le ponga, en inglés me defiendo, pero no es ni será nunca mi lengua. Al escribir en castellano me podía permitir algo mejor que una simple traducción de mi pobre inglés. Total, que entre unas cosas y otras, esta versión me ha salido más larga que la versión original, pero también creo que es bastante mejor.

Como curiosidad, deciros que lo único que no he traducido es el nombre de la principal protagonista: estaba demasiado acostumbrado a pensar en ella como Joan para empezar a llamarla Juana.

Por fin, antes de dejaros con Joan d'Arc, tan sólo un último ruego: Si os gusta la historia y conocéis a alguien más a quien le pueda gustar, no os cortéis, ¡pasadle una copia! (y si de paso me mandáis un mensajito a dario@tid.es me daréis una alegría)

Que la disfrutéis (y que la Fuerza os acompañe),

Darío Pozo

Dedicatoria

Esta historia está dedicada a mi padre, que me metió el gusanillo de la lectura a través de los cómics (recuerdo perfectamente el primero, uno de Supermán cuando tenía cinco años), y más tarde me contagió su afición por los libros en general y por las novelas de ciencia ficción en particular. A finales de 1977 el hombre se pasó más de un mes intentando sacar entradas para que fuéramos toda la familia a ver la Guerra de las Galaxias, encontrándose cada día con las colas inmensas que se formaban en la puerta del cine Roxy-B, en Madrid. Al llegar a casa, su hijo de diez años (histérico desde que había visto algunas escenas de la película en la tele, con motivo del Festival de Cine de San Sebastián, donde fue presentada en España) le asaltaba con la inevitable pregunta: *¿Las tienes ya, papá?* Finalmente las consiguió en un local de reventa, y pudimos ir a verla un viernes por la noche. El pesado del niño (por supuesto yo mismo) fue tan feliz como es posible serlo delante de una pantalla de cine.

Mi principal motivación para traducir alguna de mis historias galácticas era que él, precisamente él, pudiera leerlas, pero lamentablemente llegué tarde.

O quizá no. Puede que desde donde esté no le haga falta ni Internet, ni ordenador, ni impresora, y ni siquiera sus gafas para poder leerla.

Darío Pozo

Primera parte

Sombras de guerra

«¿Un gran guerrero? La guerra no le hace a uno grandioso.»
Yoda, Maestro Jedi

Capítulo I

[Espacio profundo, a unos 450 km. de la fragata capturada *Vigilante*]

La oficial de vuelo Saakje «Lince» Bastmeijer echó una ojeada a su izquierda, hacia el ala-B pilotado por la comandante Sherry «Avalancha» Krenzel. Aunque volaba bastante cerca de ella, era imposible adivinar la expresión de su jefe de escuadrón bajo el casco y las gafas.

Como era usual en todas las unidades de caza de la Alianza Rebelde, los pilotos del escuadrón Blanco utilizaban apodos o «nombres de batalla» para llamarse unos a otros. Eran más fáciles de recordar, especialmente en mitad de un combate, pero su verdadero fin era evitar el uso de sus nombres y apellidos reales durante las transmisiones. Siempre existía el riesgo de que éstas fueran interceptadas y decodificadas por el enemigo. Muchos pilotos tenían familias en planetas ocupados por el Imperio, y podrían ser objeto de represalias si llegaban a ser identificados. Tras varios años de luchar y esconderse, y después de desastres como el de Hoth, que supuso la destrucción de la última base estable que tuvo la Alianza, todas las precauciones parecían pocas. A la joven piloto le resultaba ya natural que todo el mundo la llamara Lince. Lo mismo les sucedía a sus compañeros. Con el tiempo, uno llegaba a sentirse tan identificado con su apodo que lo utilizaba como si fuese su auténtico nombre, incluso cuando no estaba a bordo de su caza.

El silencio de Avalancha le preocupaba. En misiones de patrulla como ésta, consistentes en volar en amplios círculos alrededor de la nave nodriza, en busca de posibles unidades imperiales, lo normal era matar el tiempo con un poco de charla. Bastaba con utilizar transmisiones de baja intensidad, con un alcance limitado a pocos cientos de metros, para poder hablar con tranquilidad sin miedo a ser detectados por el enemigo. Sin embargo, desde que habían despegado desde la fragata tipo Nebulon-B *Vigilante*, recién capturada al Imperio, Avalancha no se había dirigido a ella más que para comunicarle cambios de rumbo. Lince estaba casi segura de lo que le pasaba a su comandante, pero al final se decidió a preguntarle de todas formas.

—Hey, Avalancha —transmitió—, no has dicho ni una palabra en dos horas, ¿algo va mal?

Avalancha tardó casi medio minuto en contestar. Lince la vio sacudir la cabeza bajo la carlinga de transpariacero, y su respuesta vino precedida de un resoplido de fastidio. O más bien de frustración extrema.

—Es sólo que no puedo estar calmada cuando estamos a punto de dejar morir a trescientas personas sin hacer nada por evitarlo.

Justo lo que suponía, pensó Lince al tiempo que dejaba escapar un involuntario suspiro. Una semana antes, el recién creado escuadrón Blanco había participado junto al escuadrón Azul —el nombrar las unidades de caza por colores era una práctica común en la Alianza— en una serie de ataques combinados que habían finalizado con la casi completa destrucción de unas instalaciones secretas del Imperio en el sistema de Kessel. El planetoide catalogado como KS-31 era el lugar donde el cazabombardero más

avanzado y mortífero del Imperio, conocido simplemente como «Lanzamisiles», estaba a punto de empezar a ser construido en serie. El descubrimiento de la factoría había sido posible gracias a Psico, un agente del Servicio de Inteligencia de la Alianza, además de piloto de caza, que había conseguido introducirse en las instalaciones imperiales y enviar sus coordenadas a las unidades de la Alianza que estaban tratando de localizarla. Gracias a sus indicaciones, la cadena de montaje había sido completamente arrasada. Con ello, la amenaza de los «Lanzamisiles» había sido conjurada, al menos durante un tiempo.

El *Alegre Jack*, nave nodriza del escuadrón Azul, había abandonado el sector casi inmediatamente después del ataque. El escuadrón Blanco y la *Vigilante*, sin embargo, se habían quedado a esperar a Psico. El plazo de espera convenido había finalizado ya, pero el agente aún no había podido salir de KS-31, y no se podía descartar que nunca llegara a hacerlo. Su presencia en lo que quedaba de la fábrica tenía que estar a punto de ser descubierta. A pesar del riesgo que eso implicaba, tan sólo dos días antes Psico había conseguido introducir un informe en la red Imperial de datos, esperando que el Servicio de Inteligencia de la Alianza fuese capaz de encontrarlo y descifrarlo, como así había sido. El contenido de ese informe era suficiente para poner los pelos de punta a cualquier ser que los tuviera. Según se decía en él, la mano derecha del Emperador, el siniestro Lord Darth Vader, estaba decidido a evitar que los rebeldes pudieran obtener ni tan siquiera el más remoto dato acerca de la tecnología punta del Imperio, una vez que los restos de la cadena de montaje fueran abandonados. La posibilidad de que los rebeldes pudieran encontrar algo de valor entre esa chatarra calcinada era de lo más remota, pero aún así, Vader había ordenado la completa destrucción del planetoide.

Reducido a átomos habían sido sus palabras exactas, tal y como constaba en las órdenes que Psico había interceptado. Eso no tendría mayor importancia desde el punto de vista de la Alianza, de no ser por la existencia de una pequeña colonia humana en el planetoide, no más de trescientas personas, que habían sido obligadas a trabajar en la factoría desde su construcción.

Psico dejaba muy claro en su informe que los colonos *no iban a ser evacuados*.

Ése era el modo en que el Imperio hacía las cosas, y más aún en el caso concreto de Vader, cuya maldad sólo era superada, probablemente, por la del propio Emperador Palpatine.

Como comandante del escuadrón Blanco, Avalancha había tratado de obtener el permiso del Alto Mando de la Alianza para intentar una operación de rescate, pero éste le había sido denegado. El planetoide estaría rodeado de naves capitales imperiales, y cualquier intento de pasar a través de ellas no sería más que un suicidio. Aún siendo eso cierto, Lince había escuchado comentar a algunos de sus compañeros que Avalancha no había conseguido dormir casi nada en los dos últimos días. Chistes, por ejemplo, que había estado de guardia en cubierta durante el último periodo de sueño, le contó que había visto a Avalancha sentada dentro de su ala-B al principio de su turno, y que aún seguía allí cuando se marchó ella seis horas más tarde. A bordo de la *Vigilante*, era un secreto a voces que su comandante había recibido órdenes tajantes de llevar el escuadrón

de vuelta a espacio de la Alianza junto con la propia fragata, capturada a los imperiales poco antes de la batalla. Pero con la excusa de dar una oportunidad a Psico para escapar y unirse a ellos, Avalancha estaba demorando el regreso mientras se devanaba los sesos buscando una salida. *Maldita sea*, pensó Lince, *tiene que ser difícil para ella*.

—Sé cómo debes sentirte.

—No, no lo sabes —le respondió Avalancha con no poca brusquedad—. Tú estarás siguiendo mis órdenes y esas muertes no serán responsabilidad tuya. No tendrás que vivir con eso el resto de tus días.

—Lo siento, Avalancha, pero tú también estarás siguiendo órdenes. —Lince prefirió ignorar el tono cortante de la comandante, sabiendo que su furia no iba dirigida contra ella—. No hay nada que puedas hacer.

—Claro que sí. Puedo mandar mis órdenes directamente al infierno y hacer lo que pueda por salvar a esa gente. —Avalancha permaneció en silencio durante unos segundos—. Pero en ese caso serían las muertes de muchos de nosotros lo que serían responsabilidad mía, y probablemente para nada. El Alto Mando tiene razón. Volver allí sería un suicidio.

Lince no contestó. No sabía que decir. La joven piloto no querría volver al planetoide KS-31 por todo el oro del universo, aunque lo haría a pesar de todo si Avalancha se lo ordenaba. La muerte, incluso si era heroica y gloriosa, no era una perspectiva halagüeña. Ella estaba supuestamente incluida en el grupo de entrenamiento del escuadrón, pero incluso los pilotos en instrucción eran arrastrados al combate si surgía la necesidad. El ataque a la factoría Imperial había sido una de esas ocasiones, y Lince se consideraba muy, muy afortunada, por haber vuelto con vida y sin un rasguño. Teóricamente, este vuelo formaba parte de su preparación, pero también era una misión real de reconocimiento en espacio hostil. Como si hubiera estado esperando a ese pensamiento, una señal de la computadora de a bordo le hizo volver de golpe a la realidad.

—Oh, oh… Avalancha, tengo contactos imperiales de rango largo. —Los puntos rojos apareciendo por el borde de su pantalla sensora no dejaban lugar a dudas sobre su procedencia. La computadora de vuelo ya estaba empezando a identificar los tipos de las naves enemigas.

—Sí, yo también los tengo. Tres, seis…, nueve cazas de asalto y una corbeta coreliana. —Lince pensó que su jefe bien podría haber estado recitando la lista de la compra.

—¿Qué te parece? No tenemos torpedos… —Dijo dejando el final de la frase en suspenso. La reciente batalla había agotado todas sus reservas. Dos de los pilotos, Granito y Alce, seguían trabajando a bordo de la fragata intentando adaptar los torpedos imperiales para su uso en los alas-B, pero esa tarea aún llevaría tiempo. Sus cazabombarderos sólo contaban con las armas de energía y eso significaba luchar, como solía decir Avalancha—, mirando al enemigo directamente a los ojos. —Lince esperaba no tener que hacerlo. *Vamos, Jefa, por lo que más quieras… ¿Por qué no damos media vuelta y nos quitamos de en medio?*

—Si mantienen ese rumbo se toparán con nuestra fragata en cuestión de minutos —dijo la comandante reflexivamente—. Alas-S en posición de ataque, y pon todo lo que puedas en los motores.

—De inmediato. —Lince tragó saliva. Iban a hacerlo después de todo. *Aquí se termina mi entrenamiento…*

Mientras se preparaba para el inminente combate, Avalancha sentía que se le estaba acabando el tiempo. Las horas se le habían ido escurriendo una detrás de otra, mientras le daba vueltas y más vueltas a algo que parecía no tener solución. Tras varios años de guerra, creía haberse acostumbrado a la muerte y a sentirse impotente ante ella. Maldita sea, había estado en batallas donde las naves caían por docenas, algunas de ellas con tripulaciones de miles de seres, mientras ella y el resto de pilotos de combate eran incapaces de protegerlas a todas a la vez. Y eso por no hablar de su anterior escuadrón, el *Mantiss*, el primero sobre el que había tenido mando. El *escuadrón de las chicas,* lo llamaban, pues estaba compuesto casi exclusivamente por mujeres.

La mayor parte de ellas se habían quedado en el camino, y sólo unas pocas habían vivido lo suficiente para llegar a formar parte de este su nuevo escuadrón, hecho como quien dice de retales, con lo que quedaba de varias unidades diezmadas en los últimos meses. Todo eso era duro, tanto que hacía que se le revolvieran las tripas y se le secara la garganta de tanto maldecir, pero podía superarlo. Se podía vivir con ello al cabo de un tiempo, cuando se terminaba por aceptar que se había hecho todo lo que se había podido. Pero entonces, ¿qué hacía que esto fuera diferente? *Pues que son unos míseros colonos, Sherry,* se respondió a sí misma, *que se buscaban la vida sobre un montón de polvo donde no hacían daño a nadie. Los han esclavizado, humillado y maltratado, y ahora los matan por no gastar el combustible necesario para llevárselos a otra parte. Todas las víctimas son inocentes, pero estas lo son más aún, y me da rabia, mucha, mucha rabia, ¡mierda, mierda y mierda!*

Había esperado contra toda esperanza un nuevo informe de Psico, algo que le diera una posibilidad, pero no había nada. Por lo que ella sabía, Psico podía perfectamente estar muerto. La aparición de esta patrulla era el principio del fin, si no el fin mismo. No podían quedarse esperando por más tiempo, y pudiera ser que ya hubieran esperado demasiado. Si la fragata era descubierta e interceptada, con apenas un escuadrón para defenderla y una tripulación compuesta por un puñado de técnicos, no tendrían ni la más mínima posibilidad. Y entonces sí que iba a sentirse mal . *Pues no van a encontrar la fragata, eso es todo.* La comandante cambió de canal y lanzó una corta llamada hacia la nave nodriza.

—*Vigilante*, aquí Líder Blanco. Lince y yo vamos a encontrarnos con unos amigos, un montón de ellos. ¡Sería estupendo si algunos de vosotros os pudierais unir a la fiesta! —No tenía tiempo de esperar confirmación, así que envió las coordenadas y regresó al canal de combate.

—Esta va a ser de las difíciles —dijo mirando por encima del hombro hacia el ala-B de Lince. Odiaba enviar a cadetes en entrenamiento a misiones de combate,

especialmente si las posibilidades estaban tan claramente en contra como en esta ocasión, pero no tenía otra opción. Últimamente, parecía que nunca había otras opciones. *Estoy ya más que harta*.

De las difíciles, ya. No hace falta que me lo digas, pensó Lince, pero no lo dijo en voz alta. Avalancha estaba dándole las últimas instrucciones y sabía que podría irle la vida en prestarle toda su atención.

—Cuando los cazas de asalto nos ataquen, dispara contra los que se aproximan por estribor, y yo me encargaré de los de babor. Intenta que no te den demasiadas veces en la primera pasada y continúa hacia la corbeta como si tuvieras a un ráncor rabioso en la cola. La corbeta es nuestro principal objetivo. —La nave coreliana tenía sensores de largo alcance muy potentes, y había muchas posibilidades de que acabara detectando a la fragata tarde o temprano. Seguramente más bien temprano.

—Copiado, Líder. —*Un ráncor rabioso en la cola.* Lince resopló entre dientes. *Acertadísima la comparación. ¿Pero qué pasa si son nueve ráncors…?*

—Ocho kilómetros. Nos han detectado. ¡Buena suerte, chica!

—¡Lo mismo digo, Jefa!

Avalancha sonrió con tristeza. Lince le caía bien. *Casi siempre me caen bien todos los que pierdo.* La comandante decidió dejar las reflexiones para más tarde, cuando estuviera de vuelta. Nunca pensaba en que pudiera no haber un más tarde para ella. Había aprendido muy pronto que esa clase de pensamiento podía bloquearte en el peor momento, así que el borrarlo de su mente incluso antes de que se presentara se había convertido en un hábito.

Uno podía soportar estar preocupado por los demás, e incluso por uno mismo, pero no se podía hacer nada, y menos aún pilotar un cazabombardero, si estabas pensando todo el tiempo en que te estabas jugando la vida. El miedo se convertía entonces en algo intolerable, capaz de paralizarte sin remedio.

Con un movimiento del mentón oscureció ligeramente el visor de su casco para evitar ser deslumbrada por los disparos, y sintió como la adrenalina invadía su organismo. Apretó los dedos alrededor de la palanca de vuelo y se concentró en los seis cazas de asalto que se aproximaban. Los tres restantes se habían quedado junto a la corbeta.

Sólo cinco kilómetros al blanco más cercano.

Lince echó un vistazo al lector de los escudos de fuerza. Tanto los primarios como los secundarios estaban al cien por cien. Los iba a necesitar.

Casi dos kilómetros.

Las dos mujeres notaron al mismo tiempo que sus indicadores de amenaza empezaban a parpadear con un color amarillo. Los pilotos imperiales estaban intentando fijar sus ordenadores de puntería sobre ellas.

—No intentes evadirlos, son demasiados —ordenó Avalancha—. ¡Cuando tengas los misiles casi encima dispara todos tus láseres y reza!

—Entendido. —Lince vio como el indicador cambiaba al rojo y la computadora enviaba un potente zumbido electrónico a los auriculares incorporados a su casco,

anunciando múltiples lanzamientos de misiles. *Ay, ay, ay…* Seleccionó el más cercano en el ordenador de puntería y clavó la mirada en los dígitos que indicaban la distancia a la que se encontraba el blanco. Decrecían a toda velocidad. Con un rápido movimiento accionó un interruptor de su panel para concentrar completamente sus escudos en la parte delantera de la nave.

Las pilotos rebeldes abrieron fuego cuando sólo quedaban unos instantes para que los misiles las acertaran. Las explosiones iluminaron el espacio por un segundo, pero aún así cada ala-B fue alcanzado por dos cabezas de guerra.

Los escudos absorbieron a duras penas esos impactos, sólo para resultar aún más debilitados por las primeras ráfagas de láser disparadas por los cazas de asalto. Avalancha sujetó con fuerza la palanca de mando para recuperar el control completo de su nave, que casi había salido rebotada fuera de su rumbo por la deflagración de los misiles. Apretó los dientes con fuerza y empezó a disparar contra el caza que tenía justo enfrente. Recurriendo a toda su sangre fría, mantuvo su trayectoria rectilínea mientras que el piloto enemigo rompía la suya bruscamente para evitar la colisión. Avalancha sonrió con malicia.

Cobardica.

Lince pasó entre dos naves resistiendo la tentación de cerrar los ojos. Había conseguido causarle daños considerables a uno de los cazas enemigos, pero no se detuvo a admirar su obra. Compensó la energía de los escudos lo mejor que pudo y continuó su carrera hacia la corbeta. Cinco kilómetros la separaban de ella. Se esforzó en seguir a Avalancha, quien le había sacado un poco de ventaja en el cruce con los cazas de asalto. Éstos habían girado ciento ochenta grados y ahora se aplicaban a la persecución de los dos alas-B. Los tres que habían permanecido junto a la corbeta venían ahora de frente dispuestos a interceptar a las naves rebeldes. Con enemigos delante y detrás, las dos pilotos se sentían como si estuvieran entre el yunque y el martillo, justo antes del golpe.

Capítulo II

[A bordo de la fragata capturada *Vigilante*]

La teniente comandante Avery «Llamarada» Schroeder y la capitana Jane «Sombra» Nagatomi corrieron hacia sus alas-A. Ellas eran las que estaban más cerca del hangar cuando el mensaje de Avalancha fue recibido en el puente.

—¡Date prisa Sombra! —Chilló Llamarada, metiendo sobre la marcha su melena rubia dentro del casco—. ¡Si Avalancha ha dicho que son un montón, puedes apostar a que son demasiados!

Sombra saltó dentro de la cabina y cerró la carlinga. Conectó todos los sistemas en rápida sucesión saltándose el chequeo previo. No había tiempo para seguir el manual de instrucciones.

Los dos pequeños cazas despegaron y se internaron en el espacio, acelerando con toda la potencia que sus motores gemelos eran capaces de producir. Cuando el resto de los pilotos del escuadrón llegaron a la cubierta de vuelo, se encontraron con que una lanzadera imperial dañada estaba siendo remolcada hacia el otro lado del hangar. El mecánico que conducía el vehículo de remolque había tenido que lanzarse de cabeza al suelo para evitar ser achicharrado por las toberas de los alas-A. Su cara mostraba una expresión mezcla de sorpresa, enfado y aturdimiento mientras contemplaba a los cazas que se alejaban.

—¿Se puede saber por qué nadie me avisó que había despegues programados? —gritó con indignación. En ese instante se percató de que todo el mundo estaba mirando a algo a su espalda—. ¿Pero qué estáis…? Oh, no… —El hombre volvió la cabeza justo a tiempo para presenciar como su remolque, sin nadie que lo condujera, seguía avanzando hasta chocar con gran estrépito contra un ala-B averiado que estaba en proceso de reparación, sacándolo de sus bancadas. El choque no fue tan serio como para causar graves daños, pero la lanzadera se había quedado trabada en el peor sitio posible, justo en mitad del hangar y bloqueando la salida hacia el espacio. Ninguna nave podría despegar o aterrizar mientras la lanzadera siguiera en tan desafortunada posición.

Varios pilotos entraron corriendo en el hangar, respondiendo a las alarmas que sonaban con insistencia en toda la nave. Uno de ellos era el capitán Michael «Víbora» Stauber, probablemente el piloto con más experiencia de todo el escuadrón junto con la propia Avalancha. No en vano había sido piloto de caza de élite imperial hasta un año antes, cuando desertó y se unió a la Alianza Rebelde. Víbora miró desesperado a la lanzadera averiada.

—¡Tenemos que quitar eso de en medio YA!

[Espacio profundo, a unos 500 km. de la fragata capturada *Vigilante*]

—¡Aguanta un momento, Lince, mantén el rumbo!

—¡Sí, vale, creo que sé lo que te propones! —Había visto lo que había hecho Avalancha unos instantes antes, y ahora podía funcionar aún mejor si los cazas que tenían detrás no las derribaban antes. Si ellas no se apartaban, serían los pilotos imperiales quienes tendrían que virar para evitar chocar o alcanzarse mutuamente con sus disparos, con lo que romperían la tenaza en la que las tenían cogidas. Los tres de delante estaban empezando a girar, pero Avalancha compensó su trayectoria lo suficiente como para mantenerse en rumbo de colisión. Lince imitó la maniobra mientras su cazabombardero se sacudía por los constantes disparos que venían desde atrás. Sus escudos estaban a punto de colapsarse y caer. A Lince no le gustó ni lo más mínimo el color rojo chillón que mostraba el lector, pero sus perseguidores ya estaban abandonando el ataque. Los otros tres cazas de asalto se les estaban echando encima, o mejor dicho, ellas se estaban echando encima de ellos a toda velocidad. Lince esperó un par de segundos más y entonces empujó la palanca de mando lejos de sí, haciendo picar al ala-B y pasando bajo la formación enemiga a no más de seis metros. Delante de ella, Avalancha había intentado pasar directamente a través como antes, lo que la dejaría momentáneamente libre de perseguidores y con la corbeta casi a tiro.

Pero esta vez el piloto imperial que le tocó en suerte no era tan cobarde, o quizá sus reflejos no eran tan buenos como los de su compañero. El cañón de iones del Ala-B desapareció junto con parte de su aleta ventral y toda el ala izquierda del caza de asalto. Los otros dos maniobraron a la desesperada para evitar el choque, pero uno de ellos no lo consiguió. El caza de asalto dañado se cruzó dando vueltas directamente en su camino. Las dos naves desaparecieron en mitad de una bola de fuego, con sus restos esparciéndose en todas direcciones. El tercero se quedó sin sus escudos pero salió intacto al otro lado de la nube de gases inflamados, que se consumió casi instantáneamente en el vacío.

—¿Estás bien? —Preguntó Lince sin atreverse a mirar atrás. Ya tenía a tiro a la corbeta. Su puente en forma de martillo ocupaba el centro de su visor de puntería, así que empezó a disparar.

—Sí, perfectamente —mintió Avalancha, maldiciendo en silencio. Había perdido su ventaja y se encontraba ahora a unos trescientos metros por detrás de Lince, luchando para dominar su maltrecho cazabombardero. En condiciones normales un ala-B no era de por sí una nave fácil de pilotar, pero habiendo perdido importantes elementos de su estructura, por no hablar de los escudos, sólo un piloto realmente excelente sería capaz de mantenerlo en vuelo. Afortunadamente, Avalancha era uno de los mejores pilotos de ala-B de toda la Alianza. Tras conseguir estabilizar el caza, centró sus miras en la torreta láser dorsal de la corbeta, que estaba girando para seguir a la nave de Lince. Avalancha abrió fuego sin pensarlo dos veces.

Cuando Lince finalizó su pasada sobre la nave enemiga y empezaba a remontar más allá de la zona de motores sintió un masivo impacto en la zona trasera, que le costó lo que le quedaba de escudos y aún así llegó a causar daños en el casco del ala-B. *¿Desde atrás? Oh, mierda…*

—¡Malas noticias, Avalancha, ésta es una de las modificadas! —Las corbetas corelianas recientemente modificadas por el Imperio tenían un blindaje más grueso, mejores escudos, armas más poderosas… y ningún punto ciego en la parte trasera.

—Fantástico. —Musitó Avalancha. La situación estaba adoptando tintes dramáticos. Su descoordinado primer ataque sobre la corbeta tan sólo había conseguido rebajar su potente campo protector en un quince por ciento, según sus sensores, mientras que los cazas de asalto supervivientes ya estaban de nuevo sobre ellas. Ahora les iba a tocar defenderse, y ni siquiera lo hubiera visto claro de haber contado con su ala-B en perfectas condiciones.

Llamarada y Sombra casi estaban allí. Habían redirigido toda la energía a los motores, incluyendo la de las armas y los escudos, con lo que sus alas-A devoraban materialmente la distancia en un desesperado intento de llegar junto a sus compañeras antes de que todo hubiera acabado.

—Tengo varias marcas en mi pantalla, Llamarada. Dos rebeldes y ocho imperiales, uno de ellos bastante grande.

—Estamos a menos de dos minutos. Empieza a recargar los láseres a cinco kilómetros. ¿Cuántos misiles de choque tienes?

—Sólo dos. —La carga normal de un ala-A eran seis.

—Yo llevo tres. Dispáraselos al caza de asalto más cercano en cuanto puedas fijar el blanco.

[A bordo de la fragata capturada *Vigilante*]

Víbora asía impacientemente los controles de su ala-A, mientras sus compañeros se esforzaban para quitar la maltrecha lanzadera de su ruta de salida, tirando a la vez con dos remolcadores. Se había enganchado con el ala-B, y eso no estaba precisamente facilitando las cosas. Víbora tenía los motores encendidos y a punto, silbando al ralentí a la espera de que él moviera la palanca de potencia. Miró al cronómetro con nerviosismo. Llamarada y Sombra se habían ido hacía ya cuatro minutos, pero la lanzadera se estaba moviendo muy despacio. Demasiado despacio para su gusto.

—¡Se acabó, quitaos todos de ahí! —gritó mientras cerraba la carlinga—. ¡Voy a despegar *ahora* mismo!

Todos los que se encontraban junto a la lanzadera salieron corriendo en busca de un lugar donde ponerse a cubierto, no dudando ni por un instante de que Víbora hablaba en serio. Éste elevó el caza suavemente utilizando sólo los repulsores gravitatorios y apuntó el morro hacia el ala superior de la lanzadera.

En ese momento apretó el gatillo y sus cañones láseres escupieron ráfagas de luz anaranjada que iluminaron el hangar mientras desintegraban su objetivo. El ala de la lanzadera reventó en mil pedazos y el caza de Víbora rugió a través de los restos antes de que las primeras cenizas tocaran el suelo.

—Vaya cosa. Eso también podría haberlo hecho yo —murmuró el oficial de vuelo Owen— Granito —Stone desde detrás de uno de los remolcadores, ganándose una mirada de desconfianza de sus colegas más próximos. Su afición por las explosiones, cuanto más grandes y espectaculares mejor, empezaba a ser conocida, y temida, en el escuadrón.

[Espacio profundo, a unos 500 km. de la fragata capturada *Vigilante*]

Dos de los cazas de asalto se habían visto obligados a abandonar temporalmente el combate para recargar sus escudos o exponerse a ser derribados, pero el resto estaban a punto de acabar con las dos rebeldes. La corbeta estaba prestándoles apoyo, maniobrando constantemente para ofrecer a sus artilleros las mejores posiciones de disparo. Afortunadamente, el temor a acertar a alguno de los suyos les hacía perder muchas buenas ocasiones de tiro, o sus baterías láser ya habrían dado buena cuenta de los ya muy castigados alas-B. Una segunda pasada había rebajado el nivel de los escudos de la corbeta hasta casi al sesenta por ciento, pero su capitán no parecía pensar que estuvieran en peligro. Esta vez Avalancha consiguió centrar sus miras por unos segundos sobre la torreta dorsal, la misma a la que ya había atacado con anterioridad. Sus disparos fueron lo suficientemente continuos y certeros como para debilitar el campo protector en esa zona y abrirse paso hacia su blanco. Cuando los dos cazas que la perseguían la obligaron a retirarse la torreta estaba fuera de combate y bloqueada en su posición actual.

Sus sensores empezaron a señalar los escudos de la nave Imperial en color amarillo, lo que quería decir que estaban por debajo del cincuenta por ciento.

La piloto no tuvo tiempo de disfrutar con su momentáneo éxito. Al alejarse, la batería láser de estribor la acertó de lleno y se llevó la poca energía que había podido recuperar para sus propios escudos. Lo peor era que ya no habría más.

Esta vez los generadores se habían fundido definitivamente. El indicador de torpedos saltó con un chisporroteo y la cabina se llenó con un desagradable olor a componentes electrónicos quemados. Ese indicador no le hacía ninguna falta ya que no tenía torpedos que lanzar, pero era una señal clara de que el ala-B había recibido más de lo que era capaz de soportar. Éste sería el momento de abandonar, si tal cosa fuera posible.

—¡Necesito ayuda! —La súplica de Lince resonó en sus auriculares cargada de tensión y de miedo. Buscó su posición en la pantalla y al fin la vio, a unos quinientos metros de su posición, y perseguida de cerca por un caza de asalto.

Ella misma seguía teniendo dos en su cola. Otra vez sin opciones.

—¡Ya voy!

Un momento antes, Lince había conseguido alcanzar con sus cañones de iones a un caza enemigo que se encontraba casi sin escudos, friendo sus circuitos eléctricos y dejándolo desactivado y varado en el espacio. Había intentado aprovechar ese breve respiro para atacar a la corbeta por el lugar desprotegido en la zona dorsal, ahora que la

torreta de ese lado había dejado de funcionar, pero el hombre ala del caza que acababa de eliminar se había puesto detrás de ella y estaba a punto de fijar sus misiles sobre ella. Si lo conseguía estando tan cerca, sería incapaz de esquivarlos. Su indicador de amenaza parpadeaba insistentemente en amarillo. El sudor le escocía en los ojos y nublaba su visión. Disparó una última ráfaga hacia la corbeta y trató de salir de la línea de fuego del caza imperial. Era tarde. El indicador de amenaza pasó al rojo y sus auriculares se llenaron con el zumbido que indicaba la proximidad de la muerte.

A dos kilómetros de distancia Sombra logró fijar el blanco sobre un caza de asalto y lanzó sus dos misiles. Volando junto a su ala de estribor, Llamarada disparó los suyos sobre un segundo enemigo. Por lo que indicaban sus sensores acerca del estado de los alas-B de sus compañeras, no tenían ni un segundo que perder. Ni siquiera para cargar sus propios campos de protección.

Avalancha giró la palanca con las dos manos, intentando ponerse a la cola del caza que estaba a punto de acabar con Lince. El ala-B obedeció con torpeza, cada vez más difícil de controlar debido a los más que importantes daños estructurales que arrastraba. El esfuerzo de pilotarlo en esas condiciones más la tensión propia del combate se estaba cobrando su tarifa sobre la comandante. Le dolían los ojos y los brazos, pero no podía ceder ahora. Sus miras se pusieron verdes cuando consiguió apuntar el morro hacia su enemigo y centrarlo en ellas. Avalancha apretó el gatillo y dejó el dedo allí, disparando ráfaga tras ráfaga con la esperanza de forzar al piloto enemigo a abandonar a su presa. A su espalda, sus dos perseguidores aprovecharon que ahora estaba volando inevitablemente en línea recta para disparar a placer sobre ella. Su blanco salió por fin de la estela de Lince justo cuando el chillido de la computadora le avisó que un misil estaba a punto de alcanzarla. Estiró la mano hacia el dispositivo de eyección y se preparó para lo peor.

El caza de asalto sobre el que Sombra había lanzado sus misiles viró en el último momento y consiguió esquivar una de las cabezas de guerra. El otro siguió en pos de uno de los alas-B y tuvo tiempo de disparar un misil antes de volar por los aires al recibir el impacto de los dos de Llamarada. Pero el ala-B que perseguía explotó en mil pedazos.

—¡Sherry, noooooooooo…! —chilló Llamarada, que había identificado el cazabombardero de su amiga justo antes de que fuera alcanzado.

—¿La has visto eyectarse? —preguntó Sombra con ansiedad.

—¡No, maldita sea! —La joven pero veterana piloto soltó una ristra de juramentos que sólo los nómadas espaciales con los que se había criado hubieran podido entender, aunque el sentido era inconfundible. La rabia se extendió por su cuerpo en una rápida oleada mientras apuntaba a un caza enemigo y empezaba a disparar.

Lince había visto apagarse el indicador de amenaza, incapaz de comprender por qué el piloto Imperial no había lanzado sus misiles, cuando el grito de Llamarada se dejó escuchar por la línea de comunicaciones. Su computadora escupió un nuevo informe.

—Líder Blanco ha sido destruida. —*Avalancha.* Sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas, pero se obligó a no perder la concentración. *Todavía no.* Solicitó un

informe de daños y decidió que su ala-B aún sería capaz de soportar otra pasada sobre la corbeta. Alguien estaba a punto de pagar cuentas.

Los rápidos y ágiles alas-A estaban empezando a darle la vuelta al combate.

Uno de los cazas imperiales acababa de caer bajo el incesante martilleo de los cañones láser de Sombra, mientras que Llamarada había obligado a otro piloto a usar su dispositivo de eyección antes de que su nave se desintegrara. Eso dejaba sólo tres cazas de asalto de los nueve iniciales. Lince se lanzó en picado, como un demonio enfurecido, sobre la zona dañada de la corbeta, inalcanzable para el resto de sus baterías. La nave Imperial rotó sobre su eje para ponerla a tiro de una de las baterías dorsales. Al final la piloto rebelde se vio obligada a retirarse, pero los escudos de la corbeta estaban a punto de caer. Su capitán podía decidir utilizar la energía que ahora consumían los motores para levantarlos de nuevo, pero eso acabaría con sus posibilidades de escapar si se veían incapaces de rechazar nuevos ataques. Tras lo que había visto, lo que quedaba de su escolta de cazas de asalto no iba a ser suficiente para defenderles. Sabiendo que se arriesgaba a un consejo de guerra a su vuelta optó por la seguridad de su nave y su tripulación. Las pilotos rebeldes vieron como la nave coreliana empezaba a virar hacia una trayectoria segura antes de saltar al hiperespacio.

—¡Llamarada, ayúdanos con la corbeta! —pidió Sombra, que había comprendido el peligro que supondría para ellos el que esa nave escapara e informara de su presencia en la zona. Su compañera no respondió con palabras. El ala-A se lanzó en pos de la corbeta disparando su último misil sobre la zona de los motores y continuando con los láseres. Lince y Sombra la imitaron, perseguidas por los descoordinados cazas enemigos. Sin duda, su jefe de vuelo había sido uno de los pilotos que acababan de derribar. Los disparos de las tres naves rebeldes convergieron sobre la misma zona, en el centro de la triple fila de motores, recalentando las ahora vulnerables toberas.

Dos de ellas estallaron convirtiendo fugazmente los cuartos traseros de la corbeta en una antorcha llameante. Varios motores se apagaron de golpe.

Llamarada comprendió que los que quedaban no serían suficiente para empujar la nave en un salto al hiperespacio. La nave imperial ya no iría demasiado lejos.

Pero los cazas de asalto seguían allí.

—¡Lince, cuidado!

Recobrándose de la confusión, uno de los pilotos imperiales había notado el mal estado en que se encontraba el ala-B de Lince. Cubierto por uno de sus dos compañeros, maniobró para colocarse tras ella y al final del giro empezó a abrir fuego. Los dos alas-A no tendrían tiempo de ayudarla, amenazados por el tercer caza. El piloto imperial sonrió bajo su máscara. Un segundo más y recuperarían la superioridad numérica. Los cazas-A podían ser rápidos, pero en comparación sus blindajes y escudos eran mucho más débiles que los de los alas-B que tanto trabajo les estaban dando. *Pero éste está casi listo*. Sus láseres estaban ya arrancando fragmentos de las alas de su objetivo.

De pronto su hombre ala desapareció en una violenta explosión mientras que él mismo sentía como la parte trasera de su caza de asalto era sacudida por varios impactos.

Las descargas láser se abrían paso en la estructura de su caza de asalto con la precisión del escalpelo de un androide cirujano. El piloto soltó un taco y tiró del mecanismo de eyección.

—¡Gracias, Víbora, justo a tiempo! —exclamó Lince al comprobar la identidad de su oportuno salvador.

—No hay de qué —respondió éste de forma abstraída mientras se lanzaba sobre el caza restante. Viéndose rodeado, el piloto superviviente decidió emprender la huida, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Los tres alas-A le machacaron sin descanso hasta conseguir que los motores se separaran del fuselaje un segundo antes de estallar. El piloto no tuvo tiempo de saltar.

Las dos únicas naves imperiales que quedaban en la zona eran el caza de asalto desactivado por Lince y la mortalmente dañada corbeta.

—Toda tuya, Lince —dijo Llamarada mientras vaporizaba una de las baterías dorsales. Lince activó sus cañones de iones y empezó a disparar sobre ese flanco y el área superior, cuidando de mantener el casco de la nave entre ella y la aún mortífera torreta ventral. Chispas azuladas recorrieron toda la estructura y las luces externas de la corbeta se apagaron. Los rayos de iones habían quemado su instalación eléctrica, dejándola a la deriva sin posibilidad de maniobrar o de defenderse. Pero Lince no estaba interesada en darle el golpe de gracia. Sin dedicarle más que un vistazo a la corbeta, viró para ayudar a sus compañeros. Éstos se encontraban ya barriendo toda el área con sus sensores en busca de la señal emitida por el radiofaro instalado en el asiento de Avalancha, partiendo de la base de que realmente hubiera conseguido lanzarse. El combate los había alejado del lugar donde la comandante del escuadrón Blanco había sido derribada, y por unos angustiosos minutos pensaron que la habían perdido.

—¡La tengo! —exclamó Sombra después de casi un cuarto de hora, con el alivio impregnando su voz. Hizo que su computadora retransmitiera la débil señal que su ala-A acababa de detectar y se dirigió moderando su velocidad hacia su lugar de origen. No era fácil verlo en la oscuridad del espacio, pero allí estaba. El módulo de mando de un ala-B, ennegrecido por la explosión pero más o menos intacto al parecer. Sombra se acercó con infinito cuidado, encendiendo las luces del morro de su caza para iluminar la cabina chamuscada. La cubierta de transpariacero casi se había fundido en algunos puntos, pero aún conservaba la transparencia suficiente como para distinguir el interior.

—No se mueve… —La voz de Sombra no fue más que un susurro—. Sus sensores no eran capaces de decidir si había o no vida a bordo de lo que quedaba del ala-B.

—*Vigilante*, aquí Blanco Dos —transmitió Llamarada intentando serenarse.

—Necesitamos una lanzadera con equipo médico de inmediato. Líder Blanco está gravemente herida.

Capítulo III

[En *el otro lado*]

Avalancha no podía ver nada en absoluto. Todo era negrura a su alrededor.

Ni una luz, ni un sonido, nada que sus sentidos pudieran distinguir. Intentó extender las manos hacia el frente, a ver si podía palpar alguna cosa, pero ni siquiera se notaba los brazos. Eso la asustó más allá de lo que podía imaginarse. Nunca había experimentado nada tan horrible en toda su vida. Se esforzó por controlarse, por no caer en el pánico y en la histeria, e intentó con todas sus fuerzas acordarse de cómo había llegado a ese estado. Los recuerdos estaban ahí, pero descubrió que era prácticamente incapaz de concretar imagen alguna. Había algo acerca de una batalla. Ella pilotaba su ala-B y Llamarada estaba gritando algo…

Un misil. Eso era. Se esforzó por recordarlo con mayor claridad, pero no le fue posible. *Un misil*, pensó de nuevo. *Quizás estoy muerta después de todo*.

La mera idea era aterradora, pero de algún modo estaba empezando a calmarse, a sentir como si todo estuviese bien. *¿Pero cómo puedo estar bien si estoy muerta? A no ser que…, claro, a lo mejor es precisamente por eso…* De nuevo intentó mover los brazos, las piernas, la cabeza, lo que fuera, pero parecía como si no tuviese un cuerpo alrededor. *No lo tengo, no tengo cuerpo, así que es verdad. Estoy muerta, y esto es lo que se siente cuando te has muerto.* Se dio cuenta de que se le había pasado el miedo y, en su lugar, una sensación de placidez la envolvía. *Vaya. Debería estar aterrorizada, supongo, pero no es así… Me siento en paz. Qué bien. En paz y…* Había otra sensación más que se le escapaba. Era como si…

¡Como si no estuviera sola! Había intentado decirlo en voz alta, pero no le salió. *Claro, cómo voy a tener voz, qué tonta.* Se alegraba de que el sentido del humor la hubiera acompañado hasta allí, donde quiera que significara la palabra *allí*. Al menos eso era algo. No obstante, la sensación de tener compañía era muy fuerte. Cuando llegó la respuesta, no la escuchó. La sintió.

Tienes razón, no estás sola. Avalancha no había oído sonido alguno. *¿Cómo voy a oírlo*? Pero estaba convencida de que ese pensamiento no era suyo, si es que eso tenía algún sentido.

No te preocupes, Sherry, dijo el pensamiento. *No estás muerta*.

Vaya, me alegro, pensó con toda sinceridad. Se sorprendió al descubrir que la curiosidad era aún más fuerte que el alivio. *Pero entonces, ¿dónde estoy, quiero decir, estamos? ¿Y quién eres tú?*

Mira.

Avalancha no pudo contestar. Todo sucedía tan deprisa que no tenía tiempo de pensar. Súbitamente, se dio cuenta de que veía de nuevo, y de que volvía a tener un cuerpo… envolviéndola. Pero no era ella quien lo movía. Ese otro pensamiento estaba mezclándose con el suyo propio, y de pronto Avalancha dejó de ser ella misma…

—¡Joan, es hora de volver! —Esa era la voz de su padre. Hacía un rato que lo había sentido acercarse.

—¡Ya voy! —Joan Vincenne se encontraba sentada en su lugar preferido, bajo el fantástico árbol milenario que crecía en lo alto de la colina. Desde aquí podía ver su pueblo, Deremy, mientras el sol de Gerillia pintaba el cielo de naranja al ponerse en el horizonte. Le encantaba venir aquí desde que era una niña. Era el sitio perfecto para experimentar con la Fuerza, aunque tardó años en darle ese nombre. Cuando nadie la observaba, era libre para practicar moviendo piedras pequeñas y ramas caídas tan sólo con el pensamiento. Construía caminos y puentes para los insectos, a veces ayudándoles y otras poniéndoles obstáculos para ver cómo reaccionaban. Era muy divertido. Procuraba, eso sí, no molestarles durante mucho tiempo, y desde luego jamás les causaba ningún daño. Pero esos juegos no eran nada comparados con la exhilarante sensación de *volar*. Descubrió cómo era casi por casualidad, pero ahora lo hacía siempre que podía. Se fijaba en un pájaro y lo seguía durante un rato sin perderlo de vista. Ni un solo instante. Poco a poco cerraba los ojos, manteniendo cuidadosamente la concentración, y de pronto sucedía. Veía lo que veía el pájaro, sentía el viento en la cara, el sol en las *alas*… La primera vez incluso se mareó. Le había costado horrores repetirlo, y toda su paciencia aprender a hacerlo a voluntad, pero a medida que se fue haciendo mayor le iba resultando más sencillo. Ya casi no necesitaba ver al pájaro antes de contactar con él.

Claro que ahora no siempre disfrutaba de la intimidad necesaria para hacer todo eso, pero no le importaba. Los niños pequeños del pueblo la seguían y se sentaban a su alrededor, a escuchar con la boca abierta de par en par sus historias sobre Caballeros Jedi. La adoraban, y ella les correspondía. Les quería a todos y a cada uno de ellos. Le resultaba encantador ver sus caritas encendidas cuando le pedían, mejor dicho, cuando le *exigían* a gritos que les contara una nueva aventura. Era increíble lo quietos que se quedaban, incapaces de moverse o de rechistar hasta que la historia llegaba al final. A menudo prefería su compañía a la de los chicos de su edad, más interesados en otro tipo de *aventuras*. Joan no podía evitar sentirse fascinada por ese mundo de leyenda en el que sus Caballeros Jedi peleaban por la República, saliendo victoriosos una y otra vez, y casi siempre encontrando el modo de hacerlo sin ni siquiera desenfundar su sable láser. Ah, por desgracia todo eso sólo podía compartirlo con los pequeñajos. Qué rabia que creciesen tan deprisa.

Pero hoy no había venido con ellos. Había preferido estar a solas.

Necesitaba tiempo para aclarar sus pensamientos después de lo que había visto esa mañana. No se había dado cuenta de que era ya tan tarde hasta que oyó a su padre llamarla. Por supuesto, él sabía perfectamente dónde encontrarla.

—¿Me estás oyendo, Joan? —La voz sonaba más cerca. Vaya, le había hecho subir todo el sendero. Con una punzada de remordimiento se levantó de un salto y corrió al encuentro de su padre.

—¡Sí, ya voy, perdona!

Caminaron juntos de vuelta hacia el pueblo, ella pensando de nuevo en el holo-reportaje que ambos habían visto. Normalmente no prestaba demasiada atención a las noticias, pero hoy había sido diferente. Había una guerra en la galaxia. La República había estado en paz al menos durante los últimos dos mil años, pero parecía que los tiempos estaban a punto de cambiar a peor. La imagen que la había dejado congelada frente al cubo visor mostraba varias naves destrozadas y a los equipos de rescate recuperando tan sólo cadáveres.

Entonces había empezado a escuchar lo que decía el locutor.

Todo había empezado cuatro o cinco meses antes, al agravarse viejas disputas entre los gobiernos de varios sistemas planetarios acerca de la explotación de las rutas comerciales que comunicaban el Núcleo Galáctico con algunos de los sectores más poblados del Anillo Medio. La situación se desbordó a raíz de la cesión por parte de la República de la estación espacial de Lesmotos para usos civiles. Esa estación estaba situada estratégicamente en el cruce de dos de esas rutas que eran muy transitadas, y el reparto de los derechos de aduanas y de atraque se convirtió en objeto de discusión entre los sistemas que llevaban compitiendo desde hacía siglos por el control del comercio en la zona. Una de las partes litigantes eran los mundos bretalianos, quienes se negaban a aceptar las cuotas que en principio les había asignado la República. Después de varias semanas de tensas negociaciones que no parecían llegar a ninguna parte, los bretalianos sorprendieron a todo el mundo al decidir emplear la fuerza para obtener aquello que pensaban que les pertenecía.

Y resultó que sus adversarios se lo pusieron tremendamente fácil.

Los sistemas estelares bretalianos estaban entre los que más recientemente se habían unido a la República, hacía apenas cincuenta años estándar. Se les conocía por ser fieros defensores de sus zonas de influencia y de su comercio exterior, y de hecho se habían producido algunos problemas con ellos al principio, pero nunca nada tan serio como lo que estaba sucediendo ahora.

Después de dos milenios de paz generalizada, la mayoría de los mundos de la República se habían olvidado de lo que era la guerra, y eso los había hecho vulnerables frente a las formas de *diálogo* adoptadas por los bretalianos. Los agresores estaban consiguiendo extender su área de influencia sin apenas pelear, aunque incluso las pocas batallas que se habían registrado hasta el momento habían causado ya miles de muertos. Sin que nadie pudiera detenerlas, las naves bretalianas se estaban aproximando ahora a Alderaán, el planeta que fuera sede del gobierno de la República hasta que ésta fue trasladada a Coruscant. Y Alderaán estaba a sólo dos años luz de Gerillia…

—¡Un centi-crédito por tus pensamientos! —dijo sonriente Dalian Vincenne mientras miraba a su hija. Sabía que ante los ojos de Joan, él era el hombre más bueno del universo, y él hacía siempre lo posible por merecer su adoración. Intentó que su voz sonara casual, relajada, pero no lo consiguió del todo. Dalian sabía demasiado bien qué era lo que provocaba esa expresión dolorida en el rostro de su hija. Había visto el horror

en sus ojos esa mañana, viendo el noticiario, y se había dado cuenta de que lo que había visto y oído le había afectado muchísimo. Cuando ya pensaba que Joan no le había oído, ella le contestó con otra pregunta.

—Papá, ¿qué vamos a hacer cuándo vengan los bretalianos?

Dalian se tomó algún tiempo antes de responderla. Él había estado preguntándose lo mismo, pero no quería aumentar la preocupación de su hija.

La miró de reojo y se mordió el labio al ver una lágrima rodar por su rostro encantador. *¡Sólo tiene diecisiete años! ¿Qué va a pasar con ella?* Puso una mano sobre su pelo rubio, tratando de consolarla. Ella se volvió hacia él, con sus ojos increíblemente azules buscando los suyos. A Dalian le sería tremendamente difícil mentirle a su hija, especialmente cuando le miraba de esa manera. Y en realidad, aunque lo intentara, ella se daría cuenta. Siempre lo hacía.

—No lo sé, Joan —dijo finalmente con un suspiro—. De verdad que no lo sé.

Joan nunca había oído a su padre hablar con ese tono en su voz. Él siempre parecía tan lleno de confianza… Cuando él andaba cerca no había nada de lo que uno debiera preocuparse. Su padre era capaz de resolver cualquier problema sin perder la sonrisa. Pero ahora la duda sonaba en su voz y se asomaba en su mirada. Eso era nuevo para Joan, y la hizo sentirse muy, muy asustada.

—¿Pero dónde están los Caballeros Jedi, Papá? —le preguntó a pesar de todo.

—¿Por qué no vienen a detener a los bretalianos?

Dalian sabía de sobra lo que su hija admiraba a los Jedi, y le encantaba escuchar sus historias. Algunas eran las mismas que le había contado él cuando ella era pequeña . *Cuéntame un cuento, Papá,* le parecía escuchar aún su vocecilla. *Uno de Caballeros Jedi*. Otras las había leído en sus libros, que Marillia, su mujer, y él le regalaban siempre por su cumpleaños. ¡Casi nunca pedía otra cosa! El resto se las inventaba ella misma, torciendo y retorciendo el argumento para mantener enganchado a su público infantil. Esas historias, las inventadas, eran las que más le gustaban a Dalian. Siempre con sus Caballeros Jedi acudiendo al rescate y salvando la situación. Esos eran cuentos en lo que él querría creer, especialmente ahora, sin tener ninguna respuesta que darle. También él se preguntaba lo mismo. *¿Sí, dónde están ahora los Caballeros Jedi?*

—Tampoco lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Quizá no quieren tomar partido por nadie y empezar una guerra. Quizá simplemente están a la espera, como nosotros.

—¿A la espera de qué? —Había auténtico enojo en la voz de Joan, y eso asustó a Dalian mucho más que las noticias de la holo-red, e incluso más que los rumores que había estado oyendo los últimos meses. Dalian contempló en silencio, angustiado, cómo su hija mostraba toda su desesperación—. ¡Ellos no pueden empezar una guerra porque la guerra ya ha empezado! —dijo Joan casi gritando.

Dalian no sabía qué contestar. Le pasó el brazo a Joan por encima y caminaron juntos de vuelta a casa sin decirse nada más. En algún momento del camino, notó cómo temblaban sus hombros, y supo que Joan estaba llorando.

—Joan, ¿te vas a la cama sin cenar nada? —le preguntó su madre más tarde.

Ella no respondió. Marillia miró a su marido y supo que aquella no era una tarde normal como la de cualquier otro día. Preocupada, se sentó al lado de Dalian y esperó a que él le contara lo que estaba pasando. Él se limitó a encender el receptor holográfico y a conectar con uno de los canales de noticias.

—Eso es lo que pasa. —Marillia le miró sin comprender por un momento, pero luego escuchó la voz de la locutora dando la última hora acerca de la ofensiva bretaliana. Alderaán estaba bajo asedio. Marillia frunció el ceño pero no dijo nada. No era de extrañar que Joan estuviera alterada. Aquello era como para asustar a cualquiera, incluida ella misma. Dalian puso el volumen tan bajo como pudo para que Joan no pudiera oír nada desde su cuarto. *Ojalá se haya dormido*.

Pero Joan no estaba dormida, y además siempre había tenido un excelente oído.

En algún momento de la noche, sin embargo, el cansancio la venció y se quedó dormida. Enseguida llegaron los sueños. Sueños extraños, como le había venido sucediendo casi todas las noches desde hacía varias semanas.

Normalmente los olvidaba al momento de despertar, pero la sensación de ansiedad no la abandonaba durante bastante tiempo. Lo que sí sabía era que tenían algo que ver con su sensibilidad hacia la Fuerza. Prácticamente desde que tenía uso de razón había sido capaz de mover objetos pequeños con sólo desearlo. A menudo podía saber, sin temor a equivocarse, qué era lo que pensaban otras personas o cómo se sentían. Y de vez en cuando creía oír voces. Voces que nadie más parecía poder escuchar. Desde que comprendió que todo aquello se debía a la Fuerza, había soñado con convertirse algún día en una Dama Jedi. Ése era su mayor deseo, y también el más íntimo. Siempre había mantenido en secreto sus poderes y los pensamientos que éstos le hacían concebir. Y por supuesto los sueños.

Esa noche Joan soñó que tenía un sable láser Jedi en sus manos, como siempre había imaginado. Pero no fue en absoluto un sueño feliz. Vio rayos láser iluminando el espacio con destellos mortales. Naves ardiendo que al final explotaban en millones de fragmentos. Sintió las muertes de los seres que viajaban a bordo como dentelladas en sus mismas entrañas. Escuchó gritos, vio gente llorando, ciudades en llamas, explosiones y destrucción por todas partes. Y todo el tiempo ella estaba en el mismo centro de aquel caos.

Joan se despertó entre sábanas revueltas, con la cara surcada de lágrimas.

Al asomarse a la ventana comprobó que apenas había amanecido. Fue al baño y se lavó la cara con agua fría. Al mirarse en el espejo se vio los ojos enrojecidos. Aún tardó un rato en serenarse. Pero a diferencia de lo que solía sucederle con esos sueños, el que acababa de tener no se le olvidaba. Era más bien al contrario. Se hacía más nítido y rico en detalles a cada instante que pasaba. En algún momento comprendió que aquello no había sido un sueño normal.

Era una premonición.

Joan sabía, sin ningún lugar para la duda, qué era lo que iba a hacer hoy.

Cuando bajó a la cocina, el receptor holográfico estaba encendido en el salón. La voz del locutor se escuchaba con nitidez.

—En estos momentos, varias naves de la República se encuentran en nuestra órbita, haciendo acopio de provisiones antes de reunirse con el resto de la flota. A bordo del *Armonía*, nave insignia de la misma, se encuentra el senador por Yaga Minor, Septim Carless, principal impulsor de la facción dominante en el Senado Galáctico que defiende la necesidad de enfrentarse a los bretalianos con sus mismas armas. El senador acaba de lanzar una llamada dirigida a todos los ciudadanos de la República, para que se apresten a defenderla. —Joan entró en el salón. Su padre estaba allí, viendo el noticiario. Ni siquiera se dio cuenta de que ella había llegado. Joan se quedó de pie, mirando el holo. En el centro del cubo visor se veía a un hombre joven pero distinguido, con el pelo castaño a la altura de los hombros, como al parecer era la moda en los mundos del núcleo galáctico. Su voz era firme y su mirada, dirigida directamente a la holocámara, era muy penetrante, añadiendo vehemencia a sus palabras.

—Todos y cada uno de los seres de bien que habitan nuestra República, y que no quieran permitir a los bretalianos imponer su voluntad al resto de la galaxia, serán bienvenidos si desean unirse a nuestras fuerzas armadas. No hace falta que tengan experiencia militar. Siempre habrá algo que puedan hacer. ¡Incluso ahora, mientras les hablo, la flota bretaliana está tomando posiciones en el sistema de Alderaán! Han establecido un bloqueo en torno al planeta y la población no podrá resistir por mucho tiempo, si no les ayudamos cuanto antes.

—Me voy a Alderaán —dijo Joan con total seriedad, con la mirada clavada todavía en el receptor holográfico. Su padre alzó la vista hacia ella, sorprendido de encontrarla allí, pero no de lo que acababa de oírla. Dalian tenía el aspecto de no haber dormido en toda la noche. La miró con un gesto de dolor en el rostro, pero no dijo nada. Era casi como si supiera de antemano lo que Joan iba a decir.

Su madre entró en ese momento en el salón. En la mano llevaba una taza de café. Parte del líquido se le derramó, quemándole la mano. Marillia dio un respingo y dejó la taza sobre una mesa, sin poner nada debajo. La mesa se mancharía de café y luego tendría que limpiarla, pero Marillia, normalmente tan cuidadosa, ni siquiera se apercibió de ella.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —preguntó mientras se llevaba la mano lastimada a la boca. También ella lucía marcadas ojeras, como su padre. Joan se preguntó si ambos se habrían pasado la noche en vela, hablando sobre lo que podría pasar en los próximos días.

—Dime —insistió Marillia—, ¿qué es lo que has dicho?

—Lo que has oído, Mamá —contestó Joan, sin mirar directamente a su madre.

—Que me voy a Alderaán. Voy a alistarme en la flota de la República.

—¿Te has vuelto loca de repente? ¡Tienes que volver a clase la semana que viene!

Joan inspiró profundamente. Quizás hubiera sido todo más fácil si se hubiera limitado a escaparse y a dejar una nota. Pero eso no hubiera sido justo con sus padres. Se merecían una mínima explicación, aunque lo que iba a hacer era difícilmente explicable. Joan

levantó la mirada hasta encontrarse con la de su madre. El pánico que sentía se reflejaba claramente en sus ojos. Joan también estaba asustada. Una parte de ella estaba deseando dejarse convencer. ¿Qué era lo que pensaba que iba a poder hacer ella por la República, después de todo? Pero el impulso que sentía era demasiado poderoso. Aún no sabía el qué, pero tenía que hacer *algo*.

—La universidad tendrá que esperar por un tiempo, eso es todo. Ahora siento que puedo ser más útil en otra parte. —Al decirlo en voz alta se dio cuenta de cuán cierto era. Todo su ser parecía estar mirando hacia fuera, hacia las estrellas, lejos de su hogar. Tenía que irse, y tenía que irse *hoy*—. Acaban de decir que varias naves de la República están ahora mismo en la órbita de Gerillia. Intentaré abordar alguna de ellas.

—No puedes estar hablando en serio. —Marillia cruzó los brazos sobre el pecho e hizo un esfuerzo por serenarse. Cuando Dalian le había dicho que esto podía suceder, no le creyó. Y sin embargo, el miedo a que fuera verdad no la había abandonado, impidiéndola conciliar el sueño. Sabía que Dalian tampoco había dormido. ¿Cómo podía saberlo él? Desde que Joan empezó a hacerse mayor, Marillia no había podido evitar ciertos celos al ver lo fuerte que se hacía la relación entre padre e hija. Joan pasaba mucho más tiempo con Dalian que con ella, y parecían haber desarrollado un sentimiento de complicidad entre los dos que, de algún modo, la excluía a ella. Marillia, a pesar de todo, se sentía contenta. Aquello era natural. Las hijas suelen sentir predilección por sus padres, se decía. Pero ahora temía que Dalian supiera algo importante que ella ignoraba. Quizás Joan le había hablado a él antes de esto. Lo miró pero no encontró respuesta alguna en su expresión apenada. ¿Es que iba a resignarse a perderla sin decir nada? ¿De un día para otro? ¿No iba siquiera a intentar discutir con Joan? Pensó en lo último que ésta había dicho, acerca de abordar un crucero en órbita. Quizá Joan no había sopesado bien las dificultades de lo que se proponía hacer. Quizá haciéndoselas ver podría hacerla desistir.

Empezaría por la más obvia de todas. Con voz mucho más calmada le dijo:

—¿Y se puede saber cómo piensas llegar hasta esas naves?

—Iré hasta el astropuerto de Sevilia —respondió Joan casi de inmediato, aunque Marillia creyó notar que no las tenía todas consigo—. Espero encontrar allí algún transporte.

Dalian miraba con preocupación a su esposa, mientras ésta se empeñaba en convencer a Joan de que no iba a ser capaz de hacer lo que decía. Él siguió callado. Parecía diez años más viejo que la tarde anterior, y se sentía como si así fuera, dominado por la tristeza y por cierta sensación de impotencia. Había tenido mucho tiempo para pensar durante esa noche de insomnio, que en realidad no había sido la primera. Había esperado contra toda esperanza que, al llegar el día, las cosas no estarían tan mal como se temía. Pero viendo a su hija allí de pie, con sus dulces rasgos llenos de determinación, y la mirada tan fría como si fuese de hielo, había terminado por venirse abajo. Su niña ya no seguiría siéndolo nunca más. A pesar de desearlo con todas sus fuerzas, sabía que no había forma de hacer retroceder el tiempo. Lo sabía, sabía que su hija iba a querer

marcharse. Era como si lo llevara presintiendo desde hacía algún tiempo, y se hubiera ido preparando para ello. Había pensado en tratar de convencerla, pero ahora no se veía con fuerzas para hacerlo. Cuando Joan decidía hacer algo, era imposible hacerla cambiar de opinión. Había sido así desde siempre. Ni Marillia ni él conseguirían nada oponiéndose a los deseos de su hija. Todo lo que podían hacer era tratar de apoyarla.

—Joan puede usar nuestra nave —dijo de pronto. Dalian intentó mantener un tono firme de voz, pero por dentro sentía un dolor insoportable. Todos los padres tienen que dejar marcharse a sus hijos alguna vez, pero esto era diferente. Joan se iba a la guerra, y él la estaba ayudando. ¿Por qué no iba él en su lugar? Aún no había cumplido los cincuenta. Seguro que le aceptarían si intentaba alistarse. Pero Dalian se veía a sí mismo totalmente incapaz de luchar, ni siquiera aunque su vida dependiera de ello. Joan era diferente. Hasta ahora, su hija no había dado muestras de querer convertirse en soldado, salvo por sus historias de Caballeros Jedi. Y sin embargo, Dalian casi podía imaginársela empuñando un arma. Joan se había vuelto hacia él con la sorpresa reflejada en su cara. *No se esperaba que la ayudara a marcharse. ¿Y qué otra cosa puedo hacer?*— No es una gran cosa —continuó encogiéndose de hombros—, pero puede volar, y sabes pilotarla mejor que yo.

De hecho solía bromear con ella, diciéndole que intentaba pilotar el pequeño transbordador como si fuera una nave de combate. La familia vivía de la venta de artículos de importación, especialmente vinos exóticos. Las naves que los traían no siempre tomaban tierra en la humilde Gerillia, si pensaban que los beneficios no compensarían la pérdida de tiempo y el gasto de combustible.

Pero solían quedarse un par de días en órbita cuando estaban de paso por este sistema, y vendían sus artículos en pequeñas cantidades a los comerciantes locales que se acercaban a ellos en sus propias lanzaderas. El negocio había prosperado mucho desde que los Vincenne tenían la suya. A Joan se le encendían los ojos cada vez que tenía ocasión de volar en ella con sus padres. Desde hacía un año, cada vez que Marillia tenía que quedarse en la oficina y no podía acompañarles, Dalian había empezado a enseñar a la muchacha cómo pilotarla. Se había quedado pasmado por la rapidez con la que aprendía, demostrando que el volar era algo instintivo para ella. Dalian se sentía orgulloso de las habilidades de Joan como piloto, pero aún no le había contado nada a Marillia. Era su pequeño secreto, entre Joan y él. Algo completamente inocente, pero ahora parecería la mayor de las traiciones a ojos de su mujer.

—¿Qué? —exclamó Marillia, perdiendo de golpe la poca calma que le quedaba.

—¿Ella sabe pilotar la nave? ¿Cómo puedes quedarte ahí sentado y…? —Marillia no pudo terminar su frase. Las lágrimas no se lo permitieron. Dalian abrazó a su esposa y luchó por no echarse a llorar él también. No era fácil.

Éste fue el único momento de duda que Joan tendría alguna vez. Ver a sus padres sufrir de esa manera la descomponía. Pero algo dentro de ella la empujaba a seguir con lo que se había propuesto. Por mucho que doliera, tenía que hacerlo.

—Os quiero a los dos —les dijo, incapaz de seguir allí por más tiempo, y a continuación salió corriendo de casa en dirección al cobertizo de la lanzadera.

Había dejado la bolsa con su escaso equipaje en el pasillo.

Cuando Marillia, desesperada, intentó seguir a su hija, no pudo encontrarla ya. Pensó en correr, en intentar llegar a la lanzadera antes que ella, pero sabía que sería inútil. Marillia sentía ganas de gritar, de descargar todo su dolor contra su marido por no pedir, por no exigir, por no obligar a Joan a quedarse.

Pero a pesar de todo, ella había visto lo mismo que él en los ojos de Joan.

Después de todo, ellos eran sus padres. La conocían como nadie. Y por mucho que quisieran negárselo a sí mismos, sabían que Joan tenía algo extraordinario que no les pertenecía. Lo sabían casi desde que nació, aunque nunca lo habían hablado con ella por miedo a adelantar este momento. Cuando Marillia entró de nuevo en casa, se encontró a Dalian encogido sobre sí mismo, destrozado por la pena. Murmuraba «¿qué he hecho? ¿qué he hecho?»

—Dejarla ir —dijo Marillia entre hipos—. No podíamos evitarlo. —Marillia se sentó en el sofá junto a su marido. Ambos se abrazaron y lloraron el uno junto al otro durante largo rato A bordo de la familiar lanzadera, Joan creía seguir oyendo en su interior los lamentos de su madre. La mirada torturada de su padre tampoco se le iba de la cabeza. *Lo siento, lo siento, lo siento…* Ella también tenía los ojos llenos de lágrimas mientras conectaba los repulsores gravitatorios y abandonaba la superficie del planeta. Aún no lo sabía, pero jamás volvería a poner sus pies sobre él.

Capítulo IV

[A bordo de la *Vigilante*]

El cuerpo de Avalancha yacía en una camilla en la enfermería de la fragata.

Después de algo más de quince horas en un tanque bacta, sus heridas más graves estaban casi curadas. Pero el monitor que normalmente indicaba la actividad del cerebro del paciente igual podría haber estado conectado a una silla. Un androide médico imperial del tipo 2-1B estaba verificando el dispositivo, una vez más, por orden de Llamarada. Afortunadamente, este androide en particular había recibido exclusivamente la programación específica que se necesitaba para su trabajo. Había pasado todos los exámenes a los que le había sometido el técnico especialista en androides, y no se había detectado en él ni una sola rutina de tipo militar. El técnico había certificado que este 2-1B podría usarse por tanto sin modificación alguna. La mayoría de los androides que se encontraban a bordo de la Fragata cuando ésta fue capturada por tropas de la Alianza, sin embargo, habían tenido que ser desactivados temporalmente. Hasta que se pudiera proceder a la limpieza de sus memorias y a una completa reprogramación, supondrían un peligro potencial para la nave y sus nuevos ocupantes.

—El rastreador de actividad cerebral está operando dentro de los parámetros normales —informó el androide con su voz monótona y carente de inflexiones—. No hay ninguna actividad de nivel superior perceptible en el cerebro de la paciente.

—¡No digas más estupideces, montón de basura! —exclamó Llamarada.

Chistes, Sombra, Ángel, Lince y ella estaban junto a la camilla ocupada por Avalancha. Los nuevos integrantes del escuadrón se mantenían ligeramente apartados. En el poco tiempo que llevaban allí, ya habían podido comprobar la relación tan intensa que había entre las supervivientes del antiguo escuadrón Mantiss. Ante las emociones desbordadas por Llamarada y algunas de las otras, algunos se sentían incómodos y fuera de lugar. Era como presenciar un drama familiar que tuviese lugar en casa de los vecinos.

—Es un poco raro esto de estar en un escuadrón con tantas mujeres —le susurró Coloso a Víbora al oído—, ¿No crees?

—Si seis te parecen muchas —respondió Víbora sin levantar la voz—, piensa que hace dos meses eran más de veinte en Mantiss. —Coloso se le quedó mirando como dudando si sonreír o no ante eso—. Las que faltan están todas muertas —aclaró Víbora. Coloso enrojeció y volvió a mirar al frente.

—¡Muy bien, Sherry, has estado jugando a esto durante demasiado tiempo! —seguía diciendo Llamarada, meneando ligeramente el brazo de su amiga. A pesar de lo fuera de sí que se encontraba, tuvo cuidado para no tocar ni desconectar por accidente los distintos cables y vías conectados a ella.

Avalancha respiraba sin dificultad a través de la máscara que el androide médico le había sujetado sobre la cara, pero ésa era la única señal perceptible de que se encontraba con vida.

—Sencillamente no puedes hacerme esto a mí. ¡Yo no quiero estar al mando y por supuesto tú tampoco querrías que lo estuviera! Siempre estás diciendo que soy demasiado impulsiva, ¿no es así? ¡Pues si no quieres que organice una de las gordas despierta de una vez y toma las riendas de *tu* escuadrón, maldita sea! —El normalmente muy atractivo rostro de la piloto estaba completamente pálido, casi tanto como el de su comandante. No podía creer que una de las mejores amigas que había tenido en su vida pudiera acabar así. Casi sería más fácil si hubiera muerto. Uno podía llorar por la pérdida de alguien, y pasarse quizás el resto de la vida echándolo de menos. Pero, ¿cómo se asumía el que una persona querida se hubiera convertido en un vegetal, en un cascarón vacío pero todavía vivo? Por mucho que le chillara, el androide no tenía por qué estar equivocado. Según él, no se apreciaban síntomas de coma. Era como si Avalancha no estuviera allí.

Las otras cuatro antiguas miembros de Mantiss habían reaccionado de modos diferentes ante lo que le había sucedido a su comandante y amiga.

Sombra era la que parecía más serena, prácticamente la antítesis de la rabia demostrada por Llamarada. La preocupación que sentía sólo era visible en sus ojos oscuros y almendrados mientras sostenía la mano de Chistes en la suya.

Chistes no parecía ella misma. No había dicho ni una sola palabra desde que estaban allí. A su lado, Lince miraba fijamente al espacio abierto a través de una de las escotillas de observación instaladas en la enfermería. Intentaba no mirar el rostro aparentemente muerto de Avalancha. Un rato antes estaban patrullando juntas, y ahora…

—Avery —dijo Víbora casi en un susurro—. Acabamos de recibir una nueva comunicación cifrada del Alto Mando. Nos ordenan abandonar esta posición de inmediato. Tenemos que decidir lo que vamos a hacer…

—¡No vamos a retirarnos de aquí hasta que Avalancha lo ordene! —explotó Llamarada. Se quedó mirando a Víbora fijamente, como desafiándolo a decir que Avalancha no podía ordenar nada porque su cerebro estaba muerto.

—Tómalo con calma, Avery —dijo Sombra en tono conciliador—. Víbora está tan angustiado como nosotras. —El piloto agradeció a Sombra su intervención con una mirada.

—Lo sé, lo sé, lo siento —respondió Llamarada llevándose las manos a la cara y cubriéndose los ojos con ellas—. Es sólo que no puedo aguantar estar aquí sin poder hacer nada…

—Es duro para todos. Pero quizá sí que podamos hacer algo por ella, además de dejarla descansar. —Llamarada apartó las manos de su cara y miró a Sombra—. Tenemos un montón de cosas por hacer si queremos convertir esta nave en un navío de la Alianza. Si no vamos adelantando trabajo, cuando Avalancha se despierte nos vamos a llevar una buena bronca.

El último comentario de Sombra le arrancó una sonrisa a Llamarada.

—Tienes razón. Perdonadme todos por este pequeño ataque de histeria —dijo mirando a su alrededor—. No volverá a suceder. —Llamarada respiró profundamente una vez y comenzó a repartir órdenes, de nuevo dueña de sí misma—. Muy bien, lo primero

es montar turnos de escolta con un par de alas-A. Que empiecen Iceberg y Coloso. Alce y Granito, estáis exentos. Vosotros seguid trabajando con los torpedos imperiales. Si no conseguimos adaptarlos de algún modo a nuestros cazas y somos atacados vamos a tener que lanzarlos con la mano.

Chistes, quédate aquí con ella. Háblale, cuéntale chistes de los tuyos, lo que se te ocurra. A ver si así reacciona, aunque sólo sea para pedirte que te calles.

—De acuerdo, Avery —contestó Chistes intentando sonreír—. Haré lo que pueda.

—Así me gusta. Avísame si hay cualquier cambio, ¡por pequeño que sea! El resto de vosotros intentad descansar lo que podáis. Hala, a romper filas.

Capítulo V

[En el otro lado]

Su lanzadera no estaba equipada para viajar por el hiperespacio, así que la única oportunidad de Joan era abordar una de las naves nodriza que en esos momentos se encontraban en la órbita de Gerillia, antes de que todas ellas hubieran salido para reunirse con la flota del Senador Carless. Decidió probar suerte con la más grande.

—Aquí transbordador civil llamando a nave de la República, solicitando permiso para abordar.

—Aquí el *Dragón*, Crucero de la República —llegó inmediatamente la respuesta— Identifíquese, por favor.

Joan meditó durante un par de segundos. Tenía muy claro que no quería usar su nombre real. Si algo saliera mal, lo que fuese, lo mejor sería evitarles cualquier consecuencia a sus padres. Se acordó del Caballero Jedi que había inventado siendo aún una niña, el héroe de la mayoría de sus historias: Etienne d’Arc.

—Mi nombre es Joan d’Arc —dijo con firmeza. Quiero unirme a la Flota de la República.

—Muy bien, Joan d’Arc. Necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir. Ese trasto suyo tiene piloto automático?

—Sí.

—Muy bien. Deje programadas unas coordenadas en la superficie del planeta. Tan pronto como embarque usted en el Dragón tendremos que mandarlo de vuelta. No tenemos demasiado sitio en los hangares. ¿Algún problema con eso?

—No, en absoluto. Me parece bien. —Joan ni siquiera había pensado en qué iba a hacer con la lanzadera después de llegar a su destino. Decidió que programaría las coordenadas del astropuerto de Sevilia y le dejaría un mensaje en la holored a su padre para que fuera a buscarla.

—De acuerdo, señorita d’Arc. ¿Ha atracado alguna vez con una nave en órbita?

—Sí, tres o cuatro veces. —Era cierto. A su padre le había costado un poco decidirse a dejarle hacer a ella sola la delicada maniobra de ensamblaje con los grandes cargueros espaciales, pero desde que se convenció de que podía hacerlo en los últimos viajes siempre lo había dejado todo en sus manos.

—Fantástico. Siga las indicaciones luminosas hasta el gancho de atraque 6D.

—Gracias, *Dragón*. —Joan suspiró. *Bien, ésa era la parte más difícil.*

El tubo de abordaje la condujo directamente al hangar principal. La sección que daba al exterior estaba completamente abierta para permitir el despegue y aterrizaje de naves. Un campo magnético evitaba que la atmósfera de la nave se escapara al espacio, pero no hacía gran cosa por retener el calor. Hacía frío allí. Al mirar hacia fuera a través de la abertura, vio su pequeña lanzadera retrocediendo sola en el espacio. *Ya no hay vuelta atrás*. El hangar bullía de actividad. Por todas partes se veía gente apresurándose de un sitio a otro, todos aparentemente muy ocupados con lo que estaban haciendo. Demasiado

como para reparar en una jovencita, con cara de haberse perdido, plantada en mitad de la cubierta de vuelo. Llevaba cinco minutos allí cuando un joven mecánico que pasaba notó su presencia y se detuvo.

—¿Qué estás haciendo aquí, chavalita? —preguntó el joven técnico. Por la voz parecía un poco molesto. Joan supuso que era por ver a alguien en aquel hangar que estaba sin hacer nada.

—Bueno, acabo de abordar la nave, y estaba esperando a que alguien me dijera a dónde se supone que debo ir —contestó. Se sintió un poco tonta al decir eso, y más aún al ver cómo se la quedaba mirando el mecánico, sin mostrar expresión alguna. No le gustaba sentirse tonta, ni tampoco que la miraran como si lo fuera. Tampoco que la llamaran chavalita—. ¡Trato de unirme a la Flota de la República! —añadió quizá con demasiada energía, pero al menos hizo cambiar la actitud del técnico. El hombre sonrió y señaló al fondo del hangar.

—Toma aquel ascensor, sales dos niveles más arriba, y le repites eso de unirte a la Flota al primer oficial que veas.

—Muchas gracias, señor…

—Sargento. Sargento Santer —dijo el técnico sin perder la sonrisa—. Pero por ahora puedes llamarme simplemente Señor.

—¡Oh, claro, sí, señor! —contestó Joan, pero Santer ya se había ido. Lo localizó unos metros más allá, inspeccionando el tren de aterrizaje de una entre la multitud de naves que abarrotaban el hangar. Joan recogió su bolsa del suelo y caminó hacia el ascensor que el mecánico le había indicado.

Cuando salió, lo que vio no difería mucho de lo que había dejado en el hangar. Había monitores de todos los tamaños, tanto de pantalla plana como holográficos, y detrás de cada uno había alguien muy atareado. Varias personas se cruzaron con ella corriendo hacia donde quiera que tuviesen que ir. Entre ellos vio a un alienígena altísimo de una especie que no reconoció. En Gerillia prácticamente sólo había humanos. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y la impresión general era la de confusión organizada, si es que podía existir tal cosa. Un androide que parecía un armario casi chocó con ella, pero cuando Joan estaba a punto de disculparse el androide ya se estaba alejando pasillo abajo. Tras su experiencia en el hangar, decidió que era mejor no esperar a que alguien le preguntase que quería. Se dirigió hacia un hombre fornido, vestido de uniforme, que estaba inspeccionando algo en una pantalla de datos y le tocó suavemente en el hombro.

—Lo siento, podría usted ayudarme, por favor? —El hombre se volvió y la miró durante un segundo, sin verla realmente. Pareció decidir que quién quiera que fuera ella podía seguir esperando y volvió a concentrar su atención en la pantalla. Joan esperó educadamente unos instantes y después le interrumpió de nuevo.

—¿Por favor, podría usted ayudarme? Mi nombre es Joan d’Arc y estoy tratando de unirme a la Flota de la República.

El hombre volvió a mirarla, como sorprendido de encontrarla todavía allí, pero al menos la había escuchado.

—Eso está muy bien, pero el centro de alistamiento está en la siguiente sección. —Una vez más el hombre se volvió a su pantalla. Seleccionaba un cuadro de información tras otro, tan deprisa que Joan dudaba que le estuviera dando tiempo a leer nada en ellos. Pensó por un momento en irse a buscar el centro de alistamiento que había mencionado, pero estaba empezando a temer que se iba a pasar el día dando vueltas por la nave. Tenía la sensación de que debía darse prisa. Quizás era una señal de la Fuerza. A esas alturas no tenía ni la más mínima duda de que era la Fuerza lo que había causado sus sueños y la había empujado hasta allí por alguna razón. ¿Realmente era ella tan importante como para significar una diferencia en la guerra que se avecinaba? No tenía demasiada lógica, pero era lo que sentía. Si se paraba a pensar en ello, perdería el valor para seguir actuando.

Joan agarró al oficial por el hombro y le obligó a que la mirara.

—Necesito hablar con el senador Carless —le dijo. Joan no sabía por qué había dicho eso en primer lugar. Parecía como si las palabras hubieran escapado de su boca. Como si las voces que a veces oía en su mente estuvieran hablando por ella. *No, si al final resultará que estoy loca*—. El senador va a necesitarme porque la Fuerza está conmigo.

Eso captó toda la atención del oficial. Olvidándose por completo de la pantalla de datos, se volvió hacia Joan y la miró de arriba a abajo.

—¿Puedes repetir tu nombre?

—Joan d’Arc, señor.

—Bien. Yo soy el capitán de navío Bandric, al mando de esta nave. —Joan se quedó de una pieza. Ya era casualidad, entre tanta gente, acertar con el capitán a la primera. Bueno, a la segunda, teniendo en cuenta al mecánico del hangar. ¿O no era una coincidencia? En todo caso, por la expresión de su cara, el capitán parecía aún más perplejo que ella. Bandric sacudió la cabeza.

—De todas las cosas que me han dicho en la vida a modo de presentación, la tuya se lleva la palma.

Joan tragó saliva.

—Sé lo difícil que debe ser creerme. —Buscó la confianza que necesitaba dentro de ella. Tenía miedo de estropearlo todo nada más empezar. Pero con sólo intentarlo descubrió lo fácil que le resultaba serenarse.

Sintió por un momento como si el tiempo se detuviera. Dejó de oír el murmullo de personas y máquinas a su alrededor. Sólo estaban ella y el comandante Bandric. La mente del hombre parecía un libro abierto ante ella. En el fondo, estaba deseando creerla. Bandric era un buen hombre. Como tantos otros oficiales de las Fuerzas Armadas, jamás se había imaginado tomando parte en una guerra a gran escala. La República llevaba en paz por tanto tiempo, que la sola idea parecía una locura. Y sin embargo allí estaba. Bandric era un profesional. Sabía lo que tenía que hacer. Pero la tarea se le antojaba irrealizable. Los bretalianos estaban mejor preparados. La República estaba reaccionando con demasiada lentitud. Necesitaban ayuda. Él mismo necesitaba algo a lo que agarrarse, algo que le diera esperanzas de que la lucha que tenían por delante no estaba perdida de

antemano. Bandric ni siquiera era consciente de todo eso, pero Joan sí. Sus siguientes palabras fueron pronunciadas sin el menor indicio de su nerviosismo anterior.

—Pero debe usted confiar en mí. Yo puedo sentir la Fuerza y estoy aquí para defender a la República.

Bandric pestañeó.

—¿Así que quieres luchar contra los bretalianos?

—Así es, señor. Y es imprescindible que hable con el senador Carless. Él me dará lo que necesito para cumplir mi misión.

El capitán del *Dragón* se sintió muy extraño. Resultaba casi surrealista estar allí, escuchando a una muchacha de diecisiete años hablar de ese modo.

Bandric no sabía si llamar para que alguien se la llevara y se la devolvieran a sus padres, o darle un caza y ver lo que la Fuerza le permitía hacer con él.

Pero era muy difícil pensar mientras uno se estaba mirando en esos ojos… tan azules.

—Mira, esto… Joan. Estamos a punto de saltar al punto de reunión, y el senador Carless estará allí. Pero no creo que él vaya a recibirte. Está muy ocupado intentando evitar que los bretalianos se hagan los amos de la galaxia.

—Insisto, señor.

De alguna manera, Bandric se daba cuenta de que en este momento no era dueño por completo de sus actos. No podía ver nada más en la sala que no fueran los ojos de la muchacha. Parecía absurdo. Pero por más que se esforzaba, era incapaz de encontrar ninguna objeción para hacer lo que ella le pedía. ¿Qué se podía perder? Después de todo, ya estaba a bordo de su nave. Y no era como si tuviera que desviarse para llevarla a donde quería ir.

Sus órdenes eran precisamente encontrarse con el *Armonía*, y esa era la nave en la que viajaba el senador Carless. Pero, una vez allí, ¿podría conseguirle una entrevista con él? Al menos lo intentaría. Sí. Lo haría.

—Haré lo que pueda. Te lo prometo.

Cinco horas después, el *Dragón* se encontraba estacionado frente a un crucero aun más grande. Se trataba del *Armonía*, nave insignia de la Flota de la República. Un transbordador militar partió del *Dragón* y se dirigió hacia el otro navío, llevando a bordo a Joan y al comandante Bandric. Él mismo lo pilotaba. Joan vestía uniforme de cadete de la Armada, tras haberse alistado en el *Dragón* con el nombre de Joan d'Arc. A pesar de la falta de documentos que lo probaran, en el tiempo que seguiría nadie dudaría jamás de que ese fuera su verdadero nombre.

La sala de reuniones principal del *Armonía* estaba abarrotada por oficiales de alto rango de la Flota de la República. Entre ellos, destacaban el senador Carless, único civil presente, y su asesor militar, el almirante Rickermoon.

Septim Carless era muy joven para lo que era habitual entre los senadores de raza humana. Tan sólo tenía treinta años estándar. En esos momentos, no obstante, aparentaba algunos más. Las ojeras de cansancio y las arrugas de preocupación que surcaban su frente eran visibles desde bastante lejos. A los ojos de los que le conocían bien, como era

el caso de Rickermoon, el senador parecía agobiado por el peso de la responsabilidad que se había echado sobre los hombros. Pero alguien tenía que hacerlo.

—Entonces —se dirigió a los militares que le rodeaban—, me están diciendo que no hay nada que podamos hacer para salvar Alderaán?

—El hecho es que hay demasiadas naves bretalianas bloqueando el planeta —contestó el general Talon, hablando en nombre de la mayoría de sus colegas.

—Nos superarían en una proporción de tres a uno, y no podemos permitirnos sacrificar esta flota. Somos lo único que hay entre ellos y la derrota total de la República.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Seguir retrocediendo ante ellos como hasta ahora? Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a los bretalianos.

—Sí, pero lo haremos en un terreno más favorable que en la órbita de un planeta —se defendió Talon—. Si nos presentamos allí, una vez dentro del sistema nuestras posibilidades de retirarnos en caso de que las cosas vayan mal serán prácticamente inexistentes. No podremos saltar de vuelta al hiperespacio tan cerca de un campo gravitatorio como el generado por Alderaán.

—Quizá lo mejor sea regresar a Coruscant —dijo el senador Carless, plantando los codos en la mesa y apoyando la barbilla en los puños cerrados.

—Volver con el rabo entre las piernas y admitir nuestra incapacidad para oponernos a los bretalianos. Entregarles la cancillería para que puedan gobernar la galaxia sin necesidad de destruirla. Ponernos todos a aprender bretaliano.

—Nadie está sugiriendo tal cosa, senador —protestó el general Talon. Pero algunos de sus colegas habían agachado la cabeza al oír hablar de ese modo al senador Carless.

—El ultimátum bretaliano expirará en 20 horas —dijo el almirante Rickermoon, volviendo al asunto inicialmente en discusión—. Después de ese plazo, y si Alderaán no ha desactivado sus defensas de superficie, los bretalianos empezarán el bombardeo orbital. Como es lógico, a los alderaanos no les va a quedar más remedio que rendirse antes de que eso suceda. Si no les ayudamos ahora, ya no habrá manera de liberar Alderaán. No después de que los bretalianos se hayan asentado en el planeta y puedan utilizar sus defensas contra nosotros. —Rickermoon pudo comprobar el efecto devastador que sus palabras estaban causando, especialmente después de lo que el senador había dicho. Pero no tenía ningún sentido tratar de disfrazar la realidad.

—¿Y qué hay de los mundos corelianos? —preguntó alguien—. He oído decir que pensaban enviarnos algún tipo de apoyo.

—Así es —admitió Rickermoon—. Su flota es la más moderna de la República. Ojalá fuera también la más numerosa. —Como todos los allí reunidos sabían de sobra, la flota más numerosa dentro de los mundos afiliados a la República era precisamente la bretaliana—. Si los refuerzos de Corellia llegan a tiempo, quizá podríamos reconsiderar la idea de una ofensiva. —Incluso el general Talon asintió, admitiendo esa posibilidad.

—Entonces la única cosa que podemos hacer es esperar a que lleguen los corelianos —concluyó con resignación el senador Carless, dándose por vencido.

—¡No! ¡Debemos atacar inmediatamente!

Todo el mundo se volvió hacia la puerta de la sala de reuniones, en busca de la propietaria de esa voz. La mayoría, incluyendo al propio senador, reaccionaron con enojo al verla. Se trataba de una muchacha rubia de dulce rostro, muy joven, vestida de cadete, y escoltada por un capitán de navío de la Armada con aspecto de estar pasando el momento más bochornoso de su vida. Nadie los había visto llegar. Más de uno de los presentes se preguntaba cómo era posible que los centinelas apostados en la puerta les hubieran franqueado el paso.

—Lo siento mucho, señores —dijo el oficial, cuadrándose en señal de respeto.

—Soy el capitán de navío Bandric, del crucero *Dragón*. No era mi intención interrumpirles, pero no sabía cómo tratar con esto… —El hombre estaba empezando a dudar hasta de sí mismo, incapaz de comprender qué era lo que le había convencido para traer a esta muchacha al *Armonía* y plantarse en esta reunión. No podía encontrar una respuesta lógica. La de estrellas y barras doradas que había allí dentro. *Me la voy a cargar, maldita sea*. Pero a pesar de todo se mantuvo firme, su expresión convertida en una máscara de dignidad.

La viva imagen del militar de carrera, si no se tenía en cuenta el color carmesí que había adoptado su rostro.

—Senador, señores almirantes y generales —dijo Joan antes de que alguien decidiera echarla de allí, dejándose llevar por las voces que, cada vez más insistentemente, sonaban en su cabeza empujándola a continuar—. Mi nombre es Joan d'Arc. Estoy aquí para luchar a su lado y combatir a los bretalianos.

—Dice que la Fuerza está con ella —explicó el comandante Bandric en voz muy baja, sintiéndose muy estúpido por ello y lamentándolo inmediatamente.

Todos les miraban a él y a la muchacha como si no supieran qué decirles.

Todos excepto el senador Carless. El joven político se levantó y se abrió paso hasta ellos. El almirante Rickermoon le siguió.

—¿Eres una Jedi? —preguntó el senador al llegar ante Joan.

—No, no lo soy —admitió Joan, pero en su voz no sonó en absoluto como una disculpa. Todo en ella transmitía seguridad y confianza en sí misma, resultando casi apabullante para tratarse de alguien tan joven—. Pero puedo sentir la Fuerza y sé que puedo ayudar en esta crisis.

Tiene que estar loca, pensó el senador Carless. *Loca de remate*. Pero no obstante se sentía tentado a creerla pese a todos y cada uno de los argumentos que su mente intentaba presentar en contra.

—Seré sincero contigo —le dijo—. Los Jedi nos han negado su ayuda. Nos costó semanas que el Consejo nos escuchara, allá en Coruscant, y todo para darnos la espalda. Según ellos, éste es un conflicto interno de la República y ellos ni pueden ni deben intervenir. —Joan pestañeó al escuchar estas noticias.

¿No se suponía que la misión principal de los Jedi era mediar en los conflictos?

¿No habían sido ellos los principales defensores de la República durante milenios? Como si el senador hubiera escuchado sus pensamientos, continuó explicándole a Joan lo que al parecer el resto de los presentes, salvo ella y quizás el capitán Bandric, ya sabían.

—Nos dijeron que ya habían enviado representantes a dialogar con los bretalianos, pero eso era todo lo que podían hacer. Terminaron diciéndonos que si los mundos de la República insistimos en luchar entre nosotros, es nuestro problema. —El senador se la quedó mirando, esperando su reacción.

—Pero son los bretalianos los que han empezado las hostilidades —respondió ella, mostrando sorpresa a pesar suyo—. Y aún continúan atacando a sistemas pacíficos, como es el caso de Alderaán.

—Estoy de acuerdo. Pero por lo visto, si piensas así, está claro que no eres una Jedi.

—No importa. Siento a la Fuerza como si lo fuera, y estoy dispuesta a hacer todo lo que sea necesario. Déjeme guiar a su flota. Permítame liberar Alderaán. —A espaldas del senador, se escucharon varios resoplidos e incluso una risotada. El senador suspiró.

—Sería maravilloso si lo que dices fuera verdad, pero no puedo arriesgar las vidas de las tripulaciones de todas estas naves —dijo señalando hacia el mirador de observación que había al final de la sala, a través del cual podían distinguirse las luces de posición de varios navíos—, apoyándome tan sólo en las palabras de una adolescente. Por favor, espero que no te ofendas.

—No lo hago —respondió Joan sin perder la serenidad. Las voces en su mente eran más fuertes de lo que lo habían sido en toda su vida. Y ahora, por fin, podía entender lo que le decían. Sobre todo una de ellas—. Tampoco le pido que decida sobre la base de mis palabras. Puedo demostrar que digo la verdad. No lejos de aquí, está el sistema planetario Eyna. Puedo mostrarle donde está el sable láser del Maestro Jonderiis.

Esto causó a más de uno de los altos mandos atragantarse. La sala se llenó de gritos y exclamaciones, variando desde el enfado de algunos, que exigían que alguien echase de allí a esa cadete chiflada, hasta la pura indignación de otros, que empezaban a ver en esto una broma de dudoso gusto dada la inoportunidad del momento. El Maestro Jonderiis había sido uno de los más admirados maestros de la Orden Jedi. Estaba unánimemente considerado como uno de los fundadores de la República tal y como era en la actualidad.

Aunque el nacimiento de la República se remontaba a más de veinticuatro mil años en el pasado, había pasado por diversas fases de expansión y de crisis, cambiando y evolucionando con cada una, hasta alcanzar su mayor periodo de estabilidad hacía cerca de cuatro milenios, en los tiempos del Maestro Jonderiis. Durante sus últimos años, Jonderiis se había retirado de la vida pública y nadie supo jamás ni dónde ni cuándo había fallecido. Su sable láser se había convertido en un objeto mítico, símbolo de toda una época, y había sido buscado durante siglos por arqueólogos, historiadores, y por la propia Orden de los Jedi. Pero lo cierto es que parecía haber desaparecido para siempre junto con el propio maestro.

—Eso está donde el sable láser del Maestro Jonderiis —se había convertido en un dicho muy popular en varios mundos, utilizado para referirse a algo que se había perdido sin remedio y que no valía la pena buscar.

Y ahora esta muchacha se presentaba diciendo que ella sabía dónde encontrarlo.

—Si eso es cierto —le contestó el senador Carless saliendo de su estupor—, te doy el mando de un escuadrón de cazas con pilotos de élite.

Algunos de los presentes se rieron, tomando las palabras del senador como un chiste, una burla hacia la descarada muchacha. El capitán de navío Bandric parecía haberse eclipsado a espaldas de Joan, intentando pasar lo más desapercibido posible. Sin embargo, el almirante Rickermoon permanecía en silencio al lado del senador Carless, dirigiendo una mirada inquisitiva a la joven.

Ni siquiera pestañeó cuando el senador hizo su descabellada oferta, esperando con interés a ver qué respondía la cadete.

—Gracias, senador Carless —fue lo que dijo Joan sin mostrar la menor vacilación en su voz—. Eyna está a sólo tres años luz de aquí. Si pudiera proporcionarme un transbordador y un equipo de excavación, les llevaré al punto exacto.

—Muy bien —dijo el senador—. Almirante Rickermoon, ¿podría usted dar las órdenes para que así se haga, por favor?

Los generales y almirantes que llenaban la sala se miraron entre sí con incredulidad. El senador Carless no podía estar hablando en serio.

—Enseguida, senador —contestó el almirante Rickermoon manteniendo su mirada fija en la joven. Esto fue motivo de mayor sorpresa aún. El veterano militar era probablemente uno de los hombres más respetados entre las Fuerzas Armadas de la República, alguien cuyas opiniones eran siempre requeridas y tomadas muy en cuenta. Nadie podía ni siquiera imaginar qué era lo que estaba pensando en ese momento, y muchos de los presentes se lo seguirían preguntando años después. Él nunca dio explicación alguna, y nadie se atrevió jamás a pedírsela directamente.

Tres horas después, Joan estaba contemplando el lugar a dónde sus instintos les habían llevado. Aquello parecía haber sido una especie de templo en el pasado, pero ahora todo lo que quedaban eran ruinas, sin demasiado interés artístico ni arqueológico en una galaxia repleta de ellas. Joan inspiró profundamente. Aquel debía haber sido un lugar para la meditación y el reposo.

La paz casi podía tocarse allí. Era como si flotase entre los altos árboles que rodeaban las ruinas y les daban su sombra. La vegetación había invadido paredes y columnas, metiéndose por cada hueco y por cada grieta, y en algunos puntos crecía de las mismas piedras. Daba la sensación de que, de alguna forma, aquellos viejos muros respiraban con vida propia.

—No hay nada aquí, señorita —dijo el jefe del equipo de excavación. Los rastreadores no habían mostrado nada en absoluto allí abajo, pero sus órdenes eran hacer todo lo que la muchacha les dijera, así que habían utilizado su equipo para excavar cuidadosamente donde ella les había indicado. Casi quince metros y todavía nada. El

técnico le hizo mirar a Joan el pequeño monitor holográfico que transmitía una imagen del fondo de la excavación, y donde no se veía absolutamente nada.

—He consultado los registros —siguió diciendo el hombre—. Este lugar no ha estado habitado durante miles de años, con la excepción de ocasionales excursionistas y una expedición botánica hace ya casi doscientos años…

—Tienen que excavar más profundamente —insistió ella sin inmutarse—. Sólo tres metros más. —Seguía sin haber en su voz ni el más mínimo rastro de duda.

El hombre se encogió de hombros y ordenó a su gente que continuaran. Joan siguió mirando el gran agujero que se abría ya junto a las ruinas. Varios taladros láser seguían abriéndose camino hacia abajo. Los sensores acoplados a cada uno de ellos los harían detenerse al menor atisbo de algo que no fuera tierra y piedras. Toda la materia que no era volatilizada por los taladros era absorbida por una potente aspiradora que iba depositando los restos en un gran montón, unos veinte metros más allá del lugar donde estaban excavando.

Tres operarios supervisaban la operación desde dentro del agujero, utilizando plataformas antigravitatorias personales que los mantenían flotando un par de metros por encima de la zona de trabajo. Todos vestían trajes protectores de fibrocaucho, no muy diferentes de los trajes de vacío empleados para trabajar en el espacio.

Habían pasado unos cinco minutos desde que el jefe del equipo le expresara a Joan su opinión, cuando de pronto todos los taladros se detuvieron a la vez.

Joan murmuró «ahí está».

—¡Eh, jefe, parece que tenemos algo! —avisó uno de los operarios por el transmisor incorporado a su traje. Hay una cámara de aire aquí abajo. No entiendo cómo los instrumentos no la habían detectado antes.

—¿Una cámara de aire? —preguntó el técnico jefe sorprendido, abalanzándose sobre el monitor—. ¿Como una habitación subterránea o algo así?

—Puede ser. ¡Sí, eso tiene que ser! Ahora detectamos una cámara más estrecha y alargada adosada a ella. Puede ser un corredor, un pasillo que la conecta con las ruinas. Parece que tenían sótanos profundos aquí. —El técnico miró a Joan, y ésta se limitó a asentir—. Pídales que continúen con cuidado ahora. Deberían abrir un hueco en el techo de esa sala, pero que no se derrumbe encima.

—Esté tranquila. Saben lo que hacen. Todos hemos participado en excavaciones arqueológicas antes. Ya sabe. Si raspas un milímetro de más en lo que parece un simple pedrusco, puedes estar destruyendo una pieza de valor incalculable…

—No tanto cuidado —respondió Joan con un leve deje de impaciencia.

—Está bien —transmitió el técnico, echando a Joan una mirada de reojo cargada de orgullo profesional ofendido—. Haced un agujero en el techo y veamos lo que encontramos.

Uno de los taladros volvió a ponerse en marcha, manejado ahora por uno de los operarios. Otro sujetaba el tubo de aspiración directamente encima del taladro, con el fin de evitar que los fragmentos de piedra que ahora estaba cortando el láser pudieran caer

dentro de la habitación y destruir algo de lo que pudiera contener. El tercero iluminaba la zona con un potente reflector, de manera que, allá arriba, Joan y el jefe de excavación pudieran ver algo en el monitor. Cuando el taladro volvió a detenerse, ambos pudieron ver una habitación cuadrada cubierta de polvo. Si alguna vez había contenido mobiliario de algún tipo, hacía tiempo que éste se había desintegrado. Todo excepto una caja rectangular de unos treinta o cuarenta centímetros de largo, por lo que podían apreciar desde allí, y que fue dejada al descubierto por el tubo de aspiración.

—Dígales que la suban ahora mismo, por favor —pidió Joan, sin poder evitar que la ansiedad que sentía se transmitiera a su voz. El técnico sonrió con cierto deleite, al comprobar que la joven rubia no era de piedra, después de todo. Los tres operarios subieron al unísono, saltando de sus plataformas tan pronto se encontraron fuera del agujero. Uno de ellos le entregó la caja a su jefe. Éste la limpió cuidadosamente. Estaba hecha de un metal grisáceo, plata, según reveló el espectrógrafo de mano, y su superficie estaba cubierta de una rica y compleja decoración. No se veía ningún tipo de cerradura por ninguna parte.

—Déjemela, por favor —dijo Joan. El técnico obedeció intrigado. Joan extendió sus sentidos hacia la Fuerza, como cuando se dedicaba a mover objetos allá en Gerillia. Accedió con su mente al interior de la caja. Allí estaba la cerradura.

Muy simple de abrir en realidad. Pero sólo si quien lo intentara era capaz de utilizar la Fuerza.

La caja se abrió con un chasquido. Al levantar la tapa, Joan pudo ver un tejido de color rojo, con dibujos dorados muy similares a los que decoraban el exterior de la caja. Al levantarlo con dos dedos, todos pudieron ver un cilindro metálico muy pulido, con un disco cóncavo en uno de los extremos, un pequeño orificio en el centro del mismo, y un solo botón de control, o al menos eso era lo que parecía, aproximadamente a la mitad del cilindro. La extrema sencillez del instrumento tan sólo era contradicha por el complicado símbolo grabado justo encima del botón.

—¿Es lo que parece? —preguntó uno de los operarios. Por toda respuesta, Joan tomó el cilindro con su mano derecha, pasándole la caja al boquiabierto técnico jefe y, tras observarlo durante un momento, apuntó el extremo terminado en el disco hacia el cielo. Entonces apretó el botón. Los cuatro hombres dejaron escapar una exclamación de asombro cuando el rayo azul intenso se elevó hacia lo alto.

—¡Era verdad, por todo el polvo del universo, era verdad! —exclamó uno de los operarios, soltando una potente risotada a continuación. Eso hizo que sus tres compañeros, incluido su pasmado jefe, salieran de su desconcierto y empezaran a chillar todos a la vez. No en vano, acababan de ser testigos de uno de los mayores hallazgos arqueológicos de ese siglo, por no decir del milenio.

Joan también estaba realmente emocionada, aunque se trataba de un tipo de emoción mucho más íntimo, más profundo. Si hubiera tenido que explicarlo con palabras, habría dicho que acababa de encontrarse con su destino. Aún sobrecogida, pulsó de nuevo el

botón de control y el rayo desapareció dentro del sable. Por un momento se sintió muy extraña. Como si echara algo en falta.

Le costó darse de cuenta de qué se trataba. Eran las voces. Ya no las oía.

Quienesquiera que la hubieran estado guiando hasta aquí, habían dejado de hacerlo. A partir de ahora tenía que seguir sola. Joan inspiró con fuerza. Al menos una de esas voces tenía nombre. Cerrando los ojos por un momento, se despidió de él en su pensamiento . *Gracias, Maestro Jonderiis. ¡Muchas gracias!*

Tan pronto como regresaron al *Armonía*, el sable láser fue enviado inmediatamente a los laboratorios de la nave. Aunque para ella no era necesario, Joan tuvo que esperar el veredicto de los expertos junto al senador Carless, el almirante Rickermoon y varios de los altos mandos militares en la misma sala de reuniones en la que habían estado horas antes. Las diversas conversaciones en voz baja mantenidas en ese momento se interrumpieron de repente cuando el oficial científico en jefe, un mon calamari de grandes ojos saltones y piel salmón llena de motas marrones, entró en la sala sosteniendo reverencialmente el sable en sus manos. Todo el mundo se puso en pie.

—Es auténtico —dijo el mon calamari con su voz acuosa—. El análisis de la antigüedad de los materiales, así como las comparaciones que hemos efectuado con los viejos registros de la época, han demostrado sin ningún lugar para la duda que éste es el sable láser del Maestro Jonderiis. Desde luego esos Jedi sabían cómo construir artefactos duraderos. Todavía funciona a la perfección, a pesar de que tiene más de cuatro mil años. Tan sólo hemos tenido que recargar la batería, que de todas formas no estaba aún completamente agotada, como al parecer esa joven se encargó de demostrar.

La sorpresa fue mayúscula para muchos de los escépticos militares, que hasta ese momento habían sospechado ser víctimas de algún tipo de fraude. El senador Carless fue el primero en reaccionar. Acercándose hasta el científico, tomó el sable y se lo dio a Joan.

—Es tuyo —dijo—. No creo que nadie se atreva a negarte el derecho a quedártelo. Y tendrás también el escuadrón de cazas que te prometí.

—¡Pero si ni siquiera sabe pilotar un caza! —protestó uno de los generales, de nombre Risfen, cuyo uniforme lo identificaba como miembro del Cuerpo de Pilotos de la Armada—. ¿Sabes hacerlo acaso, cadete? —preguntó volviéndose hacia Joan.

—¿Tienen simuladores de vuelo a bordo? —preguntó ella a su vez.

—Sí, claro… —contestó el general, un tanto cogido por sorpresa por la rápida contestación de Joan.

—Pues pónganme a prueba, por favor.

El almirante Rickermoon dio algunas órdenes usando un transmisor de pulsera y todo el grupo se dirigió hacia las instalaciones de entrenamiento de pilotos del *Armonía*. Cuando llegaron allí, Joan descubrió una cara conocida entre los técnicos que estaban

trabajando en la cabina de uno de los simuladores. El joven le hizo señas para que se acercara.

—Hola chavalita —le susurró el sargento Santer mientras Joan se introducía en el simulador—. Me alegro de verte otra vez.

—Lo mismo digo, señor —contestó ella sorprendida. El asiento y los mandos de la cabina ya habían sido ajustados a su estatura.

—Me han transferido al *Armonía* hoy mismo —le explicó él en voz baja mientras la ayudaba a colocarse el arnés de seguridad—. Desde que he subido a bordo no he hecho más que oír hablar de ti.

—¿Ah, sí?

—Sí. Una de las cosas que me han dicho es que si eres capaz de pilotar un caza, te van a dar el mando de todo un escuadrón…

—Así es —contestó ella sin poder evitar una sonrisa.

—Tengo que reconocer que estoy impresionado. En fin, si lo consigues, yo seré el técnico jefe de mantenimiento de ese escuadrón. —Santer sonrió enseñando los dientes. No podía negar que Joan le había gustado desde el momento en que la vio por primera vez. A pesar de ser más joven que las chicas con las que él solía salir, había algo en ella que trascendía la edad. Lo que le había dicho era verdad. Estaba realmente encantado de verla de nuevo .

Y ojalá se quede…

—Bueno. Lo mejor será que te dé algunas instrucciones antes de empezar. Este simulador corresponde al caza más moderno que puede encontrarse en la Flota, el Xatafi MF-21 *Cantante*.

—¿Cantante? ¿Por qué los llaman así?

—Espera a oír a uno encendiendo motores dentro de un hangar…

Unos minutos más tarde, Santer cerró la cúpula opaca del simulador y descendió por la escalerilla. Se dirigió a la consola de mando y comprobó que la conexión con los sistemas del simulador funcionaba a la perfección. Por lo menos una docena de generales y almirantes, incluidos el senador Carless y el almirante Rickermoon, observaban atentamente a su espalda.

—De acuerdo, cadete d'Arc —dijo por el intercomunicador—. Vamos allá.

Joan siguió uno a uno todos los procedimientos de arranque del caza, tal y como Santer acababa de explicarle, intentando no olvidarse nada de lo que éste le había dicho. Una parte de ella, la chica que había sido hasta tan sólo dos días antes, sintió pánico. Hasta ahora todo lo que había pilotado en su vida había sido la lanzadera de sus padres. Incluso con la ayuda de la Fuerza, ¿cómo iba a ser capaz de manejar el monoplaza de combate más sofisticado de la República? Pero la nueva mujer en la que acababa de convertirse enseguida se hizo cargo de la situación. Cerró los ojos durante un segundo y respiró profundamente, permitiendo que la Fuerza fluyera a través de ella.

Entre ella y los mandos. Joan abrió los ojos de nuevo y apuntó los sistemas de armamento del caza a la primera nave enemiga presentada por el simulador.

Una hora más tarde, Joan parpadeó al abrirse la cúpula. El sargento Santer estaba allí, en lo alto de la escalerilla, mirándola con una expresión extraña, entre sorprendido, admirado y divertido a la vez.

—Qué barbaridad, chavalita. Te has cargado todo lo que te he puesto por delante. La simulación ha terminado.

—Me alegro —dijo ella con un suspiro—. Esto estaba empezando a resultar agotador.

—Los combates de verdad no duran tanto tiempo —le confió él—. Vamos, te están esperando ahí abajo.

Joan se liberó del atalaje y se incorporó para salir de la cabina. Junto al simulador aguardaban de pie el senador Carless y su comitiva de altos mandos, todos contemplándola en silencio con expresiones que iban de la fascinación al más puro asombro. El senador sonreía.

—Ha sido increíble —dijo el almirante Rickermoon. ¿No lo cree usted así, general Risfen?

—Desde luego —respondió el aludido lentamente—, no me esperaba esto. —El general mantenía una expresión neutra, que no permitía deducir por completo el sentido de su frase—. La cadete d’Arc ha cometido algún que otro error de novato que sin embargo ha sido capaz de corregir. Un par de veces parecía no saber del todo qué tecla tenía que tocar cuando trataba de reprogramar la pantalla sensora. —El senador Carless se volvió a mirarle como si no pudiese creer lo que estaba oyendo. El almirante Rickermon frunció el ceño. Risfen hizo una pausa para mirar a Joan directamente a los ojos, y entonces sonrió al tiempo que levantaba las palmas de las manos, completamente entregado.

—Pero aparte de eso, jamás había visto a nadie pilotar una nave como acabo de verla a ella. Aunque se tratase de un simulador… —El senador pareció relajarse un tanto. Rickermon resopló.

—Muchas gracias, señor —dijo Joan con sinceridad, ignorando la última matización del general Risfen. La prueba del simulador había servido para aumentar su confianza—. Y ahora, ¿cuándo atacamos?

De vuelta en la sala de reuniones, la discusión fue corta. No había tiempo para largas deliberaciones. A pesar de las exhibiciones de Joan, se decidió mantener la prudencia y optar por un primer ataque de poca envergadura, llevado a cabo por una fuerza poco numerosa. La superioridad de los bretalianos era demasiado obvia y la mayoría de los altos oficiales seguía pensando que era mejor esperar a los corelianos antes de emprender una acción a gran escala. Joan tendría el mando temporal de un escuadrón de caza, si es que surgían suficientes voluntarios como para constituir uno. Joan estaba decepcionada, pero trató de ocultarlo. Había pedido una oportunidad y se la estaban dando, así que debería conformarse con eso. No obstante, las noticias sobre lo que Joan había hecho, tanto en lo referente a encontrar el mítico sable láser como al hecho de que hubiera batido todos los récords de la Flota en su primer contacto con un simulador de vuelo, se propagaron por las distintas unidades de caza casi a la velocidad de la luz. Resultó que

prácticamente todos y cada uno de los pilotos en servicio deseaban tener la oportunidad de tomar parte en el ataque. A Joan le fue permitido tomar sólo veintitrés, que junto con ella misma compondrían el escuadrón prometido por el senador. El general Risfen se ofreció a seleccionarlos por ella, prometiendo que serían los mejores posibles. Joan aceptó sin rechistar.

La misión de Joan sería atacar a algunos de los cruceros bretalianos que tomaban parte en el bloqueo de Alderaán. El objetivo era comprobar la capacidad real de respuesta de los bretalianos y, a ser posible, obligar a parte de sus naves a abandonar su posición, previsiblemente en persecución de los cazas republicanos. Si tenían éxito, era posible que una fuerza mayor intentara aprovechar poco tiempo después los posibles huecos que se hubiesen producido en el bloqueo.

Sólo restaban veinte horas del plazo otorgado por los bretalianos en su ultimátum a los alderaanos cuando Joan entró en el hangar principal del *Armonía*, vestida con un inmaculado traje de vuelo anaranjado y llevando un casco sin estrenar debajo del brazo. Veinticuatro *Cantantes* esperaban alineados en dos grupos de doce. A Joan su aspecto les pareció mortífero y atractivo a la vez. Sus pilotos formaban junto a las naves. Ella era la única mujer entre los pilotos de su recién creado escuadrón. Algunos notaron desde lejos el sable láser balanceándose del cinturón de Joan, y eso confirmó todos los rumores que los habían llevado hasta allí. Iban a estar mandados por una Dama Jedi. Joan les vio cuchichear y darse ligeros codazos unos a otros.

Parecían encantados con su suerte, a pesar de lo peligroso de la misión a realizar . *Espero no defraudarles*. Un piloto pelirrojo y con cara simpática se acercó a Joan y la saludó militarmente. Ella respondió del mismo modo, sintiéndose un tanto extraña al hacerlo.

—Soy el teniente Trillian, señora —se presentó el joven piloto—. Voy a ser su hombre ala.

—Me alegro de conocerle, teniente. Será un honor volar con usted. —Joan observó el caza más cercano y advirtió el caballo alado recién pintado sobre el casco, justo bajo la cabina—. ¿Qué es esto?

—Bueno, cuando nos dijeron que íbamos a formar parte de un nuevo escuadrón mandado por usted, y en qué consistía nuestra primera misión, alguien propuso llamarlo escuadrón Milagro. Oh, el caballo ha sido idea del mecánico jefe. Programó cuatro androides de mantenimiento para reproducir ese dibujo en cada nave del Escuadrón. El de la suya lo pintó él personalmente.

Caramba con el sargento…

—¡Es fantástico! —Joan estaba realmente sorprendida—. Así que escuadrón Milagro, ¿eh? Desde luego me encanta el nombre. ¿Y dónde está ese mecánico jefe tan detallista?

—Ahí lo tiene, esperándola junto a su caza. —Trillian señaló hacia una de las naves—. Es el sargento Santer.

—Muchas gracias, teniente. Nos veremos ahí fuera.

Joan caminó hacia su nave sintiendo, no sin cierto rubor, las miradas de todos los pilotos fijas en ella. Vio que Santer le hacía una señal con la cabeza, y entonces entendió lo que todos estaban esperando.

—Caballeros, ¡a sus cazas! —gritó—. ¡A sus órdenes señora! —le contestaron veintitrés voces a coro. Joan se preguntó si lo tenían preparado mientras los veía abordar sus *Cantantes*—. Señora —murmuró para sí—. No creo que me acostumbre nunca a oír eso… —Joan sacudió la cabeza y recorrió corriendo la distancia que aún la separaba de su propia nave. Subió por la escalerilla y saltó a la cabina. El sargento Santer subió tras ella y le ayudó a colocarse el atalaje de seguridad y a conectar los sistemas vitales de la nave a su traje de vuelo.

—Ten cuidado, chavalita —le dijo cuando hubo terminado—. Puede que seas una Jedi, pero vas a necesitar algo más que eso para sobrevivir.

—Gracias, señor —contestó ella. La máscara respiratoria ocultó su sonrisa.

—No, se acabó eso de llamarme señor. Llámame Tobb. Yo tendré que llamarte comandante cuando vuelvas.

—Comandante suena mejor que chavalita. —Joan disfrutó viendo la cara de Santer ante esa inesperada respuesta. Al parecer ni se le había pasado por la cabeza el que a ella pudiera molestarle el apelativo—. Pero no te preocupes. Tú podrás llamarme Joan —añadió guiñándole un ojo antes de bajarse las gafas.

—¡Ah, y muchas gracias por los caballos!

—No hay de qué —contestó él encogiéndose de hombros. El técnico se quedó allí por un momento mirándola desde lo alto de la escalerilla, aunque ahora ya no podía verle la cara. Finalmente se puso serio, la saludó al estilo militar, y le dijo— ¡Que la Fuerza esté contigo! —antes de bajarse de allí. Después se alejó caminando por la cubierta, apartándose del *Cantante* para que ella pudiera encender los motores.

Joan respiró profundamente, tratando de contener la emoción. Era la primera vez que alguien le había dicho esa frase, la que tantas veces había pronunciado ella mientras les contaba sus historias a los niños de su pueblo.

Pero al pensar en ello se dio cuenta de que no era cierto. Su padre se lo había dicho más de una vez cuando era pequeña. Era parte de un juego entre los dos. Joan suspiró. *Papá, ojalá Mamá y tú me perdonéis algún día por marcharme de esa manera. Ojalá estéis orgullosos de mí*. Joan cerró la cúpula y, uno a uno, fue conectando todos los sistemas del caza. El hangar se fue llenando con el estruendo provocado por los motores de los veinticuatro cazas.

Aunque dentro de la cabina el sonido le llegaba muy amortiguado, Joan no pudo por menos que sonreír. *Vaya, pues sí que parece que cantan.*

Segunda parte

Escuadrón Milagro

«Un poderoso aliado es la Fuerza.»
Yoda, Maestro Jedi

Capítulo I

[A bordo de la *Vigilante*]

Llamarada salió de la enfermería y se encaminó hacia el puente. Por el camino se dio cuenta de que alguien estaba siguiéndola y volvió la cabeza para ver quién era. Se trataba de Víbora.

—Espera un minuto, Llamarada. Tengo algo más que decirte.

—¿Sí?

—Las órdenes del Alto Mando no son la única razón para que tengamos que abandonar esta zona. Recuerda que hemos dejado una corbeta y un caza de asalto incapacitados no lejos de aquí, y más pronto o más tarde otra patrulla imperial dará con ellos. Si todavía estamos en este cuadrante cuando eso suceda, tendremos un serio problema.

—Yo también estaba pensando en eso. —Llamarada se detuvo en mitad del pasillo—. Mira, de verdad que estoy tentada de volver allí en un ala-B y acabar con ellos de una vez. Eso solucionaría el problema.

—Ya —dijo Víbora con súbito enfado—. Eso es *justo* lo que harían los imperiales. Esas naves están ahí indefensas, incapaces siquiera de levantar sus escudos para protegerse, y seguirán así hasta que reciban ayuda para reparar los sistemas dañados por las descargas iónicas. Pero constituyen una molestia porque pueden delatar nuestra presencia aquí, así que vamos y los matamos a todos. Punto. Eso tiene un nombre, Llamarada, y es asesinato. Yo dejé la Armada Imperial debido a cosas como esa. —Víbora había ido levantando progresivamente el tono de voz hasta terminar casi gritando. No podía ocultar lo afectado que se sentía, y eso sorprendió bastante a Llamarada.

El antiguo piloto de cazas TIE no acostumbraba a mostrar sus sentimientos de esa manera. Víbora era cordial, amable, a veces incluso simpático, pero tremendamente discreto y reservado. *El tío está realmente preocupado*, recapacitó Llamarada, que había hablado casi sin pensar. *Víbora nunca cuenta gran cosa sobre su pasado, pero debe de haber visto cosas muy malas cuando estaba con los imperiales.*

—Tienes razón —le contestó—. Supongo que hay una línea que nunca deberíamos cruzar, o no seríamos tan diferentes de los cabeza-cuadrada, ¿verdad? —Llamarada había utilizado a propósito la expresión cabeza-cuadrada, el apelativo burlón que los rebeldes usaban a menudo para referirse a los militares imperiales. Habiendo sido Víbora uno de ellos, Llamarada esperaba que se lo tomara como un chiste y se relajara un poco. Pero Víbora no le contestó. En lugar de eso se quedó allí mirándola, esperando una respuesta clara acerca de cuáles eran sus intenciones como comandante en funciones del escuadrón.

Lección número uno para nuevos comandantes, pensó Llamarada para sí, *pensar las cosas dos veces antes de decirlas*.

—No te preocupes —dijo ofreciéndole a Víbora la mejor de sus sonrisas—. No hablaba en serio. Ya me conoces, ¿no? Yo sería incapaz de hacer algo así. —Llamarada le dio una palmada en la espalda y echó de nuevo a andar por el corredor.

Víbora asintió, un poco más relajado, y la siguió.

—¿Entonces?

—No tenemos tropas a bordo, así que no podemos plantearnos siquiera el tomar prisioneros —respondió Llamarada pensando en voz alta—. Y no podemos contar con ayuda del Alto Mando, o no nos habrían ordenado poner rumbo inmediato hacia espacio controlado por la Alianza. A lo poco que hay. —Víbora asintió—. Sé que Avalancha estaba intentando dar con una manera de salvar a los colonos —prosiguió Llamarada, pero no puedo ni empezar a imaginarme cómo diablos podríamos hacerlo. Y lo peor es que casi no nos queda tiempo… Ah, por descontado, hagamos lo que hagamos, será a costa de ignorar nuestras órdenes. Menos mal que las ejecuciones de oficiales desobedientes están prohibidas en la Alianza. ¿O no?

—Si no lo estuvieran ya casi no quedarían rebeldes —respondió Víbora con una media sonrisa—. Está bien, un problema cada vez. Demos un salto corto a través del hiperespacio hasta una posición más segura. Eso nos permitirá aplazar un poco la decisión final sin contradecir las órdenes del Alto Mando. Mientras tanto podemos seguir dándole vueltas al asunto de los colonos, a ver si se nos ocurre algo.

—De acuerdo, daré las órdenes necesarias. Advertiré a Iceberg y a Coloso para que enlacen sus ordenadores de vuelo con la computadora la fragata y nos acompañen en el salto. —Llamarada se quedó pensativa por un momento y se detuvo de nuevo mirando a Víbora—. En cuanto a eso de darle vueltas al asunto… La única cosa que me ha venido a la cabeza cada vez que he pensado en todo esto es que la nave en la que nos encontramos es todavía, técnicamente al menos, una fragata imperial…

—Vaya, eso ya parece medio plan. —Ahora Víbora sonrió abiertamente—. Veré si puedo aportar mi granito de arena a esa idea. De momento voy a acercarme a ver cómo se les está dando a Granito y Alce con los dichosos torpedos.

—Muy bien. Estaremos en contacto. —Mientras Víbora daba media vuelta y se alejaba por el pasillo caminando a grandes zancadas, Llamarada retomó su camino hacia el puente de mando con expresión ensimismada. *Una fragata imperial. Estamos en una fragata imperial. Eso tendría que servirnos para algo…*

Lo que quedaba de la lanzadera destruida había sido apartado por fin de la entrada del hangar principal de la *Vigilante*. Ahora el montón de chatarra en que había quedado convertida se hallaba arrinconado junto a uno de los mamparos laterales. Un técnico estaba inspeccionando los restos, buscando componentes utilizables. No lejos de allí, podía verse a dos corpulentos pilotos sentados en mitad de la cubierta, totalmente rodeados por piezas desmanteladas de los lanzatorpedos de un ala-B y dos bombarderos TIE, por lo menos tres torpedos de protones imperiales, y otros muchos componentes inidentificables y de procedencia diversa. Los dos estaban decidiendo ruidosamente quién era el culpable del último experimento fallido, cuando apenas hacía un minuto que habían

regresado de la enfermería. Al parecer uno de los torpedos había estado a punto de explotar allí mismo, dentro del hangar, lo que podría haber causado una catástrofe de proporciones inimaginables.

Pero a pesar de todo seguían trabajando mientras se gritaban el uno al otro, sin que nadie osara interrumpirlos. En realidad, e incluso antes del incidente con el torpedo, la mayoría del personal que se encontraba trabajando en el hangar había procurado hacerlo lo más lejos posible de los dos pilotos. Más allá, Lince estaba observando cómo dos técnicos se aprestaban a realizar las reparaciones más urgentes a su ala-B. A todas luces se veía que no sabían ni siquiera por dónde empezar. El cazabombardero estaba hecho un auténtico desastre. La piloto rebelde no podía dejar de observarlo, repasando una y otra vez los daños causados en él por los misiles y los láseres imperiales. En un momento dado sintió una mano sobre su hombro. Al girarse encontró a Sombra detrás de ella.

—¿Estás bien, Lince? —preguntó la recién llegada.

—Sí —respondió de forma casi automática. Pero al momento añadió— No, no me siento muy bien. —Lince resopló y se volvió completamente hacia su compañera, dándole la espalda al ala-B y a los dos técnicos—. He analizado los archivos de la computadora de vuelo, Sombra. Tal y como sospechaba, Avalancha fue derribada mientras trataba de quitarme a un caza imperial de encima.

—Eso es lo de menos ahora —Sombra negó con la cabeza—. No te sientas como si fuera culpa tuya.

—Es que no puedo evitar pensar que tendría que haber sido yo la que estuviera conectada a todos esos tubos, y que Avalancha está allí ocupando mi lugar.

Sombra se encogió de hombros. Sabía perfectamente que esa conversación no podía conducir a nada positivo, así que intentó cambiar de tema.

—¿Cómo les va a Granito y a Alce con los torpedos?

—¿Los torpedos? Ah, sí, parece que van a matarse el uno al otro, pero me da la sensación de que es sólo una manera de mantener la concentración y de paso evitar que nadie les moleste.

—Es efectivo —dijo Sombra—. Yo desde luego no me acercaría a ellos ahora mismo… En fin, espero que sepan lo que están haciendo… —Lince y ella vieron cómo Víbora se acercaba a los dos pilotos y les preguntaba algo. Alce se limitó a encogerse de hombros. Granito levantó la cabeza. Aunque no pudieron entenderle bien desde donde se encontraban, todo hacía pensar que la respuesta había sido algo más que grosera. Después los dos pilotos siguieron a lo suyo ignorando la presencia de Víbora. Aquel se encogió de hombros y se fue por donde había venido.

—¿No te has pasado un poco con Víbora? —preguntó el capitán Lewis— Alce

Gregory. A pesar de conocerle hacía poco tiempo, Víbora le caía bien. Lo mismo le sucedía con Granito, aunque no recordaba haber conocido nunca a nadie con tan pocos modales. Ni con un repertorio tan grande de tacos.

—¡Qué va! —respondió Granito negando con la cabeza—. Es un tío un poco serio, eso es todo. Sé cómo llevarle.

—Pues él es capitán y tú oficial de vuelo. Por menos que eso yo te habría mandado arrestar.

—Pues hazlo —gruñó Granito—. Tú también eres capitán.

—Seguramente lo haré en cuanto acabemos con este trabajito. Por todas las veces que me has faltado al respeto *a mí*.

—Con lo increíblemente manazas que eres, deberías estar acostumbrado.

—¿Manazas? ¿Yo? Has sido tú el que…

—Calla ya y pásame el soldador. Ya verás como ahora funciona…

—Ya. Eso es exactamente lo mismo que dijiste hace cinco minutos —le recordó Alce—. Y acuérdate de lo que *casi* ha pasado. Si no llego a estar yo aquí…

—¿Quieres que empecemos otra vez? —respondió Granito, mirando a Alce de forma feroz y alzando sobre su cabeza un objeto metálico bastante aparatoso, listo para lanzárselo a su compañero. El objeto en cuestión era un sensor de calibración de dispositivos de guía de torpedos, imprescindible para lo que pretendían hacer. Alce había conseguido ponerlo a punto tras varias horas de duro trabajo. Ahora contempló con horror como su compañero amenazaba con utilizarlo como arma arrojadiza. Alce se puso a buscar a su alrededor hasta que dio con una pieza alargada, en forma de barra, que era aun más grande que el sensor de calibración.

—¡Maldito caldaniano loco! —exclamó Alce—. ¡Como rompas eso te vas a comer esto otro!

Granito le enseñó los dientes en una sonrisa salvaje, levantando el calibrador un poco más alto aún. Pero de pronto se quedó como petrificado.

—Eh, ¿eso no es un enganche para misiles de impacto estándar imperiales?

Alce miró por segunda vez la pieza, cubierta de grasa hasta resultar casi irreconocible, y frunció el ceño.

—Ahora que lo dices… —Alce dejó la pieza en el suelo y empezó a limpiarla con un trapo. Granito dejó el calibrador donde estaba, depositándolo con sumo cuidado. Alce casi no se dio cuenta del detalle, concentrado en lo que estaba haciendo—. Mira. Usa el mismo mecanismo de sujeción que los lanzatorpedos, pero es un poco más pequeño. Si pudiéramos ensamblarlo junto con algunas piezas de los lanzatorpedos del ala-B…

—… Podríamos obtener un lanzaproyectiles híbrido que serviría para los torpedos de protones imperiales… —continuó Granito.

—… Y podríamos olvidarnos de una vez por todas de los lanzatorpedos imperiales que nos están dando tantos problemas para adaptarlos a los alas-B.

—¡Eso es! ¡Ya sabía yo que tenía que haber algo dentro de esa cabezota tuya! —exclamó Granito completamente entusiasmado.

—¿Los ves? —preguntó Lince meneando la cabeza—. Ahora van y en lugar de chillarse empiezan a reírse como dos locos.

—Salgamos de aquí antes de que les dé tiempo a hacer más pruebas… —contestó Sombra, entre divertida y preocupada.

La oficial de vuelo Diana «Chistes» Agar se había pasado un buen rato mirando a los diferentes monitores conectados al cuerpo de Avalancha, pero al final llegó a la conclusión de que estaba perdiendo el tiempo. El androide médico ya se estaba encargando de esa tarea, y además él sabría interpretar lo que estaba viendo. Chistes decidió ignorar las indicaciones del androide acerca de que Avalancha era incapaz de oírla, y empezó a hablar con ella.

Quizá el androide se equivocaba en eso, y ella necesitaba cada vez más desesperadamente sentir que estaba haciendo algo por ayudar a su amiga.

Después de todo, era Llamarada la que había sugerido que le hablara…

—Empezaré por cuando tenía dos años —comenzó—. Podría empezar antes, pero no hay nada interesante que contar. Bueno, resulta que el día de mi segundo cumpleaños me di cuenta de que nadie estaba mirándome, así que me decidí a investigar para qué servían los botones del procesador de alimentos…

Capítulo II

[En el otro lado]

Cuando el último caza hubo abandonado el hangar, el crucero que los había traído allí partió. Las pequeñas naves no estaban capacitadas para viajar por el hiperespacio. Esa posibilidad estaba reservada para navíos de gran tamaño, ya que los motivadores de salto necesarios para hacer a una nave abandonar el espacio normal y saltar al hiperespacio, así como los motores capaces de mantenerla en él, eran demasiado grandes como para ser montados en un caza. Lo mismo sucedía con los generadores de escudos, por lo que la única protección contra rayos láser de la que disponían los cazas era su propio blindaje, y se encontraban prácticamente indefensos ante ataques con misiles.

Pero incluso con esas limitaciones, el Xatafi MF21 «Cantante» era uno de los mejores cazas jamás construido. Para los estándares de la época, era bastante sólido, muy ágil y considerablemente bien armado.

El escuadrón había sido lanzado aún lejos del objetivo, intentando evitar que la entrada y salida del espacio normal del crucero pudieran ser detectadas por los bretalianos. No había ningún plan concreto. Se trataba tan sólo de atacar a algunas de las naves que en esos momentos se encontraban en la órbita de Alderaán, y provocar tantos destrozos como fuera posible. Cada *Cantante* portaba una bomba espacial, un arma no muy precisa, pero que lanzada cerca del blanco podría causar grandes daños en una nave nodriza o en un crucero de batalla. Les esperaban casi dos horas de vuelo hasta alcanzar el planeta sitiado. Se había decretado un silencio absoluto en las comunicaciones hasta alcanzar el objetivo, así que durante ese tiempo no había otra cosa que hacer que echarle un vistazo a la pantalla de datos de vez en cuando y pensar en lo que estaban a punto de hacer. Los sensores instalados en su nave no podían detectar a las naves enemigas desde tan lejos, pero Joan no tenía por qué depender de sus instrumentos. Su intención era utilizar la Fuerza para sentir a las naves bretalianas y a sus ocupantes, tal y como solía hacer con pequeños animales e insectos, allá en Gerillia. Comenzó a respirar lenta y profundamente, buscando alcanzar el estado de relajación necesario. Poco a poco sintió como aumentaba su percepción de la Fuerza, y se abrió a ella de forma casi instintiva.

Un río de pensamientos inundó a Joan, desbordándola de tal modo que estuvo a punto de perder el control de su caza. Lo primero que percibió fueron los pilotos de su escuadrón. La mayoría hacían lo posible por controlar sus nervios y su miedo, cada uno a su manera, pero lo que más le sorprendió fue que todos parecían creer que podían ganar esta batalla. No, no parecían, realmente lo creían. Confiaban ciegamente en ella. Joan se sintió confortada por esto, aunque tuvo que esforzarse para no dejarse abrumar por semejante responsabilidad. A continuación proyectó sus sentidos hacia afuera, más y más allá, hasta que por fin su mente tocó a las de los bretalianos. Joan intentó separar el origen de los distintos flujos de sensaciones que invadían su conciencia. Después de que algún tiempo, empezaron a parecerle como colmenas, hechas de pensamientos y de emociones entrelazados, y separadas entre sí por grandes vacíos. Por espacio muerto. Eso

es. Sin demasiado esfuerzo, era capaz de distinguir y aislar a la tripulación de una nave del resto.

Siguió perfeccionando ese nivel de percepción durante un rato, intentando y consiguiendo captar el humor general a bordo de cada nave. La mayoría de los bretalianos transmitían aburrimiento y expectación casi a partes iguales.

Algunos parecían estar ávidos por que comenzara la posible batalla, pero el sentimiento más extendido era la confianza. Un exceso de confianza. No esperaban en absoluto ser ellos las víctimas de un ataque, lo cual favorecía los intereses de los pilotos republicanos.

Pero Joan recibió infinitamente más de lo que quería. Había también buenos sentimientos en los bretalianos. La gente que iba a bordo de esas naves amaba a otras personas. Proyectaban intensas emociones hacia sus compañeros, hacia sus amigos y hacia sus familias. Muchos tenían parejas estables. Había bastantes que tenían hijos. Joan sintió como si fueran suyas sus ilusiones, sus preocupaciones, sus proyectos para el futuro. Sus grandes deseos de vivir. Joan estuvo cerca de derrumbarse en esos momentos. ¿Cómo iba a ser capaz de disparar contra esas naves? ¿Cómo podía siquiera pensar en matar a esas personas? Bajo sus gafas negras, una lágrima rodó por su mejilla cuando imaginó a todos aquellos seres muriendo a sus manos. *¿Qué estoy haciendo?* Empezó a sentir unos deseos tremendos de darse la vuelta y huir de todo aquello.

Pero de repente, como si de un ruido de fondo se tratara, Joan sintió que había algo aún más grande, mucho más, por detrás de los bretalianos. Eran los habitantes de Alderaán. Al extender su conciencia hacia ellos, Joan percibió su inmensa angustia, su miedo, la desolación que sentían. Fue en ese mismo instante cuando comprendió por qué los Jedi eran tan reacios a luchar, y especialmente a intervenir en guerras. Las guerras te obligaban a decidir a cuál de las partes en conflicto apoyar, a tomar partido entre dos grupos, dos naciones, dos mundos. Entre dos bandos que, por una razón u otra, estaban enfrentados, quizá de forma irreconciliable, pero sin que ninguno de ellos fuera necesariamente malvado en sí mismo. Al final, se hiciera lo que se hiciera, siempre tenían que morir buenas personas. Cualquier ser inteligente, sin especial conexión con la Fuerza, podía comprender esta gran verdad a un nivel intelectual. Pero un Jedi además podía sentirla. Joan plegó las gafas dentro del casco y se limpió las lágrimas con su mano enguantada. Después cerró los ojos por un momento, dejando que sus pensamientos se serenaran. ¿Era la suya una causa justa? El corazón le decía que sí. La gente de Alderaán no tenía ninguna culpa de lo que les estaba sucediendo. Eran ellos los que estaban a punto de ser invadidos. Eran ellos los que, al final del día, podrían haberse convertido en sirvientes, en esclavos incluso, de los bretalianos. No, de ninguna manera. Ella no podía quedarse de brazos cruzados mientras eso sucedía. Abrió de nuevo los ojos. Había tomado una decisión. Una terriblemente dolorosa. Para ayudar a unos tendría que matar a algunos de los otros.

Cuando se marchó de Gerillia, dejando atrás a sus padres y al único hogar que conocía, había creído que el corazón se le rompía. Ahora, mientras apretaba el botón que

activaba el sistema de comunicaciones, sintió cómo los fragmentos se rompían de nuevo en pedazos aún más pequeños.

—Aquí Líder Milagro. Preparaos para el combate.

Mientras las respuestas de los pilotos iban sonando en sus auriculares, Joan podía percibir cómo los sentimientos de sus compañeros se volvían más fuertes incluso. La computadora de vuelo emitió una señal sonora. Joan comprobó que los sensores acababan de detectar al primero de los cruceros de batalla bretalianos. Una tras otra, nuevas señales iban apareciendo sobre la pantalla sensora. Le habían dicho que ocho de las bombas espaciales que transportaban serían suficientes como para destruir uno de esos cruceros. Eso significaba que, entre todos, podían eliminar un máximo de tres. Joan eligió las tres más cercanas y las marcó en la memoria de la computadora como objetivos número uno, dos y tres. A continuación envió esa información a los ordenadores de vuelo de cada uno de los cazas que componían el escuadrón.

—El plan es muy simple —dijo a través del comunicador—, vamos a atacar a esas tres naves. Milagro Nueve a Dieciséis, lanzareis vuestras bombas contra el blanco número dos, la nave que está a babor. Milagro Diecisiete a Veinte Cuatro, vuestro objetivo es el blanco número tres, el crucero más a estribor. El resto de nosotros disparará contra el blanco número uno, justo a proa. Grupos dos y tres, adelantaos un poco. Tenemos que intentar atacar a las tres a la vez.

—Aquí Milagro Nueve, jefa. ¿Qué hay de los cazas enemigos?

—No nos esperan. Estaremos encima de los cruceros antes de que tengan tiempo de reaccionar. No intentéis enfrentaros a los cazas hasta que hayáis lanzado esas bombas.

—Roger, Líder Milagro.

No más preguntas, ninguna otra duda. Joan sólo tenía diecisiete años, pero aún así había veintitrés hombres adultos dispuestos a morir siguiendo sus órdenes. Joan se liberó de su miedo. Sentía la Fuerza con ella, a su alrededor, y pensó que la edad no importaba en absoluto. Concentró su mente en los tres cruceros bretalianos. Se le estaba ocurriendo algo. Antes de despegar, mientras el almirante Rickermon y el general Risfen le describían la resistencia que podía esperar, Joan se había dado cuenta de que sus posibilidades de éxito aumentarían exponencialmente cuanto más tardaran los bretalianos en advertir que se aproximaban. Aquello parecía obvio, pero al mismo tiempo inalcanzable. Pero quizás ella pudiera conseguirlo…

Joan intuía que, incluso con la ayuda de la Fuerza, sería muy difícil obligar a alguien a actuar o a pensar en contra de su voluntad. Forzar a cientos o a miles de personas sería imposible. Pero lo que sí se podía hacer era *reforzar* algo que ya estaba allí. Sabía que tenía esa capacidad desde que era pequeña. A los cinco o seis años era terriblemente traviesa. Después de haber hecho alguna trastada y que sus padres la hubieran castigado, llegaba un momento en el que ya prácticamente se les había pasado el enfado y empezaban a pensar en perdonarla. Ella siempre notaba cuando llegaba ese momento, y los empujaba a que la perdonasen más rápido aún y le levantaran el castigo enseguida. Para ella bastaba con desearlo con mucha fuerza, y casi nunca fallaba, a no ser que se

precipitara y lo intentara antes de tiempo, cuando el enfado era todavía muy reciente. Al irse haciendo más mayor, se fue dando cuenta de que otras personas no tenían ese poder, y poco a poco llegó a la conclusión de que el hacer aquello era abusar de la gente, especialmente si se trataba de sus padres. Dejó de utilizar esa habilidad, de la misma forma que dejó de hacer travesuras.

Hasta que, un día antes, su camino se había cruzado con el del capitán de navío Bandric, y presintió que era la persona indicada para ayudarla. En ese momento casi no había pensado en lo que estaba haciendo, pero el hecho evidente es que había utilizado la persuasión mediante la Fuerza para empujar al capitán del *Dragón* a colaborar con ella. No había vuelto a ver al bueno de Bandric desde que había salido disparada hacia Eyna, en busca del sable láser que ahora llevaba sujeto al cinturón, pero tal y como habían ido las cosas esperaba no haberle causado ningún problema. Después había hecho lo mismo con el senador Carless, aunque a él apenas tuvo que empujarle. El senador estaba tan frustrado por no poder hacer nada por defender Alderaán, que se habría arrojado en los brazos de cualquiera que le hubiera ofrecido una posibilidad de lograrlo.

Joan pensó que si la persuasión había funcionado dos veces, quizás podría hacerlo una tercera. ¿Resultaría lo mismo con muchas mentes que con una sola? El escuadrón se aproximaba a las naves bretalianas a la máxima velocidad que los *Cantantes* podían alcanzar. Ellos ya tenían a los bretalianos en sus pantallas. Tenían la ventaja de que sabían exactamente hacia dónde tenían que apuntar sus sensores, mientras que los bretalianos tendrían necesariamente que hacer barridos de todo el sistema planetario con los suyos.

Pero a pesar de eso, los cazas republicanos tenían que estar a punto de ser detectados por el enemigo. Joan decidió que merecía la pena hacer un intento.

Joan se concentró y volvió a extender sus sentidos hasta tocar las mentes de los tripulantes de los cruceros bretalianos. Esta vez le fue mucho más sencillo. Enseguida encontró lo que buscaba. Su objetivo sería el exceso de confianza de los bretalianos.

Confianza. Eso es bueno. Estáis seguros, a salvo, no hay nada a lo que temer, no hay ninguna razón para mirar a los monitores. ¡Sois tan poderosos!

Nadie se atrevería a atacar a una armada tan poderosa como la vuestra…

La distancia estaba disminuyendo rápidamente. La pequeña fuerza atacante ya tendría que haber sido localizada por los sensores de los cruceros de batalla. Pero sus operadores no estaban mirando las pantallas.

No os preocupéis, no hay peligro. Las pantallas están tan vacías como la última vez que mirasteis…

Alderaán ocupaba ya casi tres cuartas partes del espacio visible ante ella.

Joan podía distinguir perfectamente las siluetas de los cruceros enemigos. Un bretaliano que mirase a través de cualquiera de sus múltiples escotillas externas, tendría que ver veinticuatro puntitos luminosos haciéndose más grandes a cada instante, justo frente a sus ojos. Pero nadie se dio cuenta.

No hay nada ahí fuera. Nada que temer…

Las alertas sonaron a bordo de los tres cruceros de batalla, pero sus tripulaciones reaccionaban con demasiada lentitud. No podían creer que les estuvieran atacando. No a ellos. Joan hizo un último esfuerzo.

Nada que temer, nada que temer…

El escuadrón Milagro casi tenía a las naves enemigas dentro del radio de acción de sus bombas cuando las defensas cobraron vida. Joan tuvo que concentrarse en pilotar su caza y no pudo mantener por más tiempo su influencia sobre las mentes de los bretalianos. A esas alturas el sudor cubría su cara bajo la máscara y las gafas, pero el esfuerzo no había sido en vano: había logrado conducir al escuadrón hasta allí sin que las naves enemigas abrieran fuego sobre ellos hasta que estuvieron prácticamente encima de ellas.

Joan activó el dispositivo lanzador de la bomba espacial y dirigió al *Cantante* contra el crucero, haciéndolo girar sobre su eje para evitar las descargas láser que, ahora sí, eran disparadas sin descanso por los artilleros bretalianos. Su visor de puntería se iluminó en color rojo y la computadora emitió una señal sonora indicando que se encontraba a la distancia óptima del blanco para el lanzamiento de la bomba. Joan apretó el disparador y tiró furiosamente de la palanca de mandos para elevar al *Cantante* por encima del crucero. No necesitaba instrumento alguno para saber que había conseguido un impacto directo. La onda expansiva causada por la tremenda explosión, a tan poca distancia por debajo de ella, hizo estremecerse a su caza como si fuese una hoja de un árbol agitada por el viento. A su alrededor, el resto de los pilotos del escuadrón Milagro soltaban también sus bombas con inmejorable precisión.

Una tras otra, todas iban alcanzando sus blancos. Dos *Cantantes* fueron destruidos justo después de lanzar sus proyectiles, pero cuando el resto del escuadrón se alejaba a toda velocidad de sus objetivos, las tres imponentes naves se deshacían literalmente, sus cascos reventados por explosiones encadenadas. Grandes lenguas de fuego iluminaban el espacio por un instante, antes de que el oxígeno que las animaba fuera consumido por completo. Un millar de fragmentos incandescentes se precipitaba ya hacia la atmósfera de Alderaán, atrapados por el campo gravitatorio del planeta. El general Risfen había cumplido con su palabra. Estos pilotos eran indudablemente los mejores que había en la Flota. Ninguno de ellos había fallado su blanco.

—¡Casi no puedo creerlo! —exclamó Milagro Cuatro—. ¡No empezaron a dispararnos hasta que estábamos echándoles literalmente el aliento en la cara!

—¡No os relajéis ahora, que aquí llegan sus refuerzos! —advirtió Milagro Dos.

El teniente Trillian acercó su caza más aún al de Joan, adoptando su posición como hombre-ala. El resto del escuadrón fue haciendo lo mismo, a medida que iban incorporándose a la formación tras la mortal pasada sobre las naves capitales enemigas.

—Aquí Milagro Seis, Líder. Los cazas son *Tenedores*, al menos dos escuadrones. —El BretalTec BT-11— Tridente —era el modelo de caza más extendido entre las fuerzas navales bretalianas. Las góndolas gemelas que contenían tanto el armamento como los motores se encontraban a ambos lados de la nave, sujetas a las alas en un ángulo de

treinta grados respecto al módulo de mando. Visto desde arriba, podría parecer un tridente al que alguien le hubiera recortado el mango, y de ahí su nombre. Los pilotos republicanos, no obstante, lo habían rebautizado enseguida como *Tenedor*.

—Si queremos volver a casa nos vamos a tener que abrir camino peleando —dijo Joan. Sin necesidad de comprobarlo sobre la pantalla sensora, los movimientos de las naves enemigas cobraban sentido para ella—. Sus cazas van a intentar acorralarnos, manteniéndonos lejos de nuestro vector de salida del sistema. No se lo vamos a poner fácil. Atacadles a vuestra discreción, pero procurad no separaros demasiado unos de otros. —Joan escuchó varios clicks en sus auriculares como confirmación de sus instrucciones.

Los bretalianos estaban reaccionando por fin al ataque. Algunas de sus naves capitales se estaban moviendo para cubrir el hueco dejado por los tres cruceros destruidos, mientras que docenas de cazas acudían a enfrentarse a los intrusos antes de que tuvieran ocasión de escapar. La primera oleada ya estaba allí.

Joan maniobró en zigzag para evadir el fuego frontal y eligió como blanco una de las naves más cercanas. Sin detenerse a mirar cómo explotaba, maniobró para poner su caza en la cola de otro enemigo. Una nueva explosión marcó el lugar donde el *Tridente* estaba un momento antes, mientras que Joan forzaba su *Cantante* en un ajustado rizo para evitar los disparos de un tercer bretaliano. El piloto enemigo no podía entender cómo había podido fallar. Un momento antes tenía al caza republicano centrado en su mira, y de repente ya no estaba allí. Sin duda estaría aún más sorprendido al ver cómo su propio indicador de amenaza comenzaba a parpadear avisándole de que estaba siendo apuntado, pero no tuvo tiempo para nada más.

—¡Tienes que enseñarme a hacer eso, jefa! exclamó Trillian impresionado.

Joan estaba demasiado concentrada para contestarle. Ella y su *Cantante* se habían convertido en un único ser. De forma completamente instintiva, utilizaba la Fuerza para sentir las reacciones de la nave antes de que los sensores repartidos por el casco pudieran informar siquiera. La Fuerza era el único instrumento que Joan necesitaba. La joven percibía los cazas enemigos a su alrededor, moviéndose casi a cámara lenta, sabiendo en cada momento dónde estaban sin necesidad de consultar la pantalla sensora. La confusión crecía por momentos entre los pilotos bretalianos que se esforzaban por derribarla sin éxito, mientras que ella los iba eliminando uno tras otro.

Pero más y más cazas enemigos se iban incorporando al combate, y el resto de los pilotos del escuadrón no tenían la ayuda de la Fuerza. Milagro Siete apenas tuvo tiempo para dejar escapar un grito antes de desaparecer en una nube de fragmentos. Milagro Quince chocó contra un caza bretaliano y explotó.

Milagro Cinco pedía ayuda urgente, acosado por tres *Tridentes* colocados a su cola. Joan respondió a la llamada de este último lanzando su Cantante en rumbo de interceptación.

—¡Cinco —llamó Joan—, corta a tu izquierda YA! —El asustado piloto obedeció al instante. Sus tres perseguidores imitaron su maniobra, convirtiéndose al hacerlo en

blancos claros para Joan. Consiguió derribar a dos de ellos casi al unísono, pero el tercero estaba a punto de hacer lo propio con Milagro Cinco.

Joan redujo su velocidad y obligó a su nave a realizar un viraje cerrado en pos del bretaliano. A continuación empujó de nuevo hasta el fondo la palanca de potencia y trató de centrar el objetivo en su mira. Sintió acercarse nuevos cazas bretalianos. Eran tres y venían justo de frente. Si Joan se evadía de ellos, Milagro Cinco estaría condenado. La joven apretó los dientes y se mantuvo en pos de su objetivo, disparando una y otra vez, hasta que el caza enemigo empezó a desintegrarse. Milagro Cinco estaba a salvo de momento.

Joan maniobró, ahora sí, a la desesperada, para evitar a los cazas que la amenazaban, pero ya era tarde. Su caza recibió cuatro impactos antes de que pudiera salirse de la línea de fuego. La pantalla principal de datos explotó en mitad del panel de control. Joan sintió como los fragmentos se estrellaban contra su pecho. No pudo evitar gritar.

—¡Aguanta, Joan, ya estoy contigo! —La voz del teniente Trillian sonó en sus auriculares. Joan miró por encima de su hombro justo a tiempo de ver como uno de sus tres atacantes se retiraba gravemente dañado. Trillian estaba haciendo su trabajo. Los dos restantes seguían tratando de situarse a su cola.

Joan utilizó la Fuerza para controlar el dolor lo mejor que pudo. Tenía que quitarse de encima a sus perseguidores antes de que tuvieran ocasión de darle el golpe de gracia.

—No te preocupes, Dos —transmitió Joan no sin esfuerzo—. Estoy bien. —La sangre empapaba su traje de vuelo, pero no se dio cuenta. Realizando una brusca maniobra en forma de tijera consiguió que uno de los *Tridentes* la rebasara. Su hombre ala reaccionó y contrarrestó la acción de Joan reduciendo su velocidad, pero eso le dejó a merced del teniente Trillian, que no desperdició la ocasión. Joan invirtió su nave y picó por debajo del arco de giro del tercer bretaliano, que habiendo comprendido su error, trataba de abrirse para recuperar su anterior posición tras el *Cantante* de Joan. Ésta apretó el disparador una sola vez, alcanzando al bretaliano en los motores justo cuando se cruzaron. Al mirar atrás, vio como su rival se alejaba dando vueltas sobre sí mismo, fuera de control. Los disparos de Joan habían pulverizado sus toberas de maniobra. Joan no intentó perseguirlo. No quería matar a nadie más a no ser que fuera absolutamente necesario.

—¡Recibo nuevos contactos! —resonó la exclamación de Milagro Veinte.

—¡Vienen del planeta!

El excitado piloto estaba en lo cierto. La explosión de los tres cruceros bretalianos sobre su atmósfera, visible desde prácticamente todo un hemisferio, había puesto en alerta a los alderaanos sobre el combate que estaba teniendo lugar en su órbita. Cuando ya no esperaban recibir ayuda alguna, de pronto ésta había llegado. Las reducidas milicias alderaanas, diezmadas tras las primeras escaramuzas con las fuerzas invasoras, habían visto la ocasión para actuar. Era ahora o nunca. La brecha creada en el bloqueo por la destrucción de las tres naves les permitió abandonar el planeta y unirse a la lucha con todas las naves de combate de las que aún disponían. El primer crucero bretaliano

que, rodeando el planeta, conseguía llegar a la zona, se encontró bajo el fuego cruzado de dos naves de patrulla aduanera y al menos cinco cazas alderaanos. Su destrucción fue saludada por los gritos de alegría de varios de los pilotos del escuadrón Milagro. Pero esa no era la última sorpresa del día…

El almirante Rickermoon había sentido algo inexplicable cuando Joan había tomado la palabra a bordo del *Armonía*. Aunque lo ignorase, él también tenía una cierta afinidad con la Fuerza. Habría sido incapaz de explicar por qué, pero creyó firmemente en Joan desde el momento en que la escuchó hablar por primera vez. Aún sabiendo que lo que hacía iba en contra de su experiencia militar, el veterano almirante había ordenado al grueso de la flota saltar al hiperespacio con destino a Alderaán, de forma que llegaran allí diez minutos más tarde del momento en el que se estimaba que lo haría el escuadrón Milagro. Si éstos habían logrado para entonces romper el asedio y abrir huecos en las defensas bretalianas, las naves de la República tendrían una buena oportunidad para vencerles, incluso sin los prometidos refuerzos corelianos que no acababan de llegar. Amparándose en su condición de jefe supremo de la Armada de la República, recién aprobada por el Senado a petición del senador Carless, Rickermoon hizo valer su opinión y se negó a escuchar al resto de miembros del alto mando, que trataban de hacerle cambiar de idea. Hasta la última nave en condiciones de efectuar el salto a la velocidad requerida había sido movilizada. Para aplacar a su personal, había prometido ordenar la retirada si, tras salir al espacio real dentro del sistema de Alderaán, descubrían que Joan y el escuadrón Milagro habían fallado en su misión. Incapaces de obtener nada mejor, los capitanes de las naves republicanas se habían aprestado a cumplir las órdenes de Rickermoon. Pero todos eran conscientes de que si el almirante se equivocaba lo pagarían con pérdidas terribles antes de que pudieran dar media vuelta y saltar de nuevo al hiperespacio.

Rickermoon sentía las miradas sobre él de sus asistentes mientras el oficial de navegación del *Armonía* recitaba en voz alta las últimas diez cifras de la cuenta atrás antes de volver al espacio real. Al llegar a cero, las cubiertas de los visores del puente se alzaron y todos pudieron contemplar la esfera azulada que era Alderaán llenando el espacio ante ellos. Los sensores del crucero barrieron el sistema y las pantallas se llenaron de datos. El almirante Rickermoon estudió con atención el primer resumen generado por la computadora, mientras el silencio reinaba en el puente. Antes de acabar, Rickermoon sonreía ya abiertamente.

—Almirante, tenemos contactos múltiples. —Le informó el oficial al mando del grupo de sensores—. Hay naves alderaanas luchando codo con codo con el escuadrón Milagro… Uno de los cruceros bretalianos acaba de recibir graves daños y está intentando retirarse. En estos momentos no hay más que dos naves capitales en el sector, pero nos llegan nuevas indicaciones de que alrededor de veinte más están en camino.

El almirante sacudió la cabeza, visiblemente entusiasmado.

—Les harían falta cuarenta para poder cambiar las cosas. Esa joven lo ha conseguido. Ahora la ventaja es nuestra. —Con un gesto, pidió que se abriera la comunicación con el

resto de la flota republicana—. A todas las naves, ataquen a los cruceros bretalianos que entran en el sector. ¡No intenten ahorrar munición y usen cada torpedo o proyectil que tengan en sus arsenales!

Joan sintió la presencia del Almirante Rickermoon y supo que la ayuda había llegado. Iban a ganar la batalla.

—¡Vamos, pilotos, sólo un poco más! Hay que mantener a los cazas enemigos lejos de nuestros cruceros.

—¡Yyyyyaaaaaaaauuuuuuuuuh…! —Joan no se molestó en averiguar quién era el piloto que lanzaba semejante grito. A pesar del dolor que sentía en el pecho, Joan sonrió de oreja a oreja. Echó un rápido vistazo a su alrededor y lanzó el castigado *Cantante* contra un grupo de cazas bretalianos que, abandonando el combate cuerpo a cuerpo que hasta entonces habían mantenido con las naves del escuadrón Milagro, cambiaban de rumbo para interceptar a los recién llegados cruceros. El caza del teniente Trillian se mantenía pegado al suyo, como si se tratase de su sombra.

La primera oleada de torpedos procedentes de las naves de la República cayó como una tormenta ardiente sobre los desprevenidos bretalianos.

Excedían en número a las fuerzas de la República en una proporción de casi dos a uno, pero esta era la primera vez desde el comienzo de las hostilidades que se enfrentaban a un enemigo capaz de devolver los golpes. Luchaban sobrecogidos por la sorpresa de ver cómo varias de sus poderosas naves de guerra, invencibles hasta el momento, estallaban en llamas y se deshacían en pedazos. Las cápsulas de emergencia eran lanzadas al espacio por doquier.

En ellas se agolpaban los miembros más afortunados de las tripulaciones de las naves destruidas. Uno de los capitanes bretalianos cedió ante el pánico y dio orden de huir, sin ni siquiera recuperar antes sus cazas. Cuando su crucero maniobró alejándose del combate, pareció la señal para que otros hicieran lo mismo. El almirante Rickermoon dio orden a todas sus fuerzas de no perseguir a las naves en retirada, y concentrarse en las que aún presentaban resistencia.

Después se sabría que el almirante al mando de la flota de asedio viajaba a bordo de una de las primeros cruceros atacados por el escuadrón Milagro. Sin nadie que intentara coordinar las desesperadas acciones defensivas de los bretalianos, el desconcierto era pleno. Los cazas abandonaban la lucha y se apresuraban a volver a los hangares de sus naves nodriza, o a los de cualquier otra que estuviera dispuesta a admitirlos. Unos minutos más tarde, todas las naves que aún estaban en condiciones de saltar al hiperespacio lo habían hecho. Las tripulaciones de las naves restantes, incluyendo a la mayoría de los pilotos de caza, se entregaban y eran hechas prisioneras paulatinamente.

—Aquí Líder Milagro —transmitió Joan por fin con un murmullo de voz.

—Volvemos al *Armonía*. —Perdida ya del todo la íntima conexión con la Fuerza que le había permitido aguantar hasta ahora, sentía que las fuerzas le abandonaban. Se pasó una mano por el pecho y al mirársela descubrió que el guante estaba ensangrentado. Estaba perdiendo mucha sangre. Sentía que la cabeza se le iba por momentos, pero a

pesar de todo necesitaba decir algo más—. Estoy muy orgullosa de todos vosotros. —Después de eso permaneció en silencio. Hubo muchas contestaciones de pilotos que decían que había sido un honor volar a su lado. Otros expresaban su incredulidad por lo que habían conseguido hacer entre todos. Algunos sólo se reían. Todos sonaban felices, y hubo incluso quien se animó a realizar un tonel con su caza para celebrar la victoria. Joan escuchó al teniente Trillian diciéndole algo, pero apenas pudo entenderle. A esas alturas se encontraba luchando contra los deseos, cada vez más urgentes, de cerrar los ojos.

Capítulo III

Quince de los pilotos del escuadrón Milagro habían conseguido regresar al hangar del *Armonía*. Dos más habían podido saltar de sus naves antes de que fueran destruidas y estaban siendo recuperados en esos instantes por sendas lanzaderas de búsqueda y rescate. Diecisiete. Era increíble que hubieran sobrevivido tantos. Tan pronto como el último de los *Cantantes* se posó sobre la cubierta de vuelo, el hangar se convirtió en un clamor de oficiales, técnicos, y personal de apoyo, todos rodeando y vitoreando a los pilotos que, uno a uno, iban descendiendo de sus monturas. Antes de que llegaran al suelo eran cogidos y llevados a hombros por toda la nave. El sargento Santer consiguió abrirse paso a través de la muchedumbre que se agolpaba alrededor del caza de Joan. Con la escalerilla entre las manos, el técnico frunció el ceño al ver los impactos en la parte delantera del *Cantante*. Joan no había abierto aún la cúpula. Podía verla recostada sobre el cabecero del asiento. Sintiendo que su preocupación aumentaba por momentos, Santer aseguró la escalerilla, subió por ella y accionó desde fuera el mecanismo de apertura de la cabina. Joan dejó caer la cabeza hacia ese lado y abrió los ojos. Tenía la vista nublada, pero a pesar de todo reconoció el rostro que tenía ante sí.

—Hola, Tobb… —Eso fue todo lo que pudo decir antes de perder la consciencia. Horrorizado, Santer notó la sangre cubriendo el traje del vuelo de Joan.

—¡Necesito a un doctor ahora mismo! —El sargento tuvo que chillar con todas sus fuerzas para hacerse oír por encima del griterío—. ¡Joan d’Arc está herida!

Cuando volvió a abrir los ojos, Joan se encontraba en la sección médica del *Armonía*. El primer rostro que pudo distinguir ante ella fue de nuevo el de Tobb Santer. A su lado se encontraban el almirante Rickermoon y el senador Carless. Más atrás, cerca de la puerta, vio al teniente Trillian.

—Hola, Tobb —volvió a decir Joan, pero esta vez pudo acompañar el saludo con una sonrisa.

—Hola, Joan. —Tobb le cogió la mano con delicadeza. La suya era un poco áspera al tacto, notó Joan, debido sin duda al tipo de trabajo que hacía, pero a ella no le importó lo más mínimo—. No te preocupes —continuó él—. Tus heridas no eran graves. Me han dicho que ni siquiera te van a quedar cicatrices. Pero habías perdido mucha sangre.

—Y este joven tiene su mismo grupo sanguíneo —añadió el almirante Rickermoon—. Se negó a consentir que nuestros doctores le pusieran sangre sintética.

—Vaya. Gracias, Tobb. —La sonrisa de Joan se hizo más amplia aún—. Ahora te debo la vida.

—¡No tienes que darme las gracias, Joan! —exclamó él—. Además, varios de tus pilotos también se ofrecieron… —De pronto Tobb empezó a sonrojarse. Acababa de darse cuenta de que estaba tuteando a Joan y llamándola por su nombre en presencia del almirante Rickermoon y del senador Carless. Tan sólo un momento antes, el propio almirante la había tratado de usted.

—Eeeer, lo siento. Debí llamarla comandante…

Joan se rió con ganas y apretó con más fuerza la mano de Santer.

—Te dije que podías llamarme Joan. —Tobb miraba de reojo al almirante Rickermoon con cierto recelo—. ¿Qué pasa? ¿Acaso me equivoco, almirante? ¿Es que no puede llamarme simplemente Joan? Bueno, no sólo él, ¡todo el mundo!

Rickermoon sonrió.

—Claro que puede. Cuando estén los dos a solas. —Ahora fue el almirante el que se sonrojó ligeramente, aunque en ese momento Joan no entendió bien por qué. Aunque ni ella ni Santer eran realmente conscientes de lo que estaba sucediendo, el viejo soldado había advertido perfectamente el modo en el que los dos se miraban—. Por otro lado, el sargento Santer acaba de dirigirse a usted por el rango correcto. Lo de cadete fue sólo provisional. A partir de hoy es usted la comandante d’Arc.

—Y hay más —intervino el senador Carless, que hasta ese momento se había limitado a sonreír con las manos cruzadas a la espalda—. Comandante d’Arc, va usted a recibir la Medalla del Honor de la República por sus acciones de hoy.

Joan no supo qué decir. Todavía estaba demasiado cansada como para pensar sobre las consecuencias de su victoria. El senador Carless notó su fatiga y asintió con la cabeza.

—Bien, caballeros, creo que es hora de que nos marchemos y dejemos descansar a la comandante. Con todo lo que se avecina, va a hacerle falta.

—Todos los chicos la están esperando, jefa —dijo el teniente Trillian, venciendo por fin la timidez que, como a Tobb Santer, le causaba el estar en la misma habitación con un senador de la República y con el almirante en jefe de la Flota. El piloto hizo amago de salir por la puerta, pero se detuvo en seco y se volvió hacia Joan—. ¡Y no se olvide usted de que tiene que enseñarme a hacer esa maniobra!

Joan soltó una carcajada.

—Veremos si soy capaz de acordarme de lo que hice. Por cierto —dijo poniéndose seria—, muchas gracias por salvarme ahí fuera.

Trillian se encogió de hombros.

—No hay por qué darlas. Usted sí que nos salvó a todos. Yo sólo hice lo que debe hacer un hombre ala.

—Pues no volaré con ningún otro. —La sonrisa de Trillian le llegó desde una oreja hasta la otra. Saludó marcialmente y se marchó. El senador Carless y el almirante Rickermoon hicieron lo propio, tras desearle ambos una rápida recuperación.

Tobb se quedó atrás, evidentemente a propósito.

—El teniente Trillian tiene razón. ¿No te ha dicho nadie cuántos cazas bretalianos derribaste? Y eso por no mencionar al crucero…

Joan torció el gesto.

—No quiero saberlo. De verdad que no quiero saberlo.

—Lo siento —dijo Tobb confundido, retirando su mano de la de Joan—. Creo que te estoy molestando. Será mejor que yo también me marche.

—No, no es eso —se apresuró a decir ella, volviendo a cogerle la mano—. Es que no estoy en absoluto orgullosa de haber matado a esa gente. —Tobb la miró entre conmovido y sorprendido—. Muchos eran buenas personas —terminó de decir ella.

—Se me olvidaba que eres una Dama Jedi —dijo él asintiendo con respeto, casi con veneración.

—No, no lo soy. Hay un Consejo Jedi en Coruscant… —empezó a explicar Joan, pero se detuvo, súbitamente perdida en la mirada de él—. Y todo eso —dijo por terminar de algún modo.

—Cuando salgas de aquí y empieces a cruzarte con gente por los pasillos, pregúntales si creen o no que eres una auténtica Dama Jedi. O mejor aún, *percíbelo*. —Tobb acompañó la última palabra con un gesto teatral que la hizo reír. Ambos se quedaron mirándose el uno al otro por unos instantes, y después él se agachó para darle a Joan un beso en la mejilla. Fue un beso tierno, cargado de promesas, y ella sintió como la sangre se le venía a la cara.

—Volveré más tarde —dijo Tobb. Tras un último apretón, le soltó la mano y se marchó.

Durante un rato, Joan dejó de ser la increíble guerrera que, con la ayuda de la Fuerza, acababa de conducir un escuadrón de cazas, y en cierto modo a toda la flota de la República, a una victoria sin precedentes. Fue simplemente una chica de diecisiete años sintiendo la llamada del amor por primera vez en su corta vida. Cuando por fin se quedó dormida, lo hizo con una sonrisa en sus labios.

Capítulo IV

La ceremonia oficial de entrega de la condecoración iba a tener lugar en la capital administrativa y cultural del planeta, Aldera, dentro del Palacio del Congreso de Alderaán. El impresionante edificio estaba construido en el centro de una inmensa explanada ajardinada, justo en el lugar donde, varios miles de años atrás, se había erigido el edificio del Senado de la República, cuando Alderaán era aún la capital de la misma. Había fuentes por todas partes, evidenciando el amor de los alderaanos por el agua. El lugar estaba lleno de gente. No sólo senadores y políticos, que necesariamente tenían que ser minoría entre tanta multitud, sino personas de toda condición que habían llegado hasta del último rincón del planeta para ver con sus propios ojos, o al menos intentarlo, a la Jedi de Alderaán, como Joan estaba empezando a ser conocida. Sólo los más privilegiados y los más madrugadores habían conseguido un asiento en la Sala del Congreso. El resto se arremolinaban alrededor del edificio y frente a la media docena de pantallas holográficas gigantes que habían sido instaladas en los jardines. Los vendedores de refrescos, golosinas y recuerdos de la capital habían acudido en tropel, y sus puestos flotantes competían en vistosidad y colorido tratando de atraer al mayor número posible de clientes. Visto desde el aire, aquello era un auténtico mar de personas. Joan se sintió intimidada. Ni siquiera la visión de la flota de asedio bretaliana la había impresionado tanto. Ya estaba deseando estar de vuelta en el *Armonía*. Tobb la había citado para desayunar, comer o cenar, lo que tocara, tan pronto como Joan se encontrara de nuevo a bordo.

—Todos están aquí por ti —le dijo el almirante Rickermoon, contemplando con ella el espectáculo desde la lanzadera militar que los traía desde el *Armonía*.

—¿Intenta usted hacer que me sienta mejor? Pues, con su permiso, señor, lo está haciendo bastante mal.

Rickermoon soltó una carcajada.

—Veo que no le gusta la fama, comandante. A mí tampoco, la verdad. Aunque también es verdad que yo nunca he tenido una popularidad comparable con la que tiene usted ahora. —Joan se encogió de hombros con fastidio—. Si me permite un consejo —continuó el veterano almirante—, no desprecie el poder que da la fama. —Joan le miró sin comprender.

—Si la utiliza con prudencia, puede servirle para hacer aún más bien del que consiguió derribando esas naves allá arriba. Y sin necesidad de matar a nadie.

Joan dio un involuntario respingo.

—Lo tendré muy en cuenta, señor —respondió sin mirarle, notando que se estaba ruborizando. Era sorprendente, pero parecía como si Rickermoon la conociera ya a la perfección, a pesar de que se habían visto por primera vez hacía tan solo dos días. Joan había detectado cierta sensibilidad a la Fuerza en el almirante, pero no creía que fuera capaz de leerla el pensamiento. Pensaba más bien que se trataba de una afinidad natural

entre ambos, a pesar de la diferencia de edad. Fuera lo que fuera Joan se alegraba de ello. El almirante Rickermoon le caía muy bien.

Instantes después, la lanzadera se posó con gran suavidad sobre la plataforma de aterrizaje instalada en lo alto del Palacio del Congreso. El piloto se volvió para informarles de que podían descender cuando quisieran.

—Vamos allá —dijo el almirante. Aunque ya era media tarde, la luz del sol de Alderaán era todavía intensísima. Joan pestañeó al salir a la plataforma. El almirante Rickermoon lucía realmente imponente en su traje de gala, inmaculadamente blanco con entorchados dorados. Joan vestía la guerrera blanca, los pantalones azul marino ribeteados de rojo y las botas negras altas del Cuerpo de Pilotos de la Armada. Una estrella dorada de comandante refulgía en cada una de sus hombreras. Dos capitanes de la Guardia del Congreso Alderaano, en traje de gala blanco y azul cielo, les esperaban para escoltarles hasta la Sala de Plenos. En la plataforma había poca gente, tan solo el personal de seguridad selecto y algunos técnicos, que aplaudieron tímidamente a su paso. Pero la situación cambió tan pronto como cruzaron la puerta de acceso al edificio en sí. Los pasillos se encontraban repletos de personas, funcionarios del gobierno de Alderaán, en su mayoría, que habían aprovechado sus pases oficiales para acercarse hasta allí con el fin de echar un vistazo a Joan desde cerca. Sabían que eso sería prácticamente imposible tan pronto como la joven llegara a la Sala de Personalidades, anexa a la grandiosa Sala de Plenos, donde esperaría con el almirante, el senador Carless y otros invitados distinguidos a que comenzara la ceremonia. Antes de alcanzar el ascensor vio la primera holocámara.

—Madre mía —no pudo evitar exclamar en voz baja—, ¿van a transmitir esto por la holored de Alderaán?

Rickermoon volvió a reírse.

—Y por la de toda la República, comandante.

—Estoy seguro de que va a verse hasta en los mundos bretalianos, aunque no creo que allí vayan a aplaudirle demasiado.

—Madre mía —repitió Joan. Tan pronto como se hubo restablecido lo suficiente de sus heridas, Joan les había dejado un mensaje en la holored a sus padres. En él les contaba que estaba bien, y que había conseguido su objetivo de unirse a la flota republicana. No les dijo nada de lo que había hecho, pensando que les daría un ataque si se enteraban de que había entrado en combate. Aunque lo dudó mucho antes de hacerlo, terminó explicándoles que había utilizado un nombre supuesto al alistarse, sin decirles cuál. Se había asegurado de que el origen del mensaje no pudiera ser rastreado, o al menos no fácilmente, por lo que ellos no tendrían oportunidad de responderle. ¿Qué pensarían si la veían ahora? Seguramente muchos de sus familiares, amigos y vecinos la reconocerían. ¿De qué serviría entonces el haber cambiado de nombre? Miró a su alrededor con cierto nerviosismo. Si pudiera encontrar un terminal desde el que enviarles a sus padres un segundo mensaje… Pero ya era tarde. Estaban llegando ya a la Sala de Personalidades. Joan suspiró para sí y se dijo que la cosa ya no tenía remedio.

El senador Carless estaba ya esperándolos. El joven político se mostraba mucho más jovial de lo que Joan le había visto hasta ahora, libre, al menos por el momento, de la tensión que le había atenazado en los últimos días. Su aspecto era impecable. Vestía un traje negro sin adornos, sobrio pero muy elegante, que le hacía parecer más alto. Joan vio a una mujer agarrada al brazo del senador. Parecía algo mayor que ella, muy guapa, con el pelo muy negro y muy largo. Su traje era negro también, adornado con bordados plateados en el cuello, el pecho, y la cintura, a juego con sus pendientes y con la pulsera que lucía en una de sus muñecas. El traje dejaba al descubierto sus hombros y sus esbeltos brazos. Su piel estaba ligeramente bronceada. Joan sintió cierta envidia ante la belleza y elegancia de la mujer, lo cual la sorprendió un poco. Hasta ahora siempre se había creído inmune hacia esa clase de sentimientos. Cuando se dio cuenta de que la mujer la estaba mirando, Joan retiró la mirada con cierto rubor.

—Almirante, comandante —dijo el senador abriendo los brazos en un gesto de bienvenida—, ¡cuánto me alegro de verles!

—Yo también me alegro de verle aquí, senador —respondió Joan con sinceridad. La mujer desconocida no apartaba la vista de ella. Joan vio como le daba un discreto tirón en el brazo al senador. Éste captó la indirecta a la primera.

—Comandante, me gustaría presentarle a usted a alguien muy especial para mí —dijo el senador con una sonrisa de orgullo—. El almirante ya la conoce. Se trata de mi prometida, Sorelnei.

—Es un honor para mí conocer a la Jedi de Alderaán —dijo Sorelnei, soltándose del brazo del senador y extendiendo la mano hacia Joan. En la Sala de Plenos, el Presidente del Congreso Alderaano, oficiando como maestro de ceremonias, se dirigía ya a los congresistas, miembros de delegaciones diplomáticas y al público en general que abarrotaba el inmenso recinto. Un fuerte aplauso se escuchó a través de las amplias puertas que comunicaban la Sala de Personalidades con la Sala de Plenos. La ceremonia estaba comenzando. Joan volvió la cabeza hacia allá por un momento. El almirante Rickermoon también miró, así como el senador Carless. Sorelnei no movió los ojos de los de Joan.

—El honor es mío, Sorelnei —respondió Joan girándose de nuevo hacia la mujer y estrechando la mano que ésta le ofrecía—, pero no soy realmente una Jedi —añadió con humildad.

Sorelnei no retiró su mano inmediatamente, sino que prolongó el contacto por unos instantes. Sonrió mostrando los dientes perfectos, pero Joan tuvo la fugaz sensación de que la sonrisa no había alcanzado sus ojos negros.

—Bien, así es como todo el mundo la llama. Incluso Septim —dijo Sorelnei, con un gesto de la cabeza hacia el senador, que se encogió de hombros con simpatía.

Antes de que Joan tuviera ocasión de contestar a Sorelnei, la voz del Presidente del Congreso anunció que sería el senador Carless, de Yaga Minor, el hombre que había alzado su voz en el Senado de la República para protestar contra las acciones de los bretalianos, y que había dado el primer paso en la cruzada contra aquellos que se habían

atrevido a romper una paz que había durado dos mil años, el encargado de imponer la condecoración a la heroína del día. El gentío irrumpió en aplausos. Joan se fijó en el senador. Miraba a su prometida, y ésta le devolvía la mirada, cargada de orgullo y de algo más que Joan no supo identificar. Sorelnei le dio un beso en la mejilla antes de que el senador saliera a la Sala de Plenos, y se encaminara a la tribuna de oradores.

Fue un paseo triunfal, acompañado de los aplausos del público. Sorelnei parecía exultante, mirando a través de las puertas abiertas al senador que, tras saludar al público y estrechar efusivamente la mano del Presidente del Congreso, alzaba ahora los brazos pidiendo silencio.

Tan pronto como los aplausos empezaron a remitir un poco, el propio senador Carless se encargó de dar la bienvenida a la comandante Joan d'Arc, del Cuerpo de Pilotos de la Armada de la República…

—…la Dama Jedi que, al frente de su escuadrón —decía el senador, mientras Joan tragaba saliva—, abrió el camino para que Alderaán recobrase la libertad que había estado a punto de perder.

Esto dio paso a una nueva ovación, más estruendosa si cabe que la que había recibido al senador Carless a su entrada a la Sala de Plenos. Joan escuchó como gritaban su nombre, y deseó por un momento haber terminado ya con todo aquello. Entonces recordó las palabras que poco antes le había dirigido el almirante, acerca de lo que se podía conseguir utilizando adecuadamente la fama. Como si, de nuevo, el veterano militar le estuviese leyendo el pensamiento, se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—No les haga usted esperar, comandante.

Joan asintió y se acercó a las puertas. Desde allí hizo un gesto de despedida hacia Sorelnei y el almirante y, sin pensárselo más, entró en la sala.

El senador Carless puso la medalla en el pecho de Joan al sonido de un aplauso absolutamente ensordecedor. Las emociones desbocadas del gentío inundaban la percepción de Joan, a pesar de que ella intentaba no sentirlas. En ese instante comprendió lo que quería decir el almirante. *Incluso sin la ayuda de la Fuerza, esta gente estaría dispuesta ahora mismo a hacer lo que yo les pidiera…*

—¡Vamos, Joan! —El senador tuvo que gritarle para hacerse oír—. ¡Tienes que decirles algo!

Joan dio un paso al frente y recorrió el recinto con la mirada. La parte principal de la sala, la que estaba ocupada por los congresistas alderaanos y los miembros de las numerosas delegaciones diplomáticas, comenzaba a unos dos metros por debajo del estrado que ahora ocupaba ella, y ascendía en lento declive hasta un centenar de metros de allí. A partir de ese punto se levantaban los graderíos ocupados por el público, seis veces más grandes, pero abarrotados ahora incluso por encima de su capacidad. Cuando toda aquella gente se dio cuenta de que Joan estaba a punto de dirigirse a ellos, en pocos instantes se hizo el silencio. Joan respiró profundamente antes de empezar.

—Gente de Alderaán… —Sus primeras palabras incitaron una nueva ovación.

Con una sonrisa nerviosa, Joan esperó hasta que se fuera apagando un poco antes de continuar.

—No puedo expresar siquiera lo honrada que me siento por estar aquí, por todo el afecto que me están ustedes mostrando. A pesar de lo que ha dicho el senador Carless, no soy en realidad una Dama Jedi, aunque es verdad que lo que haya podido hacer, lo he hecho con la ayuda de la Fuerza. Pero yo fui sólo una más. He de decirles que Alderaán es libre hoy gracias a los esfuerzos de muchas, muchas personas, que dieron sus vidas para defender aquello en lo que creían, en la igualdad de todos los mundos en el Universo y su derecho a vivir en paz y libertad. Muchos de ellos eran también alderaanos. Acepto ahora esta medalla en su nombre, ý únicamente porque ellos no pueden estar hoy aquí para recibirla. —La dulzura y la sinceridad tan palpables en la voz de Joan cautivaron al público de inmediato. Algunas personas no podían evitar emocionarse y dejar escapar alguna lágrima. Todo el mundo parecía mágicamente encadenado por sus palabras. No sólo los que se encontraban dentro de la Sala de Plenos, sino también las multitudes que esperaban en el exterior del Palacio del Congreso, arracimadas en torno a las pantallas holográficas, y millones más que, a años luz de distancia, contemplaban la ceremonia a través de la Holored. Las cámaras se esforzaban por captar hasta el más pequeño de sus gestos, su expresión ligeramente aturdida pero al mismo tiempo resuelta, sus manos, con las que gesticulaba ligeramente sin advertirlo, el sable láser colgando de su cintura, sus piernas, ligeramente abiertas y plantadas en el escenario con decisión. Pero por encima de todo sus ojos, iluminados por un centenar de destellos, brillando como si estuviese a punto de llorar cada vez que parpadeaba, y transmitiendo toda la emoción que ponía en cada frase. Media galaxia se enamoró ese día de Joan d'Arc.

Poco a poco, su improvisado discurso fue adquiriendo firmeza, a medida que Joan se olvidaba de la presión de tantos y tantos ojos puestos sobre ella y se limitaba a decir lo que sentía.

—Pero aunque hemos ganado en Alderaán, hay otros mundos que han caído bajo la tiranía de los bretalianos. No podemos ni debemos descansar hasta que todos ellos, desde el primero hasta el último, recuperen la libertad que les han robado. El día en el que eso se haya cumplido, nuestra misión habrá terminado y podremos vivir en paz como antes. Pero hasta que llegue ese día, ¡tendremos que seguir peleando!

La ovación fue increíble, superando a todas las precedentes. A las de ese día, y a todas las que se hubieran escuchado jamás en aquella sala. La gente se ponía en pie, coreando a voz en grito el nombre de Joan. A su lado, el senador Carless sonreía impresionado. De su rostro había desaparecido ya por completo cualquier rastro de cansancio. Joan lo había visto asentir durante la última parte de su discurso. Aquel hombre estaba dispuesto a seguir trabajando por la causa que él mismo había liderado en sus comienzos. Como cualquier político, era ambicioso, pero lo primero para él seguían siendo sus ideales. A pesar de la adoración popular de la que ahora se sentía objeto, Joan no se engañaba a sí misma. Ni siquiera en ese momento. Ella no podía guiar a la República en la inmensa tarea que aún quedaba por hacer. Aún a pesar de lo mucho que

había cambiado en los últimos días, seguía siendo una muchacha de diecisiete años. Puede que fuera un piloto excepcional, pero no era un político ni un líder de masas. El senador Carless sí. El poder de la fama del que hablaba el almirante Rickermoon, en estos momentos ella lo tenía. ¿Se atrevería a usarlo? ¿Estaría bien que lo hiciera? ¿Qué sabía ella de política, para atreverse a influir en ella? De los miles de senadores que ocupaban un escaño en el Senado de la República, ella sólo conocía a Septim Carless.

Sabía muy poco del actual Canciller, aparte de que se llamaba Toras Zindalander, y que antes de ser elegido para ocupar el más alto cargo político de la galaxia conocida había sido senador por Chandrila. En la disputa con los bretalianos parecía haberle faltado la decisión necesaria para pararles los pies antes de que la cosa fuera demasiado lejos. Era evidentemente un hombre de paz que se encontraba confuso en estos tiempos de guerra. De no ser por la decidida acción del senador Carless, aún se seguiría discutiendo en Coruscant y Alderaán estaría ya en manos bretalianas. Joan se preguntó si dar o no el paso al que se sentía impulsada. La Fuerza no podía aconsejarla. Era decisión suya.

Joan levantó las manos, pidiendo silencio como le había visto hacer antes al senador. Apenas había tenido tiempo para pensar en lo que iba a decir, aunque la idea había estado dándole vueltas en la cabeza durante los días que pasó en la enfermería del *Armonía*. Entonces no había imaginado que se le iba a presentar una oportunidad como ésta. La gente se fue sentando poco a poco, y la calma volvió momentáneamente a la Sala de Plenos. Era difícil ser completamente objetiva, pero al preguntarse a sí misma si lo que iba a hacer era o no lo correcto, se respondió con sinceridad que sí. Así lo creía. Joan decidió seguir adelante.

—Alderaanos, distinguidos representantes de otros mundos. Permítanme que les diga algo más antes de retirarme. A ustedes les corresponde juzgar si tengo o no razón y, si me equivoco, tengan en cuenta que no soy más que una chiquilla. —Ese comentario provocó algunas risas, y con él Joan no hizo sino ganarse al público todavía más—. Lo que creo es que vamos a necesitar a alguien que nos lleve a todos de la mano en esta empresa. Alguien capaz de tomar las decisiones que sean necesarias, hasta que la paz haya sido restablecida. No tengo nada en contra del Canciller Zindalander. Ni siquiera le conozco. Pero aún así creo que hay otra persona más capacitada para llevar a cabo esta tarea, alguien que, desde que esta situación empezó a desbordarnos, se ha ganado todo nuestro respeto y nuestra confianza. Yo digo que el senador Carless, de Yaga Minor, es esa persona. —Joan se volvió hacia Carless, que la miraba pasmado, y extendió su mano hacia él—. Senador, ¿querrá usted intentarlo? ¿Se ofrecerá usted a ser Canciller de la República, y se someterá a la votación del Senado?

Septim Carless estaba aturdido, totalmente cogido por sorpresa. Él sólo había estado al frente de la Flota reunida para responder a los bretalianos debido a las circunstancias, a que nadie parecía decidirse a hacer algo cuando a él le parecía que había que actuar de inmediato. ¿Él, Canciller Supremo de la República? Ni siquiera se lo había llegado a plantear. Era demasiado. No quería tener en sus manos *tanto* poder, ni echarse una

responsabilidad tan inmensa sobre los hombros. Miró por un momento alrededor, a esa multitud que empezaba a aplaudir de nuevo, muchos gritando ya su nombre en lugar del de Joan. ¿Qué había hecho esa muchacha? Sus ojos volvieron a clavarse en los de ella. Por un momento se sintió atrapado en esa mirada, y casi le dio miedo. La mano que le tendía descendió un poco. Joan sintió que no podía ni debía obligarle a hacer nada que él no quisiera hacer. Ahora no estaba usando la persuasión mediante la Fuerza. En este caso eso sería algo monstruoso.

Pero aún así le había puesto en un compromiso ante la galaxia entera, empujándole de algún modo a que hiciera algo para lo que él no se sentía preparado. Joan vio eso ahora, pero ya estaba hecho. No podía echarse atrás, y tampoco quería hacerlo. Su vacilación para aceptar el poder que se le ofrecía la estaba convenciendo más a cada instante de que él era la persona que la República precisaba. Sin duda era honrado, y también valiente. Había sido el primer senador en reaccionar a la agresión de los mundos bretalianos, quizá debido a su juventud, pero su acierto al hacerlo había sido innegable. Joan no podía permitirle retirarse ahora. La Sala de Plenos era ya un clamor de voces que aclamaban al senador Carless. Joan le sonrió y él le devolvió la sonrisa, tímidamente al principio, pero ganando en confianza a cada instante. *Se está decidiendo,* pensó Joan. *Va a decir que sí*. Septim Carless tomó la mano de Joan y se volvió hacia la multitud.

—Sí, Joan. Lo haré. Si el Senado me elige, si la República me encomienda tan importante misión, trataré de ser el hombre que dices. —La aclamación se hizo atronadora cuando el senador y Joan se abrazaron en la tribuna de oradores, ante la mirada cubierta de lágrimas de emoción del Presidente del Congreso de Alderaán.

Tan sólo había una persona que no aplaudía al contemplar aquel abrazo. Se trataba de Sorelnei, la prometida del senador Carless.

Capítulo V

Cuando todo hubo acabado, una agotada Joan se encaminó de vuelta a la plataforma de aterrizaje del Palacio del Congreso, en compañía de un silencioso almirante Rickermoon. A pesar de la decisión que había mostrado, Joan aún se preguntaba si había hecho bien. El almirante parecía tan pensativo… Quizás no compartía su opinión sobre el senador Carless, o el modo en el que Joan había actuado. Él lo conocía mucho mejor. Quizá Joan debería haberle pedido consejo antes de hacer nada. Y sin embargo no sentía desaprobación en él. Sólo meditación.

—Perdóneme, comandante —dijo Rickermoon deteniéndose dubitativo al salir del ascensor—. He visto al general Talon y al general Risfen ahí abajo. No he tenido oportunidad de hablar con ellos desde antes del ataque, y hay un par de cosas que quería comentar con ellos. —Parecía estarlo pensando a medida que lo decía.

—Por supuesto, almirante. ¿Quiere que le acompañe?

—No, gracias, comandante. —¿Por qué parecía el almirante tan confundido?

—Eso no será necesario. Espéreme en la lanzadera. No tardaré más de diez o quince minutos. —El almirante se volvió hacia el ascensor, pero de nuevo se detuvo—. ¿Le importa que me lleve a nuestra escolta? Esto parece bastante tranquilo, pero tendré que atravesar una multitud para llegar hasta donde se encuentran los generales. —Uno de los dos oficiales alderaanos había hecho amago de seguir a Rickermoon al ascensor, mientras que el otro permanecía al lado de Joan. Éste último la miró esperando su confirmación a la sugerencia del almirante. En realidad Rickermoon tenía razón. En el anteriormente atestado pasillo ahora no había nadie más que ellos.

—Claro, almirante. A usted van a hacerles más falta que a mí. Además —dijo dando una palmada sobre su sable láser—, no creo que haya nadie por aquí con ganas de enfrentarse a la Jedi de Alderaán.

Joan había pretendido hacer un chiste a su costa, pero el almirante no pareció entenderlo. La miró por un segundo de forma inexpresiva y asintió con la cabeza. Las puertas del ascensor se cerraron tras él y los dos alderaanos.

Joan se quedó sola.

Al otro lado del pasillo, la puerta abierta dejaba ver la plataforma de aterrizaje y parte de la lanzadera que les había atraído allí. Estaba ya anocheciendo. La plataforma parecía tan desierta como el pasillo. Aquello le resultó extraño, pero Joan no encontró razón alguna para preocuparse. Se echó a andar hacia la puerta, cuando de pronto la luz mortecina que entraba por ella se oscureció momentáneamente. Ante ella, vio alzarse una figura encapuchada, vestida con una túnica marrón sin distintivos ni adornos. Joan no percibió señal alguna de amenaza, sino más bien al contrario. La figura dejó caer la capucha hacia atrás, dejando ver a un hombre cuyo aspecto le recordó a Joan al propio senador Carless, con el mismo cabello castaño oscuro recortado a la altura de los hombros. Pero había algo en él que le hacía parecer mucho más viejo de los treinta años del senador, aunque su físico era el de una persona igualmente joven. Entre los pliegues

de su túnica, Joan alcanzó a distinguir un brillo metálico. Aquel hombre portaba un sable láser. El corazón le dio un vuelco.

—¿Es usted un Caballero Jedi? —preguntó en un tono en el que se mezclaban la alegría, la esperanza y un súbito temor.

—Así es. —Su voz era profunda y bien modulada. Sus palabras llegaron hasta Joan perfectamente claras, a pesar de que apenas levantó la voz para dirigirse a ella. Irradiaba calma y seguridad en sí mismo. Se acercó caminando despacio, y se detuvo a un metro de Joan—. No tienes nada que temer de mí, Jedi de Alderaán. —Al decir esto último, el hombre sonrió por primera vez.

Joan se ruborizó a pesar de la sonrisa.

—Le he dicho a todo el mundo que no soy realmente una Jedi —se explicó.

—Y has hecho bien, porque no lo eres. —Esa misma respuesta, en boca de otra persona, podría haber sonado como una bofetada, pero no fue así en el caso del Caballero Jedi. Se estaba limitando a enunciar un hecho, sin hacer ningún juicio sobre él ni expresar opinión alguna. Joan se tranquilizó un poco.

El hombre señaló el sable láser de Joan.

—Realmente es el del Maestro Jonderiis. Es increíble.

—Él mismo me guió para encontrarlo —respondió Joan, mirando también al sable por un instante.

—Puede. —El Jedi permaneció por un momento en silencio. Joan no se atrevió a preguntarle qué quería decir con aquel *puede*. El hombre la miró directamente a los ojos—. Mi nombre es Miquelus. He sido enviado para llevarte conmigo.

—¿A dónde? —preguntó Joan con más curiosidad que suspicacia. Podía sentir que lo que había dicho Miquelus era cierto. No tenía nada que temer de él. No pensaba hacerla ningún daño.

—A Coruscant. A presentarte al Consejo Jedi y que ellos estudien tu caso. Eres ya mayor, pero quizás aún puedas convertirte en una de nosotros.

—¿A Coruscant? —repitió ella incrédula. *A ver al Consejo Jedi*. Si había algo que ella hubiera soñado alguna vez, era que un auténtico Caballero Jedi le ofreciera algo así. Pero ahora no podía pensar siquiera en eso. Había mucho trabajo que hacer. Los bretalianos debían estar preparándose ya para un contraataque. El escuadrón la esperaba. Tobb la esperaba—. No puedo irme a Alderaán ahora —respondió dudando apenas—. Tengo que estar de vuelta en el *Armonía* pronto. En cuanto vuelva el almirante…

—Olvida todo eso —le dijo Miquelus, con un gesto del mentón hacia sus galones de comandante—. No debería significar nada para ti. Ni siquiera tendrías que haber participado en ese ataque, ni hacer nada de lo que hiciste.

—¿Pero cómo puedes decir eso? —Joan se sintió indignada a pesar suyo. Ni siquiera se percató de que había dejado de tratar de usted a Miquelus—. ¡No podía permitir que los bretalianos tomaran Alderaán por la fuerza! ¡Vosotros deberíais haberlo impedido, pero por alguna razón os negasteis a ayudar a la República! La Fuerza me guió a actuar de ese modo.

—No —respondió él sin perder la calma—. Tú utilizaste la Fuerza para hacer lo que querías hacer. Para manipular las mentes de los oficiales de la República y que te dieran lo que querías. Para impedir que los bretalianos reaccionaran cuando tú y tu escuadrón les atacasteis. Sí, Joan. Sin saberlo, has estado muy cerca de caer en el Lado Oscuro.

Ahora Joan se asustó de verdad. Sintió como si el corazón se le encogiera.

—¿El Lado Oscuro? ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Utilizaste a la Fuerza según tu voluntad, y confundiste con ella a seres que no tenían posibilidad alguna de defenderse ante tus poderes. Pensaste en ti misma antes que en ellos.

—Pero eso no es así… —protestó ella, sintiéndose confusa e intimidada por las palabras de Miquelus—. Trataba de ayudar a los alderaanos.

—Te dejaste llevar por la ira que te provocaron las acciones de los bretalianos. Utilizaste la agresividad que sentías para obtener más poder de la Fuerza, y atacarles sin que ellos pudieran defenderse a tiempo.

Joan no podía creer lo que estaba oyendo. Miró a su alrededor y comprendió por qué no había nadie alrededor. Por qué el almirante se había marchado sin razón aparente, dejándola sola allí.

—Tú también has utilizado la persuasión mediante la Fuerza para que todo el mundo se marchase de aquí. Para que todos encontrasen alguna razón para estar en otra parte.

El Jedi asintió.

—Cierto. Pero yo no pretendía matarles.

Para Joan eso fue un auténtico mazazo. Todas sus dudas y remordimientos acerca de los bretalianos a los que había matado o ayudado a matar durante la batalla volvieron a ella de repente, haciéndola casi derrumbarse.

—Puede que tengas razón —reconoció Joan—. Me he sentido mal todo este tiempo por eso.

Miquelus sonrió comprensivo.

—Eso significa que aún estás a tiempo de salvarte. En parte es culpa nuestra. Si hubieras sido entrenada por un Maestro, jamás habrías caído en esa clase de tentación. —Miquelus sacudió la cabeza.

—No puedo entender como nadie de la Orden te había localizado hasta ahora. Tu conexión con la Fuerza es tan fuerte que debimos haberla detectado hace tiempo. Quizá no mirábamos en la dirección correcta —al decir eso, el Jedi se encogió levemente de hombros, un gesto que le hizo parecer más humano—. A pesar de lo que cree la gente, ni somos perfectos ni estamos en todas partes.

Joan consiguió sonreír un poco.

—Dime, ¿qué debería haber hecho?

—Nada —respondió Miquelus inmediatamente—. Esta guerra entre los bretalianos y el resto de la República no es algo que podamos solucionar nosotros. No desde luego combatiendo para ninguno de los bandos.

—Pero una de las misiones de los Jedi es mediar en los conflictos… —sugirió Joan con cierta timidez. No parecía apropiado recordarle a un Jedi lo que los Jedi debían supuestamente hacer, pero no pudo evitarlo.

—Así es —admitió Miquelus sin parecer en absoluto ofendido—. Y eso es lo que hemos estado haciendo. Le dijimos al senador Carless y a su comisión del Senado que no presentaran batalla a los bretalianos. Dos no pelean si uno no quiere.

—¿Deberíamos dejar entonces que los bretalianos se hicieran con el poder en la República? ¿Por las armas?

—Si no hay resistencia, las armas no son necesarias. Puede que los bretalianos se hubieran hecho con el gobierno, sí, pero los gobiernos terminan cayendo tarde o temprano si no son justos, y sus líderes son depuestos. Pacíficamente, o al menos, con menos derramamiento de sangre que el que cualquier guerra provoca. Algunos de los nuestros están ya entre los bretalianos, preparando el camino. Todo podría estar ya en vías de solución si el senador Carless no hubiera conseguido el apoyo necesario para enviar la Flota contra los bretalianos. Si tú no le hubieras ayudado.

Joan se vio obligada a reconocer que lo que decía Miquelus no carecía de sentido. Pero a pesar de ello, no estaba convencida de que las cosas pudieran ser de ese modo. Había algo incorrecto en ese razonamiento, y Joan creía saber lo que era.

—¿Cómo derrocar pacíficamente a un gobierno establecido por la fuerza? —preguntó a Miquelus. Sin darle tiempo a contestar, le asaltó con más preguntas.

—¿Qué no le haría ese gobierno a sus súbditos, a la menor amenaza de levantamiento? ¿Cuánta sangre sería necesaria para derrocarlo? ¿Deben dejarse impunes las acciones de los agresores? Los bretalianos habían matado ya a mucha gente antes de que nos enfrentáramos a ellos por primera vez.

—Lo sé —asintió Miquelus con aire apesadumbrado—. Las cosas nunca son blancas o negras, y ningún bien puede conseguirse sin que alguien tenga que sufrir para ello. En el mismo Consejo Jedi ha habido voces que han hablado como lo has hecho tú, y han planteado tus mismas preguntas. Pero todos se han avenido a acatar la opinión de la mayoría y a aceptar el criterio de aquellos más sabios y con mayor experiencia. Es difícil, pero puede aprenderse. Tú también lo harás. Los Jedi debemos permanecer unidos, y entrar en esta guerra causaría inevitablemente la desunión, también entre nosotros. ¿Te has parado a pensar que hay también Jedi bretalianos? ¿Conoces el punto de vista de los bretalianos sobre la guerra? ¿Cuál es su justificación?

—Sé lo de las rutas comerciales —respondió Joan de nuevo confundida—. Lo de la estación espacial en el sistema Lesmotos.

—Eso es sólo lo que los medios de comunicación afines al actual gobierno de la República dicen. Hay más. Siempre hay mucho más de lo que una de las partes en conflicto le cuenta a su gente. —Joan no respondió, reconociendo la verdad de lo que decía Miquelus. Estaba a punto de dejarse convencer, pero en su fuero interno seguía resistiéndose a admitir que el no hacer nada pudiera ser la mejor forma de acabar con la guerra—. Ven conmigo —insistió Miquelus notando su vacilación—. Deja que un

verdadero Maestro Jedi te enseñe los caminos de la Fuerza. Con el tiempo, aprenderás a interpretar correctamente sus designios, a controlar tus emociones, al igual que aprenderás cómo construirte tu propio sable láser y a levitar con el pensamiento, si ésas se cuentan entre tus habilidades. —Miquelus se acercó un poco más a Joan y le puso la mano en el hombro. Sus ojos desprendían sinceridad. Su voz era una invitación a seguirle, a confiar en él. A ir a Coruscant y conocer a otros Jedi. A convertirse en una Dama Jedi de verdad.

—No.

—¿No? —Miquelus parecía realmente confundido. Estaba seguro de que Joan iba a aceptar.

—No puedo hacerlo, lo siento. —Joan dirigió su mirada al suelo por un momento antes de volver a enfrentarse a la de Miquelus—. Aunque puedo entender lo que me dices, y estoy parcialmente de acuerdo con ello, todo mi ser se rebela contra la idea de permanecer inactiva mientras los unos atacan a los otros. La República tiene que resistir. Tiene que defenderse de sus agresores. Y yo acabo de prometer estar ahí. Ojalá tengas razón, Miquelus. Ojalá la guerra se acabe por sí sola y las disputas puedan resolverse sin usar la violencia. De verdad que deseo que tengas razón.

—Lo que dices no sucederá si te empeñas en luchar para la República y convertirte en un símbolo que todos seguirán al combate. —La afabilidad de Miquelus había desaparecido y su expresión era ahora mortalmente seria—. No lo hagas Joan.

—Tengo que hacerlo.

El Jedi se quedó mirándola en silencio por lo que pareció una eternidad.

Joan sintió como sus sentidos rozaban los suyos, tratando de comprobar hasta qué punto sentía lo que decía. Hasta qué punto era imposible convencerla. Ella le dejó hacer, sin intentar ocultarle ninguno de sus pensamientos. Era tan sincera como Miquelus, y sus convicciones igual de profundas. Joan sintió su decepción y su pena cuando, al final, Miquelus dejó escapar un largo suspiro y se dio por vencido.

—Está bien, Joan d'Arc, Jedi de Alderaán. —No había burla en su voz, pero tampoco el calor amistoso que la había impregnado hasta ahora—. Sea como quieras. No puedo obligarte, aunque crea que con tus acciones puedas llegar a ser causa de mayores sufrimientos que los que pretendes evitar. No te impediremos actuar, como tampoco estamos impidiendo avanzar a los bretalianos. Pero tampoco esperes ayuda alguna por nuestra parte.

—Es lo justo —asintió Joan, sin poder evitar sentirse repentinamente muy triste.

—Intenta no dejarte llevar por tus emociones —le aconsejó Miquelus.

—Especialmente la ira, la agresividad y el miedo. Si haces eso, y si además eres sincera contigo misma y con los demás, si no tratas jamás de utilizar la Fuerza en contra de su propia naturaleza, quizá no caigas en el Lado Oscuro a pesar de todo. Por mucho daño que causes, no intervendremos mientras no empieces a utilizar el poder del Lado Oscuro. Y ya has estado muy cerca de hacerlo. Créeme, si caes en él, lo sabremos, y entonces te destruiremos. —Joan comprendió que Miquelus no la estaba amenazando.

Tan sólo la avisaba, y Joan se lo agradeció desde lo más profundo de su ser. Recordaría sus palabras, trataría de hacer lo que él había dicho. También trataría de demostrarle a los Jedi, con sus acciones, que el camino que había elegido era el correcto.

—Gracias, Miquelus —dijo Joan con total sinceridad.

—No hay de qué, Joan d'Arc. A pesar de todo, me alegro de haberte conocido. Que la Fuerza sea contigo.

—Y contigo, Miquelus —respondió Joan. Un instante después lo vio desaparecer por la puerta. Joan le siguió momentos más tarde. Cuando salió a la plataforma, no había rastro alguno de Miquelus. Tampoco esperaba que lo hubiera. Joan fue caminando hasta la lanzadera y abrió el portalón de acceso.

Volvió la cabeza pensativa hacia el pasillo que acababa de abandonar. Ahora que Miquelus se había ido, el almirante Rickermoon no tardaría en regresar, estaba segura de ello. La lanzadera estaba vacía, sin señales del piloto o del copiloto. Se sentó a esperar en su asiento a que todos ellos volvieran, sintiéndose muy cansada. El día le había parecido muy, muy largo. Aunque para media galaxia, éste era un día de celebración y de victoria, Joan no podía evitar pensar que, de algún modo, había perdido más de lo que había ganado.

Papá, ya sé por qué no venían los Jedi.

Capítulo VI

[A bordo de la fragata capturada *Vigilante*]

Víbora había decidido dejar por imposibles a Granito y a Alce. Mientras estuvieran enfrascados en su trabajo, no habría manera de hablar con ellos. En el caso de Granito, la cosa no le sorprendía demasiado. Víbora se había encontrado con el caldaniano en el escuadrón Rojo, la unidad de entrenamiento avanzado de la Alianza. Tras unirse a la Rebelión y ser admitido como piloto de caza manteniendo su rango imperial de capitán, Víbora había pasado un par de meses en el escuadrón Rojo, a bordo de la fragata *Regis*, acostumbrándose a las naves utilizadas por los rebeldes. Granito era uno de sus compañeros allí, y tras trabar amistad con él, había tenido ocasión de descubrir algunas de sus habilidades. El excéntrico piloto era probablemente el tipo con mayores conocimientos sobre toda clase de armas con el que jamás se hubiera encontrado. Después de lo que había vivido en los últimos diez años, Víbora se consideraba a sí mismo un experto, pero tenía que admitir que Granito le sobrepasaba. Si alguien era capaz de adaptar los torpedos imperiales a los lanzadores del ala-B, ése era sin duda Granito. A eso se añadía que, por lo que había visto hasta ahora, Alce era un fuera de serie manipulando los distintos sistemas electrónicos utilizados en los cazas estelares. Con los dos trabajando juntos, Víbora pensaba que había buenas posibilidades de poder armar de nuevo los cazabombarderos del escuadrón con torpedos de protones. Tenía la completa certeza de que iban a necesitarlos muy pronto.

Cuando Víbora estaba a punto de abandonar el atestado hangar principal de la *Vigilante*, un recital de gritos a su espalda le hicieron detenerse y volverse a ver qué estaba pasando. Una mirada fue suficiente para comprobar que Granito y Alce habían dado con algo. Víbora sonrió de oreja a oreja y tomó el ascensor que le llevaría al hangar secundario, varias cubiertas más arriba y en el lado opuesto de la nave.

Estaba aún dándole vueltas a lo que había dicho Llamarada, acerca de que esta nave todavía era una fragata imperial. Cuando era piloto de caza para el Imperio, Víbora había estado destinado la mayor parte del tiempo a bordo de destructores estelares, pero también había visitado algunas fragatas de escolta Nebulon-B como ésta. La *Vigilante* había estado especializada en misiones de reconocimiento táctico. Cuando la capturaron, el hangar principal estaba ocupado mayoritariamente por lanzaderas de la clase Alpha, y un bombardero TIE al que le faltaba uno de los motores. El resto de los bombarderos habían sido derribados por los alas-X del escuadrón Azul cuando intentaban abandonar el hangar, en un intento desesperado de defender su nave nodriza.

Momentos después, los cañones de iones del *Alegre Jack* y de los alas-B del escuadrón Blanco habían deshabilitado a la *Vigilante*, dejándola a la deriva y permitiendo que los comandos de asalto del *Alegre Jack* la abordaran. El ataque había sido tan rápido que los imperiales apenas habían tenido ocasión de reaccionar. Víbora no recordaba haber visto ninguna nave saliendo del hangar secundario en ningún momento. Podía deberse simplemente a que estuviera vacío, pero él tenía la esperanza de que no fuera así.

Sería muy extraño que la fragata estuviera equipada sólo con lanzaderas y bombarderos, sin un solo caza para realizar misiones de reconocimiento avanzado y escolta.

En fin, pronto vamos a salir de dudas.

Víbora llegó a la puerta del hangar y pulsó el botón de apertura. La puerta se deslizó silenciosamente hacia un lado y las luces del hangar fueron encendiéndose una detrás de otra. La tripulación actualmente a cargo de la *Vigilante* apenas era suficiente para operar los sistemas principales de la nave.

Ni siquiera había habido tiempo de hacer inventario. Aunque con toda seguridad, los comandos habían revisado este hangar tras capturar la nave, en busca de trampas o de imperiales ocultos, ahora no había nadie trabajando en él. Al ver lo que allí había, Víbora dejó escapar un silbido.

—Justo lo que estaba buscando.

La cubierta de vuelo tenía apenas una quinta parte de la superficie de la principal, y el techo era demasiado bajo como para que entrara allí una lanzadera. Seguramente, la altura era escasa incluso para los amplios paneles solares de un caza TIE estándar, que en el mejor de los casos harían bastante complicado el aterrizar y despegar con uno de ellos. Pero los cuatro Interceptores TIE alineados frente a él tenían espacio más que suficiente.

El hangar principal de la Nebulon-B había estado equipado con una catapulta para el lanzamiento de los diversos modelos de TIE, similar en diseño aunque más pequeña que las que podían encontrarse en un destructor estelar.

Los cazas se colgaban literalmente del techo, sujetos a una estructura metálica que abarcaba la totalidad del espacio disponible. Los pilotos accedían a sus cazas por diversas escalerillas adosadas a esa misma estructura, y un sofisticado engranaje iba colocándolos en posición para su lanzamiento desde la catapulta. Como en la mayoría de las naves nodriza, el hangar disponía también de un rayo tractor para recuperar naves averiadas e introducirlas en el hangar sin intervención del piloto. La catapulta de la *Vigilante*, así como la estructura de sujeción de los cazas, ya habían sido desmontadas a toda prisa para dejar sitio a los alas-A y B del escuadrón Blanco. El rayo tractor, en cambio, seguía siendo operativo. En el hangar secundario, por el contrario, no había ni catapulta ni rayo tractor. Los Interceptores TIE estacionados allí, posados sobre sus aparatosos ciclos de aterrizaje, tendrían que realizar por sí mismos las operaciones de aterrizaje y despegue. Seguramente por esa razón no les había dado tiempo a intervenir en la lucha. Eso, o bien ninguno de ellos estaba en condiciones de volar, pero tal cosa no parecía demasiado probable, dada la proverbial eficacia de los equipos de mantenimiento imperiales. No sería difícil comprobarlo. Víbora fue hasta la popa del caza más cercano y abrió la compuerta de acceso. Entró en la, para él, más que familiar cabina, y se sentó a los mandos. Tras encender la computadora de vuelo, lanzó los procedimientos de autochequeo del Interceptor. En pocos minutos conocería con todo detalle en qué estado se encontraba la nave.

Víbora se había pasado muchas horas en cabinas como ésta cuando volaba para la Armada Imperial. El Interceptor TIE no estaba tan bien considerado como el TIE

Avanzado, especialmente debido a la falta de escudos de protección y a no estar capacitado para viajes hiperespaciales, pero no dejaba de ser una nave fantástica. Víbora se había divertido de lo lindo volando en Interceptores como éste, tan rápidos y ágiles que el pilotarlos era una pura delicia. Puso su mano sobre la palanca de mando y, al notar bajo sus dedos los distintos controles, le pareció como si hubiera estado sujetando aquel tipo de palanca hasta tan sólo un día antes, aunque en realidad hacía ya más de seis meses desde la última vez. La palanca de mando de los TIE tenía una empuñadura anatómica en forma de horquilla, con el disparador, el control de armamento y el selector de blancos estratégicamente situados, de forma que el piloto pudiera obtener información de tiro de los sensores y seleccionar la potencia y cadencia de fuego a utilizar sin necesidad de apartar la vista ni un solo instante de su objetivo. El tacto de aquella palanca en su mano, mientras contemplaba el hangar y el espacio más allá a través del amplio visor frontal, con el diseño en secciones trapezoidales tan característico de todos los modelos de cazas tipo TIE, hizo que un torbellino de recuerdos se le viniera a la cabeza.

Víbora se acordó sin querer de los viejos tiempos, de los amigos que hizo en la Armada Imperial, de la expectación que sentía cuando abordó un destructor estelar por primera vez, honestamente convencido de que el Imperio era la mejor garantía de paz para la galaxia. Qué feliz se sentía de ser parte de todo aquello, qué excitado cada vez que la catapulta lanzaba su TIE al espacio, impulsándolo en un instante a una velocidad de vértigo. Pero con el tiempo había descubierto cuál era el precio del tipo de paz que ofrecía el Imperio: la esclavitud de pueblos enteros, la degradación de la mayoría de las razas no humanas, y la muerte de todos aquellos que suponían un obstáculo para los deseos del Emperador. Víbora había sido testigo de masacres perpetradas en su nombre, y también él había matado para mayor gloria del Imperio. Todas las noches, cuando se acostaba, se preguntaba cuántas de esas muertes eran realmente necesarias, cuántas podrían haberse evitado, y cuál era su responsabilidad por cada una de ellas, por mucho que actuase siguiendo órdenes. Todas aquellas eran preguntas sin respuesta. Era peor aún tener que ver, día a día, el poco aprecio que el Imperio parecía sentir por las vidas de aquellos que le servían. Tantos compañeros suyos se habían perdido por verse obligados a combatir en cazas sin escudos, tantos por haber sido enviados a misiones de las que se sabía que no podrían volver… Todo el tiempo intentaba buscar razones que justificasen aquel desperdicio de vidas, pensando que el bienestar de toda una galaxia bien podía valer el sacrificio de unos pocos.

Hasta que la mujer que amaba se convirtió en uno de los inmolados.

Algunas veces le costaba trabajo recordar la cara de Lisandra, y eso le horrorizaba. Sin embargo, en sus todavía frecuentes sueños con ella, volvía a verla con total nitidez. A oírla. A olerla. A sentir el tacto de su piel y de sus labios. Cuando se despertaba, se sentía tan vacío que tenía ganas de vomitar.

A veces lo hacía.

Lisandra formaba parte de una unidad de comandos especiales, estacionados a bordo de su mismo destructor estelar. Estaba acostumbrado a sus largas ausencias cada vez que

su grupo salía para una misión, siempre por tiempo indefinido. Pero hubo una vez en la que no regresó. Los detalles de aquella misión, la que le costó la vida a Lisandra, eran confidenciales. Aunque preguntó, se negaron a decirle dónde ni cuándo ni cómo había sucedido. Sólo que ya nunca volvería. Su pérdida convirtió su situación personal en verdaderamente insufrible. Llegó a desear su propia muerte, y a buscarla incluso, enzarzándose en combates suicidas a los que sin embargo sobrevivía una y otra vez, haciéndose merecedor de condecoraciones y ascensos que recibía con cínica ironía. En su corazón ya culpaba al Emperador y a su Imperio por todo su dolor, cuando un día descubrió la verdad de la muerte de Lisandra. Su nuevo rango de capitán le había permitido acceder a documentación clasificada a la que antes no hubiera tenido acceso, cuando era un simple oficial de vuelo, y su afán por saber cómo había muerto Lisandra le llevaron a escarbar registro tras registro en las bases de datos de la Armada hasta que dio con lo que buscaba. A Lisandra la habían enviado a espiar a un general que había caído en desgracia a los ojos del Emperador, mientras que un segundo agente se aseguraba de que el general en cuestión estuviera sobre aviso. El único objetivo era que éste descubriera a Lisandra, la hiciera matar, y acusarle después de ese crimen. Todo estaba preparado, y salió a la perfección. Misión cumplida, por el único coste de la vida de una soldado leal al Imperio, a la que por supuesto nadie consultó primero. De un plumazo, la ya maltrecha fe de Víbora en el Imperio se vino abajo, y con ella sus propios sentimientos de culpa se hicieron más insoportables que nunca. No había justificación alguna para las muertes y la destrucción que había causado desde que se convirtiera en piloto de caza. A lo único que estaba sirviendo era a la propia maldad y a la corrupción del Emperador y su corte. Y lo que era aún peor: desde la muerte de Lisandra, había estado descargando su odio y su frustración contra un enemigo equivocado.

Víbora desertó de la Armada Imperial dos días después, huyendo a bordo de un TIE Avanzado. Durante algunas semanas estuvo recorriendo con él los mundos del Borde Exterior, subsistiendo a base de ofrecer sus servicios de escolta a pequeños convoyes civiles, hasta que al fin consiguió contactar con la Rebelión y unirse a ella.

Ésta era una historia que no había compartido con ninguno de sus nuevos camaradas, una que se esforzaba cada día por olvidar, sin haberlo conseguido hasta el momento. Todos pensaban que era demasiado reservado, lo sabía, pero lo que realmente sucedía era que aún seguía teniendo problemas para vivir en paz con su conciencia. Víbora se recostó en el asiento, con la mirada ausente, perdida en el espacio. El Imperio estaba a punto de causar una nueva matanza de inocentes. Él había decidido hacer todo lo que estuviese en su mano por evitarlo, y así se lo había dicho a Avalancha cuando se enteró de lo que iba a suceder en el planetoide KS-31. Apretó la palanca de mando del Interceptor con fuerza. Nada le gustaría más que volver contra el Imperio sus propias armas.

Los recuerdos le abandonaron, hasta la próxima vez, cuando la computadora emitió la señal sonora que anunciaba que el chequeo estaba completo. El Interceptor TIE estaba armado y listo para volar.

Víbora inspeccionó las naves restantes una tras otra, obteniendo idénticos resultados. Sonrió satisfecho. Aquellos Interceptores podían llegar a ser de lo más útiles. Utilizó el intercomunicador para llamar al puente.

—Llamarada, soy Víbora. Tengo algo para ti.

Llamarada escuchó la información que Víbora le transmitió con gran interés.

Sombra había estado en el puente hacía sólo un minuto. Le había dicho que Granito y Alce parecían estar a punto de resolver el problema de los torpedos.

Llamarada había dado ya orden al oficial de navegación de calcular y ejecutar un microsalto de medio año luz, a una distancia prudencial del lugar en que se encontraban las naves imperiales inhabilitadas. Mientras observaba como se llevaba a cabo la maniobra, se dedicó a pensar en sus nuevas opciones.

Tenían una fragata imperial recién capturada, un par de lanzaderas y cuatro cazas. Quizá fuera suficiente para montar una fachada convincente y engañar, al menos durante un tiempo, a los mandos de la flotilla imperial encargada de destruir el planetoide y sus secretos. Quizá la ecuación tenía una solución después de todo. Hacía sólo unas horas el rescate de esos colonos era una tarea imposible. Ahora parecía *casi* imposible. Pero a lo largo de su vida, y especialmente desde que formaba equipo con Avalancha, Llamarada se las había apañado para salir airosa de más de una aventura que parecía *casi* imposible a priori. Ese casi podría ser todo cuanto que necesitaban.

Si tan sólo Avalancha saliera del coma…

Capítulo VII

[En el otro lado]

Avalancha fue testigo de un año entero en la vida de Joan d’Arc, viendo la galaxia tal y como había sido casi ochocientos años antes de que ella misma naciera, a través de un tornado de imágenes, sensaciones y sentimientos. No tenía modo de saber cuánto tiempo estaba transcurriendo realmente, si es que lo hacía. En realidad apenas podía pensar. Avalancha sólo sentía.

El senador Carless fue elegido Canciller Supremo tan sólo dos semanas después de la ceremonia de condecoración a Joan en Alderaán, tras producirse la dimisión voluntaria del Canciller Zindalander. Al hacerse cargo Carless de la política de la República, todo el peso de dirigir la maquinaria militar recayó inmediatamente sobre el almirante Rickermoon. La balanza de la guerra pronto se inclinó en contra de los bretalianos. La mayoría de los sistemas que hasta el momento habían intentado permanecer neutrales, fueron poco a poco pasándose al bando republicano, gracias a los decididos esfuerzos diplomáticos del nuevo Canciller. En el campo de batalla, la Flota de la República había conseguido hacer retroceder a las fuerzas bretalianas a través de buena parte del espacio que tan fácilmente habían conquistado en su exitosa campaña inicial, devolviendo la libertad a la mayor parte de los sistemas planetarios que habían sido invadidos.

En cada enfrentamiento, el escuadrón Milagro era siempre el primero en entrar en combate, convirtiéndose en decisivo con su sola presencia. Su reputación de invencibles hacía de ellos un factor psicológico a tener en cuenta, ya que estaba comprobado que, a menudo, los militares bretalianos daban por perdida una batalla tan pronto como aparecían en escena los *Cantantes* decorados con el famoso símbolo del caballo alado. No era de extrañar que cada piloto de la Flota soñara con ser admitido en el escuadrón de la comandante Joan d’Arc y poder volar junto a ella, pero las vacantes eran muy pocas. Tras la batalla de Alderaán, su *Cantante* jamás había vuelto a ser alcanzado, y su buena estrella parecía extenderse también a la mayoría de los miembros de su unidad. Las historias sobre la Jedi de Alderaán circulaban a lo ancho y largo de la Galaxia, llevando la esperanza a los pocos mundos que aún se encontraban bajo dominio bretaliano. Joan insistía cada vez que se le preguntaba en que ella no era una Jedi, pero eso era siempre interpretado como una señal de humildad, consiguiendo normalmente el efecto de aumentar la admiración por ella entre las personas que tenían la oportunidad de conocerla. Sin embargo, los Caballeros Jedi seguían manteniéndose apartados de la guerra, rechazando las demandas de ayuda de ambos bandos.

Los únicos momentos en los que Joan podía volver a ser ella misma, y no la leyenda viviente que habían hecho de su persona, eran aquellos que conseguía pasar a solas con Tobb Santer. En esos raros y preciosos intervalos de descanso, auténticos oasis entre una batalla y la siguiente, podían hacer como si no hubiese una guerra en marcha y ellos dos no fueran más que una pareja joven disfrutando de la vida, sin preguntarse qué pasaría el próximo día, la próxima hora. Durante esos momentos ambos conseguían olvidarse de

sus pesares y de sus miedos, de las largas horas durante las cuales Tobb tenía que esperar a que volvieran las naves del escuadrón Milagro, rezando para que la de Joan volviera intacta una vez más, de los minutos eternos después de cada combate, cuando Joan usaba la Fuerza para sentir al *Armonía* antes de que los sensores de su nave pudieran hacerlo, todo el tiempo temiendo que la nave hubiera podido ser atacada mientras ella no estaba allí para defenderla…

En instantes como esos, la comandante d'Arc y el ahora teniente Santer no eran más que un espejismo. Entonces no eran más que Tobb y Joan, un hombre y una mujer enamorados, dos personas que se querían desde lo más profundo de su ser. La historia más vieja del Universo, sin duda, pero al mismo tiempo la más nueva y sorprendente para aquellos que la vivían.

En el *Armonía* transcurría ahora el ciclo nocturno. Los dos estaban en el camarote de Tobb, que había alcanzado el derecho a tener uno para él solo cuando fue ascendido. Aunque era más pequeño que el de Joan, allí era mucho menos probable que acudiera nadie a molestarles. Tumbados el uno junto al otro en la litera de Tobb, con las luces fijas en la posición más tenue, iluminándolos lo justo para verse las caras pero escondiendo los detalles del cuarto, era posible creer en la ilusión de que estaban en algún lugar diferente, lejos de aquella nave y lejos de la guerra. A Joan le gustaba ver cómo Tobb recorría su cuerpo con la mirada, de la cabeza a los pies, haciéndole sentirse deseada y hermosa, como la atractiva mujer que era a sus dieciocho años. La mujer que era cuando le mostraba a él lo que los uniformes, trajes del vuelo, cascos y máscaras respiratorias escondían al resto de la tripulación. Joan podía ver el amor en los ojos de Tobb, y eso llenaba siempre su corazón de paz y de una inmensa alegría.

Pero esa noche estaba asustada. Una sensación aterradora la acechaba desde hacía algunos días, cada vez que bajaba la guardia, perturbando su descanso sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Acababa de sentirla de nuevo. De pronto tenía frío. Tobb la vio estremecerse. Al abrazarla, se dio cuenta de que Joan estaba temblando.

—¿Qué pasa, Joan? —preguntó sintiendo su angustia—. ¿Algo va mal?

—No lo sé. —Sentía ganas de llorar. Era incapaz de explicar lo que estaba pasando dentro de ella, cuál era la razón para que, en un momento como éste, se sintiera tan aterrada. Y sin embargo una parte de ese miedo estaba perfectamente claro para ella. No quería hablar de ello, pero pensó que quizás el decirlo en voz alta podría ayudarla a quitarle importancia y quizás a olvidarlo incluso. En todo caso, Tobb le había preguntado y no quería mentirle—. No —se corrigió a sí misma—, en realidad sí que lo sé. Me siento como si ésta fuese la última vez que estamos juntos.

—No seas tonta —dijo él, pero el miedo se agarró también a su corazón.

Después de un año a su lado, había aprendido a confiar en las intuiciones de Joan. Tobb era incapaz de entender cómo funcionaba la Fuerza, ni siquiera qué era la Fuerza en realidad, pero no le cabía la más mínima duda acerca de la realidad de los poderes de Joan.

—Probablemente no es nada, nada en absoluto —dijo ella intentando sonreír.

—Ésta es la parte de la Fuerza que menos entiendo. A veces… A veces percibo imágenes, sensaciones, sobre cosas que no han sucedido todavía. Pero es difícil reconocerlas como auténticos augurios hasta que llega el momento de verlas realizarse. Entonces me digo «yo ya había visto esto». Otras veces estoy segura de haber tenido una visión, pero luego resulta que estoy equivocada, que no era más que mi imaginación jugándome una mala pasada. Creo que no siempre puedo distinguir del todo entre las visiones verdaderas del futuro y entre mis propios miedos y deseos. —No por primera vez, Joan se acordó de Miquelus, el Caballero Jedi que había conocido fugazmente en Alderaán—. Ojalá hubiera recibido auténtico adiestramiento Jedi. Por parte de alguien que realmente supiera lo que hacía.

Tobb desechó el último comentario de Joan negando con la cabeza. Dudaba que ningún Maestro Jedi pudiera hacer a Joan mejor de lo que ya era. En ningún aspecto. Pero la expresión abatida de su rostro, su tono de voz, la manera en que parecía hundir los hombros desde hacía unos días, todo eso le preocupaba muchísimo. Quería saber qué era lo que estaba trastornando a Joan de esa manera. Visión o no, tenía que preguntárselo.

—¿Y qué es lo que sientes ahora?

—Algo oscuro —contestó ella después de un rato—. O alguien. No sabría decirlo. Me siento como…, como si alguien hecho de puro mal estuviese pronunciando mi nombre. Lo siento. No soy capaz de expresarlo mejor con palabras.

Tobb no dijo nada. Empezó a acariciar su pelo, intentando darle un poco de consuelo. Ese gesto le recordó a Joan a su padre, y eso hizo que finalmente dejara escapar la lágrima que llevaba reteniendo desde hacía largo rato. Tobb no sabía qué hacer. Habría dado todo lo que tenía por poder liberarla de su sufrimiento, por ser capaz de quitarle de encima esa carga invisible que algo o alguien le había echado sobre los hombros y que, a veces, parecía estar a punto de aplastarla. Era una tortura ver llorar a su Joan y sentirse tan impotente para ayudarla. ¿Qué podía hacer él, si lo que a ella le sucedía a él le resultaba tan extraño e inexplicable? Tobb recogió la lágrima de Joan con un dedo, suavemente, y después la besó en la mejilla, justo en el lugar donde había estado la lágrima, secando con sus labios el rastro húmedo y salado. Joan sonrió y con su mirada agradeció a Tobb su ternura.

—Intento usar la Fuerza para ver con más claridad lo que nos depara el futuro, pero no puedo. Pienso en ti y en mí, e intento ver cuál es nuestro destino, pero se me escapa…

—Me alegro —la interrumpió Tobb—. La mayoría de las personas tienen que vivir con esa incertidumbre, y aún así encuentran razones para ser felices. Si realmente pudieras conocer el futuro, y me da miedo pensar que puedas llegar a hacerlo, verías tanto lo bueno como lo malo, y el temer e intentar evitar lo uno te impediría disfrutar lo otro.

—Eres muy sabio para no ser un Jedi —respondió ella con un guiño—. Tienes razón. Sé que la tienes. Pero a la mayoría de las personas no están consultándolas constantemente sobre qué se debe hacer y qué no para salvar a la galaxia. A veces lo veo todo perfectamente. Debemos atacar aquí o allí, en tal momento y con tales fuerzas, y

entonces los bretalianos se verán incapaces de defender sus posiciones. Victoria limpia y sencilla. Pero otras veces, las más, estoy como el resto de la gente, no tengo respuestas que ofrecer, pero los demás piensan que sí que las tengo e insisten en preguntar. Yo no pedí esta responsabilidad, Tobb. A menudo también yo necesito mis propias respuestas, como me pasa ahora, pero nadie puede darme ninguna, y todos mis poderes parecen volverse inútiles ante eso.

—Lo estás haciendo bastante bien, Joan. Estamos ganando, ¿sabes? Y tú eres la razón de nuestras victorias. —Joan hizo una mueca—. Sí, lo eres —insistió Tobb—, no me mires así por decirlo. Siempre has sabido qué es lo que hay que hacer, y me da igual si es a causa de la Fuerza o pura intuición femenina.

Joan no pudo evitar soltar una carcajada cuando Tobb dijo eso.

—Cuando tú muestras el camino, por difícil que parezca, todo el mundo lo sigue sin vacilación, con la fe más absoluta. Yo soy uno más en eso.

Joan sonrió de nuevo.

—Las cosas van a ser más difíciles a partir de ahora. Los bretalianos están proponiendo una tregua y el Canciller Carless se siente tentando de aceptar. Tiene tantas ganas de poner fin a la guerra que me veo incapaz de convencerlo de que esa tregua es un truco, una trampa para cogernos después desprevenidos. Los bretalianos aún piensan que pueden ganar, y no tendrán ningún reparo en utilizar mentiras y falsas ofertas de paz, si piensan que eso es lo que necesitan para vencernos. Últimamente, el Canciller Carless se está abandonando. Esquiva sus deberes y delega en otros siempre que puede, algo que nunca había hecho hasta ahora. Parece como si le estuviese entrando prisa por quitarse de en medio. Yo le obligué a aceptar el cargo…

—No digas eso, Joan. Carless era un firme candidato a Canciller Supremo antes de que tú entrases en escena. Todo el mundo lo sabía, menos el mismo quizá.

Joan sacudió la cabeza.

—No lo quería. No lo quería y yo le puse en el compromiso de aceptar. Lo ha hecho extraordinariamente bien hasta ahora, pero cada vez parece más cansado, más evasivo, más deseoso de volver a Yaga Minor y dejar que otro se haga cargo. Si está aguantando, es sólo porque no quiere retirarse mientras la guerra todavía continúa. Y también por Sorelnei, creo. Hay momentos en los que llego a creer que es esa mujer la que pone las palabras en su boca. La mayoría de las veces que intento hablar directamente con él, todo lo que consigo es verla a ella. Ni siquiera estoy segura de que le dé mis mensajes. Si no fuera por el almirante Rickermoon… No sé. Siento que si pudiese hablar a solas con el Canciller, decirle lo que pienso, quizá podría hacerle volver a ser el que era.

—¿Le persuadirías mediante la Fuerza?

—¿Es que nunca olvidas nada de lo que te cuento? No, no podría hacer tal cosa. —Se acordó del aviso de Miquelus y un escalofrío recorrió su espalda.

—Nunca más. Pero a pesar de todo creo que algo podría hacer. No me fío de Sorelnei.

—Puede que simplemente esté celosa de ti y de tu influencia sobre Carless —dijo Tobb—. Sé de lo que hablo. Yo a veces siento celos de cualquiera que esté a menos de un kilómetro de ti.

Ahora Joan se rió con ganas.

—A mí me pasa lo mismo contigo —dijo con una amplia sonrisa—. Te quiero tanto que tengo siempre miedo de que te me escapes. —Joan pellizcó el brazo de Tobb y él se quejó como si le estuvieran matando, haciéndola reír más aun—. Gracias, Tobb. Ya me siento mejor.

Tobb no contestó, limitándose a sonreír. Sabía que Joan estaba haciendo un esfuerzo para ignorar sus negros presentimientos, y él decidió hacer lo mismo.

Comenzó a besarla tiernamente, y pronto ambos se abandonaron a la pasión.

Esa noche hicieron el amor con desesperación, como si realmente fuera la última vez.

Y era la última vez.

Capítulo VIII

Joan entró en el hangar y caminó hacia su nave. Ésta iba a ser una misión de «golpear y correr» para sólo seis cazas. Un convoy bretaliano había sido descubierto cerca del sistema Remisse, y el escuadrón Milagro había recibido órdenes de identificar las naves, dañar a algunas de ellas para que no pudiesen continuar el viaje y retrasasen así a todo el convoy, y salir de allí antes de que pudieran llegar posibles refuerzos. Lo que hacía que la misión revistiera cierto peligro era precisamente la cercanía de Remisse a los mundos bretalianos, y por esa razón Joan había decidido encargarse ella personalmente. Esperaba encontrar a su hombre-ala, el fiel teniente Trillian, esperándola junto a su nave como de costumbre. Siempre aprovechaban ese momento para darle un último repaso al plan de vuelo, pero Trillian no estaba hoy allí. En su lugar se encontraba un piloto al que no conocía, con aspecto de estar un poco nervioso. Desde el momento en el que vio entrar a Joan en el hangar se había cambiado el casco de mano dos veces. A Joan no le sorprendió. A estas alturas ya estaba acostumbrada a causar ese efecto en la gente que iba a tratar con ella por primera vez. Más de una vez sentía la tentación de presentarse diciendo

—Hola, soy la legendaria Jedi de Alderaán —pero siempre lograba contenerse. Suponía que la niña traviesa que había sido una vez aún seguía dentro de ella.

—Buenos días, teniente —dijo cuando estuvo lo suficientemente cerca como para distinguir sus galones—, ¿podría indicarme dónde está el teniente Trillian, por favor?

—Ha caído repentinamente enfermo, comandante. Me acaban de pedir que ocupe su lugar.

—Espero que no sea nada serio…

—No creo que sea nada, comandante. Seguramente le sentó mal la cena, pero el capitán Lamorny le vio vomitar y dijo que es mejor prevenir que curar.

—Y tiene razón —respondió Joan. El capitán Lamorny era el oficial ejecutivo y segundo al mando del escuadrón Gato Montés. Gato Montés compartía los hangares del *Armonía* con los escuadrones Milagro y Kallen.

—¿Vuela usted con el Gato Montés, teniente…?

—Smeigger, comandante. Sí, normalmente soy Gato Montés Cinco, pero será un honor para mí estar en el Milagro por un día y ser su hombre-ala —contestó el piloto con entusiasmo—. A no ser que prefiera llamar a alguien de su propio escuadrón, claro. Cuando el teniente Trillian empezó a sentirse mal no había por aquí ningún otro piloto aparte de los que tenían previsto participar en esta misión, y por eso el capitán Lamorny pensó en echarle a usted una mano.

—A todos los demás les he dado descanso hoy —explicó Joan, lamentando no haber pensado en dejar al menos a uno en reserva—. Supongo que podría despertar a alguno y hacerle bajar aquí a toda prisa, pero no podemos perder demasiado tiempo… —Joan vio a Lamorny no lejos de allí, subido en la escalerilla de acceso a uno de los *Cantantes* de su

escuadrón, al parecer dando instrucciones al técnico que se encontraba trabajando en la cabina.

Lamorny la saludó con la mano. Señaló a Smeigger y le indicó a Joan por señas que el joven teniente era un buen piloto. Joan respondió al saludo y se volvió hacia Smeigger.

—¿Cómo de bueno es usted, teniente? —preguntó ella a bocajarro, todavía indecisa.

—Doce derribos confirmados y dos probables, comandante —respondió Smeigger de inmediato, con un deje de orgullo en la voz, y evidentemente un poco molesto por la pregunta.

—Muy bien, teniente Smeigger —dijo Joan con una ligera sonrisa—. Eso es más que suficiente para mí. ¿Está usted al corriente de la misión?

—Sí, comandante. El oficial de vuelo Bendeni me ha pasado el plan de vuelo.

Bendeni era Milagro Nueve, uno de los pilotos que iban a participar en el ataque al convoy.

—De acuerdo entonces —aceptó Joan—. Por hoy será usted Milagro Dos.

—¡Gracias, comandante!

Joan sonrió mientras Smeigger se daba la vuelta y corría hacia su nave, pero volvió a ponerse seria tan pronto se sentó en la cabina de su *Cantante*.

Este cambio no le gustaba demasiado, pero lo que le había dicho a Smeigger era cierto. Quedaban menos de cinco minutos para la salida, y en ese tiempo no podría hacer venir a ninguno de sus pilotos.

—¿Todo a su gusto, comandante? —preguntó Tobb, subiendo por la escalerilla para ayudarla con el atalaje como era su costumbre.

—Hola, Tobb —le saludó ella con una sonrisa—. La nave está perfecta, como siempre. Es Trillian. Se ha puesto enfermo y tengo que volar con un piloto del Gato Montés como hombre-ala. —Joan se encogió de hombros—. En realidad no tiene tanta importancia. Estoy segura de que lo hará bien.

—Es verdad. He visto a Trillian, tan pálido como un fantasma, salir corriendo hacia el baño no hará ni diez minutos. Creo que no llegó a tiempo…

—Pobrecillo. Iré a verlo en cuanto volvamos. Y ahora deséame buena suerte.

—¡Buena suerte, bollito! —dijo Tobb guiñándole un ojo.

—Por favor, teniente Santer —respondió Joan fingiendo seriedad, al mismo tiempo que se colocaba el casco y comprobaba que recibía correctamente la señal del intercomunicador—. Llámeme comandante y compórtese como es debido, o me veré obligada a ordenar que lo arresten.

—Se me ocurren uno o dos sitios en los que no me importaría pasar un arresto —contestó él ayudándole a ajustarse la máscara respiratoria—. Su cuarto, por ejemplo…

—Que sea el suyo y considérelo como una orden —sonó la voz de Joan a través de la máscara—. Procure estar allí cuando vuelva y no intente salir corriendo, si no quiere que le aumente el castigo.

Tobb descendió riéndose y recuperó la escalerilla. Joan cerró la cúpula y levantó el pulgar indicando que todos los sistemas del caza funcionaban correctamente. Aún sin

poder verle la cara, Tobb sabía que en estos momentos volvía a ser la Joan guerrera, la comandante d'Arc. La Jedi de Alderaán.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo en voz baja, contemplando como el *Cantante* abandonaba el hangar. Tobb se mordió el labio con preocupación.

Por más que lo intentaba, no podía quitarse de la cabeza la conversación que habían tenido la noche anterior.

Por favor, Joan, ten muchísimo cuidado.

Los sensores de los seis cazas acababan de captar las primeras naves del convoy bretaliano. Joan contó dieciséis transportes, escoltados únicamente por dos patrulleros ligeros. Nada del otro mundo.

—Aquí Líder Milagro. Milagro Dos y yo nos encargaremos de la escolta. El resto de vosotros identificad y atacad a los transportes. Intentad disparar sólo contra los motores. No tenemos por qué convertir esto en una matanza.

—Entendido, Líder —llegaron una a una las cinco respuestas. Joan seleccionó una de las naves de patrulla en su sistema de tiro y ordenó a Milagro Dos atacar a la otra. Esta iba a ser una misión fácil después de todo.

Pero enseguida se dio cuenta de que había algo extraño allí. A través de la Fuerza, empezó a captar las emociones de las tripulaciones de las naves bretalianas, dominadas por una tensión creciente. Eso no tenía nada de excepcional, ya que seguramente los bretalianos acababan de descubrir en sus pantallas sensoras a los seis cazas republicanos aproximándose. Lo raro era que Joan sentía en ellos más ansiedad que miedo, casi como si estuvieran esperando a ser atacados y se estuvieran preparando para defenderse…

¿Puede ser que ya estén sobre aviso? ¿Consideraban de antemano la posibilidad de ser interceptados? Y si es así, ¿por qué no llevan una escolta más fuerte? A Joan cada vez le gustaba menos lo que sentía.

—Mantened los ojos bien abiertos —transmitió por el canal del escuadrón—, tengo la sensación de que esto no es exactamente lo que aparenta.

Como si estuviesen esperando únicamente a que ella pronunciara esa frase, cada transporte abrió sus bahías de carga y empezó a escupir *Tridentes*.

—¡Es una trampa! —exclamó uno de los pilotos.

—Estamos demasiado cerca —dijo Joan manteniendo la calma—. Si nos damos la vuelta ahora nos convertiremos en blancos fáciles antes de que podamos escapar por velocidad. ¡Enfrentaos a los cazas y que la Fuerza os acompañe!

—Dos, no te separes de mi cola. —Sin esperar respuesta de Smeigger, Joan dirigió a su *Cantante* inmediatamente contra el caza bretaliano más próximo y abrió fuego. Su nuevo hombre-ala contempló aturdido cómo el caza de Joan evadía con aparente facilidad las ráfagas láser de respuesta, en lo que parecía una increíble danza acrobática. Antes de alcanzar la primera oleada de cazas bretalianos, Joan ya había puesto fuera de combate a

dos de ellos. El teniente Smeigger se vio completamente incapaz de imitar esas maniobras y perdió contacto con Joan casi de inmediato. El piloto maldijo en silencio y se conformó con mantenerse vivo a sí mismo.

Joan no tenía tiempo para mirar atrás. Pilotando prácticamente en estado de trance, sus sentidos estaban extendidos al máximo para poder percibir cada disparo dirigido contra ella y actuar en consecuencia. Su *Cantante* parecía rotar mágicamente sobre su eje siempre que un rayo láser estaba a punto de alcanzarlo. Cada vez que un caza enemigo se cruzaba en su punto de mira, apretaba el disparador sin esperar a que la computadora le confirmara la posibilidad de blanco. Cuatro de ellos venían ahora hacia ella, justo de frente, disparándola con todas sus armas.

Joan hizo saltar al *Cantante* por encima de la línea de fuego al tiempo y comenzó un tonel que interrumpió a la mitad, quedando en posición invertida respecto a sus atacantes. Cuando apenas estaba a unos metros de ellos disparó dos veces. Uno de los pilotos perdió el control de su caza, seriamente dañado. Sus compañeros se vieron obligados a girar para evitar la colisión. Eso dio a Joan algunos segundos para maniobrar de nuevo y colocar su *Cantante* a cola de las naves bretalianas. Disparó a uno de ellos sin ni siquiera apuntar.

Alcanzado de lleno, el *Tridente* explotó mientras su compañero más próximo ya estaba en el punto de mira de Joan. Tras incapacitar a su enemigo con una certera ráfaga que vaporizó su planta motriz de estribor, Joan se separó de su víctima antes de que el cuarto piloto hubiera tenido ocasión de hacer nada por ayudar a sus compañeros.

Pero había demasiados. Joan no podría mantener ese nivel de concentración para siempre. Más pronto o más tarde se relajaría y si eso sucedía estaría perdida. Y aunque ella pudiera evadir el fuego enemigo eternamente, que no podría, el resto de pilotos de su grupo no podían ni siquiera soñar con ello. Un grito terrible en el intercomunicador y un momentáneo vacío en la Fuerza le dijo que Milagro Cinco había sido derribado y muerto. El oficial de vuelo Valba. Otro amigo perdido y otra herida abierta en su corazón. En cuestión de minutos el resto de sus pilotos también habría caído. No se había visto en una situación así desde lo de Alderaán. Tenía que provocar una distracción, algo que les diera un respiro, una oportunidad para abandonar el combate y escapar. Joan miró urgentemente a su alrededor, sintiendo como la desesperación empezaba a hacer mella en ella. A poco más de un kilómetro, los transportes bretalianos maniobraban pesadamente para alejarse de la batalla, junto con los dos patrulleros. Por algunos segundos, las trayectorias respectivas de dos de los cargueros iban a cruzarse.

—Dos, ¿dónde estás? —Joan no recibió respuesta. Si Smeigger había sido alcanzado, ella al menos no lo había percibido, pero era imposible distinguir todo lo que estaba pasando alrededor de ella. En cualquier caso, lo cierto es que Smeigger no estaba allí. Iba a tener que hacer esto sola.

Joan lanzó a su *Cantante* en un tonel controlado hacia uno de los dos transportes, que se encontraba a mitad de un giro hacia su lado de babor. La nave tendría que utilizar sus toberas de maniobra de ese mismo lado para detener el giro y enderezar su rumbo. Joan centró cuidadosamente esas toberas en su punto de mira y comenzó a disparar

incesantemente. Varios cazas venían detrás de ella, intentando inútilmente derribarla antes de que consiguiese su propósito. Muchos de los disparos dirigidos contra ella se estrellaron también contra el transporte, antes de que los pilotos bretalianos se dieran cuenta de lo que estaba pasando y levantaran el dedo del gatillo. El motor izquierdo del transporte se detuvo, mortalmente alcanzado, lo que le hizo virar aún más rápido en esa misma dirección impulsado por el todavía intacto motor derecho. Pero sin las toberas de maniobra que los certeros disparos de Joan habían ya destruido, sus tripulación se vería incapaz de detener la rotación de su nave, y no podría impedir por tanto echarse encima del transporte que volaba junto a su costado izquierdo. El piloto de este último hizo lo que pudo por evitar la colisión pero no tuvo tiempo. Las dos naves chocaron en el mismo instante en el que el caza de Joan pasó a toda velocidad por encima de ellas. Hubo una explosión terrible y la mayoría de los cazas que seguían a Joan se vieron atrapados de lleno por la onda expansiva. Cuatro de ellos también explotaron, y tres más sufrieron daños de consideración que no les permitirían seguir en el combate. Ninguno pudo seguir al *Cantante* de Joan.

Momentáneamente al menos, Joan se encontró sin enemigos que la persiguieran. Los gritos de los pilotos bretalianos que no habían podido evitar la explosión de los transportes habían causado cierta distracción entre sus compañeros, tal y como Joan había esperado que sucediera.

—Aquí Líder Milagro —transmitió—, ¡Es hora de irse de aquí! —Tres respuestas afirmativas llegaron hasta sus auriculares. Los cazas bretalianos que intentaban derribar a los *Cantantes* en retirada estaban entre ella y sus compañeros, y casi fuera de su alcance. Joan disparó contra algunos de ellos desde la máxima distancia a la que sus láseres resultaban efectivos, sin lograr destruir ninguno, pero sí sorprenderles y hacerles abandonar la persecución. A continuación aceleró en pos de sus camaradas supervivientes, pasando a través de los bretalianos en desbandada antes de que supieran qué era lo que había sucedido, y dejándolos atrás. Aunque los pilotos enemigos intentaran corregir su error, ya sería tarde. No podrían volver a acercarse a sus *Cantantes* antes de que alcanzaran el punto de reunión con el *Armonía*, y para entonces ya estarían a salvo. Joan suspiró con un alivio infinito. Había perdido a dos pilotos, pero los demás iban a conseguirlo. Iban a escapar.

—¡Por favor, comandante, no me deje atrás! —El grito resonó en sus auriculares cargado de angustia, haciéndola sobresaltarse. Era Smeigger. Al parecer, el joven piloto no había sido derribado, como ella daba ya por seguro.

Pero se había visto aislado del resto del grupo y ahora iba a quedarse a merced de los cazas bretalianos que ella misma acababa de espantar. Joan se mordió el labio con frustración. No podía dejarlo morir sin hacer nada por salvarlo. Tiró hacia atrás de la palanca de mando invirtiendo después el *Cantante* a mitad del rizo. Un instante después volaba a toda velocidad en dirección contraria al resto de sus compañeros. Justo hacia los cazas bretalianos supervivientes. Casi una docena de ellos, por lo que podía ver en su

pantalla. No pudo evitar recordar sus malos presentimientos. Quizá fuera ésta su última acción, pero no podía volverse atrás. No sin Smeigger.

—¡Espera, Dos, voy a por ti!

Joan se cruzó como un relámpago con un grupo de *Tridentes*, seis en total, que intentaban retomar la persecución de los cazas republicanos a la fuga.

Ninguno intentó detenerla. Seguramente pensaban que se estaba condenando ella sola al regresar, y que el resto de sus compañeros podrían encargarse del presunto suicida . *Seguid creyéndolo*. Joan buscó al caza de Smeigger con sus sensores, demasiado cansada para intentar hacerlo a través de la Fuerza. Lo localizó a poco más de un kilómetro de ella. Cinco bretalianos estaban a su cola, jugando con él al gato y al ratón. Podían acabar con él en cualquier momento, y ella no llegaría a tiempo para intentar evitarlo.

—¡No puedo quitármelos de encima! —chilló Smeigger—. ¡Van a matarme, por favor, ayúdeme!

Maldita sea, se está dejando dominar por el pánico…

—¡Vamos Dos, creí que eras bueno! ¡No te bloquees ahora y vuela hacia los transportes! —*Sí, eso es…*

—¡Intenta cubrirte entre ellos!

Joan acababa de comprender que esa era la única esperanza de Smeigger.

No podía ser tan mal piloto si había aguantado vivo hasta ahora. Si además conseguía controlar sus nervios lo suficiente para maniobrar a través de la formación de transportes sin chocar con ninguno, quizá podría evitar ser alcanzado y ganar algo de tiempo. El joven teniente obedeció e hizo virar su caza en esa dirección. Dos bretalianos lo siguieron, pero los otros tres giraron para enfrentarse a Joan. Para entonces el resto de pilotos bretalianos que aún intentaban alcanzar a los otros tres *Cantantes*, se habían dado cuenta al fin de que no iban a conseguirlo. Los seis se habían dado la vuelta y se acercaban rápidamente. Joan iba a verse atrapada entre dos fuegos y ni siquiera había podido llegar cerca de Smeigger. Estaba sudando intensamente y tenía dificultades para respirar. El esfuerzo que estaba teniendo que hacer para no perder precisamente ahora el contacto con la Fuerza era inmenso. Una vez más deseó haber sido entrenada por un verdadero Jedi, pero no podía rendirse en este momento. La vida del teniente Smeigger dependía de ella, por no mencionar la suya propia. Tobb se enfadaría mucho si no volviera.

Sacando ánimos de ese último pensamiento, Joan volvió a utilizar la Fuerza para evadir el intenso fuego. Estos tres pilotos parecían haber aprendido del error de sus compañeros minutos antes. Sabían que no conseguirían derribarla con un ataque frontal. Maniobraron a ambos lados, intentando rodear su caza en lugar de seguir yendo directamente hacia él. Parecía que se estaban limitando a darles tiempo a los otros seis *Tridentes* para que llegaran hasta allí y así pudieran ayudarles. Al parecer, le habían tomado algo más que respeto.

Joan se preguntó si habrían adivinado por fin a *quién* se estaban enfrentando.

Quizá la leyenda aún pueda servirme de algo. Por su parte, Smeigger estaba alcanzando ya la posición de los transportes. Si Joan intentaba seguirle, los tres bretalianos se pondrían fácilmente en su cola. Lo único que podía hacer era esperar que Smeigger fuera capaz de aguantar unos minutos más.

Joan escogió a uno de los cazas enemigos e ignoró a los otros dos. Cuando el piloto bretaliano se dio cuenta de la intención de Joan, empezó a maniobrar en zigzag intentando escabullirse. Los otros dos abandonaron sus tácticas evasivas y se lanzaron a por ella. Joan los vio venir mirando por encima del hombro. Esperó hasta tenerlos prácticamente encima, y entonces hizo elevarse a su caza de repente con un tirón de la palanca de mandos, al mismo tiempo que reducía de golpe el flujo de energía a los motores e invertía el sentido de salida, como si se dispusiese a aterrizar. El *Cantante* dio un brinco y se quedó prácticamente suspendido por encima de los dos sorprendidos bretalianos. La maniobra en sí no tenía nada de extraordinario. Lo difícil era ejecutarla en el momento justo. Demasiado pronto, y el enemigo te derribaba a placer.

Demasiado tarde, y ya te habría derribado. Pero Joan lo hizo a la perfección.

Cuando empujó de nuevo la palanca de potencia hasta el fondo y recuperó su trayectoria anterior, tenía a uno de sus dos adversarios centrado en su punto de mira, aunque alejándose rápidamente. El aturdido piloto no tuvo tiempo siquiera de preguntarse qué había pasado. Cuando su compañero fue consciente de que se había quedado solo, huyó en dirección a los *Tridentes* que venían de camino, todavía a cuatro o cinco kilómetros de allí. Joan le permitió escapar y se lanzó en busca de Smeigger.

Lo encontró al otro lado del grupo de transportes. Solo. Al parecer había conseguido deshacerse de los dos bretalianos que le seguían. *Vaya*, pensó Joan impresionada, *quizás tengamos que hacerle un sitio en el escuadrón Milagro al teniente Smeigger, después de todo*.

—¡Vamos, Dos! No podemos volver al *Armonía* por la ruta prevista sin que esos *Tenedores* nos intercepten, pero probablemente tendremos bastante combustible para llegar dando un rodeo.

—De acuerdo, Líder Milagro. Marque el rumbo y la seguiré —respondió el otro piloto—. Muchas gracias por volver a por mí. Le prometo que no lo olvidaré.

—No hay de qué, teniente. Ahora manda toda la energía a los motores y olvídate de recargar los láseres. Si queremos tener alguna posibilidad de tomar la próxima comida a bordo del *Armonía*, antes tendremos que dejar atrás al resto de cazas. —No había tiempo que perder. Su pantalla sensora mostraba a varios de ellos persiguiéndoles a un par de kilómetros. Con gran sorpresa por su parte, descubrió también la cercana presencia de otra nave de la República.

Joan se preguntó de quién podía tratarse. Quienquiera que fuera, más le valía apretar gases a fondo, o los cazas bretalianos se le echarían encima. La computadora identificó enseguida a la nave como un *Cantante*. Al parecer, uno de sus pilotos había decidido retroceder y ayudarles a Smeigger y a ella.

Tendré que echarle una bronca al que sea antes de darle un abrazo. La sonrisa de Joan desapareció no obstante al darse cuenta de que la señal automática de identificación amigo-enemigo emitida por el caza republicano no pertenecía al escuadrón Milagro. Ese piloto era del Gato Montés. En ese momento le asaltó una sensación muy fuerte de peligro. Algo no iba bien.

—Piloto de Gato Montés, aquí Líder Milagro —transmitió a través de la frecuencia estándar de la flota—. Identifíquese.

—Soy el capitán Lamorny —llegó la inmediata respuesta—, Gato Montés Dos.

Lamorny. El oficial ejecutivo del escuadrón Gato Montés. El mismo que le había enviado a Smeigger para sustituir al teniente Trillian.

—¿Qué está usted haciendo aquí, capitán? —preguntó Joan con repentina suspicacia. Intentó obtener algún atisbo de los pensamientos de Lamorny a través de la Fuerza, pero no pudo conseguirlo. Tras un combate tan largo, concentrándose todo el tiempo para no perder la conexión con la Fuerza y seguir siendo capaz de esquivar los disparos a su alrededor, Joan se encontraba literalmente agotada. De hecho, ahora que casi había terminado todo, tenía que esforzarse para mantener los ojos abiertos. El *Cantante* de Lamorny se estaba acercando por su derecha y desde atrás. Los malos presentimientos de Joan iban en aumento. Aquello no podía ser. Viniendo desde allí, Lamorny tendría que haber rebasado en algún momento a los cazas bretalianos. Sus instintos le chillaban que desconfiara del recién llegado, que intentara derribarlo incluso, pero su mente seguía intentando encontrar una razón lógica que explicara la presencia de Lamorny allí. Esos segundos de vacilación resultaron fatales.

La nave de Joan recibió dos impactos directos antes de que Joan reaccionara por fin e intentara evadirse de Lamorny. Entonces sintió dos nuevas descargas de láser alcanzándola en la parte trasera del *Cantante*.

Aquéllas tenía que haberlas disparado Smeigger. Los motores dejaron de funcionar y el panel de instrumentos se llenó de luces rojas. Joan comprendió, demasiado tarde, que había sido traicionada.

Su cansancio era más fuerte que la ira o dolor. Cerró los ojos y trató de descansar por unos minutos, mientras su nave, ahora completamente indefensa, era rodeada por cazas bretalianos. Si quisieran matarla no tendrían más que disparar una última ráfaga sobre ella, pero nadie lo hizo.

Iban a capturarla.

A través del intercomunicador sonaban las voces de Smeigger y Lamorny, felicitándose por el éxito y bromeando a su costa. Ni siquiera se molestaron en cambiar de frecuencia. O quizá lo que querían era precisamente que ella les oyera, jactarse de lo que habían hecho para enojarla y humillarla. Joan los ignoró, del mismo modo que tampoco hizo caso cuando escuchó a Lamorny hablar en bretaliano con algunos de los pilotos enemigos. *Por si todavía no me he dado cuenta a estas alturas de que he caído en una trampa*. Joan sonrió tristemente. Casi había conseguido escapar. Casi. Pero Smeigger había improvisado una magnífica actuación, bordando el papel de muchacho aterrado

ante el peligro. Qué listo había sido. Si ella no hubiera estado tan exhausta, habría percibido el engaño. Daba igual, ya no tenía sentido darle más vueltas.

Uno de los transportes estaba acercándose a su nave, abriendo las compuertas de su bahía de carga. Joan trató de relajarse respirando profundamente. Con los ojos todavía cerrados, desenganchó el sable láser de su cinturón y lo tomó entre sus manos. Acarició con un dedo el símbolo personal del Maestro Jonderiis grabado sobre la empuñadura. Jamás había utilizado la que era el arma tradicional de los Jedi.

Pero para todo hay una primera vez…

Tercera parte

La prisionera

«El miedo, la ira, la agresividad, el Lado Oscuro ellos son.»
Yoda, Maestro Jedi

Capítulo I

[A bordo de un transporte imperial clase Delta Dx9 navegando a través del sistema de Kessel]

La nave dejó atrás con facilidad el campo gravitatorio generado por el planetoide KS-31 y puso rumbo hacia el espacio exterior, pilotada por el teniente Stephen «Psico» Proud, espía y piloto de caza por ese orden, al servicio de la Alianza Rebelde. Psico miró a través del visor delantero de la nave robada. Todo el espacio ante él estaba cubierto de naves Imperiales. Dos destructores clase Imperial ya estaban en órbita alrededor del pequeño planetoide verde y gris. También había varias fragatas Nebulon B, corbetas y un par de portanaves de escolta. Transbordadores y transportes ligeros como el suyo seguían haciendo viajes al planetoide para evacuar a las tropas y al personal técnico que aún se encontraban en las instalaciones destruidas por el ataque rebelde.

Psico había formado parte de un comando de Inteligencia rebelde enviado a Nar Shaddaa, la famosa «Luna de los Contrabandistas» propiedad de los hutt, y único lugar de la galaxia donde casi cualquier información podía ser obtenida si uno estaba dispuesto a pagar lo que valía. La única pista que encontraron se perdía en el sistema Kessel, y consistía en la identificación de un carguero ligero, el *Kadumai*, alquilado por el Imperio a través de intermediarios para llevar suministros a las minas de Kessel primero, y a una supuesta base secreta después. La información era muy vaga, pero era todo lo que tenían.

Psico consiguió colarse en la bodega de carga del *Kadumai* y llegar a lo que resultó ser justo lo que estaban buscando: la cadena de montaje de los *Lanzamisiles*. Antes de abandonar el Kadumai, adosó un pequeño transmisor al motivador de salto de la nave. Cuando el Kadumai saltó al hiperespacio tras abandonar KS-31, el transmisor se activó y envió las coordenadas en las que se encontraba la nave en esos momentos al resto del comando de Psico, que esperaba a bordo de una lanzadera camuflada en los límites del sistema.

De eso hacía ya casi dos semanas. Desde entonces, Psico se encontraba oculto en un pequeño almacén de equipo y recambios, frío y en absoluto acogedor, cuyas dos únicas virtudes eran el ser muy raramente visitado y disponer de un terminal con conexión a la Red Imperial de Datos. En ese tiempo había subsistido a base de raciones de combate y de agua reciclada procedente del sistema de refrigeración de la cadena de montaje de la fábrica.

Psico estaba convencido de que el gusto metálico de esa agua no se le iría de la boca en mucho tiempo. Cuando ya empezaba a pensar que no le iba a quedar más remedio que salir de su escondite y entregarse, la operación para evacuar a las fuerzas imperiales de KS-31 le había dado la oportunidad para salir de allí que había estado esperando. Introduciéndose por última vez en la Red Imperial, Psico había alterado ligeramente los vuelos planificados entre el planetoide y la flotilla que lo rodeaba. Ahora había un transporte adicional con permiso para abandonar el sistema en la próxima media hora, y era el que él estaba pilotando. Estaba corriendo un riesgo enorme, pero no tenía

alternativa, dado que al planetoide le quedaban pocas horas de existencia. Era imposible saber qué sería lo primero en ser descubierto: sus accesos ilegales a la Red Imperial de Datos, la desaparición de uno de los transportes asignados a la fábrica —y que debería estar participando en la evacuación—, o el piloto muerto que yacía en el mismo almacén que Psico había estado ocupando. Fuera lo que fuera, Psico tenía la esperanza de estar lejos de allí cuando cualquiera de esas tres cosas sucediera.

Más allá de las naves imperiales, la luminiscencia siniestra de la región del espacio conocida como Las Fauces eran perfectamente visibles. El espacio mismo se retorcía alrededor de ese paraje imposible, un auténtico infierno para la navegación en el que se concentraban varios agujeros negros, y que constituía un fenómeno único en la galaxia. Varias especies inteligentes coincidían en llamarlo «el lugar donde va a morir la luz». Muy cerca del límite de Las Fauces, se encontraba el planeta que daba nombre al sistema. Kessel era conocido en la galaxia por dos cosas: las minas de especia brillestim, y la prisión imperial de máxima seguridad. Psico sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo al pensar en Kessel. En aquel lugar inhóspito, donde no se podía caminar por la superficie del planeta sin un equipo de respiración asistida, Psico se había pasado varios meses como prisionero del Imperio. Aún había noches en las que sus pesadillas insistían en devolverlo a aquellos días.

Hacía ya dos años de eso, pero una parte de su mente jamás podría dejar atrás los continuos interrogatorios, las torturas, el trabajo forzado en las minas siempre en completa oscuridad, y la desesperación absoluta de pensar que quizá no saliese jamás de allí.

Su salvación vino de la mano de uno de los contrabandistas que trapicheaban con especia para el corrupto alcaide de la prisión imperial. Sus naves llegaban en la oscuridad, sin ser molestadas por los cazas TIE asignados a la defensa del planeta, y cuyos pilotos tenían órdenes de dejarles pasar. Atracaban en los hangares subterráneos de la prisión, recogían su cargamento, pagaban al alcaide y se iban por donde habían venido. Aquella noche, Psico estaba entre los presos obligados a cargar uno de aquellos transportes, bajo la mirada atenta de varios soldados de asalto. Éstos se llevaban un pellizco de las ganancias del alcaide a cambio de vigilar esas operaciones y callar después lo que habían visto. La nave en cuestión era un transporte ligero coreliano, muy rápido, y al verlo Psico pensó que era entonces o nunca. Cuando casi todo el cargamento estaba ya a bordo, el contrabandista y su copiloto salieron de la nave por un momento, probablemente para ultimar los detalles del pago con el alcaide, que se había acercado hasta allí. Psico subía por la rampa llevando sobre los hombros una de las últimas cajas, y sin pensarlo dos veces se la arrojó con todas sus fuerzas al soldado de asalto más cercano y corrió a la cabina. Consiguió encerrarse dentro y bloquear la escotilla de acceso el tiempo suficiente para poner en marcha los motores y despegar, con el portalón de carga todavía abierto. Las cajas se despanzurraban contra el suelo, desparramando su valioso contenido por toda la cubierta, mientras los soldados de asalto disparaban sus armas

contra el carguero. Psico consiguió sacarlo intacto del hangar y lanzarlo a toda velocidad hacia el espacio exterior.

El transporte era veloz, pero no lo suficiente como para dejar atrás a los cazas TIE que salieron en su persecución. Para escapar de ellos, Psico tuvo que internarse en Las Fauces, y arriesgarse a caer casi con toda seguridad en el pozo de gravedad de alguno de los agujeros negros que poblaban aquella extraordinariamente anómala región del espacio. Lo que le salvó fue que en la memoria del ordenador de vuelo había grabada una ruta segura para atravesar Las Fauces, por la cual el contrabandista habría pagado seguramente más de lo que le había costado la propia nave. Gracias a ello, Psico logró escapar de Kessel y, una semana más tarde, ya había vuelto a contactar con la Alianza.

Por aquel entonces Psico ni siquiera había oído hablar de un segundo planetoide habitable en el sistema de Kessel. Aunque KS-31 aparecía en algunas cartas de navegación, no figuraba como habitable. Para entonces era ya uno de los secretos mejor guardados por el Imperio. Lo que se ocultaba en aquel lugar había traído de vuelta a Psico a este sistema maldito. Ahora que la fábrica había sido destruida y el planetoide mismo no sería pronto más que una nube de polvo flotando en el espacio, ya no habría razones para volver. Nunca, nunca más.

Cuanto más lejos de Kessel pasara el resto de su vida, mejor que mejor.

—Transporte Ballard Dos, aquí Delta Uno —la súbita llamada interrumpió los pensamientos de Psico y le hizo dar un respingo. Un Interceptor TIE había aparecido a proa de su nave, y se mantenía volando en formación algunos metros por encima de él. La pantalla sensora trasera mostraba otros tres cazas, formando un triángulo a su cola. Psico había estado tan ensimismado que no los había visto llegar.

—Te copio, Delta Uno —contestó intentando parecer aburrido. Si cualquiera de los pilotos de los Interceptores llegase a sospechar de él lo más mínimo, podría estar muerto en cuestión de segundos.

—Cargamento y destino, por favor.

—Llevo toberas de dirección y paneles de refrigeración para el nuevo modelo de TIE. —Era verdad. Había verificado el cargamento que llevaba el transporte antes de manipular el registro de vuelos programados en la base de datos Imperial. El único matiz era que el nuevo cazabombardero no tenía nada que ver con la serie TIE, sino que se trataba de un diseño completamente diferente del mismísimo Gran Almirante Thrawn, genio de la estrategia, y único alienígena que ocupaba un cargo de alta responsabilidad en el Imperio. Pero todo eso era alto secreto. La versión oficial, la que conocerían los pilotos de los Interceptores, era que lo que se estaba construyendo en la factoría del planetoide KS-31 era un nuevo modelo de TIE Avanzado. No tenía ni la más mínima duda de que, en ese mismo momento, los pilotos imperiales estaban barriendo el transporte con sus sensores para confirmar que realmente transportaba lo que decía—. Mi destino es el astillero orbital de Sistemas Sienar en el sistema de Thoriam. Supongo que pretenden continuar allí con el trabajo que estaban haciendo aquí.

Hubo algunos segundos de silencio. Psico cruzó los dedos.

—De acuerdo, Ballard Dos. —Psico suspiró cuando llegó por fin la respuesta.

—Eso es lo que dice mi computadora. Procura no perder esas piezas por el camino. Estoy deseando poder cambiar este Interceptor por uno de esos nuevos TIE.

—Vaya. Yo cambiaría este transporte por tu Interceptor con los ojos cerrados, Delta Uno —bromeó Psico. Sabía bien que los pilotos de caza imperiales se consideraban a sí mismos como la crema de la Armada Imperial, muy por encima del resto de pilotos. No en vano también él había sido piloto de cazas TIE antes de unirse a la Rebelión, aunque no en un escuadrón de élite como era el caso de Víbora, al que había conocido fugazmente poco antes de infiltrarse en las instalaciones del planetoide KS-31.

El piloto imperial soltó una carcajada.

—Pues claro que lo harías. Que tengas un buen viaje, Ballard Dos.

—Gracias, Delta Uno. Feliz vuelo también para vosotros. —Los cuatro cazas habían roto su formación alrededor del transporte antes de que él terminara la frase. Psico resopló aliviado. *Menos mal*. Tras mirar de reojo a uno de los dos destructores estelares, al cual estaba empezando a rebasar, consultó el ordenador de vuelo. Estaba ya a sólo treinta segundos de su punto de salto. El planetoide había quedado a su espalda, y fuera por tanto de su vista. Psico se acordó de los colonos. Sería imposible rescatarlos con tantas naves imperiales en la zona. Casi lamentó haber informado a Avalancha sobre su situación.

Esperaba que hubiera obedecido las órdenes que le habían dado y hubiera puesto rumbo hacia el Borde Exterior, al espacio controlado por la Alianza. Si el escuadrón Blanco hubiera intentado hacer algo por la pequeña colonia, lo habrían pagado con la vida.

Psico hizo las últimas comprobaciones antes de saltar al hiperespacio. Su verdadero destino no era el sistema Thoriam, por supuesto, sino un trozo de espacio en mitad de ninguna parte, lejos de cualquier sistema habitado, y con un tráfico comercial o militar prácticamente inexistente en varios años luz a la redonda. Allí estaba el punto de reunión prefijado semanas atrás con dos oficiales de Inteligencia de la Alianza. A Psico no le cabía la menor duda de que estarían interesadísimos en todo lo que había descubierto acerca de los *Lanzamisiles,* antes de que sus amigos de los escuadrones Blanco y Azul hubieran arrasado la factoría. Tan interesados como para llevar allí flotando durante al menos tres semanas. *Por muy miserables que se sientan, seguro que han estado mucho más cómodos que yo en ese puñetero almacén*.

Después de darles lo que querían, seguramente sus superiores le recompensarían con una nueva misión detrás de las líneas imperiales. Psico esbozó una sonrisa irónica a costa de sí mismo. A pesar de lo mal que lo había pasado en Kessel, aún le habían quedado ganas de seguir haciendo de espía para la Alianza . *Así soy yo. Siempre viviendo peligrosamente.* La computadora de vuelo emitió un sonido de aviso y una luz verde se encendió sobre su panel.

El transporte acababa de alcanzar el punto de salto.

—Hora de marcharse del sistema Kessel para siempre —dijo en voz baja, poniendo la mano sobre la palanca que activaba el motivador de salto.

Pero esa Avalancha es tan terriblemente cabezota… El repentino pensamiento le hizo detenerse a mitad del gesto. Psico conocía a la comandante del escuadrón Blanco desde hacía casi un año, cuando ella y el resto del escuadrón *Mantiss* se disponían a internarse en el Núcleo Galáctico, con la misión de atacar objetivos diversos al azar y mantener ocupada por un tiempo al menos a una parte de la Armada Imperial. Eso habría de permitir que, a centenares de años luz de distancia, en el Borde Exterior, se fueran produciendo las sucesivas entregas a la Alianza de sus primeros cruceros mon calamari. Psico había sido entonces el contacto de Avalancha con la Inteligencia Rebelde, proporcionándole las coordenadas y características de los blancos que podrían ser candidatos para sus ataques, e incluso volando con ella y sus chicas en unos cuantos. La decisión final de qué objetivos serían atacados y de qué modo era siempre decisión de Avalancha. Psico recordaba bien las discusiones previas a aquellas misiones. Cuando Avalancha decidía actuar no había nada que pudiera detenerla.

Y seguro que pretendía hacer algo por ayudar a los colonos.

—Oh, maldita sea —exclamó con irritación. En un súbito impulso cambió las coordenadas de salto por las de la última posición que conocía de la fragata Nebulon-B capturada, y que al parecer iba a convertirse en la nave nodriza del escuadrón Blanco—. Seguro que me voy a arrepentir de esto… —Esta vez empujó la palanca del motivador hasta el fondo. El transporte aceleró y desapareció en el hiperespacio.

Capítulo II

El *Cantante* de Joan fue introducido en la bahía de carga del transporte mediante varios ganchos de remolque, acoplados sobre el casco por pequeños robots autopropulsados manejados por control remoto desde la nave. Para facilitar la operación, el sistema de gravedad artificial había sido desconectado en el transporte. Cuando las compuertas externas se cerraron, la gravedad fue retornando gradualmente hasta que el caza se posó sobre el improvisado hangar. De una forma deliberadamente lenta, por si acaso estaba siendo observada, Joan se quitó la máscara respiratoria y levantó las gafas de vuelo.

Dentro de la nave no iban a hacerle falta, y además iba a necesitar tanta visibilidad como fuera posible. Dejó caer la cabeza pesadamente hacia la izquierda, como si acabara de perder la consciencia. Poco después escuchó un sonido metálico a su derecha. Alguien acababa de acoplar una escalerilla al flanco del *Cantante*. Ahora estaban subiendo a la cabina. El mecanismo de apertura externo fue activado y la cúpula se alzó con un siseo. Sintió el cañón de un arma tocarle el hombro derecho. Dos veces. El hombre que la sostenía dijo algo en bretaliano y un segundo tipo subió para ayudar a su compañero a sacar a Joan del caza. Joan esperó hasta que los bretalianos soltaron el atalaje de seguridad del asiento, y entonces pulsó el botón que activaba el sable láser.

El rayo azul surgió de la empuñadura con un zumbido ante los rostros sorprendidos de los dos soldados. Uno de ellos intentó disparar pero perdió el arma y una de sus manos en el intento. El hombre chilló con todas sus fuerzas y se cayó de la escalera, llevándose por delante a su compañero. Joan saltó directamente de la cabina al suelo, flexionando sus piernas para amortiguar la caída. Otros dos soldados surgieron bajo el ala del *Cantante* e intentaron sujetar a Joan. Ella retrocedió un paso y efectuó un rápido barrido de derecha a izquierda con su sable láser. Ambos soldados se desplomaron sobre la cubierta, gravemente heridos. Un rayo láser pasó rozándole la cabeza. Joan se lanzó bajo el *Cantante* y rodó sobre sí misma hasta alcanzar el lado izquierdo del caza, evitando así por los pelos ser alcanzada por una nueva ráfaga. Varios disparos se estrellaron contra el casco de la nave, justo donde ella se había encontrado un instante antes. Tras ver caer a cuatro compañeros víctimas de su sable láser, el resto de soldados parecían haber decidido no correr más riesgos con ella. Joan recorrió el hangar con la mirada, buscando desesperadamente una salida. Había una escotilla a escasos veinte metros del *Cantante*. Si pudiera alcanzarla sin ser abatida, quizá podría apañárselas para llegar al puente de mando y una vez allí obligar a la tripulación a poner rumbo hacia espacio de la República… Las posibilidades de que lo consiguiera eran pocas, pero merecía la pena intentarlo.

Joan echó a correr, saltando de un lado a otro para evitar ser alcanzada. Los rayos pasaban a escasos centímetros de ella. Los gritos de uno de los heridos resonaban en todo el hangar, superponiéndose incluso al ruido de los disparos.

Joan se obligó a sí misma a ignorarlos. Estaba a punto de tocar la puerta cuando la bahía del transporte empezó a llenarse con algún tipo de gas. Al mirar hacia atrás vio

cómo varios soldados caían inconscientes. Joan presionó el botón de apertura una y otra vez, pero la escotilla permanecía cerrada. Un rayo disparado a ciegas acertó en la pared, justo encima de ella. Joan intentó no respirar el gas, con sus pulmones a punto de explotar y la cabeza doliéndole cada vez más. Sin saber qué otra cosa podía hacer, hizo saltar el panel de control de la escotilla con el sable láser. Los cables y mecanismos internos eran ahora accesibles. Joan intentó deducir cómo funcionaban, pero el dispositivo era demasiado complicado y ella apenas podía pensar con claridad.

Su cuerpo entero gritaba suplicando aire. Finalmente el instinto de respirar pudo más que su voluntad de no hacerlo y abrió la boca. El gas le hizo toser, y empezó a sentirse repentinamente muy débil. Joan cayó de rodillas. El sable láser resbaló de entre sus manos y se desconectó al tocar el suelo. Joan se derrumbó sobre la cubierta metálica. Estiró el brazo intentando recuperar el sable, pero no podía alcanzarlo. Entonces todo se puso oscuro.

Lo que le hizo darse cuenta de que se estaba despertando fue el dolor. Antes de abrir los ojos ya sabía que estaba encadenada. Tenía argollas de sujeción en los tobillos, los muslos, las muñecas y los antebrazos. Apenas podía hacer un solo movimiento. Su cuerpo estaba rígido, tanto que cada uno de sus músculos se quejaba suplicando un cambio de postura. Lo peor de todo era el dolor de cabeza, intenso como no recordaba haberlo sufrido jamás. *Seguramente es un efecto secundario del… ¿gas?* Enseguida se acordó de todo lo que había pasado y por un instante se desesperó. Pero no se había pasado más de un año combatiendo en primera línea para angustiarse ahora, al primer contratiempo. *Caer prisionero es uno de los riesgos que corre un soldado*. Había leído eso en alguna parte. Sí, en uno de los manuales de iniciación que la Flota entregaba a los nuevos reclutas. Entre los veteranos estaba considerado como uno de los mejores libros de humor jamás escrito, si se leía con la adecuada dosis de ironía. *¿Qué más decía? Algo de que caer prisionero es mejor que ser gravemente herido o muerto. Puedes y debes intentar escapar, y el planear cómo hacerlo te ayuda a soportar los rigores del cautiverio…*

El teniente Trillian era excelente citando frases completas de ese libro, en lo que él llamaba «voz de sargento instructor de holodrama», acompañadas de muecas de toda índole «para proporcionar el adecuado sentimiento». Todos los miembros del escuadrón se partían de risa con él. *Pobre Trillian. Debe sentirse fatal ahora mismo, cuando se haya enterado de lo sucedido. Pero no es culpa suya. Lamorny y Smeigger debieron ponerle algo en la comida. Oh, no…*

¿Habrán vuelto esos dos al Armonía? Si había dos traidores a bordo, podría haber más. Si pudiera avisar a alguien, de alguna manera… A Tobb, sobre todo a Tobb. Estará destrozado. Quizá me crea muerta. Supongo que los bretalianos no tardarán en hacer

pública su ilustre captura. Entonces todos sabrán que aún vivo, y no será tan malo. Ay, espero que eso sea lo primero que oigan mis padres…

Joan se esforzó por interrumpir esa línea de pensamientos que no le llevarían a ninguna parte. Tenía que buscar lo positivo de su situación y sacar fuerzas de ahí. *Estoy viva y he dormido algo. Me duele todo pero ya no me siento agotada. Puedo sentir la Fuerza otra vez, así que no estoy completamente indefensa. Lo primero, si he de escaparme, es saber dónde estoy.* Era muy poco lo que podía ver. Las luces, si las había, estaban apagadas. Estaba tendida de costado sobre una cama estrecha. Una litera. Si afinaba el oído, podía escuchar ruido de maquinaria. Motores. La vibración estaba muy amortiguada, pero existía. Estaba aún a bordo de una nave, seguramente el mismo transporte en el que había sido capturada. Joan se preguntó durante cuánto tiempo habría estado inconsciente. La habían cogido en Remisse. Desde allí al más cercano de los mundos bretalianos, Doveder, no había más de un día de navegación por el hiperespacio, incluso en un carguero como éste, así que como mucho podrían haber pasado unas cuantas horas…

La iluminación del cuarto, camarote, o lo que fuera aquello, se activó suavemente. Joan tardó un momento en darse cuenta de que estaba mirando a la pared. La puerta tenía que estar a su espalda. Escuchó un siseo. La puerta se había abierto. Ya no estaba sola.

—Me alegro de poder conocerla al fin, Joan d'Arc. —Joan sintió que alguien la agarraba, ayudándola a rodar hasta yacer sobre su espalda. Al levantar la vista, vio junto a ella al hombre que había hablado. Vestía uniforme de general bretaliano. Aparentaba entre cuarenta y cincuenta años, era bastante fornido, con cabello gris que había sido rubio alguna vez, y ojos pequeños y grises.

Joan reconoció ese rostro por haberlo visto en varios holo-reportajes.

—Le estrecharía la mano con gusto, general Bedenford, pero alguien me ha encadenado. Deben pensar que soy peligrosísima.

El general Bedenford se rió con ganas. Estaba al mando de las fuerzas armadas bretalianas desde los primeros días de la guerra, pero su reputación militar había ido en descenso desde el varapalo recibido en Alderaán. De ser el adalid infalible que había conducido a las tropas bretalianas a dominar una parte importante de la galaxia, había pasado a ser considerado el principal responsable de las continuadas derrotas que, desde la sufrida en Alderaán, habían llevado a los bretalianos a perder casi todo lo ganado. Era un hecho conocido que, viendo a Joan como el símbolo que mantenía al resto de la galaxia unido en su contra, Bedenford había puesto un precio a su cabeza. Era un precio muy alto y, por lo visto, alguien estaba a punto de cobrarlo.

—Es usted tan valiente como me habían dicho —dijo Bedenford condescendiente—. Es una pena que estemos en bandos contrarios.

—Estaríamos en el mismo si ustedes no se hubieran vuelto contra la República, invadiendo…

—No tenemos tiempo para eso, mi querida comandante —la interrumpió el general con brusquedad, pero sin elevar el tono de voz ni mostrar irritación alguna—. Ahora me gustaría presentarle a algunos caballeros.

Joan giró el cuello cuanto pudo para ver quién o quiénes se encontraban detrás del general Bedenford. Había cuatro hombres. A uno de ellos lo reconoció de inmediato.

—Ah, capitán Lamorny. Parece que va a convertirse usted en un hombre rico. Un traidor cobarde sin honor alguno, claro, pero un hombre rico después de todo. —Las palabras de Joan estaban cargadas de desprecio. Bedenford sonrió y volvió la vista hacia Lamorny, observando su reacción.

—Puedes insultarme todo lo que quieras —dijo el piloto intentando parecer indiferente a los insultos de Joan, aunque sus ojos demostraban lo contrario.

—Estoy convencido de que los bretalianos representan el futuro. Simplemente he escogido estar en el bando ganador, como muchos otros harán antes de que esto termine.

—¿Qué los bretalianos son el bando ganador? —preguntó Joan con intencionado sarcasmo, decidiendo tratar a Lamorny con la misma falta de respeto que él le mostraba a ella—. ¿Dónde te has pasado tú el último año?

—Mejor debería preguntarse dónde va a pasar usted el próximo —intervino Bedenford, molesto por el recordatorio de Joan acerca de las derrotas bretalianas.

Joan le ignoró y siguió mirando a Lamorny, sonriendo con desdén al hacerlo.

—Dime, Lamorny, ¿realmente piensas que ellos van a confiar en un traidor como tú? Ya sabes, aquéllos que traicionan una vez, pueden hacerlo de nuevo. Si son inteligentes, te eliminarán a ti y a tu estimado amigo Smeigger en cuanto dejen de necesitaros. Viendo que no te han enviado de vuelta al *Armonía*, a lo mejor es que ese momento ha llegado ya…

—¡Cállate! No dices más que estupideces. —A pesar de su tono bravucón, Joan vio la duda aparecer en sus ojos, y eso le hizo más fácil el conservar la sonrisa.

—Debe usted saber, comandante, que el teniente Smeigger no es en absoluto un traidor; —explicó Bedenford—. Smeigger es bretaliano y mostró un gran valor al ofrecerse voluntario para infiltrarse en la Armada de la República. Todo este tiempo ha estado siguiendo mis órdenes directas. —Joan miró fijamente a Lamorny entrecerrando los ojos, sin dejar de sonreír. El general Bedenford no había dicho nada para defender a Lamorny, con lo que de algún modo refrendaba la validez de lo que Joan había dicho sobre él. Lamorny también se dio cuenta y parecía estar a punto de protestar, pero Bedenford no le permitió hablar.

—Tenía usted cosas que hacer en el hangar, ¿no es así, capitán Lamorny?

—Claro, señor —respondió el piloto tras una breve vacilación—. Es hora de preparar el ataque contra el *Armonía*, mientras tienen a todos sus cazas dando vueltas por Remisse, buscando a su preciosa heroína. —La mirada que le dirigió a Joan estaba cargada de odio. Parecía estar diciendo *¿y ahora qué vas a hacer?* Joan tuvo que esforzarse para mantener su expresión, de forma que Lamorny no tuviera ocasión de disfrutar de su desasosiego al

oír lo del ataque al *Armonía*. Sin poder ocultar cierta decepción al no ver reacción alguna en ella, el piloto saludó a Bedenford y salió de la habitación.

Joan observó bien a los otros tres hombres. Las caras de dos de ellos le resultaban familiares, pero no conseguía recordar donde los había visto antes.

El tercer hombre era diferente. Iba vestido completamente de negro, y su cara estaba semioculta bajo una capucha. Sintió frío con sólo mirarlo. El mismo frío que había percibido la noche antes, cuando estaba con Tobb…

—Estos caballeros son los senadores de la República Tremoulin y Borgonne —dijo Bedenford extendiendo una mano hacia los dos primeros hombres. Ambos saludaron a Joan con una inclinación de cabeza. Tremoulin sonrió. *Senadores, claro*. Joan los había visto en el Palacio del Senado la única vez que había visitado Coruscant, hablando con el canciller Carless. Todo empezaba a encajar. Tenía que haber gente dentro de la República que vieran a los bretalianos como su mejor oportunidad para alcanzar una posición superior, una a la que no habrían podido acceder con métodos lícitos ni tampoco por sus propios méritos. Entre ellos, algunos serían militares como Lamorny. Otros serían políticos como estos dos, y probablemente habría otros muchos. Gente sin otro ideal que el de perseguir su propio provecho, dispuestos a engañar y a traicionar con tal de alcanzar ese único objetivo. Joan torció el gesto con disgusto, pero decidió no prestarles ni un segundo más de su atención. El que le interesaba era el tercer hombre.

El general Bedenford se percató de hacia dónde se dirigía la mirada de Joan y sonrió.

—Bien, Joan d’Arc, la famosa Jedi de Alderaán. Imaginé que podría usted estar interesada en conocer a un auténtico Caballero Jedi. O mejor aún, a un Maestro Jedi. Es un honor para mí poder complacerla. Le presento al Maestro Calhuch.

El hombre dio un paso al frente y Joan pudo verle con más claridad.

Enseguida descubrió la razón de que se cubriera con una capucha. Su rostro estaba completamente surcado por horribles cicatrices y extrañas deformaciones. Sin haberlos visto nunca con anterioridad, Joan comprendió con horror que esos eran algunos de los efectos causados por el uso prolongado del Lado Oscuro de la Fuerza. En realidad, era como si la luz misma se encogiera alrededor de la figura del supuesto Maestro Jedi, dotándole de un aura hecha de oscuridad. De negra y profunda maldad. Joan tragó saliva, esperando con ansiedad y temor a que el ser le dirigiera la palabra. Hasta el momento él ni siquiera la estaba mirando, sino que parecía absorto en la contemplación de algo que llevaba en las manos. Al fijarse en ellas, Joan reconoció su sable láser.

—He aquí el sable del Maestro Jonderiis —dijo Calhuch por fin, haciendo girar lentamente entre sus manos la antiquísima arma. Su voz parecía antinatural, como si estuviera hablando desde dentro de una cueva. Cuando levantó su mirada hacia ella, Joan sintió como si una mano helada estuviera hurgando en su alma. No pudo evitar un súbito escalofrío, causado por el miedo y la repulsión a partes iguales.

—Las historias sobre ti eran ciertas —continuó él—. Eres poderosa, sí, pero no eres más que una muchacha. No eres un Jedi en absoluto. Ahora mismo estás muerta de miedo.

Joan no quiso contestar. Ni siquiera quería estar en el mismo cuarto con semejante monstruo.

—Pero te has convertido en todo un símbolo para la República. Todos te siguen adondequiera que vas, y con tu insistencia en combatirnos, te has vuelto un obstáculo que ahora tendremos que eliminar sin más.

—Tú tampoco eres un Jedi —dijo Joan por fin—. Los Caballeros Jedi no prestan su ayuda a tiranos y asesinos. Los Caballeros Jedi no usan el Lado Oscuro.

La risa de Calhuch le resultó repelente.

—Ésos que tú llamas Caballeros Jedi no son otra cosa que cobardes y estúpidos, demasiado asustados de sí mismos como para usar el don que se les ha dado. Se limitan a observar el Universo, a dejar que las cosas pasen, cuando podrían ser ellos quienes construyeran su propio destino. No merecen tener este poder.

—Pero tú eres diferente, no es así? —Joan intentó poner en su voz tanto desprecio como un momento antes le había dirigido a Lamorny, pero sólo lo consiguió a medias.

—Por supuesto —contestó Calhuch sin inmutarse en lo más mínimo—. Y no estoy solo. Nosotros y nuestros aliados construiremos un nuevo orden en los mundos que conquistemos, y si tu lastimosa República se nos sigue oponiendo, la destruiremos de una vez por todas. Tú vas a ayudarnos a hacerlo.

—¡¡¡NUNCA!!! —gritó Joan, alzándose involuntariamente y haciéndose daño con las argollas que la sujetaban.

—Ah, pero es que ya nos estás ayudando. Ahora mismo, mientras hablamos.

Calhuch sonreía abiertamente, mostrando los dientes en una mueca espantosa.

—Tenemos agentes infiltrados en todos los niveles, en todos los ámbitos de tu estimada República. Desde hace algún tiempo, hemos hecho correr el rumor de que todos tus triunfos se deben a que utilizas poderes del Lado Oscuro de la Fuerza. La gente no sabe lo que es realmente la Fuerza, ya lo sabes, y mucho menos lo que es el lado Oscuro, pero basta su sola mención para disparar el terror en las mentes más simples. Tantos holodramas acerca de Caballeros Jedi… Seguro que tú misma has crecido viéndolos, ¿no es así?

Joan no respondió, pero a Calhuch no le hacía ninguna falta que lo hiciera para saber el efecto devastador que estaban causando sus palabras.

—Una vez que has mencionado esas palabras mágicas, *Lado Oscuro*, es fácil hacer creer a cualquiera que la valiente Joan d’Arc no es más que una impostora de la peor especie, una alimaña conspirando para obtener el poder para sí misma, manipulando y retorciendo los pensamientos de aquellos que la rodean. Incluido los del mismísimo Canciller Supremo… —Joan le escuchaba con los dientes apretados, llena de indignación y de ira, que no obstante trataba de contener. Calhuch la estaba provocando, lo sabía, pero era difícil no entrar en su juego. En ese sentido, las argollas eran una ayuda más que una humillación.

De no ser por ellas, quizá hubiera intentado ya salir de aquí por la fuerza, o mejor aún, hacer que ese Maestro Oscuro y su cohorte de traidores dejaran de sonreír con esa

repelente condescendencia. Calhuch se daba perfecta cuenta de lo que Joan sentía y estaba disfrutando al máximo de ello. Se agachó frente a ella, acercando su cara a la suya hasta que Joan no pudo ver otra cosa más que sus ojos, cargados de malicia, y los bultos y cicatrices que los rodeaban.

Su aliento era tan repulsivo que le hizo arrugar la nariz de puro asco.

—Ya lo verás —dijo Calhuch, casi en un susurro—. Con el tiempo te culparán por cada desastre, por cada catástrofe, por cada plaga que asole tu querida República. La gente tiene mala memoria. Ahora eres aún una heroína y muchos llorarán hoy por tu pérdida, pero ay, muchos también te maldecirán llegado el momento, enfrentándose a los que todavía se empeñen en defenderte. Sí, joven Jedi. La República se verá dividida por tu causa, y ésa será la razón final de nuestro triunfo.

—¡No, no vais a triunfar! —exclamó Joan, incapaz de contener las lágrimas de rabia que corrían por su cara—. Cuantas más mentiras digáis sobre mí, menos serán los que las crean. La gente no es tan estúpida como crees.

Calhuch soltó una carcajada, enormemente complacido al ver a Joan saltar de esa manera.

—¿Eso es lo que crees? Me temo que muy pronto descubrirás lo profundamente equivocada que estás. —Tras decir eso, Calhuch se ajustó la capucha y se dirigió a la puerta sin volver a mirar atrás.

—Adiós, Jedi de Alderaán —dijo Bedenford, eclipsado durante unos instantes por la poderosa presencia del Maestro Oscuro—. Volveremos a vernos más tarde.

Cuando la puerta de la celda se cerró tras ellos, Joan se quedó sola con su angustia. Lamorny había dicho que los bretalianos se disponían a atacar al *Armonía*. El corazón se le llenó de miedo por Tobb y por sus otros amigos. No podía intervenir ni tampoco avisarles. No podía hacer absolutamente nada por ellos. Y eso era sólo el principio. Los bretalianos estaban respaldados por un Maestro Jedi que se había pasado al Lado Oscuro. Joan lo había presentido sin saberlo. Si Calhuch decía la verdad, la galaxia entera podría terminar sufriendo por su causa. Sus premoniciones habían estado diciéndole todo el tiempo lo que estaba a punto de pasar, pero ella las había ignorado. Ahora era ya demasiado tarde.

Joan lloró en silencio por largo rato hasta que al fin, por puro agotamiento, se quedó dormida.

Capítulo III

Tan pronto volvió a abrir los ojos se dio cuenta de que se encontraba en un cuarto diferente. Las argollas habían desaparecido. Joan se preguntó por un instante cómo era posible que no se hubiera despertado mientras se las quitaban, pero la respuesta era obvia: antes de moverla a este nuevo emplazamiento, sus captores le habrían suministrado alguna clase de droga, o quizás el mismo gas que la había dejado sin sentido en la bodega del carguero.

Joan pasó una mano por la pared. Estaba hecha de piedra natural, poco trabajada. No había vibraciones, ni ningún sonido que ella pudiera percibir.

Desde luego ya no estaba en una nave.

Joan se levantó y estiró sus miembros. Era bueno poder volver a moverse.

Sus muñecas y tobillos todavía tenían las marcas de las argollas, pero no le molestaban. Tenía un hambre terrible. Le habían quitado las botas, el cinturón y las sujeciones del traje de vuelo con el atalaje de seguridad, es decir, todo aquello que podría haber sido empleado como arma. *O para suicidarme*.

Aunque a ella jamás se le ocurriría hacer tal cosa, los bretalianos no tenían por qué saberlo. Joan no necesitó demasiado tiempo para inspeccionar el lugar. No había ninguna ventana, tan sólo una puerta metálica. Sintiéndose un poco estúpida mientras lo hacía, comprobó si estaba cerrada. *Pues claro que lo está, ¿qué esperabas?* Había muy escaso mobiliario en el cuarto. La litera sobre la que se había despertado, una unidad higiénico-sanitaria de campaña y nada más. Ni siquiera una triste mesa o una silla.

Durante un rato se dedicó a hacer algunos ejercicios físicos en el limitado espacio del que disponía. No sabía cuánto tiempo se iba a pasar encerrada, pero fuera el que fuera no pensaba descuidar su forma. Cuando rompió a sudar se quitó la parte de arriba del traje de vuelo, conservando la camiseta, y siguió hasta que el cuerpo le dijo que ya era suficiente por un día. Tras el ejercicio, su apetito era más intenso todavía, pero no había nada que pudiera hacer de momento. Tarde o temprano tendría que venir alguien. Tenían que darle de comer. *Supongo que no han montado una operación de esta envergadura para capturarme y luego dejarme morir de hambre*. Joan se encogió de hombros.

Tras asearse lo mejor que pudo en la unidad de campaña, se sentó sobre la litera con las piernas cruzadas y la espalda recta contra la pared. Entonces se dedicó a meditar y a practicar las técnicas de relajación que había estado perfeccionando durante el último año. Debían haber pasado varias horas desde que se había despertado cuando Joan oyó un ruido metálico fuera del cuarto.

Unos segundos después la puerta se abrió. Al momento asomó un pequeño ser portando una bandeja con comida. Joan se levantó de un salto y miró a través de la puerta abierta, por encima de la cabeza de la criatura, pero se quedó donde estaba al ver una segunda puerta metálica más allá, firmemente cerrada.

—Otra puerta hay, me temo —dijo el desconocido en un tono que sonó casi como una disculpa.

Joan volvió a sentarse sobre la litera, observando al ser con mayor atención.

Era muy pequeño, apenas unos setenta centímetros de altura. Su piel era de un color verde pálido, sus orejas largas y puntiagudas, y sus ojos muy grandes y muy azules, con gruesas cejas negras. Su cabeza estaba coronada por una gran mata de pelo oscuro, y lucía una pequeña perilla. En conjunto su aspecto resultaba un tanto cómico, pero incitaba más a la simpatía que a la risa. Joan se relajó. Todo en el ser inspiraba bondad.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Yo soy el que comida te trae, hehehe, pero si mi nombre es lo que preguntándome estás, Yoda es.

—Hablas de una manera… muy extraña —dijo Joan sonriendo. Yoda le había caído bien de inmediato, y ella solía fiarse mucho de sus primeras impresiones.

—Eso piensas, ¿eh? Hehehe, una cosa relativa eso es, sí. ¡Pienso yo que eres tú quien de una manera extraña habla! —Joan le miró abriendo mucho los ojos, y entonces se echó a reír. Yoda tenía razón. Todo era relativo—. Ah, veo que lo has comprendido —dijo Yoda asintiendo con la cabeza y enseñando los dientes en una sonrisa—. Bien, bien. Pero ahora momento de comer es, sí, hora de comer.

Joan tomó la bandeja que Yoda le ofrecía y se la colocó sobre las rodillas.

La comida no era ninguna maravilla, pero estaba tan hambrienta que se hubiera comido prácticamente cualquier cosa.

—¿Puedes decirme dónde estamos? —preguntó Joan con la boca llena de verduras cocidas.

—Ésta es la fortaleza de Compadigne, en el planeta Loira. Te encuentras en lo más profundo del espacio bretaliano, jovencita. Si en escaparte estás pensando, tendrás que ir olvidándote de ello, me temo.

Joan asintió con tristeza, aunque en su fuero interno estaba muy lejos de darse por vencida. Pero había algo que le preocupaba de forma mucho más inmediata que la posibilidad de huir.

—Me dijeron que iban atacar al *Armonía*, mi nave. ¿Sabes algo sobre lo que ha pasado?

—Amigos tienes allí, ¿verdad? —Yoda parecía sinceramente afligido—. Mucho lo siento. Nadie informa al pobre Yoda sobre asuntos de guerra, y nadie responderá si pregunto. Ayudarte no puedo con eso.

Joan asintió en silencio. Aunque intentara no pensar demasiado en ello, el no saber qué había sido de Tobb y de los demás la hacía sufrir muchísimo.

Yoda la miraba con simpatía y ternura, como si supiera lo que estaba pensando y se solidarizara con ella. Joan decidió cambiar de tema, hablar sobre cualquier otra cosa con tal de distraer su mente de cualquier pensamiento funesto.

—Es la primera vez que veo a alguien de tu raza, Yoda. ¿De dónde vienes?

—Oh, muy lejos de aquí mi casa está, sí. Muy lejos —respondió el ser de forma evasiva—. ¡Nunca allí has estado, de eso seguro estoy!

—No, supongo que no. Tampoco es que haya ido a muchos sitios. La mayor parte del último año me la he pasado viajando por el espacio, pero apenas he pisado la superficie de media docena de planetas. —Joan se dio cuenta de que Yoda era reacio a hablar sobre sus orígenes, pero no podía evitar sentir cierta curiosidad—. ¿Puedo preguntarte al menos cuántos años tienes?

—Claro que puedes. ¡Ya lo has hecho! Hehehe… Bien, casi cien años galácticos estándar tengo. Ah, veo en esos ojos que más joven me hacías, ¿eh? Pues saber debes que muy joven para mi especie soy. La mayoría de nosotros más allá de los ochocientos años vive.

—Vaya…

—Sí, ochocientos años o más nosotros podemos vivir. Pero hay otras especies inteligentes en la Galaxia que viven por más tiempo aún. —Yoda parecía divertido por la expresión sorprendida de Joan—. Has vivido entre humanos toda tu vida, ¿no es así? —preguntó señalándola.

Joan tardó un momento en contestar.

—Bueno, durante el tiempo que he pasado en la Flota de la República me he encontrado con seres de otras especies, pero supongo que tienes razón.

—Eso no es tan extraño, jovencita. La raza humana, con gran diferencia, la más extendida a lo largo y ancho de la galaxia es. ¿Te has preguntado alguna vez por qué esto es así?

—Yo… la verdad es que no —Joan se sintió repentinamente avergonzada, no sólo por su ignorancia, sino sobre todo por ser hasta ahora tan poco consciente de ella. Sin embargo Yoda no parecía molesto, ni siquiera condescendiente.

—La razón principal es que, entre todas las otras formas de vida inteligentes, una de las esperanzas de vida más cortas tenéis. Vuestra única posibilidad de supervivencia como especie es multiplicaros tanto como podáis. Aún cuando eso signifique invadir el espacio natural de otra gente, hehehe. Lo de menos es si esa otra gente son o no también humanos. La mayoría de las guerras que esta galaxia ha visto desde tiempos remotos empezadas han sido por humanos. Los bretalianos humanos son, al igual que la mayoría de los soldados de la República. La característica principal de tu raza la agresividad es. —La expresión de Yoda se había vuelto muy seria, y su tono se había ido haciendo más grave a medida que hablaba. Joan sintió que tenía que defender de alguna forma a su propia especie, pero titubeó antes de comenzar siquiera.

Yoda estaba en lo cierto, le gustase o no. El pequeño ser sonrió abiertamente, mostrando de nuevo sus dientes blanquísimos.

—Muchas cosas buenas también tenéis, claro —dijo Yoda levantando las manos de forma conciliadora—. Sí, la habilidad para adaptaros a muchos ambientes diferentes tenéis. Y cierto es que a muchos de los lugares que habéis invadido, civilización y cultura habéis llevado también. Aunque a veces las formas de vida nativas lo suficiente para apreciarlo no han vivido, no.

Joan no supo qué decir. Sintió que se ruborizaba en nombre de toda la raza humana.

—¿Crees que no hay esperanza para nosotros?

—¡Oh, la hay, claro! Cuando te encuentras a un humano a solas, a encontrarlo interesante puedes llegar. Incluso adorable a veces. —Yoda le guiñó un ojo—. Cuando muchos humanos juntos hay es cuando los problemas empiezan, hehehe. Pero una inmensa capacidad por el amor, eso también tenéis. Intensamente amáis, sí. Eso es lo que hace que conoceros merezca la pena.

Joan sonrió, sintiendo un respeto cada vez mayor por este ser, pequeño en el físico, pero grande sin duda en su interior. Sus ojos parecían iluminados con el conocimiento y la sabiduría pero, por encima de todo, Yoda rezumaba comprensión y tolerancia. Joan se preguntó cómo alguien así llegaría a ser cuando acumulase ochocientos años de experiencia y aprendizaje. Fue entonces cuando se le vino a la mente una pregunta. Una que casi le daba miedo hacer, porque de su respuesta dependía el que Yoda le siguiera pareciendo o no un ser tan admirable.

—Yoda…

—¿Sí?

—Me preguntaba… ¿Qué estás haciendo tú con los bretalianos? No te ofendas, por favor, pero eso es algo que no puedo entender después de todo lo que me has dicho.

Yoda suspiró como si se sintiera repentinamente muy cansado.

—Una buena pregunta ésa es, jovencita. Una buena pregunta, sí. A veces nuestras vidas toman extraños derroteros. —Yoda hizo una pausa antes de continuar, como si dudara por dónde empezar—. La presencia de la Fuerza, alrededor de mí, siempre con intensidad he sentido. Desde que nací. Mi deseo, saber sus misterios ha sido. Su camino seguir. Queriendo aprender me decidí a viajar, algo que los miembros de mi especie raramente hacen. A la vista de lo que encontrado he, hacen bien en quedarse en casa. En casa, sí. —Yoda suspiró de nuevo—. A Loira vine en busca de un bretaliano, sobre quien dicho me habían que ayudarme podría, sí, a entender todo aquello que ignoraba sobre la Fuerza. Ese hombre el Maestro Calhuch era.

—¡Pero si es un Jedi Oscuro!

—Sí, en eso convertido se ha. —La sonrisa de Yoda había desaparecido por completo, y su cara mostraba una expresión de pena casi infinita—. Pero no siempre fue así. Cuando le conocí, un respetado Maestro de Jedi él era, y muchas cosas de él yo aprendí. Pero demasiado ávido estaba él por descubrir todos los secretos de la Fuerza, más allá de las enseñanzas que él mismo había recibido. Un Maestro no sería aquel que se conformase con saber lo mismo que aquellos que le enseñaron a él, una verdad esto es, pero Calhuch fue demasiado lejos. Demasiado lejos, en verdad. Empezó a experimentar con el Lado Oscuro, utilizando técnicas que no habían sido empleadas desde la caída de los antiguos señores Sith. Según él, los Sith no eran tan malvados como se pretendía, sino tan sólo el bando perdedor en una guerra ganada por la Orden de los Jedi, que fueron quienes la historia escribieron. Prevenirlo intenté, pero escucharme no quiso. Marcharme debí entonces, pero no lo hice.

Luego tarde fue ya. Atrapado estoy ahora entre Calhuch y sus seguidores.

—Con desprecio me miran, no sólo por mi tamaño, sino por mi negativa a ser en el Lado Oscuro instruido. La esperanza perdido he en devolverlos al Lado Luminoso, y lo bastante fuerte no soy como para a ellos enfrentarme. Todo lo que hacer puedo es intentar hacerles la vida más fácil a sus víctimas. A gente como tú, sí. Mientras problemas no cause, me permiten seguir así, cocinando y trayendo la comida a los prisioneros. —Yoda se volvió hacia Joan y, por un instante, ella pudo sentir la inmensa tristeza que embargaba a este ser. Pero de pronto pareció cambiar de actitud, como si no quisiera agobiarla con sus propios problemas, y volvió a sonreír de oreja a oreja—. ¡Cocinado he las verduras que te estás comiendo, así que espero que de tu comida estés disfrutando, sí!

Joan le echó un vistazo a la bandeja y se rió para sí. En un primer momento la habilidad del cocinero y la calidad de los ingredientes no le habían merecido demasiada consideración, pero ahora decidió no dejar nada en el plato para que Yoda no se ofendiese . *Aunque no creo que sea de los que se ofenden por tan poca cosa*. Cuando terminó de comer, Yoda recuperó la bandeja y caminó hacia la puerta.

—Ellos la segunda puerta no abrirán hasta que la primera cerrada esté, y comprobarán primero que solo estoy en el espacio entre ambas, así que…

—No te preocupes, Yoda, lo entiendo. Muchas gracias.

—¡No hay de qué, jovencita! ¡Para la cena te veré, hehehe!

Capítulo IV

Los días pasaban con lentitud. Yoda era la única persona a la que Joan veía, y su única compañía por tanto. Una gran amistad había empezado a crecer entre ambos. Yoda dedicó algún tiempo a enseñarle cosas sobre la Fuerza, contestando sus preguntas, mostrándole algunos trucos y compartiendo con Joan preciosos fragmentos de la sabiduría Jedi. Joan disfrutó visiblemente con esas lecciones, pero de vez en cuando su mirada parecía perdida, y más de una vez Yoda la había visto suspirar, o incluso secarse una lágrima a escondidas. Yoda sabía demasiado bien cuáles eran las causas de que la muchacha estuviera tan triste y desesperada, de que cada vez fuese más raro verla sonreír. Él había intentado obtener algo de información acerca del destino de su nave, la *Armonía*, con la esperanza de llevarle alguna buena noticia que aliviara su pesar, pero no había tenido éxito. Las preguntas indirectas que le había hecho al propio Calhuch habían sido respondidas por el silencio o bien, lo que era aún peor, por una sonrisa irónica. No se atrevía a utilizar la Fuerza para persuadir a ninguno de los oficiales bretalianos para que le dijeran lo que quería saber. Calhuch se daría cuenta, y las consecuencias podrían ser terribles. En el mejor de los casos, prohibiría a Yoda que volviera a ver a Joan, y entonces la muchacha no tendría ningún amigo aquí. Yoda estaba angustiado por ella. Ante sus ojos, la pena la estaba consumiendo día a día. Él no podía hacer nada para evitarlo, salvo estar junto a ella todo el tiempo que le era posible y distraer su mente lo mejor que sabía.

Joan llevaba tres meses cautiva el día en que la puerta se abrió y en lugar de Yoda entró el general Bedenford, acompañado por el senador Tremoulin. Este último portaba un pequeño maletín de cuero negro. Tras ellos, dos soldados bretalianos se colocaron a ambos lados de la puerta, apuntando a Joan con sus armas. Joan se sorprendió sólo un poco de estas precauciones. Al parecer, ahora que no se encontraba encadenada, el general prefería evitar correr riesgos con ella.

—Bien, ¿cómo está la Jedi de Alderaán esta mañana? —preguntó Bedenford con una sonrisa que pretendía ser amistosa.

—No podría estar mejor, muchas gracias —contestó Joan levantándose—. Mis aposentos son maravillosos y la comida es excelente. Tendré que felicitar al gerente del hotel cuando me marche.

Bedenford y Tremoulin se rieron.

—¡Ah, qué encantadora es usted! Me alegro de encontrarla de tan buen humor, comandante, ya que le traigo buenas noticias.

Joan le miró con desconfianza, pero no pudo contenerse a pesar de todo.

—¿Buenas noticias? ¿Van a decirme al fin qué ha sido del *Armonía*? —Joan se mordió el labio nada más terminar, enfadada consigo misma por ponerse en evidencia de esa manera.

—Ya le dije que el enano no estaba haciendo esas preguntas para satisfacer su propia curiosidad —dijo Tremoulin mirando al general Bedenford.

—Sí, era más que obvio —respondió éste, para quién el gesto de Joan no había pasado desapercibido—. Tendrá usted que continuar preguntándoselo, comandante, —le dijo con ironía. Joan reprimió su enojo lo mejor que pudo y volvió a sentarse sobre la litera—. Bien —continuó el general bretaliano—, ¿quiere oír mis noticias o no?

—Prosiga —respondió Joan de forma lacónica, encogiéndose de hombros.

—Muy bien. Se le va a permitir enviar un mensaje a su amigo el Canciller Carless. —Joan frunció el ceño. ¿Qué estarían tramando estos ahora? No tuvo que esperar mucho para saber la respuesta. El propio Bedenford se la dio al instante—. Podrá usted pedirle que *compre* su libertad. Si la República acepta pagar, digamos, un rescate razonable, y además acceden a liberar a cierto número de prisioneros bretalianos, podrá usted marcharse de aquí.

Mal tienen que irles las cosas a los bretalianos si se presentan aquí con semejante oferta.

—¿Y a qué llaman ustedes un rescate razonable?

—A un buen montón de créditos de la República —fue la respuesta de Bedenford. Joan captó un atisbo de ansiedad proveniente del general. *Vaya*.

Sin duda, la guerra se estaba prolongando bastante más de lo que los bretalianos habían calculado. Y les estaba costando muchísimo más. Al parecer, el Consejo Bretaliano estaba realmente desesperado por obtener nuevos recursos para continuar financiando sus operaciones militares

—¿Y qué opina su amigo Calhuch de esto?

—El *Maestro* Calhuch no está de acuerdo con que le hagamos a usted esta proposición —contestó el senador Tremoulin antes de que Bedenford dijera nada—, pero tampoco le preocupa. Según él, el Canciller Carless no moverá un dedo por usted, y si le soy sincero, yo soy de la misma opinión. —Joan se dio cuenta de que el senador intentaba provocarla para que dijera si pensaba o no lo mismo que ellos, pero ella permaneció en silencio, como no dándose por aludida. Tras el error imperdonable que había cometido preguntando por el *Armonía*, no estaba dispuesta a seguir facilitándoles las cosas a sus captores.

—En fin, ya lo veremos —dijo Bedenford. A pesar de su irónica sonrisa, el general no parecía demasiado feliz. Joan se dio cuenta de que no le gustaba en absoluto la idea de dejarla en libertad. La respetaba lo suficiente como para no desear tenerla de nuevo enfrente en el campo de batalla. Ya había perdido a demasiados hombres y a demasiadas naves a manos del escuadrón Milagro.

Si a pesar de todo estaba aquí, proponiéndole algo que a él personalmente no le satisfacía, tenía que ser por una orden directa del Consejo Bretaliano, y Tremoulin venía con él para asegurarse de que la obedeciera. Joan no tenía más remedio que sentir cierto respeto recíproco por Bedenford. El general, como si notara que Joan sabía de algún modo lo que estaba pensando, dejó de sonreír y la miró con impaciencia.

—¿Va usted a enviar ese mensaje o no?

Joan permaneció en silencio meditando la respuesta, mirándose las manos enlazadas sobre sus rodillas. Ciertamente las demandas de bretalianos serían elevadísimas, y ella no quería poner a la República en una situación difícil.

Joan era consciente de su inmensa popularidad, aunque no siempre le agradara. Ahora se convertiría en un factor a tener en cuenta, algo que podría obligar al canciller a aceptar, aún sin el acuerdo del Senado, y aunque la República no pudiera permitirse en realidad ceder ante los bretalianos. *Claro que, si los agentes bretalianos han tenido éxito en su campaña de difamación contra mí, la presión popular podría no ser tan alta después de todo*. Joan no quería aceptar. No debía hacerlo. Pero el tiempo que había pasado encerrada allí, y sobre todo la angustia por la falta de noticias del exterior, habían debilitado su voluntad. Quería ser de nuevo libre, ver a Tobb, a sus amigos, a todos aquellos que se negaba a pensar que pudieran estar muertos, con ataque o sin él. Y también quería ver a sus padres. Había pensado mucho en ellos esos últimos días. Aunque no había vuelto a verlos desde que se fue de Gerillia, había seguido utilizando la Holored para dejarles mensajes de cuando en cuando, casi siempre que volvía de una misión. Era muy posible que ellos intentaran contestarle a su antigua dirección, pero ella no se había atrevido a acceder a ella desde el *Armonía*, por miedo a delatar su verdadera identidad, a salvo hasta el momento a pesar de su fama. Seguramente, cuando la ceremonia de Alderaán fue trasmitida a todas partes, y tras haber recibido aquel primer mensaje de Joan, habían decidido callar y encubrirla, desengañando a los conocidos y familiares que les preguntaran si aquella era *su* Joan. *Pobrecillos, lo que deben haber aguantado por mi culpa*. Ahora se arrepentía de no haber intentado leer sus respuestas. Se había imaginado tantas veces cómo sería ir a Gerillia con Tobb y abrazarlos de nuevo…

Quizás a Tobb Gerillia le gustara lo suficiente como para quedarse allí, una vez que la guerra hubiera acabado. Tenía tantas ganas de estar con él, le echaba tantísimo de menos… Ahora le estaban diciendo que había una posibilidad de salir pronto de esa prisión y volver a ver a sus seres queridos. Aunque eso significara hacer algo que no quería hacer. ¿Tendría fuerzas para decir que no? En su interior, parecía haber dos facciones luchando por imponerse, la encabezada por su sentido del deber, y la que tan sólo quería vivir, y vivir libre.

Joan se debatió entre ambos extremos por minutos enteros, provocando la impaciencia de Bedenford y de Tremoulin, que no obstante esperaron en silencio a que ella se decidiera. Finalmente Joan agachó la cabeza, sintiéndose derrotada y hundida, sin poder dejar de pensar sin embargo *Soy demasiado joven para convertirme en mártir*. Sin levantar la vista para mirar a Bedenford, dio su respuesta en una voz que fue poco más que un murmullo.

—Sí, lo haré.

—Me alegro de que haya usted decidido colaborar. —A Joan le resultó difícil saber si Bedenford se alegraba realmente o, si por el contrario, estaba decepcionado. Le daba

igual. Lo que pensara de ella un general bretaliano, incluso lo que pensaran de ella todos los que hasta entonces la habían aclamado, no tenía por qué importarle.

Aunque la rendición dolía. Dolía de verdad.

Tremoulin abrió el maletín y extrajo un dispositivo de grabación holográfico.

Al parecer querían que se viera la celda en la que Joan se encontraba.

—Podemos empezar cuando estés lista —dijo Tremoulin tras comprobar el mecanismo y apartarse hacia atrás—. Medite bien sus palabras. Seguro que no le apetece que tengamos que repetir la grabación entera.

Joan asintió. Respiró profundamente un par de veces, pensando en qué iba a decir y cómo empezar a hacerlo. Era curioso que no le hubieran dado escrito lo que querían que dijera. Tal vez no querían que se notara que se trataba de un mensaje dictado por los bretalianos. En todo caso, Joan estaba segura de que terminarían por darle un guión si lo que dijera no les gustaba. Al cabo de unos minutos asintió con la cabeza en dirección a Tremoulin y éste activó el grabador. Joan miró directamente al foco primario y comenzó a hablar.

—Canciller supremo Carless, soy la comandante Joan d'Arc. Usted me conoce bien. Como seguramente ya sabe, hace tres meses caí en una emboscada y fui capturada por los bretalianos. Ahora han decidido ofrecerle mi libertad si la República acepta pagar a cambio un importante rescate, así como poner en libertad a algunos de sus prisioneros. Sé bien que son duras demandas, pero a pesar de todo le ruego a usted y al Senado que las acepten. Por favor, no crea usted las mentiras que pueda haber oído decir sobre mí. Siempre he servido bien a la República. Siempre le he sido leal, y jamás le he pedido nada. Pero ahora tengo que suplicarle que me ayude. Sáqueme de aquí, canciller. Decida lo que decida, que la Fuerza le acompañe a usted y a toda la República.

—¡Perfecto! —exclamó Tremoulin deteniendo la grabación—. Realmente perfecto, teniendo en cuenta que no ha podido ensayarlo antes, ¿verdad, general?

—Sin duda.

—Muy bien, comandante, enviaremos su mensaje al canciller con nuestras demandas detalladas. Le informaremos de la respuesta en cuanto llegue.

Tras recoger el grabador, el senador y el general se marcharon, dejando a Joan sola de nuevo. Al momento, una sensación terrible de vergüenza la invadió. Sintió que la sangre se le subía a la cara. *¿Qué he hecho?* Tenía ganas de ponerse a llorar, de gritar a través de la puerta que no enviasen ese mensaje, pero no lo hizo. Y es que, a pesar de todo, un sentimiento más fuerte se estaba abriendo paso en su corazón, imponiéndose a la humillación y a la rabia, a la frustración y a la pena. Tardó en reconocer lo que era, y al principio se negó a aceptar el calor y el consuelo que le ofrecía. Pero poco a poco se fue dejando llevar, aceptándolo y agradeciéndolo, refugiándose en él.

Ese sentimiento era la esperanza.

Capítulo V

[Superficie del planetoide KS-31, en el sistema de Kessel]

Alvar Parix observaba como varios efectivos imperiales abordaban la lanzadera que los sacaría de las instalaciones clausuradas. El joven colono se ocultaba tras el muro del perímetro exterior de la base imperial, en una zona donde éste había quedado parcialmente derruido. Casi no podía, no se atrevía a creerlo. Parecía que todos los imperiales se estaban marchando.

Desde hacía varios días, su gente miraba al cielo con nerviosismo, especialmente cada vez que las siluetas en forma de punta de flecha de dos destructores estelares se dejaban ver entre las nubes. Suspendidos allí sobre sus cabezas, lejos, sí, pero no tanto como para no resultar visibles al ojo desnudo, parecían un símbolo de mal agüero, un siniestro anuncio de que peores calamidades que las que habían padecido hasta ahora iban pronto a abatirse sobre ellos. Pero si, como parecía, a lo que habían venido esas naves era a llevarse de allí a las tropas imperiales, ésta sería sin duda una ocasión para la alegría.

—¡Eh, tú! ¿Qué estás haciendo ahí?

Los reflejos producidos por varios años de esclavitud bajo el Imperio hicieron a Alvar levantar sus manos sobre su cabeza al instante. Un soldado de asalto estaba detrás de él, y ni siquiera le había oído llegar. Alvar hizo una mueca.

Siempre, siempre están a nuestra espalda.

—Date la vuelta muuuuy despacio, si sabes lo que te conviene.

Alvar obedeció. El soldado estaba a unos diez metros de él, apuntándole al pecho con su fusil láser.

—Eeer…, yo sólo… estaba preguntándome cuándo se espera que volvamos al trabajo.

—¡Estúpidos colonos! ¿Es que no ves que la fábrica ha sido destruida?

Alvar no contestó. Bajó la cabeza y se quedó mirando a las botas del soldado. Esa actitud servil solía funcionar con ellos. Alvar se imaginó durante un segundo atacando y desarmando al soldado, pero sabía con toda certeza que sería abatido mucho antes de que pudiera acercarse a él. Su amigo Petier había podido comprobarlo cuando no hacía aún ni un mes que las lanzaderas de combate se habían posado alrededor de su asentamiento. Aquel día, cuando los imperiales terminaron con Petier, no quedó gran cosa que enterrar.

Otro soldado de asalto estaba acercándose.

—¿Quieres quedarte aquí con ellos? ¡Ése es el último transbordador!

—No, claro no. Prefiero ver los fuegos artificiales desde el destructor. —El soldado retrocedió algunos pasos sin dejar de apuntar a Alvar, antes de darse la vuelta y reunirse con su compañero—. Hasta nunca, imbécil.

Los dos soldados de asalto rodearon el muro y pasaron por un hueco en las ruinas, encaminándose hacia la solitaria lanzadera. Apenas unos minutos más tarde, Alvar vio cómo la nave se elevaba levantando una nube de polvo, y poco después desaparecía en el cielo. Al parecer ya no quedaba nadie más por marcharse. Aunque debería sentirse

aliviado, no era así en absoluto. Lo que habían dicho esos soldados le inquietaba, aún sin saber a qué se referían.

—Ver los fuegos artificiales desde la nave —le había escuchado decir al que le estaba apuntando . *¿Qué fuegos artificiales?* Sobre él, uno de los destructores volvía a ser visible, tras completar una nueva órbita al planetoide. De repente, su silueta le pareció mucho más amenazadora que antes. *No podía ser todo tan hermoso*. El joven echó a correr hacia el pequeño asentamiento de la colonia.

[A bordo de la fragata *Vigilante*]

Llamarada pulsó el botón que abría las comunicaciones entre el puente de mando y la enfermería de la nave.

—Aquí la oficial de vuelo Agar —respondió la familiar voz de Chistes.

—Hola, Chistes. Aquí Llamarada. ¿Hay algún cambio?

—Me temo que no. Ninguno en absoluto.

Llamarada golpeó la consola con su puño, haciendo que las pocas personas presentes en el puente se volvieran a mirarla. Había esperado oír alguna buena noticia, por pequeña que fuera. Llamarada se esforzó por serenarse. Los nervios no la llevarían a ninguna parte. Ahora tenía que pensar no sólo por si misma, sino también por el resto de pilotos del escuadrón, e incluso por la tripulación de la fragata. Mientras Avalancha estuviera enferma —se resistía a pensar que quizá no se recuperara nunca—, todos ellos eran *su* gente.

—Está bien, Diana. Dile a Ángel que te releve. Necesitas dormir un poco.

—¿Y qué hay de ti, Avery? Apuesto a que eres la única persona a bordo que no ha descansado desde antes de ayer.

Chistes tenía razón. Llamarada sentía que los párpados se le cerraban sin que pudiera evitarlo. Le pediría a Sombra que viniera al puente durante algunas horas, y así ella se echaría un rato.

—Lo sé. Pienso seguir mi propio consejo. ¿Sabes por casualidad dónde puedo encontrar a Sombra?

—La última vez que llamó para preguntar por Avalancha, estaba con Víbora en el hangar secundario.

Ah, sí, los Interceptores.

—Gracias, Chistes, creo que iré a buscarla allí.

Llamarada consultó un diagrama de la nave para saber cómo llegar al hangar secundario antes de abandonar el puente. Aunque su anterior nave nodriza era también una Nebulon-B, sabía por experiencia que nunca había dos naves capitales exactamente iguales. El turboascensor que tenía que tomar estaba bastante cerca de allí, más o menos por donde había pensado que estaba. Llamarada se puso en marcha.

Durante el corto salto desde la zona donde se habían topado con la patrulla imperial, había estado pensando sobre las escasas probabilidades que tenían de rescatar a los colonos. Quizá era a causa del cansancio, pero el pesimismo estaba empezando a dominarla de nuevo. Habría demasiadas naves enemigas rodeando el maldito planetoide, y ellos estarían solos, sin la menor posibilidad de recibir refuerzos. El Alto Mando se había mantenido firme en su decisión de no intervenir. Llamarada había tenido que presentar un montón de disculpas la última vez que habían recibido una comunicación suya, una hora antes, y asegurar que estaban ya de camino. No quería dejar morir a los colonos, pero casi con total seguridad eso era lo que iba a suceder, incluso si ellos sacrificaban sus vidas en un intento desesperado de salvarlos. Llamarada suspiró ruidosamente. *Estar al mando supone una carga tremenda*, pensó no por primera vez en los últimos días. *Ahora entiendo mucho mejor el mal humor con el que Avalancha se levanta algunas mañanas…*

O mejor dicho, con el que se levantaba.

Cuando entró en el hangar secundario no vio a Víbora ni a Sombra, pero sí que oía sus voces. Orientándose por ellas, los encontró en uno de los Interceptores. Sombra ocupaba el puesto del piloto, mientras que Víbora estaba detrás de ella, con la mitad de su cuerpo dentro de la cabina y las piernas colgando fuera, en precario equilibrio sobre el respaldo del asiento. No había bastante espacio en la cabina para los dos, así que Víbora había adoptado esa incómoda postura para explicarle a Sombra donde estaba cada cosa en un Interceptor TIE.

—¿Pretendes que cambiemos nuestros alas-A por estas latas volantes? —preguntó Llamarada.

—¡Ay! —Sobresaltado por la súbita aparición de Llamarada, Víbora se dio con la cabeza en la escotilla de acceso al caza—. Maldita sea… —masculló entre dientes. Frotándose con una mano el lugar en el que se había golpeado, Víbora se volvió hacia Llamarada—. Has podido tener una baja en el escuadrón de la forma más tonta.

—¿Estás bien?

Víbora se miró la mano, pero no había restos de sangre.

—Sí. Me va a salir un chichón de concurso, pero no creo que eso me mate. Contestando a tu pregunta anterior, pensé que si vamos a usar estos Interceptores para algo, bien podría daros a ambas algunas lecciones teóricas sobre su manejo.

—Eh, espera un momento —protestó Llamarada—, ¿quién dijo que *yo* voy a pilotar una de estas cosas?

—Sombra y tú sois las mejores pilotos de ala-A que hay por aquí, y ése es el caza de la Alianza con unas características de vuelo más parecidas a las del Interceptor TIE.

—Es lo mismo que me dijo a mí —intervino Sombra desde la cabina.

—Instruiré también a algunos de los otros —añadió Víbora—. Iceberg también podría pilotar uno. Yo llevaré el que queda, por supuesto.

—Ya, claro. —Llamarada se puso seria—. Michael, seré honesta contigo. No sé si esto va a ser una buena idea.

Víbora guardó silencio por unos instantes antes de contestar.

—No lo es. Estoy intentando no pensar demasiado en ello, pero incluso con la fragata y los Interceptores, no creo que podamos mantener el engaño por mucho tiempo. Desde luego no lo bastante para bajar al planeta, recoger a todos los colonos y volver a la nave. Tenemos muy pocos cazas, e incluso menos pilotos. Cuando los imperiales nos descubran, y doy por sentado que lo harán, nos harán papilla en cuestión de segundos.

—Entonces todo ha terminado —dijo Sombra—. No tiene ningún sentido matarse por nada. Pero entonces… ¿Por qué me siento tan mal?

—Creo que a todos nos pasa lo mismo —admitió Llamarada—. ¡Es que no es fácil, caramba!

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Víbora.

Llamarada consultó su cronómetro.

—Cerca de cinco horas.

—Entonces esperemos esas cinco horas. Y recemos para que suceda un milagro.

Capítulo VI

[En el otro lado]

Aquel resultó ser un día muy largo. Joan le pidió noticias a Yoda cuando vino a traerle primero el almuerzo, y más tarde la cena, pero él no sabía nada. Joan fue incapaz de dormir esa noche. La mañana siguiente la puerta se abrió cuando aún debía ser muy temprano, aunque Joan no tenía forma de saber con exactitud qué hora era. Yoda entró con las manos vacías, sin la bandeja del desayuno, lo que confirmaba que era pronto aún. El rostro de su amigo era una máscara de resignación.

—Buenos días —dijo Yoda.

—Por la cara que traes no serán muy buenos.

—Así es. Por fin la respuesta a tu mensaje recibido se ha.

—Veámoslo entonces —dijo ella con un suspiro.

—Una grabación no es, Joan. Es un mensaje escrito. —Yoda se sacó de la túnica una hoja de papel sintético.

Qué raro. Joan se preguntó por qué razón podía el Canciller responder por escrito, en lugar de enviar un holograma grabado, aunque sólo fuera con su voz. *Quizá pretende evitar que sea manipulado*. Ésa era una posibilidad, pero una no muy convincente. Joan frunció el ceño y tomó el papel de las manos de Yoda. El mensaje era muy breve, y ella lo leyó de una sola mirada.

> «*A la ex-comandante Joan d’Arc:*
>
> *El Canciller Carless ha recibido su mensaje. Él me ha encomendado que le informe que las demandas de los bretalianos serán rechazadas. Estamos al tanto de su traicionero comportamiento. Sabemos que está usted al servicio de los bretalianos, y que se ha dejado seducir por el Lado Oscuro de la Fuerza. El Consejo Jedi ha sido convenientemente informado. La República no se dejará manipular por usted nunca más.*
>
> *Firmado: Almirante Rickermoon*».

—No es él —dijo Joan haciendo una pelota con el mensaje y lanzándola con furia contra la pared. Yoda se encogió un poco sobre sí mismo—. El almirante Rickermoon no puede haber escrito esto.

—¿Está firmado el mensaje por alguien llamado almirante Rickermoon?

—Sí, pero estoy segura de que es falso. Cualquiera podría haberlo escrito. Conozco lo bastante bien al almirante Rickermoon como para saber que él no creería las mentiras de Calhuch y sus agentes. ¿Qué pretenderán conseguir jugando conmigo de esta forma?

—¿Te importa si el mensaje leo?

—Hazlo si quieres. —Joan se sentó sobre la litera y se ocultó la cara con las manos.

Yoda recogió la pelota de papel y la abrió cuidadosamente. Leyó el mensaje en silencio.

—Tu instinto te sirve bien —dijo al cabo de un momento—, aunque no son Calhuch ni su gente los que sufrir te hacen ahora. Yo estaba allí cuando recibido fue el mensaje original. Ni siquiera se dieron cuenta de mi presencia. Nunca de mí se preocupan.

—Continúa, por favor. —Joan se irguió, quitándose las manos de la cara. Su voz sonaba cargada de ansiedad.

—Oír pude al senador Tremoulin. Dijo él que había hecho rastrear el origen del mensaje, y que enviado había sido, esto seguro era, desde la residencia privada del Canciller Supremo.

—Eso es absurdo. Si el Canciller Carless hubiera escrito eso, que lo dudo, ¿por qué habría de firmarlo con el nombre del almirante Rickermoon? ¿Y por qué contesta a un mensaje grabado con tan sólo un texto escrito?

—El senador Tremoulin también de eso se extrañó, sí. Seguro estaba él de que el Canciller Carless recibido había tu mensaje. Pero pensaba que hízolo también alguien más, y que la respuesta ese alguien envió. Tremoulin y Borgonne espías tienen en Coruscant, eso ya lo sabes. Díjole Tremoulin a Bedenford que el almirante Rickermoon estado no había en la residencia del Canciller. No durante al menos dos meses.

—Sorelnei —dijo Joan—. Ella escribió la contestación.

—¿Sorelnei? Sí —dijo Yoda asintiendo con la cabeza—, esa era la conclusión del senador Tremoulin. Pero mostrarte decidieron el mensaje de todos modos.

Yoda estudió la expresión de Joan.

—Me pregunto, ¿quién es Sorelnei? Es tan poco lo que sé…

—Es la prometida del Canciller Carless. Ella lo controla a él por completo. Si antes lo sospechaba, ahora lo veo ya claro. —Joan sacudió la cabeza. Parecía ensimismada—. Yo lo empujé a aceptar el liderazgo de la República. Él nunca quiso ostentar el cargo de Canciller Supremo en realidad, pero no había otro que pudiera hacerlo en esos momentos. Al menos eso creí entonces. Pero Sorelnei ha estado utilizándole todo el tiempo. Es *ella* quien maneja la República, desde la sombra, y desde luego no me quiere a mí alrededor. Tobb decía que quizás estaba celosa de mí, y yo me reí de él. ¿Será posible que…? Parece una estupidez, pero tiene sentido, aunque quizá no sea el que Tobb sugería. —Joan sonrió sin humor—. Sorelnei temía que yo pudiera influir en el Canciller de algún modo. Si conseguí convencerle para que me aceptara en la Flota y me diera el mando de un escuadrón, y más tarde para que él mismo se presentara al cargo de Canciller Supremo, en teoría podría convencerle para que hiciera otras cosas. Por ejemplo, deshacerse de la influencia de Sorelnei, por muy enamorado de ella que estuviera. Quizá debí haberlo intentado.

—Eso no digas Joan —dijo Yoda sabiendo bien a qué se refería ella—. Ni lo pienses siquiera. Hacer algo así peligroso hubiera sido para ti también…

—Lo sé —Yoda se sintió un poco intimidado por la mirada de Joan, pero ésta no pareció darse cuenta—. Pero no hubiera sido la primera vez, ¿verdad? Sorelnei me vio como un posible enemigo, seguramente con razón, y ahora que he dejado de ser un

estorbo para ella, no va a consentir que vuelva a estar cerca de su querido Canciller. Tobb me avisó. Lo hizo, sí, y yo no le hice caso. Y ahora quizá no vuelva a verle nunca.

Yoda se enterneció. Joan le había hablado mucho del humano llamado Tobb, y sabía lo que sentía por él. Las pasiones de los humanos eran muy fuertes. No era extraño que su amiga se sintiera tan afectada. Tenía que intentar consolarla de algún modo.

—No, Joan, desanimarte no debes. Si como tú dices ha sucedido, Tremoulin y Bedenford el mensaje enviarán de nuevo.

—Puede —dijo Joan ausente—. Puede que sí. Pero que Sorelnei haya respondido no significa que el canciller Carless no haya visto también mi mensaje. Algo me dice que sí que lo ha hecho, pero dejó que Sorelnei contestara. Ella le convenció de que eso era lo mejor, y él no pudo o no quiso negarse. Lo de firmar como Rickermoon es sólo una broma cruel de ella. Para hacerme daño, ya que sabe del afecto que siento por el almirante. —Joan musitó algo entre dientes que Yoda no entendió, pero que sonó como una maldición.

—Está visto que Calhuch no necesitaba agentes para difamarme. Sorelnei se bastaba ella sola para eso.

—Si desahogarte necesitas…

—No. No me hace falta. —Joan se sentó sobre la litera con las piernas cruzadas, como tantas veces le había visto hacer Yoda. Pero había algo diferente en ella. Su postura, su actitud, él no sabía bien qué, hasta que se dio cuenta de que no podía percibir los sentimientos de la muchacha. Joan estaba usando la Fuerza para aislarse de todo. También de él. Yoda se sintió profundamente herido, pero no dijo nada. Se limitó a quedarse allí de pie, mirándola, por si acaso cambiaba de idea y volvía a necesitar un amigo. Yoda rogó que así fuera.

Aún seguía allí con ella cuando, un rato más tarde, la puerta de la celda se abrió de nuevo y vio entrar a Tremoulin. Yoda se encogió un poco al sentir la presencia cercana del Maestro Calhuch. Un instante después también él entraba en la celda, reuniéndose con el senador a un par de pasos de la litera de Joan. Ella se levantó y miró al Maestro Oscuro con rabia contenida. Sus ojos estaban brillantes, aunque Yoda no la había visto llorar.

—Tenías razón, *Maestro*. Nadie pagará una sola moneda por mí.

Calhuch no contestó. Se limitaba a estar allí de pie, observándola bajo su capucha. Entre las sombras Yoda creyó ver que sonreía. Fue Tremoulin el que finalmente contestó a Joan.

—Eso no es del todo cierto, comandante d’Arc. Quizá esté usted preguntándose por qué el general Bedenford no está aquí con nosotros.

—La verdad es que no.

—Se lo diré de todos modos. Sé bien que está usted ansiosa por saber cuál fue el destino de su querido crucero *Armonía*, ¿me equivoco? No, claro que no. Pues bien, el

Armonía escapó. Nuestra flota no consiguió interceptarlo después de que usted fuera capturada. ¿Está usted contenta?

Joan no dijo nada. Sabía con total certeza que Tremoulin no había acabado.

Se guardaba algo en la manga y decidió esperar a que lo mostrara. No iba a permitirle que volviera a divertirse a su costa. Cuando comprobó que no iba a obtener respuesta, Tremoulin hizo amago de continuar hablando. Antes de hacerlo, no obstante, le echó una mirada de reojo a Calhuch, que no pasó desapercibida ni para Joan ni para Yoda. Este último se esforzaba por parecer invisible en un rincón de la celda.

—Hace tan sólo dos horas —continuó el senador—, cuando acabábamos de recibir la contestación a su mensaje, sucedió algo completamente inesperado. Algunos de sus amigos decidieron ignorar tanto sus órdenes como el peligro que iban a correr. Han intentado rescatarla a usted.

Joan se sintió aturdida. *¿Lo han intentado? ¿Quién lo ha intentado? ¿Qué amigos? Si no están aquí, es porque han fracasado. ¿Qué me están ocultando?* Joan miró a Calhuch, todavía en silencio, después a Tremoulin, y entonces de nuevo a Calhuch. Aunque apenas podía distinguir sus ojos bajo la capucha, sentía su mirada fija en ella. Estudiándola. Esperando. *¿Esperando qué?* La oscuridad parecía algo vivo alrededor de su figura. Joan sintió miedo…

Y también rabia. Sentía deseos de arrancarle a Tremoulin de la lengua lo que fuera que se estaba reservando, y al infierno con Calhuch. Se giró hacia el senador.

—¿Qué ha pasado? ¡Hable ya! —exigió con repentina furia, casi gritando.

Tremoulin dio un involuntario paso hacia atrás.

—Han sido rechazados, por supuesto —respondió el senador con una mueca que pretendía ser burlona, pero que desapareció inmediatamente de su rostro.

Tremoulin había visto algo en la mirada de Joan. Algo que no estaba allí un momento antes y que, sin saber por qué, había hecho que se le erizara todo el vello del cuerpo. Sin poder evitarlo, Tremoulin retrocedió un paso más.

Avergonzado por sentirse asustado de una simple muchacha, se forzó a sí mismo a sonreír de nuevo. No obstante, se quedó donde estaba, sin volver a acercarse a Joan tanto como antes.

—El ataque estaba muy bien planeado —explicó—, pero era algo suicida al fin y al cabo. Su famoso escuadrón Milagro estuvo a la altura de su nombre. Sus pilotos consiguieron causar grandes daños en nuestra flota antes de que acabáramos con ellos. Sí, comandante. Acabamos con ellos. *Uno tras otro*.

Tremoulin añadió la última frase con deliberada lentitud.

No hubo ningún cambio visible en la expresión de Joan. Pero había un volcán rugiendo en su interior. Joan aún estaba bloqueando sus sentimientos, pero a Yoda no le hacía falta la Fuerza para comprender al menos parte de lo que estaba pasando dentro de Joan. La miró con preocupación creciente, deseando pedirle que se calmara, que no se dejara llevar por las emociones que en ese momento sentía, pero sin atreverse a hablar en presencia de Calhuch. Joan permanecía en el silencio, inmóvil, como si de pronto se

hubiera convertido en una estatua de hielo. Calhuch hizo un gesto casi imperceptible, y Tremoulin volvió a hablar.

—Mientras la mayor parte de nuestras fuerzas estaban ocupadas enfrentándose a sus cazas, un grupo de comandos casi logró atravesar nuestras defensas a bordo de un transporte acorazado. *Casi*. Pero fueron descubiertos a tiempo, y el transporte fue derribado antes de que consiguiera aterrizar en Loira. Ninguno de sus ocupantes sobrevivió.

Tremoulin quiso estudiar la reacción de Joan antes de continuar, pero no apreció ninguna. Calhuch no apartaba la vista de ella. El senador decidió, o pensó que decidía, dar el siguiente paso, hacer lo que Calhuch le había sugerido antes de entrar en la habitación.

—¿Recuerda usted al capitán Lamorny? Sí, por supuesto que lo recuerda. Aunque ni él ni Smeigger pudieron regresar al *Armonía*, Lamorny conserva algunos contactos en la Flota de la República. Pues bien, nuestro hombre los ha utilizado para obtener algo que podría usted querer ver. Lo traigo conmigo. Se trata de la lista de bajas del grupo atacante. Acabamos de recibirla, así que podría decirse que se la doy *calentita*.

Tremoulin le entregó un papel doblado a Joan. Ella lo tomó con un profundo desprecio reflejado en su mirada, pero nada más. No iba a hacer una escena.

No iba a darles lo que querían, fuera lo que fuera. Ella podría no ser una Jedi, pero había aprendido a controlar sus sentimientos cuando era necesario. Al menos casi siempre. Lo que Tremoulin y Calhuch estaban haciendo era increíblemente perverso, pero ella se obligaría a sí misma a leer la lista que había en el papel. Se lo debía a sus amigos.

Había casi sesenta nombres escritos allí, separados en dos grupos. Los pilotos del escuadrón Milagro estaban en el primero, y los miembros del comando en el segundo. Comenzó por los pilotos. Treinta y cuatro de ellos habían muerto o habían sido dados por desaparecidos, lo que era casi lo mismo, ya que Tremoulin no había hablado de prisioneros. Treinta y cuatro.

Más de un escuadrón. Joan leyó nombre por nombre con dolor creciente. Uno de los primeros era el del teniente Trillian. Pobre muchacho. Seguramente se culpaba aún a sí mismo por la captura de Joan. Continuó leyendo. Metzzy, Poulen, Hirel, Dovan, Bostous… Todos sus pilotos estaban allí, además de algunos otros que no pertenecían a su escuadrón. Efectivamente, había pilotos de más en la lista. Joan reconoció la mayor parte de esos nombres: pertenecían a miembros del escuadrón Gato Montés. La traición de Lamorny y Smeigger había sido descubierta después de todo. Algunos de sus antiguos compañeros, al parecer, habían intentado limpiar el nombre de su escuadrón participando en la operación para rescatarla a ella. Y también les había costado la vida.

Joan llegó hasta el final del primer grupo de nombres sintiendo un nudo en la garganta, pero se resistía a llorar delante de Calhuch y de Lamorny. No, no les daría esa satisfacción. Ya lloraría más tarde, cuando la dejaran sola. Continuó con el segundo grupo, el de los comandos que iban a bordo del transporte derribado. Joan descubrió

sorprendida que también a muchos de éstos los conocía personalmente. Oficiales navales del *Armonía* en su mayoría. Todos eran buena gente. Con todos había pasado ratos a bordo del *Armonía*, o incluso en algunos de sus escasos permisos en planetas. Se acordó de la excursión que habían hecho a Trossey, después de que liberaran ese mundo.

Al igual que en el caso de los pilotos, todos estos hombres se habían presentado voluntarios para esta misión, y lo habían hecho por ella. Aquello se hacía cada vez más duro, pero Joan siguió conteniéndose. Uno a uno, leyó cuidadosamente todos y cada uno de los nombres que aparecían en la lista hasta llegar al último. Al leerlo, perdió el control de sus piernas durante un segundo y casi se cayó al suelo. Yoda corrió a sujetarla, pero ella apenas lo notó.

Teniente Tobb Santer.

A pesar de no ser un hombre de armas, Tobb no había querido quedarse fuera mientras otros arriesgaban la vida por salvar a Joan. Y ahora estaba muerto. Sintió un dolor terrible, desgarrador, pero al mismo tiempo una furia infinita. Tenía que haberlo imaginado. Lamorny se había enterado de la relación existente entre Joan y Tobb, y por tanto los bretalianos también lo sabían. Tremoulin había puesto su nombre intencionalmente el último de la lista. Por un instante, deseó creer que se trataba de una nueva artimaña. Tobb estaba vivo, tenía que estarlo, pero habían añadido su nombre allí para torturarla, para hacer que se derrumbase y poder… ¿Qué? Daba igual, lo que fuera que pretendiesen hacer con ella. Quizá la lista entera, junto con la historia del rescate, fuera todo un engaño. Tenía que serlo. *Pues claro que lo es.*

Malditos canallas. Pero, ¿y si es verdad? ¿Y si Tobb está…? No, no puede ser, ¿pero cómo estar segura? ¿Cómo vivir sin saberlo? Eso es lo que quieren, qué fácil les será ahora manejarme. Pero no. No van a salirse con la suya. Ya he aguantado todo lo que tenía que aguantar. Si quiero, puedo saberlo todo.

Olvidando todo lo que se había prometido a sí misma que jamás volvería a hacer, Joan utilizó la Fuerza para entrar en la mente de Tremoulin y averiguar la verdad. Lo hizo con violencia, como jamás se hubiera atrevido a hacerlo antes, invadiendo sin piedad los pensamientos del senador y anulando su voluntad, sin pensar siquiera en el daño que pudiera causar. Al hacerlo, se dio cuenta de que no estaba sola en la mente de Tremoulin. Calhuch también estaba allí, controlando y manipulando sutilmente al senador Tremoulin sin que éste fuera consciente de ello, pero la acción de Joan también había pillado por sorpresa al Maestro Oscuro. Si intentó hacer algo por rechazarla, no llegó a tiempo. Joan ya sabía lo que quería saber. El senador había puesto los ojos en blanco y estuvo a punto de derrumbarse, pero Joan ya había salido de él.

Tremoulin no había mentido. Tobb estaba muerto. Todos lo estaban.

Mientras el senador trastabillaba hacia atrás hasta topar con Calhuch, Joan plegó la hoja de papel cuidadosamente y se la guardó en uno de sus bolsillos.

Levantó la mirada y se encontró de frente con la del Maestro Oscuro. Su único y verdadero enemigo. *Detestable bastardo,* pensó Joan con fuerza, sabiendo que Calhuch la oiría tan bien como si le estuviera chillando . *Todo esto es cosa tuya. Tú lo has hecho.*

Mis amigos, el hombre al que amo, están todos muertos por tu culpa. El odio creció y se expandió dentro de ella como si fuera una ola gigante, devastadora e imparable, que alcanzaba y abarcaba todo su ser, hasta la última molécula, desde dentro hacia fuera. Joan sintió que su cuerpo se llenaba de poder. Un poder inmenso que esperaba ser utilizado. Que *exigía* ser utilizado. Joan apretó los dientes con fuerza y levantó una mano en dirección a sus adversarios.

—Joan, no… —empezó a decir Yoda.

Todo su odio pasó a través de ella como si fuera un puño invisible, lanzando a Tremoulin y Calhuch violentamente contra las paredes. El cuerpo del senador rebotó y cayó al suelo con estrépito, flácido como el de un muñeco de paja.

Joan pudo ver sangre saliendo de la parte posterior de su cabeza. La pared estaba manchada en el lugar donde se había golpeado. Calhuch intentaba levantarse, pero también estaba lastimado. Se llevaba una mano al costado.

Sin duda tenía alguna costilla rota. Sentado en el suelo, junto a la litera, Yoda temblaba. Por un instante a Joan le pareció más pequeño que nunca, encogido allí abajo, mirándola con las orejas agachadas y los ojos muy abiertos, llenos de horror. Fue entonces cuando entendió lo que acababa de suceder. *Esto es el Lado Oscuro de la Fuerza*. Yoda le había hablado de él, como también lo había hecho el Jedi Miquelus aquel día en Alderaán. *El miedo, el odio, la agresividad, el Lado Oscuro son*. Esa era la cantinela que Yoda recitaba cada vez que el tema salía a colación. Todo eso era justo lo que Joan sentía. Esos sentimientos la habían llevado a cruzar por un instante la línea que separaba la Luz de la Oscuridad. Calhuch había querido que ella entrara en el Lado Oscuro, y había sabido perfectamente cómo conducirla hasta allí. Sin duda confiaba en poder controlarla después de eso. Utilizarla, como sin duda hacía con Tremoulin o con Bedenford.

Pero Calhuch la había subestimado. Joan podía sentir ahora el miedo del antiguo Maestro Jedi, comprendiendo su error cuando ya era demasiado tarde.

Joan era mucho más fuerte de lo que él había creído, y ahora no estaba seguro de poder manejar el poder que él mismo había desatado . *Podría matarle aquí mismo…*

—Joan, por favor… —suplicó Yoda con una voz extrañamente aguda, luchando para no sucumbir ante el pánico. Joan se le quedó mirando. Yoda era su amigo. El único que le quedaba. Podría haber salido corriendo, pero allí estaba.

A su lado. Pidiéndole que no hiciera lo que el fuego que sentía arder en su interior le pedía. Joan quería matar a Calhuch. A Tremoulin. A toda su banda de traidores y asesinos. A los bretalianos. Si quisiera, podría hacerlo. Eso es lo que le decía ese fuego interno. Que podía hacer lo que quisiera.

Pero no lo haré. Joan sacudió la cabeza con fuerza. *No, no lo haré.*

La puerta externa se había quedado abierta por primera vez desde que estaba encerrada allí. O quizá la había abierto ella misma en su arrebato de odio. El Lado Oscuro era capaz de eso y de mucho más, ahora lo sabía, pero Joan sentía como su influencia iba desapareciendo poco a poco.

Al menos por esta vez.

Joan saltó por encima de los cuerpos de Calhuch y Tremoulin y salió corriendo de la celda, derribando a los dos soldados que aguardaban fuera.

Tenía que escapar. Ésa era ahora su única opción válida y su único pensamiento. Al final del corredor, Joan llegó a una especie de hall circular. Vio varios pasillos similares al que acababa de abandonar, tres ascensores, y unas amplias escaleras. Su instinto le decía que debía evitar los ascensores, donde podrían dejarla encerrada fácilmente, y los otros pasillos sólo la llevarían a otros bloques de celdas, así que corrió hacia las escaleras. Venía ruido desde abajo. Vio soldados subiendo desde los niveles inferiores, atendiendo a las llamadas de Calhuch. El Maestro Oscuro se había recuperado de la sorpresa inicial y había salido tras ella. Yoda también venía corriendo, intentando no quedarse atrás. El bondadoso ser temía que Calhuch o los soldados bretalianos hicieran daño a Joan cuando la atraparan, y aunque no sabía cómo impedirlo, intentaba alcanzarla de todas formas. Joan sintió todo esto sin llegar a verlo realmente. No tenía tiempo que perder. Tras un brevísimo instante de vacilación, decidió probar suerte escaleras arriba.

Sirenas de alerta sonaban ahogando los gritos de los oficiales bretalianos.

Joan corría a ciegas, sin saber realmente a dónde se dirigía. Simplemente escapaba, saltando los escalones de tres en tres con sus pies descalzos, tan rápido como podía. Finalmente alcanzó el nivel superior, casi sin aliento y con sus perseguidores prácticamente en sus talones. Dos de los ascensores se abrieron en esa última planta y más soldados salieron de ellos, pero Joan ya corría hacia fuera, hacia la luz. Sus ojos, acostumbrados a las sombras, lloraron y pestañearon al ser alcanzados por el resplandor cegador del sol de Loira, alzándose en esos momentos sobre el horizonte. Protegiéndose con una mano miró frenéticamente a su alrededor, pero no había modo de escapar. Se encontraba en lo alto de la fortaleza, sobre una plataforma plana abierta al cielo. Allí era donde los transbordadores y otros vehículos que llevaban prisioneros o suministros aterrizaban. Si hubiera habido alguna nave allí hubiera podido abordarla, pero por desgracia para ella la pista estaba vacía en esos momentos. Joan corrió hasta el extremo más alejado de la plataforma y se subió al parapeto. Tenía a los soldados a su espalda y una caída de casi cien metros delante. No había ningún sitio al que saltar, ningún lugar donde agarrarse, nada entre ella y el bosque tupido que rodeaba a la fortaleza. Pero no quería volver a estar presa. No quería seguir a merced de Calhuch, y permitir que éste, de una u otra forma, la hiciera entrar definitivamente en el Lado Oscuro, aunque eso pudiera costarle a él mismo la vida.

Ante la mirada sorprendida de una decena de soldados y del propio Calhuch, que en ese mismo instante alcanzaba la plataforma, Joan saltó al vacío.

Y entonces pasó algo muy extraño.

Joan ni siquiera fue consciente de lo que hacía. Fue su instinto de supervivencia el que hizo la llamada, la Fuerza fue su mensajera, y los grandes árboles de hoja perenne que crecían alrededor de la fortaleza fueron quienes contestaron a su súplica. Para los pocos que pudieron verlo, pareció como si varios de los enormes árboles se movieran,

extendiendo sus ramas para recibir el cuerpo de la joven, sosteniéndola y suavizando su caída. El Maestro Calhuch y los soldados que habían seguido a Joan hasta el borde de la plataforma, la vieron desaparecer entre el denso follaje.

Calhuch usó un transmisor para pedir a los guardias que se encontraban en el nivel del suelo que salieran a recuperar el cuerpo de la fugitiva. Encontraron a Joan a casi ciento cincuenta metros del muro, tendida sobre la espesa hierba que crecía bajo la arboleda. Viva. Se encontraba aturdida, en estado de choque, pero una pequeña herida en su barbilla era la única lesión visible.

Yoda llegó sin respiración al final de la escalera, alcanzando la plataforma justo cuando Calhuch era informado de lo que sucedía. Vio a varios soldados asomados por encima del parapeto que rodeaba a la plataforma, discutiendo entre ellos, incapaces de creer lo que habían visto. Yoda se acercó hasta allí, y se lamentó de no ser lo suficientemente alto como para ver lo que estaba pasando abajo, aunque de haber podido mirar sólo hubiera visto hojas y ramas.

Los soldados no repararon en él. Uno de ellos le estaba contando a otro que había llegado más tarde que los árboles se habían movido para salvar a la muchacha. Yoda se estremeció. Él había percibido la involuntaria llamada de Joan pidiendo ayuda, y sabía que Calhuch también lo había hecho. En ese momento llegó Tremoulin, pálido como un muerto, sujetándose la cabeza con la mano. Tenía la manga de su elegante túnica empapada de sangre, pero al parecer su herida no era tan grave como había parecido en un primer momento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el aturdido senador al llegar junto a Calhuch. El Maestro Oscuro sacudió la cabeza lentamente, como si aún intentara explicarse a sí mismo lo que acababa de presenciar.

—Ha sobrevivido a la caída. Los árboles la han ayudado… ¡Los árboles! Jamás he sabido de nadie con semejante conexión a la Fuerza.

—¿La han cogido? —Yoda no estaba seguro de si el senador había comprendido lo que Calhuch le había dicho. Éste se limitó a asentir.

—Entonces podemos volver a enviar el mensaje…

—¿Qué mensaje? —Calhuch parecía ausente, abstraído en sus pensamientos.

—El del rescate. Si fue la prometida de Carless quien contestó, la respuesta que recibimos no sirve para nada. Aún podemos… —El senador se interrumpió al ver que Calhuch negaba con la cabeza. Yoda sintió un escalofrío al oír lo siguiente que dijo.

—No. No podemos permitirnos que siga con vida. Yo no puedo permitirlo.

Capítulo VII

[Transporte imperial saliendo del hiperespacio]

Psico echó un vistazo a las dos pantallas sensoras. Nada. La fragata no estaba allí. Al parecer había llegado demasiado tarde. Quizá Avalancha había llegado a la misma conclusión que él, es decir, que intentar rescatar a los colonos era una locura, y había regresado por tanto a espacio controlado por la Alianza, tal y como le habían ordenado que hiciera. *Menos mal…*

De repente, una señal muy débil apareció sobre una de las pantallas, la que recogía la información enviada por los sensores delanteros del transporte. A la computadora de vuelo le costó trabajo identificarla, pero al final la clasificó como una nave imperial, con una probabilidad del 75%. *Podría ser la fragata*.

Psico hizo avanzar el transporte en esa dirección, mientras esperaba a que la computadora pudiera darle más información. Mantuvo una velocidad moderada, con la intención de darse la vuelta tan pronto como los sensores pudieran obtener lecturas más fiables. Cinco minutos más tarde ya sabía que lo que lo que había detectado no era una fragata Nebulon-B, sino una corbeta de fabricación coreliana. Imperial, sin lugar a dudas. Pero ahora se recibía además una segunda señal, aún más débil que la primera. Psico maldijo entre dientes y mantuvo el rumbo. A la computadora le llevó algún tiempo adicional el reconocer a qué tipo de nave correspondía la segunda signatura, pero finalmente le presentó en pantalla la figura de un caza de asalto. Psico frunció el ceño. Era difícil estar seguro, pero el caza parecía alejarse lentamente de la corbeta. ¿A la deriva, quizá? Lo único que podía explicar la bajísima intensidad de las señales que emitían ambas naves sería que ninguna de ellas estuviera haciendo uso de sus motores. Si eso ya resultaría raro en el caso de la corbeta, era completamente inusual que el piloto de un cazabombardero desconectara sus motores y permaneciera en vuelo inercial. Tan inusual como que hubiera tan sólo un caza. Las escoltas imperiales se componían siempre de varios de ellos. Al menos debería haber seis para una corbeta. *Esto no es normal*. Psico decidió arriesgarse y acercarse un poco más.

A una distancia de ochenta kilómetros seguía sin recibir lecturas apreciables de energía, confirmándose su sospecha de que ambas naves habían sido incapacitadas. Siendo así, no habría ningún peligro si utilizaba los sensores activos para hacer un barrido completo de la zona. Eso le confirmó que no había ninguna otra nave en varios miles de kilómetros en cualquier dirección, pero lo que sí encontraron los sensores fueron los restos de varias naves. La computadora identificó todos los fragmentos que pudo. La mayoría pertenecían a cazas de asalto, como el que se encontraba flotando allí delante. Pero otros habían sido parte sin duda de uno o más alas-B…

Psico viró en redondo para no seguir acercándose a las dos naves. Allí se había librado un combate hacía muy poco tiempo. El bando imperial lo había perdido, o esas dos naves no estarían allí abandonadas. Sus adversarios podrían haber sido piratas, algo nada extraño tan cerca de Kessel y de las rutas de la especia brillestim. La organización

Sol Negro, los señores hutts y media docena de grupos criminales más podrían perfectamente haberlo hecho.

Pero ninguno de ellos habría dejado a dos naves imperiales abandonadas en el espacio, ambas más o menos intactas. *No, desde luego que no. O bien se las hubieran llevado consigo, o bien las habrían destruido después de robar su cargamento, si era eso lo que les interesaba*. Evidentemente, los imperiales no habían tenido tiempo de pedir refuerzos que pudieran haber puesto en fuga al grupo atacante. Si descartaba que fueran piratas, tenía que tratarse necesariamente de fuerzas rebeldes. Pero esa teoría tenía también un punto flaco. Tan necesitada de navíos como estaba la Alianza, habrían tratado sin duda de remolcar a las dos naves, o por lo menos a la corbeta. Quizá incluso abordarlas y hacerles una reparación de emergencia para que pudieran llegar por sí mismas hasta la base rebelde más próxima.

A menos que se tratase de un grupo pequeño, con recursos demasiado limitados como para intentar siquiera capturar esas naves.

—¿Qué tal una fragata con una tripulación bajo mínimos y un escuadrón diezmado a bordo? —se preguntó Psico en voz alta—. Es decir, Avalancha y compañía. —Se habían topado con una patrulla imperial y habían tenido que neutralizarla. Podrían haber pedido apoyo para abordar o para llevarse esas naves, suponiendo que hubiera unidades rebeldes lo suficientemente cerca como para prestarles ayuda. Pero no si estaban desobedeciendo órdenes directas del Alto Mando y no quisieran contacto alguno con la Alianza. Psico había tenido razón sobre Avalancha y su gente—. Están todos locos.

Psico resopló y sacudió la cabeza de un lado a otro. *Van a necesitar toda la ayuda que puedan conseguir, pero ¿dónde encontrarlos?* La respuesta apareció en su mente por sí sola. Había un lugar obvio: el sistema de Kessel.

Pero si Psico regresaba allí, con el fin de esperar a que apareciera el escuadrón Blanco, con fragata o sin ella, se pondría a sí mismo al descubierto.

Sería difícil explicarles a los controladores imperiales por qué había vuelto, y cómo había hecho tan rápido el viaje de ida y vuelta a Thoriam. Eso si es que no habían descubierto ya sus andanzas en las instalaciones del planetoide y en su red de datos, en cuyo caso no tendría que explicarles nada. En el mejor de los casos, atraparían el transporte con un rayo tractor y terminaría en la bodega de uno de sus destructores estelares. En el peor, lo desintegrarían sin hacer más preguntas.

—Piensa, Stephen, piensa… —Avalancha podría estar chiflada, pero no tenía ni un pelo de tonta. No se le ocurriría atacar de frente a la flotilla imperial esperando vivir para rescatar a los colonos. Tendría que intentar algo mucho más sutil que eso—. Una operación *furtiva*, ¿no era esa la palabra que solía usar Llamarada, la oficial ejecutiva de Avalancha en el Mantiss? Sí, eso era. Furtiva. —De pronto lo comprendió todo. Se acercarían a la flotilla imperial pretendiendo ser todavía una de sus fragatas. Sin modificación alguna, y emitiendo todavía su señal codificada de identificación amigo-enemigo imperial, la suya no era más que otra de las miles de Nebulon-B en servicio con la Armada.

—¿Y cómo se llamaba la maldita fragata? —exclamó mirando al techo. Psico sabía que era materialmente imposible modificar el nombre de una nave nodriza imperial sin destruir el codificador de identificación. Ese nombre se grababa en una pastilla que iba insertada en el propio dispositivo, la cual estaba diseñada para autodestruirse ante el más pequeño intento de manipulación. A no ser que dispusieran de una pastilla procedente de otra nave igual, la cual no estuviera catalogada como destruida o capturada en los bancos de datos imperiales, sus amigos tendrían que conservar el nombre de la fragata. De pronto se acordó—. ¡*Vigilante*, se llamaba *Vigilante*!

Casi en ese mismo instante, la unidad de comunicaciones emitió un chasquido y una voz entrecortada comenzó a escucharse en la cabina.

—Aquí cor… perial… —Psico trató de mejorar la calidad de la recepción, muy deficiente y cargada de interferencias—. …ada… ocorro. Coord…

La tripulación de la corbeta debía estar intentando desesperadamente reparar los sistemas más básicos. El sistema de comunicaciones tendría que ser necesariamente uno de los primeros.

—Será mejor no esperar a que dispongan de sensores. —Siguiendo una súbita inspiración, hizo vaciarse la atmósfera del compartimento de carga y después abrió la compuerta trasera del transporte. Finalmente activó el mecanismo de expulsión de la carga. Los componentes que había estado transportando quedaron flotando en el vacío, listos para ser recogidos por otra nave. Sólo que Psico esperaba que ninguna lo hiciera, al menos por un tiempo. Tan pronto como terminó la operación, pidió a la computadora de vuelo que tomara sus coordenadas de origen como su próximo destino y empujó la palanca del motivador hiperespacial.

—Debo estar más loco aún que Avalancha —se dijo a sí mismo mientras la luz de las estrellas se alargaba hasta el infinito y el transporte saltaba al hiperespacio.

[A bordo de la fragata *Vigilante*]

Los dos alas-A se posaron con suavidad sobre la cubierta del hangar principal. Las caras de los tenientes Pete «Iceberg» Kovessy y Thorsten «Coloso» Winn mostraban el cansancio acumulado tras un largo turno de patrulla. Lince y Víbora, que harían el próximo, ya estaban volando cuando ellos apagaron los motores de sus cazas. Ambos pilotos notaron una gran actividad a su alrededor. Todo el equipo técnico parecía estar allí, trabajando en un grupo de cuatro alas-B. Granito y Alce estaban entre ellos. Conducido con grandes precauciones por uno de los mecánicos, un vehículo tractor se estacionó al lado de uno de los cazabombarderos, cargado hasta arriba de torpedos de protones de fabricación imperial.

—¡Caramba, no me digáis que lo habéis conseguido! —exclamo Iceberg al acercarse a sus compañeros.

—Pues claro —contestó Granito con una expresión de suspicacia en su cara.

—¿Acaso lo dudabas?

—Lo único malo es que sólo hemos encontrado piezas suficientes para equipar a cuatro naves —explicó Alce al tiempo que intentaba limpiarse la grasa de las manos con un trapo tan sólo ligeramente más limpio que ellas.

—Cuatro es mejor que ninguno —dijo Coloso.

—Seguro que lo es —respondió Granito, acariciando una de las ojivas con la mano—. Con estos bebés podemos causar daños *verdaderamente* grandes en cualquier nave. Incluso en un destructor.

—Sería estupendo —admitió Iceberg—. Pero ahora, ¿soy yo el único que se muere por una ducha, un bocadillo y una siesta?.

—No necesariamente por ese orden —respondió Alce, sin aclarar qué quería hacer él primero.

Los cuatro hombres salieron juntos del hangar. Granito echó una última mirada por encima del hombro a los torpedos, que en ese momento estaban siendo cargados en el segundo de los alas-B.

—Por lo que yo me muero es por disparar unos cuantos de esos… —murmuró con una mueca perversa.

La oficial de vuelo Lisa «Ángel» Hul observó al androide 2-1B manipular los instrumentos conectados al cuerpo de Avalancha. Desde hacía un par de minutos el androide médico parecía estar mucho más activo.

—¿Qué está pasando, 1B?

—No lo sé exactamente, señora —contestó el 2-1B sin mover sus sensores ópticos de las pantallas. Ángel no creía haber oído nunca a un androide de este tipo decir— No lo sé.

—La comandante Krenzel se está recuperando sorprendentemente bien de sus heridas, incluso a pesar del tratamiento bacta al que la hemos sometido. No tengo una explicación para esto.

—Entonces… ¿Se va a poner bien?

—Yo no me atrevería a decir eso, señora. Su cuerpo casi está completamente restablecido, pero sigue sin haber señales de actividad cerebral. Yo diría que la comandante sufre algún tipo de destrozo irreversible en la corteza cerebral, pero he sido incapaz de encontrar la lesión con los rastreadores. Los 2-1B no tenían expresión facial, y su modulador de voz no era capaz de registrar inflexiones, pero Ángel hubiera jurado que éste estaba perplejo, si tal cosa fuera posible para un androide.

Ángel se acercó a Avalancha y contempló el rostro de su comandante.

Parecía estar exactamente igual que dos horas antes, cuando relevó a Chistes en la enfermería. Y sin embargo, lo que había dicho el androide médico le hacía concebir esperanzas de que algo cambiara, y de que lo hiciera para bien.

—Vuelve, Avalancha —le dijo en voz muy baja, casi al oído—. No sé a dónde te has ido, pero te necesitamos aquí. Regresa, por favor…

Cuarta parte

Sacrificio

«Una vez que el camino del Lado Oscuro decides tomar, para siempre dominará tu destino.»

Yoda, Maestro Jedi

Capítulo I

[En el otro lado]

Joan llevaba todo el día tumbada sobre su litera, mirando al techo con las manos cruzadas bajo la cabeza. Tobb estaba muerto. No podía dejar de pensar en ello. Trillian y la mayoría de sus amigos del escuadrón Milagro también lo estaban. Lo habían arriesgado todo para intentar salvarla, y ahora se habían ido para siempre. La pena que sentía era inmensa, y no había nada que pudiera aliviarla. Nada en absoluto. Después de lo que había sucedido el día anterior, parecía como si se hubiese quedado sin fuerzas, salvo para echarse a llorar una y otra vez. Su ataque contra Calhuch y Tremoulin, su alocado y desesperado intento de fuga, todo aquello le parecía muy lejano, casi irreal, como si no hubiese sucedido realmente. Y sin embargo, algunos de los recuerdos que se empeñaban en venirle una y otra vez a la cabeza eran tan nítidos que parecían haber tenido lugar tan sólo un momento antes…

…el día en que pisó por primera vez la cubierta de una nave de la República, el *Dragón*, y vio a Tobb allí mirándola, como invitándola a explicar que hacía allí una muchacha con una bolsa de viaje y cara de despistada. Cómo le había latido el corazón en esos momentos, qué cortada se había sentido… y cómo le había gustado Tobb desde el primer instante. Él siempre decía que a él le había pasado lo mismo…

…el momento en el que entró, también por primera vez, en el hangar del *Armonía*, con todos aquellos pilotos y técnicos mirándola como si fuese a echarse a levitar, Trillian saludando tan serio, con su cara llena de pecas, y Tobb de pie al lado del *Cantante*, con el caballo alado recién pintado…

…cuando se bajó de la lanzadera que la traía de vuelta de Alderaán, todavía hecha un lío por lo que había pasado en el Congreso, y encontró a Tobb esperándola para llevarla a comer. La hizo ir a su camarote a cambiarse, y apenas unos segundos más tarde ya estaba llamando a la puerta, con una servilleta sobre el brazo, llevando una bandeja con comida. Lo primero que hizo fue colgarse del techo y desmontar el sensor anti-incendios, mientras ella lo miraba alucinada. Todavía seguía sin saber de dónde había sacado aquellas arcaicas velas…

…la vez en que hicieron el amor por primera vez, después de una misión en la que Joan había perdido a dos pilotos. Ella se sentía fatal por ello, y Tobb se quedó toda la noche con ella en su camarote, escuchándola en silencio y dejando que se desahogara. En algún momento debió quedarse dormida, y cuando despertó a la mañana siguiente Tobb estaba allí, contemplándola, con aspecto de no haber dormido en absoluto, pero respondiendo a su sonrisa con la suya. En ese momento lo deseó tanto que se abalanzó sobre él. Tobb admitió después que nunca, ni siquiera durante su exhibición en el simulador de vuelo, ni cuando regresó victoriosa de aquella primera misión imposible, o cuando estaba viendo en directo la que estaba organizando en Alderaán el día de la condecoración, le había sorprendido tanto como en ese momento, y Joan se sintió encantada. Casi siempre era él quien la sorprendía a ella…

Tobb, siempre Tobb. No podía resistir el pensar que Tobb estuviera muerto.

El hecho de que el resto de sus amigos también lo estuvieran era como si le hubiesen echado sal sobre la herida. Aún dolía más. Yoda había estado allí varias veces intentando consolarla, pero ella no había podido siquiera hablar con él. El pequeño ser se había marchado en cada ocasión con aspecto más compungido y abatido. Joan sentía hacerle sufrir a él también, pero no podía evitarlo. No podía evitar sentirse como se sentía.

Al principio, al poco de que la devolvieran a la celda, fue incapaz de resistirse a la desesperación y había empezado a golpear las paredes con los puños. Se detuvo al recordar lo que había sucedido la última ocasión en la que se había abandonado a la ira, tan sólo unas horas antes. Ya empezaba a sentir otra vez ese extraño calor avivándose en su interior. No, no podía consentirlo, no entraría en el Lado Oscuro, por fuerte que llegara a ser la tentación. La venganza no le traería a Tobb de vuelta. Antes de detenerse, ya se había lastimado los nudillos. De hecho los tenía prácticamente en carne viva, y le escocían al rozarse con la áspera manta que Yoda le había traído en algún momento de la noche al verla tiritar, aunque seguramente sabía que su temblor no tenía mucho que ver con el frío. También le dolían por llevar tanto tiempo con las manos bajo la cabeza, pero no las movió de donde estaban. Ése era un tipo de dolor que podía sufrir mucho mejor que este otro, el que sentía lacerándole el corazón.

Aquella noche en el camarote de Tobb, cuando le hablé de mis presentimientos, fue realmente la última. Ya no habrá una vida para nosotros.

Nunca tendremos ese futuro juntos con el que soñamos. No tendremos una familia, ni un hogar. No habrá nada de nada. Jamás volveré a verle. Jamás volveré a ver a mis padres. ¿Por qué? ¿Por qué tiene que ser así? Creí que estaba haciendo algo bueno. ¿Es esto lo que merezco?

A pesar de saber que era completamente inútil, no dejaba de darle vueltas a todo lo que había pasado en el último año, qué podría haber hecho de forma diferente y evitar que todo esto hubiera sucedido. Llegó a pensar incluso en si no podría haber dicho algo en el mensaje que Tremoulin y Bedenford le habían permitido enviar, alguna clave para avisar al Canciller Carless para que impidiera que sus amigos intentaran nada semejante. Pero ¿cómo podría ella haberlo imaginado?

Desde que estaba encerrada allí había rememorado cientos de veces su conversación con Smeigger antes de la última misión. Se suponía que era sensible a la Fuerza. ¿Cómo pudo dejarse engañar de esa manera? ¿Cómo permitió que él y Lamorny la derribaran, cuando los mejores ases bretalianos habían sido incapaces de conseguirlo? ¿Había alguna forma de escapar de aquel carguero, antes de que el gas la dejase inconsciente?

¿Y si no hubiera obligado al senador Carless a presentarse a canciller?

Zindalander habría terminado capitulando, a pesar de la victoria en Alderaán.

Probablemente ahora habría paz en la galaxia, aunque fuera bajo el gobierno de los bretalianos… Eso era lo que le había dicho Miquelus, y Joan no se veía ya capaz de descartar que el Jedi estuviera en lo cierto.

Y ya puestos a imaginar, ¿y si no se hubiera movido de Gerillia? ¿Si hubiera ignorado los sueños, las voces en su cabeza y lo que le decía su instinto?

Seguramente nunca hubiera conocido a Tobb, ni a Trillian ni a ninguno de los otros. Pero quizás entonces aún estarían vivos…

O quizá no. Si los bretalianos llegaban a hacerse con el control de la República, cientos, probablemente miles de sistemas planetarios, quedarían sometidos bajo su dominio. A juzgar por el modo en el que zanjaban sus disputas, enviando flotas de invasión y realizando bombardeos orbitales, algo nunca visto hasta ahora, no podía esperarse de ellos que fueran gobernantes justos precisamente. Los mundos invadidos serían obligados a orientar su economía en función de los intereses bretalianos, aunque eso significara su propia ruina. Millones de seres inteligentes se verían forzados a abandonar su modo de vida, sus costumbres, todo lo que les identificaba como pueblo.

Muchos pasarían hambre. Otros se verían obligados a emigrar a otros sistemas, si es que podían permitirse un viaje semejante y siempre que los bretalianos les permitieran marcharse. No hacía falta tener demasiada imaginación, puesto que todo eso ya había empezado a suceder. Dos de los primeros planetas conquistados, Ribette IV y Betedania, eran mundos eminentemente rurales, dedicados principalmente a la agricultura y con poca relación con el exterior. Tras hacer prospecciones y descubrir los importantes e inexplotados recursos minerales de ambos planetas, los bretalianos habían abierto allí gigantescas minas, plantas de fabricación de duracero para surtir a sus astilleros y cadenas de montaje de baterías láser, vehículos terrestres e incluso cazas completos. A esas alturas, la ecología de ambos mundos había sido alterada para siempre, y su población original marginada, obligados a trabajar en las mismas fábricas que les habían destruido la vida, o incluso alistados a la fuerza para ser usados como carne de cañón en las unidades de asalto bretalianas.

La gente de esos mundos seguía con vida, sí. Pero, ¿merece la pena perder la libertad a cambio de mantener la vida? ¿Es preferible vivir como un esclavo a morir intentado seguir siendo libre?

No, no lo es. Joan era incapaz de pensar de otra forma. Ella no podría permanecer de brazos cruzados mientras la injusticia y las leyes de la guerra gobernaban el universo. Tobb, Trillian y el resto de sus amigos caídos eran como ella. Si les hubiesen dado a elegir de nuevo, aún conociendo lo que les deparaba el futuro, habrían preferido luchar sin importarles el precio. Si ése era su destino, hubieran deseado morir tal y como lo habían hecho. Peleando por aquello en lo que creían. Por aquellos a los que querían. No, en ningún caso podía decirse que hubieran muerto en vano.

Ese último pensamiento le dio el consuelo que estaba buscando. *Ya está bien de llorar. Ya basta de pensar en lo que podría haber hecho o dejado de hacer, o en cómo podrían haber sido las cosas. Lo que ya pasó no tiene remedio. Lo que tenga que ser, será, y yo me enfrentaré a lo que sea con la cabeza bien alta. Que Tobb y los chicos puedan estar orgullosos de mí.*

No quedaban lágrimas en la cara de Joan cuando Yoda entró en la celda, mirándola con ojos en los que se mezclaban la pena, la preocupación y la compasión por partes iguales. Al notar la expresión serena de Joan pareció sorprenderse, pero lo disimuló enseguida. *Sin duda esperaba encontrarme llorando sin descanso, o bien maldiciendo y pegándole a las paredes. Si supiera que he hecho ambas cosas…*

—Lo siento mucho, Joan —dijo Yoda sinceramente afectado—. De verdad que lo siento.

Joan no contestó, limitándose a encogerse de hombros. Al ver que Yoda se quedaba allí de pie, como si no supiera muy bien qué hacer a continuación, le dirigió una leve sonrisa y palmeó la litera con la mano, indicándole que se sentara allí a su lado. Yoda se acercó y dio un saltito para subirse a la litera.

—Afligido por tus amigos estoy —explicó—. Y también por ti.

—Gracias.

—Peligrosa para ellos eres. Eso han decidido. El ataque de tus amigos demostrado les ha que su estrategia de mentiras ha fallado, al menos en parte. Aunque muchos dudar de ti puedan, sí, y de ello se aprovechen políticos opuestos al canciller Carless, entre las Fuerzas Armadas de la República inmensamente apreciada eres todavía. Apreciada y querida. Y ahora te vuelves una amenaza incluso dentro de sus propio dominios. —Joan le miró con curiosidad—. Así es, si. Fueron muchos los que vieron lo que pasó cuando de la fortaleza saltaste. Apenas creerlo puedo yo todavía. Calhuch ordenó que todos los soldados que allí se encontraban trasladados y aislados fueran, pero la voz ya corrido se había. Que realmente debes ser una Jedi, muchos dicen, y eso les asusta. Creen que otros Jedi habrán de seguirte. El general Bedenford problemas está teniendo entre sus propias tropas. Cuestionan su alianza con alguien como Calhuch, al que llaman cada vez más el *falso Jedi*.

Joan sonrió.

—Me alegro de escuchar eso último. Aunque yo tampoco sea una Jedi.

—Equivocada estás, jovencita —dijo Yoda muy serio—. Jamás encontrado heme con nadie con mayor derecho a ser llamado Jedi.

Joan se volvió a mirarle.

—No digas eso, Yoda. Tú me has enseñado muchas cosas. Conoces la Fuerza mucho mejor que yo.

—Y sin embargo eres tú quien en mi maestra convertido te has, mi querida jovencita. Sí, no me mires así. Completamente sincero soy contigo.

Joan bajó la mirada sintiéndose extrañamente reconfortada.

—Gracias por decir eso. Viniendo de ti, significa muchísimo. —Yoda asintió—. Ahora dame las malas noticias.

Yoda tragó saliva antes de comenzar.

—Calhuch ha convencido a los otros de que morir debes. —La expresión de Joan no se alteró, como si no le hubiera oído, o más bien como si no le importara. Yoda pensó correctamente que se trataba de lo segundo—. Juzgada y condenada públicamente serás.

Joan se quedó pasmada por un momento y luego se echó a reír.

—¿Juzgada? ¿Acusada de qué?

—De traición y de brujería.

—¿Traición? —Joan se puso de pie de golpe, tan sorprendida como indignada.

—¡Tremoulin, Borgonne, Lamorny, *ellos* sí que son traidores! ¿A quién se supone que he traicionado yo? ¿Y qué es eso de la brujería?

—Unidas van ambas acusaciones. Doscientos años o más hace desde la última vez que se juzgó a alguien por brujería, cuando cayeron los últimos servidores del Sith, pero aún contemplado está como delito en el Código de la República. Aplícase a aquellos que hacen uso del Lado Oscuro de la Fuerza. Dirán que utilizado lo has para fomentar la guerra en la República y así debilitarla, en lugar de defenderla como al unirte a la Flota juraste. De ahí la traición. Irónico es, pero los bretalianos manteniendo siguen que parte de la República ellos son, y que es por su bien que actúan como lo hacen.

—Parece cosa de broma… ¡Bruja yo! ¡Pero si es Calhuch quien utiliza el Lado Oscuro, no yo! —Nada más decir eso su rostro se ensombreció y volvió a dejarse caer sobre la litera—. Al menos no hasta ayer mismo.

—Razón tienes, jovencita, razón tienes —dijo Yoda, obviando el último comentario de Joan—. Pero los servidores de Calhuch tiempo llevan convenciendo a la gente, aquí en Loira y en el resto de los mundos bretalianos de que una servidora del Lado Oscuro eres. Supersticiosa la gente es…

—No hace falta que me digas más —le interrumpió Joan sin levantar apenas la voz—. El propio Calhuch me lo explicó el mismo día en el que llegué aquí. —Joan sacudió la cabeza, haciendo que mechones de pelo rubio se movieran sobre su frente—. La mayoría no saben nada sobre la Fuerza, pero todo el mundo ha oído hablar del Lado Oscuro. Todos hemos visto holodramas. —Al decir eso casi se echó a reír—. Dará igual lo que diga en ese juicio. Si quieren matarme lo harán.

Yoda le puso la mano sobre el hombro y Joan se la cogió.

—No te preocupes, mi querido y bondadoso amigo. Salvo de lo que pasó ayer, estoy orgullosa de todo lo que he hecho y desde luego no le temo a la muerte. Y si me calumnian, al menos quedarás tú para contar la verdad. Algún día.

Yoda sintió un nudo en la garganta. A sus ojos, Joan parecía de pronto mucho más vieja que tan sólo un día antes, y el solo mirarla le dolía. Cómo la quería. Cuánto la admiraba.

—Te lo prometo —dijo—. La verdad sobre ti contaré.

Joan asintió en silencio y le apretó la mano que sostenía. A Yoda se le escapó una lágrima.

Capítulo II

A la mañana siguiente media docena de soldados fuertemente armados entraron en su celda. Dos de ellos se quedaron junto a la puerta mientras otros dos se encargaban de poner a Joan argollas de seguridad, de modo semejante a como la habían traído hasta allí tras ser capturada. A pesar de que Joan no opuso resistencia, los dos soldados restantes no dejaron de apuntarla hasta que la última argolla quedó sujeta, e incluso entonces mantuvieron sus armas a mano. Tumbada boca abajo sobre la litera, incapaz de moverse, Joan se preguntó si acaso pretenderían llevarla a cuestas hasta el tribunal. *A lo mejor quieren que vaya levitando*. A modo de respuesta, los mismos soldados que se habían encargado de encadenarla trajeron un aparato compuesto por una barra extensible que adaptaron a la estatura de Joan, varias sujeciones magnéticas sobre las que se enganchaban las argollas, y sendos dispositivos antigravitatorios en ambos extremos. Tan pronto como la sujetaron a su espalda, uno de los soldados activó el ingenio y Joan notó como la barra tiraba de ella hacia arriba. Entre los dos la pusieron vertical y uno de ellos se encargó de empujarla a través de la puerta. *Al menos no me llevan boca abajo…*

Calhuch les esperaba en el pasillo, como si temiera que las precauciones que habían tomado no fueran suficientes para contener a Joan si ésta trataba de escapar. No pudo verle la cara, oculta bajo la capucha de su manto, pero no le hacía falta verle para reconocerle. Su aura de malevolencia le era ya tan familiar que a Joan le resultaba imposible no sentir su presencia. Dándose por satisfecho, al parecer, con las medidas de seguridad que habían tomado los militares, el Maestro Oscuro tomó un ascensor hacia la plataforma de aterrizaje de la fortaleza. Otro ascensor se abrió para ella, y al ser empujada hacia él Joan se dio cuenta de que había soldados en cada uno de los pasillos que rodeaban la zona de los ascensores. Apuntándola. Joan estuvo a punto de sonreír. *Pues sí que me han cogido miedo*. Ahora que lo pensaba, le llamó la atención el hecho de que el día anterior hubieran permitido entrar a Yoda en su celda sin escolta. Seguramente había soldados bretalianos apostados entre el pasillo y el hall durante todo el tiempo que había pasado con ella. Se preguntó dónde estaría ahora su pequeño amigo. Juzgada y condenada, le había dicho.

Joan frunció los labios, apenada al darse cuenta de que lo más probable era que no volviera a ver a Yoda. Le habría gustado despedirse de él, darle las gracias por todo lo que había hecho por ella, pero supuso que en el fondo no era necesario. Yoda tenía que saber perfectamente lo que ella sentía, puesto que el vínculo que los unía a través de la Fuerza no dejaba lugar para los secretos. *Adiós amigo*, pensó de todas formas. *No, adiós no. Hasta siempre.*

Al cerrarse la puerta del ascensor, volvió a sorprenderse un poco al comprobar que iban hacia abajo en lugar de hacia arriba. Salieron al nivel de la superficie. Joan reconoció el corredor por el que la habían traído después de su intento de fuga. Un poco más allá estaban las puertas que daban al exterior, al bosque. *Parece que me van a llevar en un vehículo terrestre*. Si hubiera podido, se hubiera encogido de hombros. *Si ellos no*

tienen prisa, yo tampoco. La fortaleza estaba situada en un entorno rural, a casi quince kilómetros de Compadigne. Los soldados subieron a Joan a un vehículo sobre ruedas, y aseguraron la barra verticalmente en la parte posterior, que no tenía techo.

Tras comprobar que estaba bien sujeta, dos de ellos subieron a la cabina, mientras que los cuatro restantes se montaron en sendas aeromotos, aparcadas a pocos metros. A Joan todo esto le parecía cada vez más extraño, pero se abstuvo de preguntarle nada a los soldados. Fuera lo que fuera lo que le tenían reservado, estaba dispuesta a parecer absolutamente indiferente.

Cuando estaban a punto de dejar atrás el bosque que rodeaba a la fortaleza, Joan pudo ver Compadigne a lo lejos. Se trataba de una pequeña ciudad de aspecto pintoresco, con edificios no muy altos y bastante colorido. En otras circunstancias le hubiera parecido bonito. Tuvieron que detenerse ante una serie de puertas enrejadas. Al parecer, el bosque formaba parte del terreno de la fortaleza. Joan advirtió los sensores y las cámaras que había colocadas encima de la valla. Seguramente había más camuflados entre los propios árboles, por si se daba el improbable caso de que algún prisionero lograra escapar. Al llegar a ese punto comprendió la razón de que la llevaran de esa forma tan grotesca, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener su expresión neutra. Había gente a ambos lados de la estrecha carretera que conducía desde la fortaleza hasta Compadigne. Mucha gente. Al parecer, los hombres de Calhuch se habían asegurado de que todo mundo estuviera enterado de que Joan d'Arc iba a ser juzgada ese día, y en qué consistía la acusación. Antes de que se terminara de abrir el último par de puertas empezó a escuchar los primeros gritos de «bruja». Cuando el vehículo salió del recinto y entró en la carretera, el vocerío creció de golpe hasta convertirse en un tumulto atronador. Ni siquiera en sus peores pesadillas se había imaginado Joan nada parecido. Hasta ese momento, había creído estar preparada para lo que fuera, pero no lo estaba en absoluto. *Madre mía, madre mía, madre mía… No puedo creer que esto esté pasando, no puede ser…* A través de la Fuerza, sintió como una bofetada el odio y el miedo que aquellas personas sentían hacia ella.

Intentó no percibir sus sentimientos ni oír sus insultos, pero le resultaba muy difícil alcanzar la concentración necesaria para aislarse de la multitud. Algunos empezaron a lanzarle verduras y frutas podridas con verdadera saña. Incapaz de moverse para evitarlos, muchos de los improvisados proyectiles le acertaron. Entre medias del gentío, alguien se atrevió a lanzarle una piedra, y lo hizo con excelente puntería. Joan sintió el golpe en la frente, y enseguida la sangre empezó a caerle sobre los ojos. Sólo entonces los soldados que iban en la cabina se decidieron a activar el escudo protector del que iba provista la plataforma sobre la que se encontraba, aunque Joan tardó en darse cuenta de que lo habían hecho. *Si me matan de una pedrada se quedan sin espectáculo*, pensó mientras luchaba contra la sensación de mareo. Los ojos le escocían y pronto empezaron a lagrimear. A pesar de eso, pudo ver al soldado que ocupaba el asiento del copiloto mirar hacia atrás con expresión burlona y comentarle algo a su compañero. Ambos se echaron a reír.

La gente le gritaba cosas horribles desde ambos lados de la carretera.

Alzaban los puños a su paso con los rostros transfigurados por el odio, escupiendo su rabia y su miedo con cada insulto. Las verduras podridas seguían cayendo, pero ahora rebotaban de forma inocua sobre el campo de fuerza, para decepción de los que las lanzaban. La gente parecía exaltada, fuera de sí. *¿Pero qué les habrán contado?* Seguramente no hacía ni un minuto que habían salido a la carretera, y Joan se encontraba ya agotada. Aturdida, sofocada, dolorida, asfixiada, apenada…

Y también, súbitamente, sorprendida.

Como si se encontrara atrapada entre llamas y le llegara de pronto un soplo de brisa fresca, Joan acababa de darse cuenta de que no todos los que la rodeaban sentían de igual modo. Era muy difícil percibirlos entre el torrente de sentimientos desbordados que la invadían. Eran muy pocos, pero sí, estaban allí. Entre todo aquel tumulto había también personas que no le estaban gritando. Seres de buen juicio que no creían en las mentiras propagadas por los agentes de Calhuch. Personas de buen corazón que no veían en ella a una bruja, sino tan sólo a una muchacha encadenada como si fuera una bestia.

Eran esos los que no estaban de acuerdo con la guerra, los que se avergonzaban de las acciones emprendidas por el Consejo Bretaliano, los que debían callar cada día lo que pensaban para evitar ser objeto del fanatismo de sus conciudadanos. Era lógico pensar que, también entre los bretalianos, existiera la piedad y la cordura, pero no por eso dejó Joan de sentirse conmovida. Pareció como si el aire volviera a entrarle en los pulmones. Entre aquellos pocos, algunos incluso habían llegado a creer en lo que se decía de ella fuera de los mundos bretalianos: que era una Dama Jedi aunque lo negara siempre por humildad; que intentaba siempre no matar a los pilotos de las naves que derribaba; que había rechazado la mayor parte de los honores y privilegios que se le ofrecían; que había prometido retirarse tan pronto como terminara la guerra. En las miradas de aquellos pocos se mezclaban la vergüenza, la compasión y la reverencia. La presencia entre la multitud de aquel puñado de mentes amistosas consiguió consolarla y aliviarla. Joan les agradeció en su interior el que estuvieran allí, concentrándose en ellas lo mejor que podía para conseguir así olvidarse del resto. Con la ayuda inconsciente de esos insospechados aliados, pudo construir por fin una muralla de paz a su alrededor, una en la que rebotaban el odio y el miedo, al igual que lo hacían las piedras contra el escudo de fuerza que acababan de alzar los soldados que la conducían. Los gritos y los insultos se convirtieron entonces en un murmullo, en apenas un ruido de fondo que no podía alcanzarla ni perturbarla. La expresión de Joan se llenó de dignidad, los ojos azules mirando al frente, sin reaccionar ante los insultos ni mostrarse ofendida o humillada ni por ellos ni por las argollas que la sujetaban. Indiferente a la sangre y la suciedad que cubrían su rostro y su cuerpo. Y de algún modo la gente se daba cuenta. Muchos de los que chillaban, escupían y lanzaban objetos cuando todavía estaba lejos de ellos, enmudecían cuando el vehículo llegaba a su altura y podían ver el rostro de Joan.

Era el rostro con el que se imaginaban a los Jedi de las historias.

El trayecto se hizo largo, muy largo. No sólo porque la fortaleza-prisión estuviera bastante apartada de la urbe de Compadigne, sino también por la velocidad tan reducida a la que la comitiva recorrió la mayor parte del camino —en parte por necesidad, ya que la gente tendía a invadir la carretera, pero en parte también porque los soldados tenían instrucciones de ir despacio de cualquier modo—. Finalmente el vehículo que transportaba a Joan y sus escoltas alcanzaron una plaza bastante grande rodeada de edificios altos, en torno a un monumento alado. A Joan le recordó de forma muy lejana al caballo que Tobb había pintado como símbolo del escuadrón Milagro. La mayor parte del monumento, no obstante, no era visible desde donde se encontraba ella, a pesar de su posición «privilegiada», un par de metros por encima de la multitud.

Justo delante de la estatua había sido instalada una plataforma metálica, cuya superficie quedaba aproximadamente a la altura de sus ojos. Antes de que el vehículo se detuviera frente a las escaleras que daban acceso a la plataforma, tuvo un primer atisbo de lo que le esperaba. Joan sintió que le fallaban las fuerzas.

Lo que Calhuch había montado allí sería sin duda todo un espectáculo, pero uno extraído de una edad remota, salvaje y primitiva, una pesadilla que sólo podía haber sido concebida por la mente de un demente. *Tendría que haberlo imaginado,* pensó desolada. *Lo de ser acusada de bruja debería haberme puesto sobre aviso*. Mientras los soldados subían hasta donde se encontraba ella y desenganchaban el artilugio al que se hallaba sujeta, Joan vio que en el centro de la plataforma había sido instalado un mecanismo de anclaje similar al que ahora la sostenía vertical sobre el vehículo. Iban a juzgarla en esa posición, tal y como se encontraba . *Atada a un poste, lista para que me quemen. Falta el montón de madera a los pies, pero siempre pueden traerlo más tarde. Juzgada y condenada. Seguro que Yoda no sabía lo literales que eran esas palabras.* Por un momento sintió el cosquilleo del miedo, pero lo obligó a retroceder concentrándose en lo que la rodeaba. *Ya habrá tiempo para asustarse luego*. A ambos lados de la plataforma se encontraban sendos estrados, ligeramente elevados por encima del conjunto. Sobre cada uno de ellos habían instalado tres sillones iguales, con amplios reposabrazos y respaldos muy altos. Casi parecían tronos. Ninguno de ellos estaba ocupado de momento. Joan notó que la desenganchaban del vehículo. Los mismos soldados que le habían colocado las argollas y que la habían conducido hasta allí se encargaron de empujarla escaleras arriba y asegurar el artilugio —al que ella no podía llamar ya otra cosa que *poste*— en el centro de la plataforma.

La dejaron mirando al frente, hacia la multitud que se apiñaba alrededor de la plataforma. La mayor parte de las ventanas de los edificios colindantes estaban abiertas, y en todas había personas asomadas. El sol, cayendo casi a plomo sobre la plaza, arrancaba destellos de algunas de esas ventanas. Joan supuso que se reflejaba en los prismáticos que muchos estarían usando. Cada vez hacía más calor. Frente a ella, el vehículo que la había traído hasta allí dio marcha atrás y empezó a apartarse con lentitud. Tan pronto como los soldados empezaron a retirarse del pasillo que habían mantenido abierto para permitir el acceso a la plataforma, la gente se apresuró a ocupar el hueco, peleando a codazos por los

mejores sitios. Joan dedujo que si permitían cerrarse el pasillo eso significaba que nadie más tenía que subir hasta allí. Al mover la cabeza hacia los lados, tanto como le permitía la argolla que la sujetaba a la altura del cuello, comprobó que estaba en lo cierto. En realidad, los miembros del tribunal habían llegado antes que ella y se encontraban esperando en la parte posterior de la plataforma, pero ahora se dirigían ya a ocupar sus puestos. A Joan no le sorprendió comprobar quién se iba a encargar de presidir la corte. Calhuch subió al estrado despacio, con movimientos cuidadosamente calculados, flanqueado por dos hombres vestidos como él, con túnicas marrones y capucha. *¿Marrones?* Sí, ya iba vestido de ese color cuando lo vio en el hall de la fortaleza, pero entonces no había reparado en ello. Al parecer Calhuch había decidido prescindir del negro para la ocasión, adoptando una vestimenta más acorde con lo que se esperaba de un Jedi. El antiguo maestro tomó asiento en el sillón central del estrado situado a la derecha de Joan, y sus dos acólitos ocuparon las restantes. Joan no dudó ni por un momento que también ellos eran Jedis Oscuros, discípulos de Calhuch. El flujo de maldad que provenía de ellos era suficiente para hacer que se sintiera enferma. No podía ver sus caras, ya que sus capuchas las cubrían de sombras, pero a pesar de todo sentía sus miradas clavadas en ella, observándola, estudiándola, midiéndola.

Odiándola.

De pronto notó como si le faltara la respiración, o como si el aire mismo se le quedara congelado en los pulmones. Los tres Jedi Oscuros la estaban atacando, aunque de una forma tan sutil que nadie que no fuera sensible a la Fuerza podría darse cuenta de lo que estaba pasando. Sus mentes malévolas intentaban derribar sus defensas y penetrar en su alma, violar lo más profundo de sus pensamientos y de sus sentimientos, arrebatarle el valor y su voluntad de resistir. Joan sintió unas náuseas y una repulsión terribles. Luchó con todas sus fuerzas para expulsarlos de su interior, con desesperación al principio, pero con más calma después, al comprender que sólo la calma le permitiría conservar su dominio de la Fuerza y así ser capaz de seguir oponiéndose a ellos. Creyó escuchar una risa dentro de su mente, tan sólo un momento antes de que consiguiera empujarlos fuera con un último y tenaz esfuerzo. Joan sintió arcadas. Una lágrima de rabia escapó de sus ojos. Respiró una vez, otra más, sabiendo que la sensación de ahogo era subjetiva, recuperándose poco a poco de su malestar. Los tres Jedi ni siquiera se habían movido. De momento la habían dejado tranquila, pero Joan estaba segura de que volverían a intentarlo antes de que todo terminase . *Si los he rechazado una vez, volveré a hacerlo las veces que hagan falta*, pensó para sí intentando darse ánimos.

Joan se obligó a mirar hacia el estrado opuesto al que ocupaban Calhuch y sus acólitos. Allí estaban el general Bedenford y otros dos hombres en ropa civil, a los que nunca había visto antes. Joan supuso que debían ser miembros del Consejo Bretaliano. Los dos senadores traidores, Borgonne y el insidioso Tremoulin no estaban por ninguna parte, lo cual no la extrañó en absoluto. *Mejor no dejarse ver aquí en público, por si los bretalianos pierden la guerra*. Al mirar por segunda vez al general se dio cuenta de que la cortesía que había sentido, o al menos fingido, hacia ella había desaparecido. Sus ojos

estaban llenos de rencor y de ira, y Joan creía saber la razón. No era sólo por los problemas que le pudieran estar causando los rumores que sobre ella circulaban entre sus propias tropas. Era por el ataque llevado a cabo por Tobb y por el escuadrón. Estaba segura de que la flota bretaliana había sufrido pérdidas más importantes incluso de lo que Tremoulin le había dado a entender. Joan comprendió que estaba mirando a un hombre ávido de venganza. Por un instante creyó estar viendo a sus amigos perdidos, de pie junto a sus *Cantantes* al final de una misión. Joan les dirigió un pensamiento cargado de orgullo. Sin duda, los hombres del escuadrón Milagro habían sido los mejores pilotos con los que pudiera soñar una comandante. *¡Bien hecho, camaradas!*

Joan apartó la mirada del furioso general y la volvió hacia el gentío. Hasta ese momento no se había fijado en las varias cámaras instaladas en lugares estratégicos. *Igual que en Alderaán*, pensó por un momento antes de corregirse a sí misma. *No, igual no. En lugar de vitorearme, esta gente ha venido para ver cómo me matan.* En la plaza no cabía ya ni un alfiler. Seguramente no había un edificio en todo el planeta con capacidad suficiente para tantas personas, y ésa era la razón de que hubieran decidido celebrar el juicio, si es que a aquello se le iba a poder llamar juicio, en un espacio abierto. Eso y la presencia de las cámaras demostraban que Calhuch quería tener una gran cantidad de testigos para lo que tenía en mente. Alguien se le acercó desde atrás y le pasó un trapo húmedo por la cara y el cuello, limpiando los restos de sangre y de inmundicias. La herida de la frente había dejado de sangrar, y Joan recibió con alivio el momentáneo frescor en la cara. Al intentar volverse para agradecer el gesto, Joan percibió movimiento a su derecha. El Maestro Oscuro se había puesto en pie y había abandonado el estrado, encaminándose a la parte central de la plataforma, por delante de ella. *Comienza el espectáculo*.

Cuando la, para Joan, siniestra figura, se alzó frente a la muchedumbre, todas las voces callaron casi de inmediato. Un silencio impresionante se hizo en la plaza cuando se apagó hasta el último de los susurros. Joan escuchó piar a un pájaro en alguna parte, pero también él terminó guardando silencio, como si se hubiera asustado al oírse su propia voz. Todas y cada una de las personas allí congregadas tenían puestos los ojos sobre Calhuch, cuyo aspecto tenía que resultar imponente visto desde más abajo. Un ligero viento hacía ondular los pliegues de su manto, aunque Joan estaba segura de que ni el más fuerte de los vendavales conseguiría arrancarle la capucha, por mucho que a ella le hubiera gustado eso. *Ojalá pudieran verle la cara*. Cuando habló, su voz se oyó como un trueno incluso desde las posiciones más alejadas, a pesar de que no había ningún dispositivo amplificador a la vista. Joan sintió un ligero estremecimiento. Calhuch estaba utilizando el poder del Lado Oscuro para conseguir ese efecto.

—Ciudadanos de Loira. Ciudadanos de los mundos bretalianos, gentes de toda la República. —Joan hizo una mueca de estupor. A pesar de su volumen, la voz resultaba atractiva, convincente y llena de carismático encanto. No había ni rastro del tono cavernoso y rasposo que Joan había escuchado en su celda.

La voz de Calhuch transmitía poder, sí, pero también nobleza, amabilidad e incluso ternura. Era la voz que uno esperaría en un Maestro Jedi. A excepción de Joan, todo el mundo pareció caer espontáneamente hipnotizado al oírla. De repente el dueño de esa voz no parecía un ser amenazador. Se trataba en cambio de un gran hombre, lleno de sabiduría, alguien que se preocupaba por todos, alguien en quien necesariamente había que confiar. Joan cerró los ojos y se esforzó por mantenerse libre de su influencia, concentrándose en sus propios pensamientos y aislándose del exterior como había hecho en el camino hasta allí, hasta que la voz de Calhuch fue como un eco lejano, un mero susurro que no era suficiente como para causarle efecto alguno. Pero justo cuando creyó que lo estaba consiguiendo volvieron las náuseas, y con ellas la sensación de que intentaban entrar de nuevo en su mente, romper su resistencia y convencerla que toda oposición era fútil.

Deja de luchar, le dijeron los intrusos. *No somos tus enemigos. Únete a nosotros y serás bienvenida…*

—Noooooo…. —murmuró Joan entre dientes.

—Vivimos tiempos difíciles —estaba diciendo Calhuch—. Tiempos de guerra y pesar, lágrimas y dolor. Ésta es una contienda que jamás debería haber comenzado…

Oye su voz, le insistieron. *Escucha lo que dice. Puedes ayudar a terminar con todos esos desastres. Puedes acabar con tu propio dolor y con el de millones de seres en la galaxia. Bastará con que digas lo que te pidamos que digas y serás libre…*

—Ninguno de nosotros quiso que sucediera esto. Ninguno de nosotros deseó esta batalla absurda entre mundos hermanos que habían vivido paz durante tantos años.

Joan se resistía con toda la fuerza de su voluntad, pero por más que lo intentaba no conseguía volver a expulsar a los Jedis Oscuros fuera de su mente. Se encontraba tan agotada, tan necesitada de descanso, y sería tan fácil hacer lo que le pedían… Pero no podía hacerlo. No debía rendirse. Jamás.

Joan perdió la noción del tiempo. Oía como Calhuch hablaba y hablaba mientras todo parecía dar vueltas a su alrededor.

No tengas miedo. No tienes por qué morir hoy aquí. Nosotros no queremos tu muerte. Tú no sabías lo que hacías. Nadie te guió ni te enseñó a usar tus poderes correctamente. Eras incapaz de reconocer quiénes eran realmente tus amigos. Sí, Joan. Nosotros lo somos.

—Nooo —medio pensó, medio susurró ella—. Eso es mentira. No sois mis amigos… —Estaba empezando a sudar copiosamente, aunque el bochorno reinante tenía poco que ver. Joan estaba haciendo tal esfuerzo para oponerse a Calhuch y a sus acólitos que su cuerpo, llevado hasta el límite, estaba empezando a sufrir las consecuencias. Un hilillo de sangre empezó a fluir de su nariz sin que ella lo notara siquiera.

No estamos enfadados contigo. Debes creernos. Pero debes reparar el daño que has causado, aceptar tu culpa delante de estas personas. Entonces serás perdonada y tendrás ese descanso que necesitas tan desesperadamente…

No tenía modo de saber cuánto tiempo había pasado. A ella le parecía que llevaba horas atada allí, debatiéndose para no ser sometida por Calhuch y sus discípulos, aunque seguramente apenas habían pasado unos minutos. Pero comenzaba a sentir algo nuevo. Las voces en su mente estaban empezando a volverse impacientes. Cansadas incluso. La sangre que le manaba de la nariz alcanzó su boca y el sabor salado en su lengua rompió el estado de trance en el que se encontraba. Escuchó la voz de Calhuch con total claridad, tal y como la escuchaban las masas que abarrotaban la plaza, y decidió cambiar de táctica. Joan se concentró en esa voz e ignoró las que resonaban en su mente.

—Pero hay personas que no aman la paz —decía Calhuch. Por sus palabras, parecía estar aún en la parte inicial de su discurso, confirmando su sospecha de que en realidad había transcurrido muy poco tiempo—. Gente que no le tiene ningún respeto a la vida y que tan sólo puede concebir el universo como un lugar a ser conquistado y gobernado…

Si parece estar hablando sobre sí mismo, pensó Joan. La ironía casi le provocó una carcajada, y eso le hizo sentirse mejor. *Eso es. Aún puedo reírme de vosotros*. A pesar del agotamiento, Joan encontró nuevas fuerzas para resistirse.

—No os dejéis engañar por su mirada inocente —dijo Calhuch señalándola por vez primera, aunque sin volverse a mirarla—. No caigáis en la tentación de sentir piedad por ella. Es joven, adorable, aparentemente inofensiva, pero es sin duda una de las criaturas más peligrosas que esta galaxia haya jamás conocido. Las argollas que la sujetan son *totalmente* necesarias, aunque puedan parecer excesivas. Todos estos soldados armados, mis compañeros Jedi y yo mismo, todo esto hace falta para poder contenerla. —Un murmullo recorrió la plaza, mientras Calhuch se tomaba su tiempo antes de proseguir. Joan sintió cómo el miedo que la gente sentía hacia ella se incrementaba.

—Hace sólo dos días —continuó por fin el Maestro Oscuro—, esta mujer usó sus poderes para hacer que algunos de sus antiguos camaradas de armas enloquecieran. Aún tan lejos de ellos como se encontraba, les hizo ignorar sus órdenes, sus propios escrúpulos y cualquier sentido de la prudencia, incitándolos a lanzar un ataque suicida destinado a liberarla. Un ataque contra naves bretalianas que se encontraban desprevenidas, aquí, prácticamente en la órbita de este planeta. No le importó que aquellos a los que llamaba amigos murieran allí, y mucho menos aún el que cientos de bretalianos perdieran sus vidas en otro combate fratricida. Para ella lo único que importaba era poder escapar y continuar con su vida de crímenes.

El murmullo se convirtió en exclamaciones de sorpresa e indignación. Joan se mordió el labio inferior para no echarse a gritar. La mentira era tan grande, terrible, tan ofensiva, que sintió crecer la ira en lo más hondo de su ser. Igual que le había pasado en la celda. Eso era exactamente lo que querían.

Secundado por sus dos acólitos, Calhuch estaba dispuesto a correr el riesgo de que ella volviera a hacer uso del Lado Oscuro. Para dominarla o para que se condenase a sí misma, Joan no podía saber para qué querían que lo hiciera, pero no iba a caer en la trampa. No por segunda vez. Se obligó a conservar la calma y esperar a que llegara el momento más adecuado para tratar de responderle como se merecía.

—Muchos de vosotros teníais amigos y seres queridos a bordo de esas naves. Hijos e hijas, maridos o esposas, padres y madres, hermanos, hermanas… ¡Todos ellos han muerto por culpa de esta mujer, así que no sintáis piedad alguna hacia ella! ¡Ninguna en absoluto!

Aquello cayó como una bomba entre la multitud. Joan no tenía modo de saberlo, pero la reciente batalla y sus consecuencias habían sido objeto de un tratamiento exhaustivo durante los últimos dos días por parte de los medios de comunicación bretalianos. Las escenas más insistentemente repetidas no habían sido las del combate en sí, por espectaculares que éstas fueran, sino las que habían sido grabadas en el mismo Loira durante las horas que siguieron. Transbordadores de la flota aterrizando en los espaciopuertos de Orliens, Compadigne y Dessex, casi siempre en medio de un silencio sepulcral roto tan sólo por el zumbido de los repulsores. Familias enteras esperando a pie de pista. Las tripulaciones de los transportes abriendo las bodegas de sus naves con gesto adusto. Gritos de dolor que se dejaban oír cuando el personal de tierra empezaba a descargar los primeros ataúdes, y más tarde, cuando los féretros eran alineados por docenas en las terminales de carga. Gente llorando y lamentándose. Una mujer de avanzada edad desmayándose, y siendo sujetada por un joven teniente de navío que no puede contener las lágrimas.

Un niño pequeño llorando desconsolado, sentado en el suelo de espaldas al bullicio. Por si todo eso no bastaba, también se habían emitido multitud de escenas de dolor y de confusión grabadas en varios hospitales militares.

Personas cuyos miembros amputados podían discernirse bajo las sábanas.

Grupos de médicos afanándose en torno a una camilla, intentando reanimar a una joven soldado, gravemente herida, que acababa de sufrir una parada cardiorespiratoria. Un enfermero cubriendo la cara de esa misma soldado minutos después, con el sonido de fondo de los instrumentos que certificaban su muerte. Salas de espera, abarrotadas de amigos y familiares que lloraban, se abrazaban, chillaban y daban golpes en las paredes…

Todas esas imágenes habían sido vistas una y otra vez en todos los mundos bretalianos, y especialmente allí, en Loira. A menudo combinadas con grabaciones de archivo de Joan y del Canciller Carless, sonrientes y triunfales, abrazándose en el Palacio del Congreso de Alderaán.

Muchas de las personas que habían perdido familiares y amigos en la guerra, y en particular en la reciente batalla en el sistema de Loira, se encontraban allí ahora. Llorando aún, pero encontrando por fin a alguien contra quien descargar toda su rabia y desesperación. Tras la exclamación de Calhuch, la multitud volvió a gritar y a maldecir a la mujer encadenada, pero ahora lo hacían con una violencia increíble. La salvaje oleada de odio colectivo golpeó a Joan como si se tratara de un martillo gigante. Sin las argollas se habría derrumbado sobre el suelo. Era tal la injusticia. Sentía las lágrimas escocerle en los ojos y caer rodando por sus mejillas. Bajo el dominio de Calhuch, incluso esas pocas personas que habían simpatizado inicialmente con ella estaban empezando a verla ahora

como el monstruo que él quería que vieran. Pero Joan no se dejó vencer por el desaliento, sino más bien al contrario. La habían empujado, encadenado, insultado, golpeado y arrastrado, habían invadido sus pensamientos y hecho todo lo posible por dejarla sin voluntad. Ahora le obligaban a oír estas horribles mentiras y la hacían víctima del odio de billones de personas, aparte de los miles que vociferaban frente a ella. Pero no iba a rendirse sin luchar.

Después de todo, ya no tenía nada que perder.

Calhuch estaba volviéndose ahora hacia ella. Acababa de pedir silencio antes de recitar las acusaciones en voz alta, y todo el mundo escuchaba sus palabras con la mayor atención.

—Joan d'Arc, se te acusa de alta traición a la República. Se te acusa de brujería, de haber usado el Lado Oscuro de la Fuerza con el fin de obtener un poder absoluto sobre todos los seres de la galaxia…

—¿Traición a la República? —chilló Joan lo más fuerte que pudo. Le había costado realizar un tremendo esfuerzo, pero el caso era que había conseguido acallar temporalmente las voces de los discípulos de Calhuch en su mente. A pesar de estar gritando y del silencio que se había hecho en la plaza, sólo las personas que se encontraran más cerca podrían oírla, pero el Maestro Oscuro detuvo su discurso sorprendido—. ¿Ahora resulta que los bretalianos sois la República?.

—¡Los mundos bretalianos no han abandonado nunca la República! —respondió Calhuch furioso—. ¡Todo lo que hemos hecho ha sido intentar devolverle la paz y el orden que se han perdido por culpa de varios gobiernos corruptos! Nosotros…

—¿Brujería? —le espetó Joan volviendo a interrumpirle—. ¿Tú, el señor de las tinieblas en persona, eres capaz de acusar a alguien de brujería?

—¡Yo soy un Maestro Jedi! —bramó Calhuch. La insolencia de aquella chica le resultaba tan increíble, tan intolerable, que había conseguido despertar su ira.

Joan descubrió que era fácil, muy fácil, provocar y sacar de sus casillas a alguien que se encontraba bajo la influencia del Lado Oscuro. Era agradable sentir que tomaba la iniciativa. Todavía tenía dentro la aborrecible sensación de tener las mentes de Calhuch y sus esbirros hurgando en su mente, *¿Le dejaría yo a Tremoulin esa misma sensación?* y todo el desprecio que sentía hacia ellos empapaba sus palabras.

—¡Muestra tu cara al público, Calhuch! ¡Quítate esa capucha y deja que todos vean las marcas que el Lado Oscuro deja en el rostro de sus servidores!

—¡Cállate, mujer! ¿Cómo te atreves? ¿Eres consciente de que estás a punto de ser condenada a muerte?

—¡Condenada! ¿Y cuándo es el turno de la defensa? ¿Dónde están mis abogados? ¿Qué clase de tribunal es éste? ¿Es esta la justicia que reciben los ciudadanos bretalianos? —Muchos de los que se encontraban en las primeras filas y por tanto podían oírla, empezaron a gritar y a abuchearla de nuevo. No querían escucharla, y mucho menos admitir que pudiera haber alguna posibilidad de que ella fuera inocente. La gran mayoría ya estaban convencidos antes de llegar allí de que Joan era culpable y debía morir por

ello, y eso era lo que habían venido a ver. Calhuch no había hecho sino reforzar ese pensamiento que ya estaba ahí. Pero no obstante, los bretalianos se consideraban a sí mismos un pueblo civilizado, a pesar de su notable belicismo. De hecho, y tal como el discurso de Calhuch había dejado bien patente, el Consejo Bretaliano les había vendido esta guerra como una lucha contra la corrupción generalizada en la República. Es decir, querían que los bretalianos pensaran que tenían la razón y la ley de su parte. Aunque compartieran el deseo de que Joan fuera ejecutada, algunos entre los asistentes empezaron a expresar en voz alta su opinión de que la mujer tenía razón en ese aspecto concreto. Aunque se tratara sin duda de una criminal espantosa, tenía que tener una defensa, aunque sólo fuera por respeto a las normas. Los bretalianos no eran unos bárbaros. Las discusiones en esas primeras filas empezaron a extenderse por la plaza. Calhuch se encontraba tan cegado por la furia, que no terminaba de darse cuenta de que su control sobre las multitudes empezaba a resquebrajarse.

—¡No hay defensa posible para alguien como tú! —le gritó Calhuch a Joan. Su voz se llenó de odio y de amenaza. Ésa era la voz que Joan conocía, repelente y aterradora, carente por completo del encanto que había transmitido el Maestro Oscuro al dirigirse al público. Todos los presentes en aquella plaza pudieron escucharla, y fueron muchos los que sintieron un repentino escalofrío.

El hechizo se rompió del todo. Tanto que los más escépticos respecto a la Fuerza y a la religión construida en torno a ella sintieron renacer sus dudas, y se asombraron por lo que Calhuch había proclamado tan sólo un minuto antes.

¿Cómo era posible que aquella chiquilla hubiera sido capaz de provocar una batalla estando encerrada e incomunicada en su celda? Algunos de los que sí eran creyentes empezaron a preguntarse, asustándose de sus propios pensamientos, si no serían ciertos los rumores que habían comenzado a circular, comentados siempre en voz baja, y a pesar de la campaña lanzada por los medios de comunicación. ¿Y si el Maestro Jedi Calhuch era en realidad un Jedi Oscuro, y Joan d’Arc era en cambio una autentica Dama Jedi?

Joan podía sentir claramente cómo crecía la confusión, y con qué rapidez lo hacía. De repente, se le había presentado una oportunidad, si no para salvarse, al menos sí para sabotear los planes de Calhuch y los suyos. ¿Podía ser ésta su verdadera misión desde el principio, la razón para que un Maestro Jedi muerto hacía miles de años la hubiera empujado a abandonarlo todo y embarcarse en la cruzada contra los bretalianos? Casi sin poder creer lo que estaba sucediendo, insistió en el acoso a Calhuch. El saber que estaba consiguiendo algo imprimió firmeza a su voz.

—¿Son esas las leyes de la República a la que dices pertenecer, o sólo las de los mundos bretalianos? ¿En qué otro lugar se puede juzgar a alguien sin permitirle que se defienda?

Los murmullos entre el público se hicieron más notables, a medida que los que estaban más cerca les contaban a los de atrás lo que estaba sucediendo.

Desde su posición al otro lado de la plataforma, el general Bedenford miraba al Maestro Oscuro con un gesto de aversión en la cara. También él había quedado libre de la

influencia de Calhuch, aunque el militar ni siquiera era consciente de haber estado sometido a ella. Bedenford sabía, o creía haber sabido, desde el principio que sería un error llevar a cabo esta farsa de juicio, y así se lo había hecho saber a Borgonne y a Tremoulin. Qué listos habían sido esos dos quitándose de en medio. Bedenford había intentado hacer cambiar a Calhuch de idea, pero de algún modo fue él quien se dejó convencer. ¿Cómo era eso posible? Bedenford era de los que no creían en la Fuerza, ni en nada que no pudiera comprobar con sus propios ojos. Para él, las acusaciones efectuadas contra Joan d'Arc eran una soberbia estupidez, pero si con ellas se conseguía neutralizar el prestigio de la joven entre las fuerzas armadas republicanas e infligirles un golpe mortal en su moral, él al menos no tenía nada que objetar. Joan d'Arc le había causado un sinfín de problemas. Desde que ella apareció en escena, y sin razón aparente, las tornas empezaron a cambiar en lo que hasta entonces había sido para él una campaña triunfal.

Tenía tantas ganas como Calhuch de librarse de ella, pero él hubiera elegido hacerla desaparecer en silencio, sin estruendos, y dejar que la gente se olvidara de Joan d'Arc y de todas las historias que se habían fabricado en torno a ella. Pero ese… estúpido Jedi había insistido. Estaba tan seguro de sus poderes que se había creído que él solo podría convencer a la galaxia entera de que Joan d'Arc era una criminal, una malvada Jedi Oscura. A ella le había bastado con provocarle un poco, y Calhuch había caído del todo en la trampa, demostrando con ello una falta absoluta de autocontrol. Esta multitud vociferante no era importante. De un modo u otro, podrían ser acallados, siempre que lo que estaba pasando no saliera de Loira. Pero si el resto de la galaxia tenía oportunidad de ver el circo de tres pistas que había montado Calhuch, el efecto sería exactamente el contrario al que se pretendía. Había que evitarlo a toda costa. Bedenford hizo una señal a uno de los oficiales de su escolta para que se acercara, y le dio instrucciones para que se desactivaran todos los dispositivos de grabación, especialmente las cámaras, utilizando contramedidas electrónicas o arrancando los cables de alimentación si era preciso. Quizá estuvieran a tiempo aún de minimizar los daños que el loco de Calhuch estaba a punto de causar.

El Maestro Oscuro todavía estaba intentando recobrar el mando de la situación. Se daba cuenta de que una minoría de personas se le habían empezado a escapar, pero aún así había conseguido encender el odio de la mayoría contra la joven. Ese mismo odio que le daba fuerzas a él, a ella tenía que estar afectándola de forma terrible. Tendría que rendirse más pronto o más tarde. Dos veces había conseguido rechazar a sus acólitos, pero sin duda no lo conseguiría una tercera. Mientras tanto, él tendría tiempo de volver a atraerse a la multitud.

—Di lo que tengas que decir, Joan d'Arc. —*Atacadla ahora*—. Puedes ser tu propia defensa, si eso es lo que quieres. Pero lo mejor sería que admitieses libremente tu culpa ante este tribunal. —La voz de Calhuch había vuelto a cambiar, recuperando el tono amable con el que había encandilado a las masas—. En ese caso, aún podrías encontrar misericordia…

—No he cometido crimen alguno, Calhuch —gritó Joan interrumpiéndole una vez más. No podía permitir que el Maestro Oscuro recuperara su dominio sobre la gente, pero al mismo tiempo sentía cómo los dos servidores de Calhuch comenzaban una nueva embestida. No creía ser capaz de resistírseles por mucho tiempo—. Soy inocente de esas imputaciones sin sentido. He servido a la República honestamente y jamás he usado para ello el Lado Oscuro de la Fuerza. Ni siquiera me considero una Jedi. Aunque me lo hayan llamado muchas veces, nadie puede decir que me haya oído presumir de serlo… —Ya no pudo decir nada más. La presión acababa de hacerse insoportable. Los Jedi oscuros intentaban obligarla a obedecer a Calhuch y admitir todo aquello de lo que se la acusaba. El odio hacia ella de tantas y tantas personas, transmitido y amplificado por el propio Calhuch a través del Lado Oscuro de la Fuerza, desbordaba ya las defensas que con tanto esfuerzo había erigido. Joan cerró los ojos y apretó los dientes, experimentando un sufrimiento cada vez mayor, pero a pesar del dolor sabía que había ganado la batalla. Este juicio tan sólo tenía sentido dentro de la mente enferma de Calhuch. Para cualquier otro ser inteligente y libre de su influencia, tenía que resultar una aberración. Para eso servirían las cámaras al fin y al cabo. Aunque la gente que se apiñaba en aquella plaza la condenaran, nadie que no se encontrara allí en ese momento le prestaría credibilidad alguna a semejante proceso. Incluso si la obligaban a confesar antes de matarla, el germen de la duda ya estaba implantado entre los propios bretalianos.

Calhuch se había destruido a sí mismo.

El Maestro Oscuro comprendió esa misma verdad casi al mismo tiempo que Joan. *Dejadla en paz*, le ordenó a sus acólitos. La voluntad de la joven era demasiado fuerte. Podrían obligarla a callar, como ya habían hecho, pero les sería muy difícil hacer que se admitiera culpable de nada, y mucho menos aún que entrara en el Lado Oscuro como él había planeado. Hasta ese instante lo había creído posible. Con la ayuda de sus acólitos, estaba seguro de haberla podido dominar. Y qué espectáculo habría sido ése. Joan d’Arc liberándose de sus argollas y enfrentándose a ellos, ante los gritos asustados de la multitud.

Calhuch y sus seguidores uniendo sus fuerzas para someterla, y finalmente acabar con ella. Cómo les hubieran aplaudido. Hasta el mismísimo Consejo Jedi, pobres ignorantes, le habría felicitado cuando las imágenes llegaran hasta Coruscant. Y qué rápido hubiera caído la República después de eso…

Pero nada de eso iba a suceder. Al mirar a su alrededor, Calhuch vio a las masas gritando *bruja, bruja, bruja*, pero el clamor no era completamente unánime. Aquí y allá se veían personas en silencio. Personas que sentían miedo.

Miedo de él.

Al igual que Joan y el propio general Bedenford habían hecho, Calhuch llegó a la conclusión de que este juicio no sólo no le serviría para lograr sus fines, sino que habría de volverse finalmente contra él. Loira celebraría este día, sí, pero en el resto de la galaxia la pérdida de Joan d’Arc sería llorada. Incluso por muchos bretalianos. El antiguo

Jedi miró fijamente a la mujer encadenada y una nueva ola de cólera y rabia lo invadió. Ella era todo lo que él no había sido.

La habían empujado más allá de cualquier posible resistencia pero aún así ella había rechazado escoger el camino fácil, el único que podría salvarla, entrar en el Lado Oscuro. Aquella chica había tenido el valor que él no había tenido ni tendría jamás, y Calhuch la odió más aún por eso.

Joan d'Arc tenía que morir. Ahora.

—Te niegas a aceptar tus faltas e insistes en intentar confundirnos con tus palabras retorcidas. —rugió Calhuch, agarrándose a su papel de juez y a la imagen que tenía de lo que debería haber sido este momento—. Pero los poderes que obtienes del Lado Oscuro de la Fuerza no serán suficientes para derrotar a tres auténticos Caballeros Jedi. —Las otras dos figuras se pusieron de pie y avanzaron hasta situarse a ambos lados de Calhuch—. Constituyes una ofensa para la Orden de los Jedi y para la República a la que engañaste, ¡pero tú y tu maldad vais a ser destruidas por el poder de la Luz!

Joan sintió un momento de debilidad. Comprendió que, ahora sí, estaban a punto de matarla. Había creído estar preparada para afrontar ese momento, pero lo cierto fue que sintió el miedo a la muerte como nunca antes lo había hecho. Sentía el odio de Calhuch como una garra, tan sólida como si estuviese hecha de acero, intentando estrangularla. Sus dificultades para respirar no tenían ahora nada que ver con las argollas. Joan pensó en Tobb. ¿También él habría sabido con la misma certeza que iba a morir? ¿Pensó en ella en ese momento fatal como lo estaba haciendo ella en él ahora? La mente se le llenó de imágenes y sentimientos del año que habían pasado juntos, junto con recuerdos de lo que había sido su vida antes de irse de Gerillia. Sus padres.

Los amigos que tuvo. Los niños a los que les contaba cuentos. Todo pasó ante sus ojos como si fuesen las hojas caídas de un millar de árboles a las que un ciclón arrastrara, visibles sólo por un instante antes de alejarse para siempre.

Tras su paso, Joan sintió que había merecido la pena. Había vivido, y lo había hecho intensamente. Ahora tenía que enfrentarse al último sacrificio, pero también eso pasaría. Joan se refugió lo mejor que pudo en la Fuerza, intentando encontrar el valor dentro de ella. Al hacerlo, descubrió que cada palabra que le había dicho a Yoda el día anterior seguía siendo la verdad.

Estaba orgullosa de sus actos, y se encontraba dispuesta para seguir a Tobb y a los que habían sido sus compañeros de lucha en su último viaje.

Yoda tenía razón. Después de todo, quizás sí que soy una Jedi.

El miedo desapareció tan de repente como había venido. Joan levantó la cabeza y miró a Calhuch a los ojos. Sus labios se curvaron hasta formar una sonrisa de desafío.

Los Jedis Oscuros alzaron las manos hacia ella de forma amenazadora.

Durante un breve instante pudo ver los rostros terriblemente desfigurados del que fuera Maestro Jedi y de sus dos discípulos, mostrando lo que el Lado Oscuro había hecho de los hombres que una vez habían sido. Aunque se negaran a admitirlo, habían sido destruidos. Joan les envió un pensamiento de misericordia, permitiéndoles verse como

ella los veía. La sorpresa y la confusión se reflejaron en la expresión de los dos acólitos, pero sólo durante un instante. El odio de su Maestro también era su odio, y Joan se dio cuenta de que todos ellos, no sólo Calhuch, estaban más allá de cualquier esperanza de redención. De repente, esbozando una sonrisa cruel mezcla de maldad y de locura, el Maestro Oscuro empezó a disparar relámpagos de energía azulada por las puntas de sus dedos, doblados de forma extraña como si fueran garfios, y sus dos seguidores le imitaron. Todo el poder del Lado Oscuro cayó de golpe sobre ella.

Joan gritó presa de un dolor absolutamente insufrible…

Avalancha sintió que era arrancada fuera del cuerpo de Joan. Comprendió que lo que ahora veía no era a través de sus ojos, sino a través de los de algún otro de los presentes. La energía que manaba de las tres figuras encapuchadas crecía y crecía en intensidad, haciendo que el cuerpo de la mujer encadenada sobre el estrado se retorciera ferozmente. El mismo cuerpo que hasta hacía un instante Avalancha había sentido como si fuera el suyo propio. Avalancha quiso gritar aunque no podía hacerlo. Parecía imposible que alguien pudiera resistir semejante sufrimiento. Sólo las argollas que la sujetaban evitaban que Joan se desplomara sobre el suelo. Terribles descargas azuladas se abatían sobre ella y envolvían su cuerpo, como si una tormenta eléctrica se estuviera cebando con ella. Su carne y su ropa estaban empezando a quemarse, dejando escapar hilillos de humo blanco. El aire olía intensamente a ozono. Los gritos de Joan se escucharon desde cada rincón de la atestada plaza. Ese sufrimiento extremo era lo que aquella gente había venido a ver, lo que habían exigido a voces, pero ahora fueron muchos los que prefirieron no contemplar aquel castigo inhumano, aquella tortura implacable.

La mayoría intentaba mirar hacia otra parte, o simplemente cerraban los ojos.

Muchos se cubrían las orejas con las manos para no oír los gritos. Tan sólo los espectadores más morbosos, y algunos de aquéllos que habían perdido a alguien en la guerra y realmente querían creer las acusaciones de Calhuch, aguantaron mirando el macabro espectáculo sin pestañear.

De repente, entre sus lamentos de dolor, la voz rota de Joan pudo ser oída claramente por sus asesinos.

—¡Aunque me matéis ahora, ya habéis sido vencidos!

Lo que quedaba de su traje de vuelo cayó al suelo, vacío del cuerpo que había contenido. Los tres Jedis Oscuros continuaron alimentando la tormenta de energía durante algunos instantes más antes de darse cuenta de lo que había sucedido. Calhuch fue el primero en parar.

—¡Basta, deteneos! —exclamó con una voz que era toda incredulidad y sorpresa—. ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado?

Nadie le respondió, pero tampoco esperaba que nadie lo hiciera. Calhuch caminó con cautela hacia el lugar en el que Joan se había encontrado un instante antes. Allí sólo

quedaban la barra de sujeción con las argollas colgando, aún cerradas, y un montón de ropas humeantes en el suelo. Calhuch rebuscó entre los harapos. No quedaba nada, absolutamente nada, del cuerpo de la muchacha. Sencillamente no podía entenderlo. Eso era imposible.

Bedenford y los otros dos bretalianos se pusieron también en pie. Alrededor de la plataforma, la gente se esforzaba por ver lo que estaba ocurriendo. A medida que se iba corriendo la voz de que el cuerpo de Joan d'Arc había desaparecido, por todas partes se empezaban a oír exclamaciones de sorpresa. En los confines de la inmensa muchedumbre, junto a los soportales que daban acceso a uno de los edificios que rodeaban la plaza, un pequeño ser de piel verdosa y orejas puntiagudas había visto todo cuanto había sucedido subido al techo del mismo vehículo de superficie que había traído a Joan hasta allí, sin que nadie, ni siquiera los soldados que custodiaban el vehículo, hubiera reparado en él hasta ese momento.

—Es esta la manera en la que un auténtico Jedi muere —dijo en voz alta. Las personas que se encontraban alrededor alzaron la vista al oírle, descubriendo su presencia por vez primera. Muchos de ellos recordarían después esas palabras y se preguntarían quién era aquella criatura.

—Pero un Jedi nunca realmente muere. —añadió mientras bajaba hasta el suelo y se perdía entre la multitud, sin que nadie intentara detenerle.

Avalancha tuvo una última visión de los soldados bretalianos intentando obligar a la gente a apartarse de la plataforma, mientras Calhuch permanecía allí arriba sosteniendo entre sus manos la ropa de Joan. Entonces se vio rodeada de nuevo por la oscuridad.

¿Joan? la llamó con su mente.

Tranquila. Sigo estando contigo.

Yo… veía por tus ojos, y de pronto…

No podía dejar que sintieras lo que yo sentí en esos últimos instantes.

Todo esto ha sido… muy extraño. Recuerdo haber oído algo, cuando aún estaba en el colegio, acerca de una Dama Jedi llamada Joan d'Arc, pero a estas alturas pensaba que era… eras, una leyenda, no una persona real.

Tendrás que perdonarme…

No tienes por qué disculparte. Ochocientos años es mucho tiempo, decenas de generaciones en lo que respecta a los humanos, y hay billones en la galaxia. ¿Por qué debería yo ser recordada, cuando tantos otros son olvidados? Pero es verdad que una vez viví, luché y morí por lo que creía. Todo cuanto te he mostrado sucedió realmente. Era importante que lo compartiera contigo y que no te ocultara nada, pero ahora debes volver.

¿A dónde? ¿Qué es lo que me ha pasado?

Estabas herida, pero tu cuerpo ya está curado. He conseguido acelerar el proceso.

Pero, ¿por qué?, ¿y por qué a mí?

No hay tiempo para más. Ahora debes tomar tus propias decisiones. Utiliza la Fuerza, Sherry. Tú también eres sensible a ella.

Avalancha quiso hacer más preguntas, pero ya no pudo hacer ninguna. Las sombras que la rodeaban se desvanecieron y todo se llenó de luz. Por un momento, vio su propio cuerpo tendido sobre una litera, conectado a varios dispositivos. Una mujer vestida con un traje del vuelo anaranjado estaba sentada a su lado, mirándola. Avalancha reconoció a Ángel.

Capítulo III

Chistes estaba entrando en la enfermería cuando vio a Ángel levantarse de golpe, como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Chistes se sobresaltó.

—Ángel, ¿qué…?

—¡Chistes, corre, se está despertando!

La piloto se abalanzó hacia la camilla sobre la que se encontraba Avalancha.

El androide médico ya estaba allí, comprobando las lecturas de los diversos monitores.

—La comandante Krenzel ha vuelto a parámetros de actividad cerebral normales —anunció el 2-1B, moviendo la cabeza de un lado a otro, en lo que podría pasar por una genuina expresión de robótico asombro. Su programación no dejaba lugar para los milagros, pero no había nada en su base de conocimiento que le permitiera explicar lo que estaba viendo. Chistes, aliviada hasta el punto de recuperar de golpe su habitual buen humor, se echó a reír al verlo.

—¿Has visto a este…?

—Hay que avisar a Llamarada —dijo Ángel sin escucharla.

—¡Tienes razón! —exclamó Chistes olvidándose de lo que iba a decir. La piloto se acercó a un terminal de comunicaciones y abrió un canal con el puente.

—¿Llamarada? ¡Ven ahora mismo a la enfermería y llama a todos de camino! ¡Avalancha ha salido del coma!

[Transporte imperial acercándose a KS-31]

Psico puso en marcha los motores sublumínicos y echó hacia atrás la palanca del motivador de salto, desactivando así el hiperimpulsor apenas un segundo antes de que la computadora de vuelo lo hiciera por sí misma. La nave volvió al espacio normal haciendo la transición con gran suavidad. Era mejor no llamar la atención más de la cuenta. Las estrellas volvieron a ser visibles a su alrededor. El leve resplandor que entraba por la parte derecha de la cabina le hizo saber, sin volverse a mirar, que Las Fauces seguían allí.

Enfrente podía ver una media luna gris. KS-31. Las luces de navegación, rojas y naranjas, de docenas de naves destacaban a su alrededor. Sobre la parte visible del planetoide, la pálida luz del sol de Kessel, sólo un poco más intensa que la que procedía de Las Fauces, iluminaba también la silueta de un destructor estelar clase Imperial II.

—Me voy a arrepentir de esto…

Psico calculaba que le quedaba menos de un minuto antes de ser interceptado por los cazas de perímetro, y no creía que sus pilotos se mostraran demasiado amistosos al interrogarle. *Con las ganas que tienen esos de darle al gatillo…* Lo único inteligente que podía hacer —tras hacer algo tan poco inteligente como volver a ese lugar— era intentar

ir un paso por delante de las cosas. Psico seleccionó una de las frecuencias imperiales estándar y activó la unidad de comunicaciones.

—Control de flota, éste es el transporte Ballard Dos informando de su entrada al sistema.

La respuesta no se hizo esperar.

—Ballard Dos, éste es el destructor estelar *Senderis*. No hemos recibido comunicación sobre su llegada. ¿Puede decirme qué está haciendo aquí? —La voz sonaba llena de sospecha, pero eso no significaba nada todavía. Los controladores imperiales sospechaban siempre por norma de cualquier señal que apareciera sobre sus pantallas.

—Salí de aquí hace tres horas con una carga de toberas de dirección y paneles de refrigeración para el nuevo TIE. Mi destino era el astillero orbital de Sistemas Sienar en el sistema de Thoriam, pero en mi segundo punto de salto me estaba esperando el destructor estelar *Asolador*. —Psico cruzó los dedos, consciente de que se la estaba jugando. La última vez que vio una mención a esa nave en un informe de Inteligencia, la situaban en Balmorra, a varios sectores de distancia . *Ojalá siga estando muy lejos de aquí en este momento…*

—Se hicieron cargo de los componentes que llevaba y me dieron nuevas órdenes. Debía reunirme aquí con la fragata *Vigilante*.

La línea quedó en silencio por unos instantes. Psico sabía que ahora mismo estarían intentando comprobar su historia. Se preguntó qué posibilidades tenía de darse la vuelta y salir de allí a toda velocidad, en el caso de que le hubieran descubierto. La pantalla sensora frontal registraba cuatro Interceptores TIE aproximándose a su posición. *Ninguna, no tendría ninguna posibilidad*. Psico se puso tenso al escuchar de nuevo la voz del controlador.

—No sé nada sobre la situación del *Asolador*, pero la *Vigilante* aparece como desaparecida en el registro de la Flota.

¡Oh, mierda…!

—Eso tiene que ser un error, señor —dijo Psico mientras pensaba desesperadamente. *Espera, ha dicho desaparecida, no capturada.*

—Por lo que me contaron a bordo del *Asolador*, durante el tiempo que se tardó en transferir mi cargamento, la *Vigilante* fue una de las naves que destruyó a ese crucero rebelde, el *Alegre Jack*, poco antes de que nos atacaran aquí. Eso fue en este mismo sector, hace poco más de una semana. ¡Si hasta me pidieron que les felicitara… —*Ahora sí que me he jugado la última carta*. Pocos días antes de la incursión contra la cadena de montaje de los *Lanzamisiles*, el *Alegre Jack*, nave nodriza del escuadrón Azul y temporalmente también del Blanco, estuvo a punto de ser destruido al ser localizado por varias naves imperiales mientras se encontraba esperando a recibir las coordenadas de la fábrica. El ataque fue rechazado, pero el veterano crucero quedó tocado y su presencia en el sector comprometida. Al capitán del *Alegre Jack* se le ocurrió la feliz idea de simular que la nave había sido destruida. Hizo desmontar varias placas del blindaje exterior, un par de baterías láser que habían quedado inservibles, y todo aquello de lo que la nave

pudiera prescindir. En total se dejaron flotando en el espacio varias toneladas de material procedente del crucero, después de dispararle unas cuantas ráfagas para simular que se habían desprendido a causa de explosiones o impactos, confiando en que los imperiales encontraran los restos y pensaran que el *Alegre Jack* había terminado desintegrándose. Todavía estaban en ello cuando apareció la *Vigilante* y se le echaron encima antes de que tuviese ocasión de escapar.

Psico no sabía nada más. Esa fue la última información que él y su equipo recibieron en Nar Shadaa, justo antes de que él se introdujera en el transporte que habría de conducirle a KS-31.

El controlador guardó silencio de nuevo. Durante demasiado tiempo. Psico estaba empezando a sudar. Ante sus ojos, el indicador de amenaza comenzó a parpadear: los Interceptores le tenían a tiro y le estaban apuntando. El transporte estaba armado con dos cañones láser bajo el morro y dos lanzadores de torpedos de protones, pero jamás conseguiría moverse lo suficientemente rápido como para derribar a esos cazas antes de que ellos acabaran con él. Su única esperanza era haber confundido lo suficiente al controlador del *Senderis* como para que aceptara la historia que le había contado.

—No sé qué hacer con usted, Ballard Dos —dijo por fin la voz del controlador.

—El *Alegre Jack* sí que aparece en el banco de datos como destruido *—Así que encontraron los restos después de todo…—* pero no tengo el informe completo de la operación en la que sucedió.

Los de Inteligencia Imperial deben estar aún recopilando datos.

—¿El informe, dice? —preguntó Psico intentando que se notara el sarcasmo en su voz—. Si me permite decirlo, lo cierto es que jamás me he encontrado con un burócrata que se diera prisa en escribir un informe e introducirlo en la red de datos…

A través del intercomunicador se pudo escuchar claramente la risilla del controlador.

—Está bien, Ballard Dos. Mantenga su posición actual hasta que llegue la *Vigilante*. Comprobaremos esto con su capitán.

—Así lo haré, *Senderis*. Ballard Dos fuera. *—Al menos hemos ganado algo de tiempo.*

—Hola de nuevo, Ballard Dos. Aquí Delta Uno. —Psico sonrió. Había sido interceptado por segunda vez en el día por el mismo grupo de Interceptores.

—Me alegro de veros, Delta Uno. No me puedo creer que todavía estéis de servicio. *—Tal vez si les consigo caerles simpático, no me dispararán luego todos al mismo tiempo…*

—Yo tampoco, pero ya nos queda poco tiempo. Nos relevarán en veinte minutos. Veo que tú sigues montado en el mismo trasto.

—Así es, pero mira, yo al menos puedo hacer algo con este trasto que tú no puedes hacer con tu precioso Interceptor.

Psico escuchó resoplar al piloto.

—¿Y qué cosa es esa, si no te importa que te lo pregunte?

—Pues resulta que ahora mismo estoy *de pie*, con una taza de café de Corellia en una mano, y un trozo de pastel casero en la otra.

Los pilotos imperiales se rieron a carcajadas con aquel viejo chiste, que al parecer era nuevo para ellos. Evidentemente, si había de algo de lo que se podía disponer a bordo de un transporte, pero jamás a bordo de un caza, era de espacio para moverse. Psico le había oído hacer esta misma gracia a más de un piloto de transporte de la Alianza mientras hablaba en vuelo con los pilotos de su escolta.

—Eres un tipo simpático, Ballard Dos —dijo Delta Uno—. Cuando terminemos aquí intenta visitar la cantina del *Senderis* y pregunta allí por el teniente Hagger. Te invitaremos a algo.

—¡Muchas gracias, teniente! No me lo perdería por nada.

—Ya nos veremos entonces, colega. Delta Uno fuera.

Los Interceptores TIE se alejaron a toda velocidad, y con ellos parte de la tensión que Psico sentía. *Estoy hecho un actorazo*. Psico estiró las piernas y se recostó en el asiento con la manos bajo la cabeza. Ahora todo lo que podía hacer era esperar.

[Superficie de KS-31]

La mayoría de los habitantes de la colonia se encontraban alrededor de Alvar Parix, congregados en mitad de lo que podría pasar por la plaza mayor del asentamiento, y que en realidad no era más que un claro entre el abigarrado conjunto de habitáculos blancos y grises.

Los colonos vivían en módulos prefabricados hacía más de sesenta años, antes de que las guerras Clon interrumpieran el proceso de colonización de la galaxia por casi dos décadas. Los promotores de la colonia en KS-31 los habían adquirido a precio de ganga en una subasta, y se los habían vendido a sus clientes, considerablemente más caros, hacía algo más de diez años. Los que iban a convertirse en pobladores de KS-31 procedían en su mayor parte de Ord Mantell y Abregado Rae. Se proponían cultivar toda una gama de productos vegetales cuyo crecimiento era sólo posible en lugares con baja gravedad, como era el caso del hasta entonces olvidado planetoide. La única alternativa para producir, por ejemplo, berenjenas de Hotch o alubias gigantes, era hacerlo a bordo de instalaciones espaciales con gravedad artificial, pero de hacerlo así los costes superarían con mucho a los beneficios. Eso hacía que esos productos fueran bastante escasos en el mercado. Los colonos esperaban haberse instalado en dos años, y obtener las primeras cosechas en tres. Después contaban con poder venderlas a buen precio en una docena de mundos del Anillo Medio, aunque el hecho de que sus potenciales clientes tuvieran que desplazarse hasta allí para recoger sus pedidos limitaría las ganancias al principio. Más adelante, esperaban poder permitirse el adquirir sus propios cargueros, o bien alquilar los servicios de alguna compañía de transportes. Al enfrentarse a la realidad de KS-31, las cosas resultaron ser mucho más difíciles de lo que habían previsto, y

muchísimo más de lo que los promotores habían anunciado. Tal y como se les había asegurado, el planetoide había pasado por un intento de terraformación varios siglos antes, pero el éxito de la empresa fue sólo parcial. Efectivamente, había vegetación suficiente como para que la atmósfera fuera respirable por especies humanoides, pero era tan tenue que uno se agotaba al hacer el menor ejercicio. No iba a ser fácil trabajar allí, a menos que dispusieran de equipos de respiración asistida. Buena parte de los ahorros de la colonia fue empleada en conseguir algunos de estos equipos en el cercano Kessel, lo más lejos que se atrevían a ir con la decrépita lanzadera que era su único medio de transporte al exterior. Los excedentes de la prisión les fueron vendidos a precio de oro, lo que hizo que muchos maldijeran al Imperio, sin saber que éste les deparaba aún males mucho mayores. Cuando las autoridades de Kessel informaron que KS-31 volvía a estar poblado, eso despertó el interés de los prospectores de Palpatine. Los colonos apenas llegaron a producir nada en KS-31 antes de que las tropas de asalto cayeran sobre ellos.

Más de ocho años después, acababan de verlos marcharse, y sin embargo parecía que no podían aún sentirse a salvo. El relato de Alvar fue recibido con expresiones sombrías. Si bien era evidente que los imperiales estaban abandonando sus instalaciones, los comentarios de los dos soldados acerca de «fuegos artificiales» no podían presagiar nada bueno. No obstante, había opiniones enfrentadas acerca del auténtico significado de esa expresión, y del modo en que les afectaría a ellos.

—Puede que estén a punto de participar en una batalla, muy lejos de aquí —propuso Tol Finemar, uno de los colonos de mayor edad, y también uno de los que más fervientemente se aferraba a los sueños de prosperidad que le llevaron allí—. Son soldados. Les gusta pelear mucho más que vigilar fábricas. Es normal que estén contentos de irse. Esos fuegos pueden ser cualquier cosa, no tienen por qué tener nada que ver con nosotros.

—No, van a volar los restos de las cadenas de montaje, estoy seguro —dijo Bail Morona, el hombre que se encargaba de pilotar la lanzadera de la colonia hasta que el Imperio la requisó.

—Pero no necesitarían a esos dos monstruos para eso —intervino Rodelia Hantes, que se había especializado en la reparación de la maquinaria agrícola antes de que todo el mundo fuera obligado a trabajar en la fábrica. Rodelia señalaba las formas siniestras de los destructores estelares, claramente visibles en ese instante por encima de sus cabezas.

—¿Insinúas que también quieren acabar con nosotros? —preguntó Bail Morona volviéndose alarmado hacia ella.

—Hemos visto lo que construían allí, ¿no es así? Quizá no quieran que se lo contemos a nadie.

—¡Todo eso es absurdo! —exclamó Tol Finemar.

—Puede que sí —dijo Alvar—, pero la misma idea se me ha ocurrido a mí. En cualquier caso, estoy seguro de que corremos peligro. Aunque su objetivo sea la fábrica y sólo la fábrica, estamos demasiado cerca de ella. Deberíamos salir de aquí cuanto antes, todos juntos, y poner tanta distancia como sea posible entre nosotros y la fábrica.

—¿Y qué pasa con nuestras casas, chaval? ¿Y el equipo de cultivo? ¡Todo lo poco que tenemos está aquí, no podemos dejarlo atrás como si nada!

—Si no sucede nada —respondió Alvar intentando no perder la calma—, volveremos tan pronto como esas naves se hayan marchado.

—El chico tiene razón —dijo Lorga Parix, el padre de Alvar, que hasta ese momento se había mantenido en silencio—. Ahora son nuestras propias vidas, y no las casas o el equipo, lo que deben preocuparnos. Vamos, Alvar. Tu madre está en casa, dándole de comer a Trinia.

—Nosotros también nos vamos —dijo Rodelia Hantes mirando a su marido, que asintió con la cabeza.

Uno tras otro, al final todos los colonos estuvieron de acuerdo en seguir a los Parix. Incluso aquéllos menos convencidos, como era el caso del testarudo Tol Finemar, tuvieron que reconocer que no se perdería nada por dejar la colonia temporalmente, aparte de darse una caminata. Decidieron llevarse algo de comida y agua, además de las inevitables mascarillas respiratorias, y ponerse en marcha lo antes posible.

Capítulo IV

[A bordo de la fragata *Vigilante*]

—¿Estás bien? —preguntó Llamarada, cuyo rostro reflejaba a la perfección el estado de ánimo en el que se encontraba, a mitad de camino entre el alivio y la perplejidad—. ¿Bien de verdad?

—Sí, Avery, estoy bien. De verdad. —Avalancha seguía tumbada sobre la camilla, pero el 2-1B le había quitado ya la máscara de oxígeno y los sensores médicos. Aceptando al fin la recuperación de su paciente, el androide la ayudó a incorporarse y se retiró agitando todavía la cabeza—. Estoy simplemente un poco desconcertada, pero… —Avalancha dejó el final de la frase en el aire al venirle a la mente un pensamiento súbito. Todos los pilotos que habían acudido a la enfermería al escuchar la noticia se le quedaron mirando con aprensión, como si temieran que su comandante fuera a derrumbarse de nuevo—. Los colonos —dijo Avalancha sin mirar a nadie en particular—. Se trata de los colonos. ¿Qué otra cosa si no?

—Todavía deben estar vivos —respondió Llamarada tras lanzarle una mirada fugaz a Chistes, que se encogió de hombros—. Pero si la información que filtró Psico es correcta, apenas les quedan un par de horas.

Avalancha asintió. Era esto. Ésta tenía que ser la razón por la cual Joan d'Arc había vuelto desde donde quiera que estuviera, salvándola y mostrándole lo que habían sido su vida y su sacrificio final. Quizá los colonos de KS-31 fueran sólo unos cientos, mientras que Joan había luchado para liberar a mundos enteros, pero la injusticia que padecían era aún mayor, puesto que después de haber sido esclavizados, ahora iban a ser asesinados. Ella había sabido todo el tiempo lo que debía hacer, pero no se atrevía a dar el paso. Era tan grande el riesgo y tan pocas las posibilidades de éxito… Pero ahora, después de haber estado en la piel de Joan y ver lo que ella vio, ya no podría seguir ignorando lo que le decía el corazón.

—Nos hemos estado preparando para un posible intento de rescate —continuó Llamarada, sin saber muy bien qué deducir del silencio reflexivo de Avalancha.

Ella la miró a los ojos, sintiendo que el corazón le latía con más fuerza.

—Todo el plan está basado en la posibilidad de hacer creer a los mandos de la flota enviada a KS-31 de que ésta sigue siendo una nave imperial, y de que tenemos una misión que cumplir allí. El hardware de identificación amigo-enemigo de la fragata se ha instalado de nuevo, y tenemos dos lanzaderas en estado de uso. Víbora encontró cuatro Interceptores TIE en el hangar secundario. Cree que podríamos usarlos para simular una escolta y añadir verosimilitud a nuestra actuación, pero aún así…

Llamarada dejó sin terminar la frase. Avalancha lo hizo por ella.

—Aún así es casi imposible que consigamos engañar a los imperiales por mucho tiempo.

Llamarada asintió en silencio.

—Sé lo que quieres decir. Tarde o temprano tendrían que darse cuenta de que no somos lo que decimos ser. —Avalancha no necesitaba añadir que, cuando los imperiales descubrieran que se trataba de rebeldes, estarían atrapados, a merced de un número aún por determinar de naves enemigas. Demasiadas sin duda. En lugar de eso lo que dijo fue—: Pero es el mejor plan que pueda imaginarse y es el que vamos a llevar a cabo.

Nadie contestó. Todo el mundo seguía pendiente de ella, como esperando a que dijera algo más. Quizá a que aclarase por qué ahora parecía decidida a correr el riesgo, cuando antes del accidente no se lo había planteado siquiera.

Avalancha prefirió no darles ninguna explicación. Por muchos motivos, no podía contarles ahora qué era lo que le había hecho cambiar de opinión.

Porque no me creerían. Porque pensarían que el coma me ha hecho ver visiones. Porque simplemente el tratar de explicárselo llevaría más tiempo del que disponemos para intentar salvar a esa gente. La comandante del escuadrón Blanco suspiró sin dejar de devolverles la mirada.

—No puedo obligaros a que vengáis conmigo. Ésa es una orden que no puedo daros, y comprendería que algunos decidierais no participar en esta misión. —Avalancha permaneció algunos segundos en silencio, recorriendo con la mirada los rostros de sus pilotos. Con la excepción de Víbora y de Lince, que estaban de patrulla, todos los demás se encontraban allí. Ninguno dijo ni una palabra.

—Llamarada, transmite esto a la tripulación de la fragata —continuó diciendo Avalancha, sin atreverse a pensar que el silencio de sus subordinados significaba que todos estaban dispuestos a apoyarla—. Por lo que me has contado, andamos más bien cortos de transportes, pero sacrificaré una de las dos lanzaderas para evacuar a todos aquellos que quieran marcharse, y eso os incluye a vosotros.

Llamarada se volvió hacia sus compañeros. Uno por uno todos ellos asintieron con la cabeza. Chistes además sonrió de forma alentadora.

Llamarada le devolvió la sonrisa. Siempre se podía contar con una sonrisa de Chistes, incluso en los peores momentos, y Llamarada le estaba agradecida por eso. Tanto como lo estaba hacia todos ellos por permanecer a su lado cuando otros en su lugar podrían haber decidido quitarse de en medio, o incluso amotinarse contra ella y Avalancha.

—Ya lo ves, jefa. Todos los pilotos del escuadrón Blanco te seguirán… a donde quieras llevarnos.

Avalancha miró a todos y cada uno de los presentes a los ojos, buscando una señal que le dijera que callaban simplemente por vergüenza de mostrar cobardía delante de sus compañeros. Ninguno se retractó. Ninguno pareció dudar. Estaban realmente dispuestos a quedarse y hacer lo que fuera por salvar a aquellos colonos. Y ella que pensó que estaba sola, que nadie iba a apoyarla en esto… Quizá Llamarada sí, y también Sombra. Ambas habían estado con ella desde el principio, y no se habían arredrado ni siquiera cuando el resto de pilotos del escuadrón Mantiss habían empezado a caer una detrás de otra. Pero de los demás no podía ni quería estar tan segura. Y sin embargo, ahí estaban. Avalancha respiró hondo, profundamente emocionada.

—No sabéis lo que esto significa para mí —les dijo, pensando mientras lo hacía que quizá sí que lo sabían.

El transmisor de Llamarada emitió una señal sonora. Avalancha le dirigió una mirada inquisitiva. Al parecer, durante todo este tiempo lo había mantenido activado. Llamarada asintió confirmándole sus sospechas. La conversación había sido transmitida al puente, y desde allí a toda la nave, de modo que todos y cada uno de los miembros de la reducidísima tripulación de la *Vigilante* tuvieran ocasión de escucharla y de decidir por sí mismos.

—Aquí la teniente comandante Schroeder —contestó Llamarada.

—Aquí el sargento Rammes, desde el puente —Llamarada puso el volumen al máximo para que todos los pilotos pudieran escuchar al suboficial técnico.

—Dígale a la comandante Krenzel que puede guardarse la lanzadera. Todos nosotros nos quedamos.

—La comandante ha podido oírle por si misma, sargento. Y créame —añadió Llamarada con una sonrisa—, está muy impresionada. —En efecto, la expresión de su amiga, entre asombrada y deleitada, resultaba bastante transparente.

—Preparen la nave para el salto al sistema de Kessel. Que nuestro punto de reentrada esté lo más cerca posible de KS-31.

—Enseguida, señora. Puente fuera.

Llamarada le guiñó un ojo a Avalancha.

—A mí esto de que me llamen señora… Víbora, Lince, supongo que vosotros también lo habéis oído todo.

—Alto y claro, Llamarada —se escuchó decir a Víbora, cuya voz dejaba entrever más júbilo del que él seguramente había pretendido—. Y por supuesto también podéis contar con nosotros. Vamos rumbo al hangar principal. Estaremos a bordo en poco más de un minuto.

—Muy bien, Víbora. Te veré en el hangar de los TIEs. Llamarada fuera. —Al volverse, se encontró con la mirada de Avalancha fija en ella, llena de orgullo y respeto.

—Bien, veo que has llevado todo maravillosamente bien mientras yo estaba… fuera. —Avalancha sonrió de oreja a oreja—. Buen trabajo. Buen trabajo, todos vosotros. Y ahora contadme los detalles de ese plan vuestro.

Capítulo V

[Destructor estelar clase Imperial II *Senderis*]

La atmósfera en el puente era de tranquilidad y mal disimulado aburrimiento.

Los dos controladores de servicio miraban a sus pantallas sensoras sin encontrar nada que les hiciese acelerar el pulso ni lo más mínimo. Todo lo que se veía eran señales rojas, cada una mostrando la posición de una nave amiga.

Las últimas lanzaderas con personal o material procedente de la fábrica habían aterrizado en los hangares del *Senderis* hacía ya un buen rato. El *Senderis* y el *Disuasor* podrían empezar a hacer su trabajo en cualquier momento, y sin embargo aún no se había recibido la señal. Uno de los controladores miró su cronómetro no por primera vez, y se volvió hacia su compañero.

—¿Sabes tú a qué estamos esperando?

—A que sean las 20:00 horas estándar —respondió el otro encogiéndose de hombros—. Ésa es la hora prefijada para abrir fuego contra el planetoide, y nuestro capitán es muy respetuoso con la planificación. Si la orden indica empezar a las 20:00, no habrá ni un solo disparo antes de esa hora.

—Pues sí que estamos buenos —resopló el primer controlador—. En fin, nos quedan menos de dos horas…

—Eso es. Hasta entonces no tenemos gran cosa que hacer aparte de… —El hombre se interrumpió al ver una nueva señal en su pantalla. Los sensores del *Senderis* habían detectado una nave con signatura imperial saliendo del hiperespacio a menos de dos mil kilómetros de allí—. Parece que viene más gente a la fiesta. Es una Nebulon-B.

—Sí, teníamos a una en la lista de llegadas previstas. Déjame ver… la *Vigilante*.

—Ah, sí, ésa es la que estaba esperando el tipo del Delta Dx9. De acuerdo, avísalos de que Ballard Dos ha llegado antes que ellos.

[Fragata imperial Vigilante]

Avalancha se encontraba en el puente, justo detrás del sargento Rammes.

El joven técnico iba a representar el papel de capitán de la *Vigilante* en todas las comunicaciones que tuvieran que realizar con el resto de la flota. Según el diario de a bordo de la nave, su último capitán había sido un tal capitán de fragata Keller. Su nombre también aparecía en la lista de prisioneros de los que se había hecho cargo el *Alegre Jack*, junto con una imagen tomada tras la captura. Se parecía a Rammes lo que un bantha a un mynock. Si alguien les exigiera establecer una comunicación holográfica, tendrían que improvisar alguna disculpa creíble para negarse a ello. La única otra persona en el puente aparte de ella y de Rammes era una compañera de este último, la sargento Dengar, especialista en sistemas sensores. Desde que habían salido del hiperespacio, se

encontraba de pie en mitad del puente, haciendo cuanto podía por controlar a la vez una docena de pantallas esparcidas por el puente.

—Confirmado, comandante —dijo Dengar—, no hay interdictores entre las naves imperiales.

—Menos mal. En ese caso podemos seguir adelante. —En el caso de haberse detectado alguno, Avalancha se hubiera visto obligada a cancelar la operación, aunque le costara lamentarlo toda su vida. Un crucero interdictor era capaz de generar un campo gravitatorio artificial que hacía imposible que ninguna nave saltara al hiperespacio en muchos kilómetros a la redonda. Con una de esas naves allí, no habrían tenido la más mínima posibilidad de escapar en el caso de que fueran descubiertos, y Avalancha tenía el firme presentimiento de que la salida no iba a ser fácil—. Sargento Rammes, ¿está usted listo?

—Sí, comandante.

—Muy bien. Llamarada, ¿estáis a punto para el lanzamiento?

—Sí, jefa. ¿He mencionado ya lo mucho que odio esta condenada máscara?

—Por lo menos cuatro veces en los últimos diez minutos. —Avalancha sonrió.

—No te preocupes, Llamarada —se oyó decir a Iceberg—. Cuando te la quites seguirás estando igual de guapa.

—Basta de charla, pilotos. Vamos a empezar la función. Cuando quiera, sargento.

Rammes estiró una mano hacia la consola de la unidad principal de comunicaciones, pero antes de que pudiera empezar a operarla un indicador amarillo empezó a parpadear en mitad del panel, al tiempo que emitía un insistente pitido. Tenían una transmisión entrante. El técnico volvió la cabeza hacia Avalancha y ésta asintió. Rammes pulsó un botón para aceptar la transmisión. Al instante, una voz masculina se escuchó claramente incluso desde donde se encontraba la sargento Dengar.

—*Vigilante*, aquí el destructor estelar *Senderis*. Les estábamos esperando. Transporte Ballard Dos, tiene permiso para aproximarse a la *Vigilante* a su conveniencia.

—Aquí Ballard Dos, *Senderis*. Ya estoy de camino, gracias.

Avalancha abrió la boca de par en par al reconocer la voz de Psico. Por difícil que fuera de creer, se encontraba a bordo de un transporte imperial y se las había apañado para prepararles el camino.

—¡Sígale la corriente, sargento! ¡Ese Ballard Dos es uno de los nuestros!

—Aquí el capitán de fragata Keller, al mando de la *Vigilante* —escuchó decir a Rammes—. Estamos listos para recibir a Ballard Dos. Procedemos a lanzar a nuestros cazas de escolta.

—A su discreción, capitán. *Senderis* fuera.

—Bueno —transmitió Avalancha después de unos segundos en los que, al parecer, nadie terminaba de creérselo—. Esto está siendo más fácil de lo que esperábamos. Intentemos no estropearlo. Llamarada, podéis salir. Sombra y tú dejad la conversación para Víbora e Iceberg. En la Armada Imperial no hay demasiadas mujeres que sean

pilotos de caza, así que lo mejor es que os abstengáis de usar vuestras unidades de comunicación para no llamar la atención.

—¡Cómo odio a esos misóginos…! —resonó la voz de Llamarada, haciendo sonreír de nuevo a Avalancha—. Comprendido, jefa.

Psico vio como cuatro Interceptores TIE abandonaban la *Vigilante* y se dirigían hacia él, presuntamente pilotados por miembros del escuadrón Blanco.

Su suposición había sido correcta. Habían decidido intentarlo a pesar de todos los pesares. No sabía que contaran con Interceptores, pero desde luego era un punto a su favor. Hubiera resultado totalmente inusual que una nave imperial no desplegara parte de su complemento de cazas tras entrar en un sistema, aunque éste se encontrara ya ocupado por fuerzas amigas. *Tendría narices que esto funcionara…* Psico cruzó los dedos y se los puso sobre los labios. A pesar de que no se consideraba una persona supersticiosa, todas la precauciones parecían pocas en esos momentos. *En fin, si van a evacuar a esos colonos, este transporte puede serles de ayuda.*

—Ballard Dos, aquí Duende Uno. Puede aterrizar en el hangar principal.

Psico tenía buena memoria para las voces. A pesar de que sólo había hablado con él un par de veces a bordo del *Alegre Jack*, antes de salir para Kessel, estaba casi seguro de que ese Duende Uno era Víbora. *El que estuvo volando con TIE Avanzados antes de desertar de la Armada Imperial*.

—Entendido, Duende Uno, voy para allá.

En el puente de la *Vigilante*, Avalancha miraba a través de las portillas de observación, esperando ver las luces de posición de la nave de Psico de un momento a otro.

—Comandante —dijo la sargento Dengar—, las oficiales de vuelo Bastmeijer y Hul informan que han finalizado la secuencia de pre-vuelo y están listas para despegar.

—Espere un momento… —respondió Avalancha pensativa. La capacidad estándar de una lanzadera clase Lambda militar era de cuatro tripulantes y veinte pasajeros, pero esa cifra estaba calculada partiendo de la base de que cada pasajero tendría que llevar consigo una determinada cantidad de equipo.

Si utilizaban todo el espacio disponible y los colonos se apretaban a bordo tanto como fuera posible, y teniendo en cuenta algunos de ellos serían niños, podrían llegar a entrar unas cincuenta personas en cada lanzadera. Si además usaban el transporte que traía Psico, cuya capacidad era muy similar, sería posible evacuar a toda la colonia en sólo dos viajes…

Avalancha se acercó a la consola de la sargento Dengar y activó el intercomunicador.

—Lince, Ángel, no despeguéis todavía. Puede que os consiga un poco de ayuda. Sargento Rammes, hable con el hangar. Que estén listos para repostar ese transporte en cuanto llegue.

—Entendido, comandante.

Avalancha consultó su cronómetro. Sólo les quedaba una hora y media.

Incluso contando con tres naves de transporte, apenas quedaba tiempo suficiente. Antes de que salieran las lanzaderas, tenía que saber qué les había dicho Psico a los imperiales. Avalancha era muy consciente de que el más pequeño de los errores mientras hablaban con ellos podría resultar fatal, pero no podía arriesgarse a preguntarle a través del intercomunicador. Necesitaba tener a Psico a mano durante un rato, por si tenían que volver a hablar con los controladores de los destructores, pero por otro lado, no había ni un minuto que perder. No podía tener a las lanzaderas esperando mientras Psico la ayudaba con las conversaciones. La única solución era que alguno de sus pilotos tomara el transporte ligero en lugar de Psico. Además de ella misma, sólo quedaban otros cuatro pilotos a bordo de la *Vigilante*. Todos estaban esperando en el hangar, a bordo de sus cazas, listos para un lanzamiento inmediato. Chistes tenía el ala-A que pilotaba Sombra habitualmente. Alce, Granito y Coloso ocupaban tres de los alas-B equipados con torpedos imperiales. El cuarto estaba reservado para la propia Avalancha. Chistes era una piloto bastante decente de ala-B, pero no estaba acostumbrada a la velocidad y a la maniobrabilidad de los alas-A. Pero si no recordaba mal, Psico sí que tenía acumuladas bastantes horas de vuelo en ese tipo de nave.

—Chistes, ¿puedes oírme?

—Sí, comandante.

—¿Crees que podrías pilotar un transporte Delta Dx9?

—¿Cómo los que usan las tropas de asalto? Sí, supongo que sí…

—Bien, nuestro viejo amigo Psico está a punto de aterrizar con uno. En cuanto llegue, súbete a bordo y prepárate para salir con Lince y con Ángel.

—¡Tú mandas…!

—Rammes, Dengar, estaré en el hangar principal, a bordo de uno de los alas-B. Estaré en contacto permanente con ustedes.

—De acuerdo, comandante —respondió Rammes. Cuando la puerta se cerró con un siseo tras la jefa de escuadrón, el técnico se volvió hacia su compañera.

—Bueno, Lailha, ahora estamos solos tú y yo al mando de esta nave…

—¡No nos prepararon para esto! —Dengar acabó la frase con profundo suspiro.

Cuando Avalancha llegó al hangar el transporte de Psico estaba aterrizando.

Antes de que hubiera terminado de posarse, dos técnicos lo estaban reabasteciendo ya de combustible. La compuerta delantera se abrió y por ella asomó el espía, tan alto y desgarbado que a primera vista parecía engañosamente torpe, y vistiendo el mono de vuelo más sucio y arrugado que Avalancha hubiera visto jamás. Apenas había puesto un pie sobre la cubierta cuando estuvo a punto de ser arrollado por Chistes, a pesar de que la mujer era dos cabezas más baja que él y debía pesar treinta o cuarenta kilos menos.

Sin mediar palabra, Chistes subió al transporte de un salto y ocupó el asiento del piloto ante la mirada sorprendida de Psico. Al volverse vio a Avalancha corriendo hacia él.

—¿Pero qué…?

—¡No hay tiempo! —Le interrumpió Avalancha—. Vamos a utilizar tu transporte y nuestras dos lanzaderas para evacuar a esos colonos. ¿Hay algo que debamos saber? —Mientras hablaba hizo un círculo con la mano sobre su cabeza y señaló hacia la abertura de salida del hangar. Chistes, Lince y Ángel comenzaron la maniobra del despegue las tres al mismo tiempo.

Al mirar hacia atrás por encima del hombro, Psico vio al transporte elevarse y abandonar la fragata.

—Sí, decidles a los imperiales que os han pedido que llevéis a los colonos al sistema Thoriam, a la plataforma orbital de Industrias Sienar, donde los están esperando para trabajar en la nueva cadena de montaje.

—Sargento Rammes —dijo Avalancha acercándose el intercomunicador de pulsera a los labios—. ¿Ha oído usted eso?

—Perfectamente, comandante. ¡Cruce los dedos porque allá voy! —La voz de Rammes no mostró ningún rastro del nerviosismo que Avalancha sabía que sentía.

—Crúzalos tú también, Psico. Es una orden.

[Puente del destructor estelar clase Imperial *Senderis*]

—Ten cuidado, colega, que está aquí el jefe —le susurró uno de los controladores a su compañero. El capitán de navío Perdiggo acababa de relevar a su segundo en el mando, el capitán de fragata Beroz, con la intención de hacerse cargo personalmente de su nave durante lo que quedaba de la misión. Sin echarle ni siquiera un vistazo a los visores del puente, Perdiggo se dirigió directamente a las consolas de los controladores. Antes de marcharse a descansar, Beroz le había dicho que una Nebulon-B acababa de incorporarse a la flota, y eso le había sorprendido considerablemente.

—¿Qué está haciendo aquí esa nueva fragata? —preguntó deteniéndose a espaldas de los controladores, desde donde podía observar sus respectivas pantallas sensoras.

—Es la Vigilante, *señor*. Tenían previsto reunirse aquí con un transporte ligero. —El controlador consultó la computadora—. Ballard Dos, uno de los Delta Dx9 que han participado en la evacuación de la factoría.

En ese mismo momento el panel de la unidad de comunicaciones anunció una nueva transmisión.

—*Senderis*, aquí la Fragata *Vigilante*. Ballard Dos y dos de nuestras lanzaderas están despegando en este momento. Solicitamos un pasillo para esas tres naves hasta la superficie de KS-31. Nos han ordenado que evacuemos a los colonos del planetoide y que los traslademos a la plataforma orbital de Industrias Sienar en el sistema Thoriam.

El controlador hizo aparecer sobre la pantalla los datos de que disponía sobre Ballard Dos, los cuales tenía ya preparados antes de que se lo pidiera su comandante. Efectivamente, la plataforma de Sienar en Thoriam aparecía como su anterior destino. Perdiggo desechó la información con un gesto de la mano y se acercó a la unidad de comunicaciones. A partir de ese momento, se encargaría él personalmente de hablar con la *Vigilante*.

—Aquí el capitán de navío Perdiggo, al mando del *Senderis*. No se me ha informado de eso.

[Hangar principal de la *Vigilante*]

No se lo van a tragar, no se lo van a tragar… pensó Avalancha para sí.

—¡Insista, Rammes! Psico, ¿Se te ocurre alguna cosa más?

—No lo sé… —El espía se quedó mirándola por un momento con la mirada perdida, hasta que de pronto pareció acordarse de algo—. Vader. Que les digan que las órdenes vienen de Vader en persona. Es lo que yo hice.

—Rammes, ¿ha oído usted eso?

—Sí comandante. No perdemos nada por probar.

—Los imperiales le tienen un miedo terrible a Vader… —empezó a explicar Psico, pero se interrumpió al ver que Avalancha había cerrado los ojos y se había puesto las manos sobre la cabeza. Parecía que ni siquiera le estaba escuchando—. Hey, Avalancha, ¿estás bien?

Ella no contestó. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer ahora: lo mismo que Joan hubiera hecho. *Utiliza la Fuerza,* le había dicho ella antes de devolverla al mundo real. *Tú también eres sensible a ella*. Lo sabía, siempre lo había sabido, aunque se había visto obligada a guardarlo en secreto. Cuando nació, los Jedi ya estaban siendo perseguidos y exterminados por el Emperador Palpatine y por su discípulo, Darth Vader, y el culto a la Fuerza era erradicado de la galaxia por el poder de las armas. No había tenido a nadie a quien acudir para que le ayudara a comprender qué significaba en realidad ser sensible a la Fuerza, nadie a quien plantearle sus preguntas o con quien compartir sus inquietudes, nadie que le enseñara qué podía y qué no podía hacer con ese don y a desarrollar sus habilidades latentes. Aunque lo desconocía casi todo acerca de la naturaleza y el alcance real de esas habilidades, fueran las que fueran, no creía que pudieran compararse en ningún caso con las que había tenido Joan d’Arc. Hasta ahora, para Avalancha, la Fuerza no había sido más que una especie de sexto sentido, algo que en ocasiones le avisaba del peligro, o le permitía saber cuándo alguien le estaba mintiendo. De eso a lo que hacía Joan había un mundo, pero no le quedaba más remedio que intentarlo. Tenía que encontrar al capitán de ese destructor estelar entre el mar de consciencias que la rodeaban, y de algún modo empujarle a creer en lo que Rammes le

decía. Pero había tantos miles de seres ahí fuera, que no sabía cómo iba a apañárselas para distinguir a uno en concreto.

Puedes hacerlo, Sherry.

Joan… Al sentir tan cerca la presencia de su invisible amiga, Avalancha se sintió reconfortada, aunque seguía dudando de su capacidad para usar la Fuerza como ella. *Lo intentaré. Intentaré recordar cómo lo hacías tú.* Avalancha se relajó lo mejor que pudo y comenzó a extender sus sentidos a través de la Fuerza hacia la nave imperial.

[A bordo del transporte Ballard Dos]

Chistes miró a ambos lados y vio a las lanzaderas de Lince y de Ángel, en formación cerrada con ella. Mientras escuchaba la conversación entre el destructor *Senderis* y la *Vigilante*, cada segundo parecía estirarse hasta parecer minutos enteros. La piloto se dio cuenta de que llevaba mordiéndose las uñas desde que habían despegado y puso ambas manos sobre los mandos.

—Mi madre siempre decía que está feísimo que una dama se muerda las uñas —dijo para sí. Un instante más tarde estaba tamborileando con los dedos sobre el panel de control.

[Puente del destructor estelar clase Imperial II *Senderis*]

—Aquí el capitán de corbeta Keller. Mis órdenes vienen *directamente* de Lord Vader. No obstante, si quiere usted discutirlo con él…

El capitán de navío Perdiggo no pudo evitar sentir un escalofrío al oír nombrar a Darth Vader. *Pero si fue él quien pidió que volaran el planetoide con todo lo que hubiera en él, maldita sea*. Pensando que debía tratarse de un error por omisión, Perdiggo había pedido confirmación a Centro Imperial acerca de lo que debía hacerse con los colonos. La respuesta había sido muy clara. Por orden expresa de Lord Vader, los colonos debían morir en KS-31.

[Hangar principal de la *Vigilante*]

Vader. Avalancha descubrió a una mente que reaccionaba con miedo justo cuando el sargento Rammes mencionó el nombre de Vader. Ésa tenía que ser la que estaba buscando. Ese miedo era bastante fuerte. Quizá ella podría hacer algo por intensificarlo.

Si quieres discutirlo con él… pensó intensamente, intentando que el pensamiento encontrara eco en la mente del capitán imperial.

[Puente del destructor estelar clase Imperial *Senderis*]

Lord Vader no da explicaciones cuando cambia de parecer sobre algo, recapacitó Perdiggo. Eso era algo que él sabía por propia experiencia. Hacía tan sólo dos meses el *Senderis* había participado en una misión bajo el mando personal de Darth Vader. Éste había solicitado dos destructores para una incursión en espacio controlado por los rebeldes, con el fin de atacar una plataforma espacial recientemente descubierta por una sonda espía. El *Senderis* y el *Formidable* habían sido puestos inmediatamente a su disposición.

Todavía se acordaba de la impresión que le causó ver entrar a la inmensa y oscura figura en el puente de su nave. El caso es que fueron hasta allí y encontraron la plataforma justo en el sitio donde debía estar. Cogieron a los rebeldes completamente por sorpresa y empezaron a machacarles con todo su poderío, pero cuando los escudos de la plataforma ya habían caído y los dos destructores estaban a punto de acabar con ella, Vader les ordenó cesar el fuego y abandonar el sistema. El capitán del *Formidable*, un tal Menadi, se atrevió a preguntar por qué, aunque si estaba contrariado no se le notó en la voz. Le hubiera dado igual que hubiera planteado la pregunta a gritos. Un momento más tarde se estaba llevando las manos a la garganta, incapaz de respirar. Antes de que el holograma se desactivara, Perdiggo lo vio debatirse durante interminables segundos para derrumbarse finalmente sobre la cubierta.

En todo ese tiempo, Vader ni siquiera se había movido, pero Perdiggo no tenía la menor duda de a quién pertenecía la mano invisible que acababa de estrangular a Menadi. Por fortuna, él había obedecido la orden de retirada sin la menor vacilación, quizá por tenerle justo a su espalda. Apenas una hora más tarde, Vader ordenó dar media vuelta y atacar otra vez la plataforma. Perdiggo y el segundo de a bordo del *Formidable*, convertido en comandante *de facto*, hicieron lo que se les pedía sin pestañear siquiera. Al entrar en el sistema, vieron que una fragata médica maniobraba para ensamblarse con la plataforma, evidentemente para evacuarla antes de que se produjera un segundo ataque, sin llegar a imaginar que éste iba a ser tan inmediato. Vader había sorprendido a los rebeldes dos veces el mismo día. En esa segunda ocasión, tanto la fragata como la plataforma fueron destruidas sin piedad.

Quizás esta vez Vader tenía también sus propias razones para revocar sus propias órdenes.

Si quieres discutirlo con él…

Perdiggo se estremeció. Por un instante se había sentido como si volviera a encontrarse en presencia del mismísimo Vader. No, no quería discutir nada con él.

—De acuerdo, capitán Keller, puede proceder. Pero adviértales a su gente que deben darse prisa. Empezaremos a bombardear el planetoide en setenta minutos.

—Gracias, señor, ése será tiempo suficiente. *Vigilante* fuera.

[Hangar principal de la *Vigilante*]

Avalancha escuchó de nuevo en su mente la voz de Joan. *¡Bien hecho!*

Psico la sostuvo antes de que llegara a caerse al suelo. Avalancha no se había dado cuenta de que se estaba tambaleando.

—Estoy bien, Psico. Gracias.

El piloto y espía la miró fijamente, preguntándose qué era lo que acababa de pasar delante de sus ojos. Avalancha había hecho algo, de eso estaba seguro, aunque no tenía ni idea de qué se trataba. El caso era que, fuera lo que fuera, había funcionado.

—Creí que te conocía…

—Eso cree todo el mundo, pero ya ves. —Avalancha se secó el sudor que cubría su frente con la manga del traje de vuelo. Aparentemente más calmada, señaló con el dedo hacia un ala-A posado en la cubierta de vuelo.

—¿Todavía te acuerdas de cómo se pilota uno de esos?

—¿Bromeas? Pues claro que sí…

—Bienvenido al grupo *Cebo*.

—Grupo Cebo —repitió Psico.

—Eso es. Si los imperiales empiezan a sospechar, les daremos algo más urgente de lo que preocuparse. Hubieras sido el hombre perfecto para pilotar uno de los Interceptores, pero no podíamos esperar a que llegaras a bordo.

—No, gracias. Si puedo evitarlo, no tengo nada de ganas de volver a sentarme en la cabina de un TIE en toda mi vida. Ese ala-A estará bien.

—De acuerdo. Yo estaré en mi ala-B. —Avalancha empezó a caminar hacia el cazabombardero pero al momento se volvió hacia Psico para decirle algo más.

—Ah, por cierto, ¡me alegro de volver a verte!

Psico soltó una carcajada y se dirigió al ala-A que hasta hacía unos minutos había estado ocupado por Chistes. Lo primero que tuvo que hacer fue regular el asiento para que le entraran las piernas en la cabina.

Capítulo VI

[Grupo de Interceptores Duende]

—Duende Tres, aquí Uno. Tú y Duende Cuatro encargaos de escoltar a los transportes hasta la atmósfera del planetoide.

—Entendido, Duende Uno —contestó Iceberg. Él y Sombra viraron para seguir a las dos lanzaderas y al transporte ligero, mientras Víbora y Llamarada permanecían cerca de la *Vigilante*.

Chistes vio a los dos Interceptores colocándose a los flancos de la formación. KS-31 estaba justo delante, ocupando algo más de un tercio del espacio visible al frente. La piloto pensó que KS-31 podría haber sido la luna de un planeta más grande, hacía quizá millones de años. Era demasiado pequeño como para ser considerado un planeta, y su forma no era completamente esférica. A pesar de todo, su campo gravitatorio revelaba una densidad considerable en el núcleo, o no podría retener atmósfera alguna. De todas formas, la que tenía no era gran cosa. Según los instrumentos de la lanzadera, sólo era respirable hasta unos doscientos metros sobre la superficie, e incluso menos en algunas zonas. Chistes consultó la situación de la colonia en la computadora y calculó la ruta óptima para el acercamiento, siempre dentro del pasillo que acababan de indicarles los controladores imperiales. La piloto hizo una profunda inspiración, como si estuviera a punto de zambullirse en un mar de aguas agitadas. *Allá vamos…*

[Superficie de KS-31]

Los últimos colonos acababan de abandonar el asentamiento cuando se escuchó el sonido de los motores de una nave acercándose.

—¡Escondeos, rápido! —gritó Alvar Parix. No hacía falta decir más.

Aguijoneados por el miedo, todo el mundo echó a correr hacia el arbusto o la roca más próxima. Los niños más pequeños fueron llevados en volandas por sus padres, pero como si intuyeran que aquel era un momento para estar callados, ninguno lloró ni protestó. Alvar se asomó con sumo cuidado entre los matorrales tras los cuales se había ocultado, lo justo para ver cómo tres naves de transporte militares tomaban tierra cerca de las casas de la colonia.

Arrastrándose sobre los codos y las rodillas, se acercó tanto como pudo sin arriesgarse a ser descubierto por los pilotos. Al volver a mirar, ya estaba lo bastante cerca como para distinguir las marcas imperiales pintadas sobre el casco de las naves.

Chistes observó las casas más cercanas a través del visor delantero, sin apreciar señales de vida. La colonia parecía estar vacía.

—Mantened los motores en marcha —transmitió a sus dos compañeras—. Voy a bajar a echar un vistazo.

—De acuerdo, Chistes —contestó Lince—. Utiliza una mascarilla respiratoria. Ahí fuera el aire es bastante tenue.

—Gracias, Lince, estás en todo. Aunque he visto las lecturas atmosféricas, no había caído en lo de la mascarilla.

—Ten cuidado, por favor.

Alvar vio descender la rampa de una de las lanzaderas, y un instante después alguien bajó por ella. Era difícil apreciar los detalles pero el traje del vuelo anaranjado no era nada común entre los pilotos imperiales. Los que él había visto siempre utilizaban monos negros o grises. *Qué raro*. El piloto se alejó unos pasos de la nave y miró a su alrededor. Entonces se quitó el casco y sacudió la cabeza a ambos lados. Una abundante melena castaña le cayó sobre los hombros. A pesar de llevar parte del rostro cubierto por la mascarilla, Alvar se dio cuenta de que era una mujer, y eso era más extraño aún que el color de su uniforme. Alvar no recordaba haber visto a ninguna mujer entre las tropas imperiales.

Chistes verificó el sensor que llevaba en la mano. Por las lecturas termales, había bastantes seres vivos a su alrededor, probablemente humanos por el tamaño y la temperatura corporal, pero no era posible estar segura al cien por cien. En cualquier caso, no creía que se tratara de tropas imperiales ocultas, puesto que a estas alturas ya tenían que haber evacuado por completo el planetoide.

—Sólo hay una forma de salir de dudas —se dijo a sí misma.

—¡Soy miembro de la Alianza Rebelde! —gritó, ahuecando sus manos alrededor de su boca a modo de improvisado megáfono—. ¡El Imperio está a punto de destruir este planetoide, y con él a toda la colonia! ¡Estamos aquí para rescatarles, pero no nos queda casi tiempo! ¡Por favor, confíen en mí y déjense ver!

¿Rebeldes? A Alvar le resultaba difícil creerlo. Había oído hablar de la Rebelión a las tropas que los custodiaban, pero no le había dado demasiada importancia. Hacía ya cinco años que el Imperio había tomado este lugar, y hasta el momento nadie se había preocupado por ellos. La Alianza Rebelde, había dicho la mujer. ¿Y si decía la verdad? ¿Qué sentido tendría para los imperiales tratar de engañarles ahora? Tanto si querían matarlos como si querían llevárselos a cualquier otra parte, habían tenido sobradas oportunidades de hacerlo antes de abandonar sus instalaciones. Alvar dudó por un instante y finalmente se levantó con lentitud. La mujer sonrió al verle, o al menos eso le pareció a Alvar. Sí, aunque no podía verle la boca, sus ojos le sonreían sin duda alguna. Alvar se relajó. Nadie que fuera capaz de transmitir una sonrisa con una mirada podía ser un militar imperial.

—¡Estamos todos aquí! —gritó en su dirección—. Dígame qué tenemos que hacer.

—¿Cuántos sois? —preguntó la piloto acercándose.

—Exactamente doscientas y noventa cuatro personas.

—Muy bien. Dile a tu gente que suban a nuestras naves de inmediato. No pueden traerse nada con ellos, ningún equipaje en absoluto. Tendremos que hacer dos viajes para llevarlos a todos y casi no tenemos tiempo. —A pesar de la sonrisa que Alvar había

creído apreciar, al verla más de cerca la expresión de la piloto le transmitió una gran preocupación. Apartando a un lado los últimos restos de desconfianza, Alvar decidió creer en ella con todas sus consecuencias.

—De acuerdo, vamos. —Alvar corrió de vuelta hacia los matorrales y arbustos donde se escondían la mayor parte de los colonos, seguido por la piloto.

—¡Escuchadme, todos vosotros! —gritó Alvar—. Estas personas son rebeldes, y ellos están aquí para ayudarnos. —Algunas cabezas asomaron por encima de los matojos, observando a Chistes con recelo—. Dicen que tenemos que salir de aquí antes de que esas naves de ahí arriba lo destruyan todo.

—Hemos oído eso —dijo alguien sin salir de su escondite. A Alvar no le costó ningún esfuerzo reconocer la voz de Tol Finemar—. ¿Cómo sabemos que no nos mienten?

—No tenemos tiempo para discusiones —le susurró Chistes a Alvar—. Diles que vengan ya y recuérdales que no tenemos sitio para equipajes.

—Corred hacia los transportes —continuó Alvar—, pero dejad aquí todos los bultos. No hay bastante espacio. La piloto dice que se necesitarán dos viajes, así que lo mejor será que enviemos a todos los niños en el primero.

Cada vez más personas iban saliendo de la vegetación, pero nadie dio un paso hacia las naves. Sus rostros mostraban miedo y suspicacia a partes iguales. Chistes consultó su cronómetro no por primera vez y decidió dirigirse a los colonos ella misma.

—¡Deben creerme! Por favor, vengan con nosotros si quieren salvar la vida. ¡Los imperiales van a arrasar el planetoide, quizá incluso a volarlo por completo, y van a hacerlo en apenas una hora! ¡Ya casi no nos queda tiempo para sacarles a todos de aquí! —Los colonos se quedaron de pie donde estaban, mirándose unos a otros y cuchicheando entre sí. Chistes se estaba empezando a poner nerviosa.

—¡Por favor —dijo dirigiéndose a Alvar—, debes convencerlos ya, o todos estaréis muertos antes de que acabe el día!

Alvar se agitó inquieto. Buscó a su familia entre la muchedumbre y los encontró mirándole desde detrás de unas rocas. Su padre, que le había apoyado un rato antes cuando se discutía si abandonar o no la colonia temporalmente, parecía vacilar ahora. Alvar volvió los ojos hacia Trinia, su hermana pequeña de sólo cuatro años. Era una de las niñas nacidas allí, en KS-31, cuando los colonos ya habían sido convertidos en esclavos. Bara, su madre, le sostenía una mano con fuerza, pero Trinia no parecía demasiado asustada. Acostumbrada a ver hombres armados a su alrededor desde siempre, la piloto rebelde le causaba más curiosidad que miedo.

—Sólo hay una manera de demostrarles que yo sí confío en ti —le dijo Alvar a Chistes. El joven caminó hacia su familia y cogió a su hermana por la otra mano—. Ven conmigo, Trinia —le dijo tirando de ella. Su madre intentó evitar que la apartara de ella, pero entonces Alvar cogió a la niña en brazos y retrocedió con ella a cuestas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bara con voz nerviosa.

—Mamá, Papá, tenéis que confiar en mí. Estoy seguro de que lo que dice esta mujer es cierto. —Dicho eso, Alvar echó a correr hacia los transportes llevándose a Trinia consigo.

—¡Alvar, no! —gritó su madre.

—No, déjalo —dijo Lorga Parix, saliendo de su indecisión—. Si hay alguien en cuyo criterio confío, ése es nuestro hijo. Si él cree en lo que dice esa piloto, entonces yo también lo creo. —Bara sólo lo dudó por un momento antes de asentir con la cabeza. Ambos dejaron en el suelo las gastadas bolsas de viaje que acarreaban y se fueron detrás de sus hijos.

Chistes se volvió hacia el resto de los colonos.

—¡Tienen que entender que ésta es su única oportunidad de sobrevivir! —Nada. Ninguno más se movió del sitio. La piloto sacudió la cabeza a ambos lados con desesperación antes de mirar su cronómetro una vez más. *El tiempo parece volar cuando tienes tan poco*, pensó para sí. Chistes salió corriendo hacia las naves sin volver a mirar atrás, esperando que eso terminara de hacerles reaccionar.

Los colonos la vieron alejarse, dudando aún qué hacer. Era una decisión difícil. Muchos habían empezado a pensar que las cosas iban a mejorar, ahora que se iban los imperiales. Quizás aún estaban a tiempo de recuperar el espíritu de los primeros días, cuando llegaron a este lugar remoto cargados de esperanzas. Su sueño de conocer una vida mejor se había evaporado de golpe cuando la primera nave imperial aterrizó frente a sus casas, pero ahora se habían ido todas. La maquinaria agrícola seguía allí, intacta en los cobertizos.

Aún podían hacer lo que se habían propuesto. Pero si esa piloto decía la verdad, KS-31 jamás volvería a ser un hogar, ni para ellos ni para nadie. A lo lejos, la familia Parix ya estaba abordando una de las naves.

—¡Yo no me quedaré aquí esperando a salir de dudas! —exclamó Narela Gordel, una fondoriana cuyo marido había muerto en un accidente en la fábrica dos años antes. Narela cogió a su hijo de ocho años de la mano y echó a correr también. Rodelia Hantes y su marido la siguieron, y Bail Morona con su esposa lo hicieron un segundo después. Una tras otra, la mayoría de las familias de colonos hizo lo mismo. Chistes los vio acercarse desde la cabina del transporte y suspiró con el alivio.

—Parece que lo conseguiste —le dijo a Alvar, que se encontraba sentado a su lado.

—No, no todos están viniendo —contestó el joven mirando a los que aún permanecían quietos, lejos de las naves—. Me quedaré aquí esta vez. Intentaré convencerlos a ellos también. ¿Vas a volver, no es así?

—Claro que sí, te lo prometo. —Sólo entonces se dio cuenta Chistes de lo joven que era Alvar. No tendría más de diecisiete o dieciocho años estándar.

Se le encogió el corazón al pensar en lo valiente que era ese chico a pesar de haber pasado buena parte de su vida bajo la amenaza de ser tiroteado por un soldado de asalto.

—Entonces te estaré esperando —le respondió Alvar jovialmente. Tras tranquilizar a su familia lo mejor que pudo descendió del transporte de un salto antes de que intentaran

retenerle. Una vez fuera, se dedicó a ayudar a subir a la nave a la gente que iba llegando hasta que estuvo seguro de que no cabría nadie más. Le costó convencer a los que se quedaron fuera, ahora ansiosos por marcharse, de que debían apartarse del transporte, pero el ruido amenazador de los motores al aumentar de potencia junto con la insistencia de Alvar al afirmar que volverían a por ellos hizo que todo el mundo aceptara retirarse hasta una distancia segura. Colocándose donde Chistes pudiera verla, Alvar le indicó con un gesto que podía salir. Ella asintió desde la cabina y el transporte empezó a elevarse sobre sus repulsores gravitatorios. Lince y Ángel despegaron justo detrás.

Alvar se quedó mirando cómo las tres naves desaparecían en el cielo, sintiendo un miedo repentino y terrible de no volverlas a ver.

—Me ha prometido que volverá, y seguro que lo hace —se dijo a sí mismo antes de encaminarse hacia el grupo de los colonos empeñados aún en quedarse.

[Interceptores TIE en la órbita de KS-31]

—Aquí vienen, Duende Cuatro —transmitió Iceberg. Sombra recordó las instrucciones de Avalancha y se limitó a responder emitiendo un click a través de la unidad de comunicaciones. Moviendo la palanca de mandos con delicadeza, siguió al caza de Iceberg para interceptar al transporte y a las dos lanzaderas. Acercándose a la más próxima de estas últimas, le hizo un barrido con los sensores del caza. Los instrumentos le confirmaron que la nave iba cargada de gente hasta los topes.

Al ver acercarse a los transportes, Víbora echó una mirada al destructor estelar más próximo, el *Disuasor*. Durante casi toda la operación, los transportes estarían dentro del radio de acción de sus poderosas baterías láser. Víbora no podía dejar de preguntarse cuánto tiempo pasaría antes de que alguien hiciera una comprobación con el Alto Mando de la Armada Imperial, o se recibiera información de inteligencia actualizada acerca de la *Vigilante* o del *Alegre Jack*. Si eso llegaba a suceder mientras todavía estaban allí, las lanzaderas, el transporte Delta y la propia fragata tendrían al menos una oportunidad de saltar al hiperespacio y escapar antes de ser acribillados, suponiendo que se encontraran lo suficientemente lejos del pozo gravitatorio generado por el planetoide. En cambio, los cuatro que pilotaban Interceptores TIE se quedarían atrapados allí, para morir o ser capturados. Víbora ni siquiera tenía en cuenta esa última posibilidad. Si el Imperio llegaba a ponerle las manos encima, sería torturado lentamente hasta la muerte por haber desertado y haberse unido al enemigo. No había peor crimen en el código penal militar del Imperio. Para estar seguro de que eso no sucediera, Víbora se había encargado de desconectar el hardware del asiento eyector. Puestos a morir, era preferible hacerlo rápido, combatiendo. Al mirar a su derecha vio el caza de Llamarada a su lado. Qué cosas tan curiosas tenía la vida. Al poco de conocerse a bordo del *Alegre Jack*, ella le había comentado que había sido derribada y capturada en una ocasión, pero tuvo la inmensa fortuna de ser liberada por comandos de la Alianza antes de veinticuatro horas. Al

interesarse por los detalles, Víbora terminó descubriendo con gran sorpresa que había sido precisamente él quien la había derribado, apenas un mes antes de su deserción. El antiguo piloto imperial deseó fervientemente que a Llamarada le siguiera sonriendo la suerte, porque prefería no pensar en lo que podría sucederles a Sombra o a ella si resultaban capturadas, porque no parecía probable que en esta ocasión viniera nadie a rescatarlas. Avalancha tenía más razón de la que imaginaba al decir que había muy pocas mujeres a bordo de las naves imperiales. Tanto Sombra como la propia Llamarada, eran bastante guapas. Víbora sintió un escalofrío.

[Puente del destructor estelar clase Imperial *Senderis*]

—Señor, estamos recibiendo una transmisión del *Disuasor* —dijo el oficial de comunicaciones—. Su capitán solicita hablar con usted.

—Muy bien. Abra un canal seguro —ordenó el capitán de navío Perdiggo. Tan pronto como el oficial asintió con la cabeza indicando que la línea estaba disponible, el comandante del *Senderis* se dirigió a su homólogo en el destructor estelar *Disuasor*.

—Aquí el capitán de navío Perdiggo. Le escucho, capitán.

—Aquí el capitán de navío Legann. —La voz sonó cargada de irritación e impaciencia, lo cual sorprendió bastante a Perdiggo, pero el propio Legann se encargó enseguida de aclarar cuál era la razón de su enfado—. Vamos a ahorrarnos los preámbulos. ¿Qué están haciendo ahí esos transportes? ¡Abriremos fuego contra KS-31 en cuarenta y cinco minutos!

—El capitán de fragata Keller, de la *Vigilante*, ha recibido órdenes de Lord Vader para evacuar a los colonos. Ya les he advertido que deben darse prisa.

—¿Órdenes de Lord Vader? ¡Pensé que era precisamente él quien quería a esos andrajosos muertos! ¿Cómo es que no se me ha notificado este cambio?

Perdiggo se sintió molesto por el tono de Legann. ¿Cómo se atrevía a pedirle explicaciones? Después de todo, y aunque tuvieran la misma graduación, era él quien estaba al mando de la operación. Y sin embargo se sentía incómodo, casi intimidado por el otro comandante, como si hubiera hecho algo incorrecto y Legann se lo estuviese echando en cara.

—Bien, las órdenes no me han llegado a mí directamente. Las traía la *Vigilante*…

Perdiggo vaciló, notando como la sensación de que algo estaba mal se hacía más fuerte. Se daba cuenta de que lo que acababa de decir no era del todo coherente. El procedimiento habitual era informar al comandante de una flota o grupo operativo de cualquier orden específica que se enviara a una de las naves bajo su mando. Claro que, técnicamente, la *Vigilante* no estaba bajo su mando… La voz de Legann interrumpió sus reflexiones.

—La *Vigilante*, ¿eh? Pues ya que hablamos de la *Vigilante*, capitán Perdiggo, ésa es otra cosa que me gustaría que me explicaran. Me dicen que esa nave aparece en nuestro banco de datos como desaparecida en combate.

[Hangar principal de la *Vigilante*]

Avalancha no tenía modo de saber qué estaba pasando exactamente, pero a través del contacto que mantenía con la mente del capitán imperial, podía sentir que éste estaba titubeando de nuevo. *Oh, maldita sea*, pensó con desaliento. *¡Yo no tengo tus poderes, Joan! ¡No puedo hacer esto!*

No te rindas, Sherry. Permite a la Fuerza hacer el trabajo por ti. No lo intentes tanto y limítate a hacerlo…

¿No puedes ayudarme tú de algún modo?

Confía en mí, ya lo estoy haciendo. Pero ten en cuenta que, desde donde estoy, no puedo influir de forma directa sobre mentes poco sensibles a la Fuerza, como la de ese oficial. Tienes que entender que no estoy viva de la misma forma que tú. Te necesito a ti, Sherry, al igual que te necesitan todos esos colonos.

Lo sé…

Avalancha volvió a cerrar los ojos y presionó una vez más sobre la mente del capitán del *Senderis*. Se obligó a sí misma a respirar más despacio, a relajarse, y a permitir que la Fuerza fluyera libremente entre ella y el oficial imperial. Ahí estaba. A falta de otra idea mejor, intentaría seguir sacando partido del miedo que le tenía a Vader.

Lord Vader quiere que sus órdenes se cumplan sin la menor vacilación.

[Puente del destructor estelar clase Imperial *Senderis*]

—Lord Vader quiere que sus órdenes se cumplan sin la menor vacilación —dijo Perdiggo como si se encontrara en trance.

—Sí, en eso estoy de acuerdo —contestó Legann—, y sus órdenes eran destruir el planetoide *junto* con los colonos. ¿Y qué hay de la *Vigilante*? ¿Debo suponer que hay un error en la base de datos?

Perdiggo vio cómo uno de los controladores asentía vivamente con la cabeza.

—Me informan que eso es probablemente lo que ha pasado, sí,

Perdiggo frunció el ceño. A él también le parecía una explicación poco probable, pero a pesar de todo le molestaba que Legann le estuviera cuestionando de un modo tan descarado.

—Hable con su capitán.

A Vader no le gustan los comandantes que cuestionan sus órdenes.

Perdiggo se estremeció.

—O mejor aún, capitán Legann, puede usted contactar con Centro Imperial y preguntarle a Lord Vader si realmente está seguro de lo que quiere que hagamos…

Hubo un largo silencio en la línea antes de que volviera a escucharse la voz de Legann. Cuando lo hizo, su tono era mucho más sosegado.

—Hablaré primero con el capitán de la *Vigilante*.

[Hangar principal de la *Vigilante*]

—Por lo que sé, Lord Vader ha decidido que los colonos pueden ser utilizados en la nueva línea de montaje, y la verdad, no me parece que sea una mala idea. —Mientras escuchaba cómo el sargento Rammes trataba de explicarse ante el comandante del segundo destructor estelar, Avalancha intentaba encontrar su mente sin perder a la del primero.

—¿Pero por qué no nos han informado al capitán Perdiggo o a mí?

Avalancha pensó que lo tenía, aunque era muy difícil estar completamente segura. Había varias personas cuyos pensamientos parecían fluctuar según avanzaba la conversación entre Rammes y los capitanes de los dos destructores, pero ésta sin duda estaba siendo escuchada por otras personas además de ellos mismos. El individuo cuya mente acababa de tocar no tenía tanto miedo de Vader como el capitán llamado Perdiggo, pero parecía experimentar cierto rechazo ante la idea de tener que hablar con él.

—No puedo contestar a eso, señor. Yo he recibido mis órdenes y estoy obedeciéndolas, eso es todo. Si quiere saber usted más, tendrá que acudir a quien me las ha dado…

Ahí estaba el rechazo otra vez. Podría tratarse del tal capitán Legann, pensando que tendría que terminar dirigiéndose a Vader si quería salir de dudas, y planteándose si merecía la pena correr ese riesgo. Al pensar en ello, Avalancha se dio cuenta de que el sargento Rammes acababa de dar en el clavo. Los funcionarios imperiales, y muy en particular los militares, siempre estaban siguiendo las órdenes de alguien que estaba por encima de ellos.

Mientras uno siguiera escrupulosamente la cadena de mando, cuando algo salía mal lo lógico era que el inmediato superior cargara con las culpas, aunque eso no fuera cierto en todas las ocasiones. Por lo que había podido entender Avalancha, esta flota estaba bajo el mando del capitán de navío Perdiggo.

Decidió jugárselo todo a esa carta.

Es problema del capitán de navío Perdiggo, no tuyo. De Perdiggo, no tuyo.

De Perdiggo…

—Hmm, bien, sí —se escuchó decir a Legann—. Supongo que si el capitán de navío Perdiggo no tiene ninguna objeción, puede usted proceder… —Avalancha casi dejó escapar un suspiro de alivio. Aunque Legann no parecía del todo convencido, aquello podría ser todo lo que necesitaban—. Una pregunta más, capitán —insistió el comandante

del *Disuasor*—. Su nave aparece en nuestro banco de datos como desaparecida en combate. ¿Tiene alguna explicación para eso?

Avalancha creyó que el corazón se le iba a detener de repente. ¿Cómo habría explicado esto Psico?

—¿Qué? ¡No me diga que…! ¡Malditos sean mil veces! —la voz de Rammes sonó cargada de lo que parecía auténtica indignación—. No me lo puedo creer, ¿todavía no han corregido el error después de casi dos semanas? ¡En cuanto terminemos aquí, va a haber alguien allá en Centro Imperial a quien esto le va a costar el puesto y los galones, y eso si no pierde nada más…!

¡Bien hecho, Rammes! pensó Avalancha.

—De acuerdo, capitán —respondió Legann tras unos momentos de silencio.

—Cuando envíe sus quejas, incluya usted una línea diciendo que cuenta con todo mi apoyo en este punto. Ya es bastante malo tener que soportar que se cometan errores de este tipo, como para encima aguantar que los que tienen que corregirlos se muestren tan injustificablemente perezosos y negligentes.

—Gracias, señor. Así lo haré.

—*Disuasor* fuera.

Avalancha se dejó caer sobre el respaldo de su asiento.

—Eh, sargento —dijo a través del intercomunicador—. Si salimos de ésta, yo personalmente recomendaré que le asciendan a teniente. ¡Considérelo una promesa!

—Gracias, comandante. ¡No puede ni imaginarse de qué forma estoy sudando ahora mismo!

Avalancha soltó una carcajada. El sargento Rammes le estaba empezando a caer muy pero que muy bien. Al mirar hacia el ala-A que ocupaba Psico, vio como el espía levantaba el pulgar, al tiempo que escuchaba su voz en los auriculares.

—Parece que la Alianza Rebelde está plagada de buenos actores, ¿eh, Avalancha?

—Y tú que lo digas.

Quinta parte

La hora de la verdad

«Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes.»
Yoda, Maestro Jedi

Capítulo I

[Hangar principal de la *Vigilante*]

Chistes resopló con momentáneo alivio cuando tuvo a la vista la entrada al hangar de la *Vigilante*. Desde que habían abandonado la atmósfera de KS-31, y especialmente al cruzarse con los destructores estelares, había procurado tener siempre una mano cerca de la palanca de activación manual del motivador de salto. Mientras escuchaba la tensa conversación entre la *Vigilante* y las naves imperiales, no había dejado de temer que en cualquier instante comenzaran los disparos. Sólo ahora se dio cuenta de que no había programado ninguna coordenada de destino en la computadora de vuelo. *Por todos los…* La piloto primero palideció por el susto, y un momento después enrojeció furiosa consiga misma. *¿Cómo puedo ser tan estúpida? Sin coordenadas de destino, cualquiera sabe qué hubiera sido de nosotros si hubiese llegado a empujar la maldita palanca.* Chistes se dio un golpe en la frente con la palma de la mano y, decidiendo que no era suficiente, se dio dos más antes de abrir una línea de comunicaciones directa con la lanzadera pilotada por Lince.

—¿Lince?

—Dime, Chistes, te copio.

—Podrías, por favor, transmitir tus coordenadas de salto a mi computadora de vuelo?

—¿Las coordenadas…? —Chistes no necesitaba ver a su compañera para imaginar la cara que estaría poniendo en ese momento—. Claro, allá van.

—Gracias. —*No ha dicho nada. Buena chica, Lince.* Chistes se disponía a cerrar la comunicación cuando escuchó de nuevo la voz de su compañera.

—Menos mal que no te han hecho falta hasta ahora, ¿no?

Lo sabía. Sabía que tenía que decirlo.

—¡Efectivamente! Pero no me pongas más nerviosa de lo que ya estoy, ¿quieres? —Chistes cortó la línea sin esperar respuesta con un nervioso manotazo. Al entrar en el hangar activó los repulsores e hizo que el transporte se posara con suavidad sobre la cubierta de vuelo, dejando el morro apuntado hacia la salida. Tan pronto como vio al oficial de cubierta hacerle la señal indicando que todo estaba en orden, abrió la compuerta trasera.

—¡Dense prisa en bajar! —gritó en dirección al atestado compartimento de carga—. ¡Mis compañeras y yo tenemos que volver a por el resto de la colonia!

No hacía falta que les dijera nada más. Sabiendo que cuanto antes abandonaran el transporte, antes saldrían a buscar a sus familiares y amigos, los asustados colonos se apresuraron a salir. El padre del joven que le había ayudado a convencer a los colonos se detuvo un instante en la puerta de la cabina y le puso una mano en el hombro por encima del asiento.

—¿Salvarán a mi hijo y los otros, ¿verdad?

Chistes recordó que la madre del chico le había llamado Alvar.

—No se preocupe, señor. Regresaremos con Alvar y el resto de su gente. —*O no regresaremos ninguno,* pensó para sí.

El hombre asintió y se marchó a toda prisa sin decir nada más. Chistes respiró profundamente y volvió a elevarse sobre la cubierta, comprobando con el rabillo de ojo que las lanzaderas de Lince y de Ángel la seguían. *Ojalá Alvar haya podido convencer a los que faltan.*

[Grupo de Interceptores TIE]

Llamarada vio a los transportes saliendo por segunda vez de la fragata.

Iceberg y Sombra se habían unido a Víbora y a ella, preparados para repetir la operación. *Ya vamos por la mitad*. Ese pensamiento debería haberle infundido tranquilidad, pero no era así. Mientras esperaba a que las tres naves llegaran a su altura, no dejaba de preguntarse cómo era posible que los imperiales se hubieran tragado sin más lo que les había contado Rammes. El sargento lo había hecho de maravilla, pero aun así le resultaba del todo increíble. En el fondo, Llamarada no había creído que llegaran a efectuar el segundo viaje al planetoide, y todas sus esperanzas se habían centrado en poder sacar de allí al menos a la mitad de los colonos. *A estas alturas, ya tendríamos que estar abriéndonos a tiros una ruta de escape*. Llamarada sacudió la cabeza. Había algo muy extraño en Avalancha desde que se había despertado del coma. Casi no parecía la misma. Tan pragmática como siempre había sido, tan poco dada a creer en milagros ni a mostrarse excesivamente confiada con nada, su vieja amiga parecía estar convencida de que este plan descabellado iba a dar resultado. *Y yo que pensé que era yo la optimista del grupo*. Lo más asombroso de todo era que el plan *sí* que estaba funcionando.

—Hasta ahora… —murmuró la piloto entre dientes.

—Duende Tres y Cuatro, manteneos junto a Ballard Dos y las lanzaderas —escuchó ordenar a Víbora.

—Sí, señor. —Iceberg y Sombra rompieron la formación y se colocaron a ambos lados del trío de transportes, exactamente igual que habían hecho media hora antes. Llamarada echó un vistazo a su alrededor. Además de los dos destructores estelares, había muchas otras naves allí, incluyendo fragatas Nebulon-B como la *Vigilante,* corbetas rápidas corelianas, y un par de portanaves de escolta. Llamarada esperaba que estos últimos hubieran venido prácticamente de vacío, con el fin de servir de plataforma de aterrizaje y despegue para los transportes ligeros que habían llevado a cabo la evacuación del contingente imperial en KS-31. Si en lugar de eso iban cargados de cazas sería ya lo que les faltaba. Llamarada sacudió la cabeza y dejó de hacer cálculos mentales de fuerzas

enemigas. Para lo único que servía eso era para aumentar la ansiedad que ya de por sí sentía. Daba igual veinte que treinta.

Estaba claro que no iba a ser nada fácil salir del sistema si tenían que hacerlo por las bravas. *A lo mejor no nos hace falta. A lo mejor podemos irnos tan tranquilamente como hemos llegado*. Llamarada no terminaba de creérselo, a pesar de que la idea de hacer esto prácticamente se le había ocurrido a ella.

Siguiendo un reflejo adquirido desde que empezó a pilotar cazas estelares para la Alianza, hizo amago de verificar los indicadores de carga de los escudos, antes de acordarse de que estaba en un Interceptor TIE. No tenía ningún escudo en absoluto.

¡Hay que ver lo que echo de menos mi ala-A!

[Destructor estelar *Senderis*. Sala de reuniones del escuadrón Delta de Interceptores TIE]

Para su propia sorpresa, el teniente Hagger, Delta Uno, había descubierto que no estaba lo bastante cansado como para dormirse. Había decidido pasarse por la sala de reuniones para charlar un rato con alguno de sus compañeros, pero había encontrado la sala vacía. Al parecer, todos los pilotos que no estaban en vuelo estaban descansando en sus camarotes. Hagger se acercó al dispensador y se sirvió una taza de café sintetizado. Al probarlo, y pese a la costumbre, no pudo evitar un gesto de disgusto.

—Esta porquería causa más bajas que todos los pilotos rebeldes juntos, estoy seguro —murmuró para sí mirando fijamente la substancia negra humeante—. Sin mencionar que seguramente tiene la culpa de que esté aquí despierto cuando todos los demás están durmiendo…

El piloto se acercó a una terminal de ordenador. Se le ocurrió que podría matar un poco el tiempo probando alguno de los últimos juegos. Se sentó ante la pantalla y pidió un listado de las novedades del mes. Al hacerlo tomó otro sorbo del café y casi le dieron ganas de escupirlo.

—Ah, mira que cada vez me sabe peor, pero no puedo dejar de tomarlo, maldita sea… Me pregunto si el piloto de ese transporte decía en serio lo de que se estaba tomando un café coreliano.

Parecía un tipo agradable. Hagger esperaba que tuviera ocasión de pasarse por el *Senderis* y así hacer realidad la invitación que le había prometido.

—Y si fuera verdad lo del café, a lo mejor podría pedirle que me consiguiera un par de bolsas… —Al pensar en ello, Hagger se dio cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaba el tipo, pero eso no era nada que no pudiera resolverse con la ayuda de la computadora. Cerró la interfaz de acceso a los juegos y accedió a los servicios de información generales del *Senderis*. Tras obtener autorización para entrar en el sistema presionando la palma de la mano derecha sobre el lector adjunto a la consola, Hagger introdujo una solicitud de búsqueda de datos acerca de un transporte identificado como Ballard Dos. Casi de inmediato los datos aparecieron en la pantalla. Transporte de tropas

de asalto, clase Delta Dx9, dimensiones, peso, velocidades máxima y de crucero, capacidad de carga, armamento instalado… Hagger no necesitaba ese tipo de información.

Las especificaciones técnicas se las sabía de memoria. Acercó el dedo índice a la pantalla para seleccionar los datos particulares de servicio. Ala de transporte Ballard, base principal en la Plataforma Espacial ISP-51H, sistema Gyndine.

Las unidades Uno a Seis se encontraban temporalmente asignadas a las instalaciones de KS-31. Tres de ellos habían sido destruidos recientemente durante un ataque rebelde. Hagger hizo una mueca. Ojalá el *Senderis* hubiera estado allí. Seguro que los rebeldes se habrían llevado un buen susto. Requirió información específica sobre Ballard Dos, últimos vuelos y pilotos. Aquí estaba.

La última misión almacenada en el sistema era un vuelo entre KS-31 y el sistema Thoriam. El piloto asignado para esa misión era el sargento Iskaias Sehard. Al fin lo que quería saber. *Iskaias, vaya nombre chocante*. Hagger cerró el archivo correspondiente a Ballard Dos y utilizó el enlace a la base de datos de personal de la Armada. La ficha incluía, como era habitual, un holograma a tamaño reducido del rostro del piloto. El sargento Sehard era un varón de treinta años, pelo negro, ojos marrones y ningún rasgo notable aparte del bigote pasado de moda. Hagger no se lo había imaginado de ese modo, pero eso pasaba siempre cuando conocías a alguien sólo por su voz. Picado por la curiosidad, empezó a leer el archivo. Los breves datos biográficos no contenían nada interesante. Lugar de nacimiento, nombre y profesión de los padres, y cosas por el estilo. Hagger estaba a punto de cerrar este archivo también, ligeramente decepcionado, cuando descubrió que había un anexo a la ficha. Hagger comprobó que era muy reciente. Tan sólo hacía una hora y media que lo habían escrito. El sargento Sehard estaba citado a bordo de la fragata médica *Mountrill* para un chequeo rutinario, junto a otros pilotos y personal técnico del ala Ballard desplazados a KS-31. Estaba previsto que luego viajaran directamente desde la *Mountrill* hasta su base permanente en Gyndine. Hagger no se había presentado. Aquello era un poco raro. ¿Cómo podían estar esperándolo para un chequeo en la *Mountrill* si le habían asignado una misión? Hagger se encogió de hombros. Seguramente andaban cortos de pilotos tras el ataque rebelde, y Sehard o su oficial superior se habían olvidado de cancelar la cita con los servicios médicos.

Hagger se recostó sobre el asiento mirando la pantalla, sin saber muy bien en qué ocupar el tiempo aparte de seguir matándose a cafés. Su grupo ya no tenía más vuelos programados de momento. El *Senderis* y el *Disuasor* habrían terminado aquí dentro de un rato, y después de eso la flota tenía previsto reunirse en torno a Kessel, antes del volver hacia el Anillo Medio. Muchos pilotos se sentían tan frustrados como él por no ser enviados de patrulla al Anillo Exterior, donde las oportunidades de entablar combate con los rebeldes eran mucho mayores. Así no había manera de ascender. Eso le hizo volver a pensar de nuevo en Sehard. Su grupo había perdido tres transportes en el ataque… Los Delta Dx-9 llevaban torpedos de protones. No sería tan extraño que hubieran participado en la lucha. Si eso era así, el sargento Sehard podría tener un montón de cosas que

contarle. Sintiéndose de nuevo interesado en el tema, se decidió a echar vistazo a la lista de bajas recientes en el ala Ballard.

Pensó que aquello podría ser información restringida, pero no era así. Al ver los resultados de la búsqueda frunció el ceño. Ni un solo muerto o herido en el último año . *Pero si habían perdido tres naves…* La siguiente consulta confirmó sus sospechas. Las tres habían sido destruidas en tierra, dentro de uno de los dos hangares asignados al ala de transporte, el cual fue alcanzado por el enemigo. Es decir, no andaban cortos de pilotos, sino que tenían más de los que necesitaban. *¿Entonces por qué no mandaron a otro a llevarse las piezas, si Sehard tenía una revisión médica?* Hagger se puso tenso. Presentía que allí había rancor encerrado.

El piloto tomó otro sorbo de café, pero esta vez ni siquiera notó el sabor.

Tenía que saber más. Decidió probar un acercamiento diferente e intentó encontrar algo sobre la plataforma espacial de Industrias Sienar en Thoriam, el supuesto destino de Ballard Dos en su penúltima misión. Ahora casi toda la información sí que estaba reservada. Hagger no tenía los privilegios de acceso necesarios para hacer consultas sobre una de las empresas que más equipamiento militar le suministraba al Imperio, y sin duda una de las que estaban involucradas en mayor número de proyectos ultrasecretos. *Como lo del nuevo caza, por ejemplo*. Por aquí se había topado con un callejón sin salida. No tendría más remedio que utilizar un camino más lento para enterarse de lo que quería saber. Volviendo al menú principal de consulta, lanzó una nueva búsqueda general en el banco de datos de la Armada Imperial acerca del transporte Ballard Dos, esta vez explorando no sólo en los títulos de informes y fichas, sino también dentro de los contenidos. El programa le informó que su consulta podría llevar varios minutos y le pidió confirmación.

Hagger puso el dedo sobre la opción de aceptar. No le importaba tener que esperar un rato. Una vez puesto en marcha su instinto de cazador, esperaría horas si hacía falta.

[Superficie del planetoide KS-31, cerca de la colonia agraria]

—Estamos haciendo el tonto —dijo Tol Finemar malhumorado. El veterano agricultor movía la cabeza de un lado a otro para reforzar sus palabras—. ¿Para qué iban a tomarse el trabajo de destruir todo el planetoide? No creo que el resto de la galaxia sepa siquiera que existimos. Mirad, dejar nuestras casas durante unas horas, pase. Nunca está de más ser precavidos. Hasta yo puedo entender eso. Pero ¿dejar KS-31? ¿A dónde se supone que vamos a ir? Mejor dicho aún, ¿a dónde se supone que nos van a llevar esos supuestos rebeldes? No quiero salir de la sartén para lanzarme directamente al fuego.

Varios de los colonos asintieron, dándole la razón a Finemar. Muchos compartían al menos parte de sus dudas. Alvar Parix se había pasado la última media hora intentando convencerles de que el peligro era real, pero después de todo no era más que un

muchacho. Todos le apreciaban, pero de ahí a seguirle a todas partes había una gran diferencia. El sonido de los motores de las tres naves interrumpió la discusión.

—¿A qué están esperando? —preguntó Ángel a través del intercomunicador.

Salvo los que se habían quedado fuera la vez anterior, el resto de los colonos no parecía tener la menor intención de subir a las naves.

—Iré a ver —dijo Chistes poniéndose la mascarilla respiratoria. Les quedaban exactamente veintiún minutos, suponiendo que a los imperiales no les entrasen las prisas y empezaran antes de tiempo. Tomando como referencia el viaje anterior, Chistes calculaba que les harían falta cinco minutos para abandonar la atmósfera, y otros diez más yendo a la máxima velocidad para poner una distancia segura entre ellos y el planetoide. En veinte minutos podrían alcanzar la fragata, o al menos una posición desde la que les fuera posible saltar al hiperespacio por su cuenta, pero para eso tendrían que haberse puesto a salvo primero. Es decir, si no despegaban en menos de seis minutos, no lo contarían.

[Destructor estelar Senderis. Sala de Misiones del escuadrón Delta]

Los resultados de la búsqueda empezaron a llenar la pantalla. Hagger fue saltando de una página a otra en busca de algo que le llamara la atención.

Llegó al final sin encontrar nada. Ordenó los registros cronológicamente, empezando por el más reciente, y empezó a leerlos uno a uno. Encontró lo que buscaba en el cuarto que comprobó. Se trataba de un informe enviado por un navío de carga militar clase Tonda II, el *Devaner*, justificando un retraso en su plan de vuelo. Llevaban cinco horas esperando al transporte Ballard Dos en el punto de reunión en el sistema Lystra. Ballard Dos debía entregarles un cargamento de componentes, en concreto toberas de dirección y paneles de refrigeración. Hagger se acordaba de que eso era exactamente lo que llevaba el transporte, pero al parecer alguien había cambiado el destino horas antes de la salida, y nadie había informado del cambio al *Devaner*. El piloto verificó los últimos accesos a la tabla de planes de vuelo del ala Ballard desde KS-31.

Todos estaban firmados por un tal teniente Fender, jefe del destacamento.

Hagger solicitó ver todos los campos disponibles para cada registro, aparte de los incluidos por defecto. Entre las nuevas columnas que aparecieron sobre la pantalla, aparecía el identificador del usuario que había realizado cada una de las operaciones. Todas habían sido ejecutadas por l352fender, que no podía ser otro que el teniente Fender. No, todas menos una, grabada por el usuario au212admin. Hagger no era un experto informático, pero aquello parecía un usuario de administración del propio sistema. Ésa no era una prueba definitiva, pero Hagger estaba ahora seguro de que los datos habían sido manipulados.

Aquello tenía sentido. Si Sehard hubiera llegado a tiempo a su cita con el *Devaner* en Lystra hacía casi seis horas, habría podido regresar a tiempo para su chequeo médico a bordo de la *Mountrill*.

Si era realmente Sehard quien pilotaba el transporte Ballard Dos, desde luego no estaba actuando bajo las órdenes de su oficial superior, el teniente Fender. Además, el propio Sehard o bien alguien que trabajaba con él se había tomado muchas molestias para cubrir sus huellas en la base de datos de la Armada.

Hagger pidió una línea de comunicaciones con el puente.

—Aquí el teniente Hagger, del escuadrón Delta. Necesito hablar con el capitán de navío Perdiggo.

[Hangar principal de la Vigilante]

Algo estaba pasando en esa nave. Avalancha no podía saber de qué se trataba exactamente, pero por lo que podía percibir en la mente del capitán y de los que se encontraban a su alrededor, la tensión en el puente de mando acababa de incrementarse sensiblemente. Avalancha se alarmó. ¿Significaría eso que los imperiales habían descubierto algo y que todo el plan estaba a punto de estallarles en la cara? Seguramente, los transportes estaban ya despegando o a punto de hacerlo, y volverían a estar en el espacio en cuestión de minutos . *Necesitamos un poco más de tiempo, sólo un poco más, por favor…*

Los colonos que quedan en el planetoide, dijo Joan en su mente. *Tus pilotos están teniendo problemas con ellos*.

¿Problemas, qué clase de problemas?

No consiguen hacerles subir a las naves. Tienes que hacer algo.

Maldita sea. Avalancha necesitaba saber qué estaba pasando exactamente allá abajo, pero no podía comunicarse con el grupo de Chistes sin alertar a los imperiales. Apartándose de los capitanes de los destructores estelares, Avalancha dirigió sus sentidos hacia el planetoide, en busca de una mente que le fuera familiar. La distancia era mayor, pero la tarea era mucho más fácil que la de localizar a un desconocido en una nave tripulada por miles de personas.

No tardó en sentir a Chistes, y lo primero que percibió de ella fue su angustia.

La piloto estaba muy nerviosa, al igual que los que la rodeaban. Discutían.

Avalancha trató de abarcar a todos los colonos y empujarles a hacer caso a Chistes, pero se encontró con una gran resistencia. Tenía la sensación de estar nadando contra corriente, y se estaba ahogando. Eso no le había sucedido mientras manipulaba a esos dos capitanes, aunque tampoco aquello le había resultado fácil. *Estoy haciendo algo mal*. Avalancha recordaba haber convencido a miles de personas a la vez para que ignoraran las señales de aviso de sus instrumentos, justo antes de atacar a la flota bretaliana en Alderaán. Era Joan quien lo había hecho, pero Avalancha lo sentía como si hubiese sido

ella misma. Ahora trataba de repetirlo con todas sus fuerzas, pero estaba fallando sin remedio.

¡No puedo, no puedo, no puedo!

Efectivamente, no puedes obligar a todos ellos a actuar contra su voluntad.

Sólo desde el Lado Oscuro se puede hacer algo semejante. Pero recuerda que sí que puedes reforzar algo que ya esté ahí. Es lo mismo que acabas de hacer con los capitanes de esas naves.

Avalancha intentó hacer lo que Joan le sugería, pero era incapaz de encontrar nada a lo que agarrarse. El nerviosismo de Chistes la estaba alcanzando también a ella. Los transportes tenían que despegar inmediatamente. Dos minutos más y ya no tendrían ninguna posibilidad de escapar. Los colonos no se dejaban convencer y, a pesar de sus esfuerzos, Avalancha no conseguía ayudar a Chistes en modo alguno. No tenía más remedio que rendirse, pero no iba a dejar que sus pilotos murieran con los testarudos colonos.

¡Sal de ahí, Chistes! ¡Ahora!

El súbito pensamiento sobresaltó a la piloto porque no parecía venir de ella misma. Y sin embargo era la verdad. Por los auriculares del casco, que esta vez se había dejado puesto, escuchaba la voz de Lince mientras le iba marcando el paso del tiempo. Su compañera parecía cada vez más intranquila, y no le faltaba razón. Alvar y ella ya habían perdido más de cuatro minutos discutiendo sin resultado. Chistes agarró a Alvar del brazo.

—Ya basta, Alvar. Tenemos que irnos ahora mismo. —Chistes se puso en marcha sin dejar de tirar del joven—. ¡Lince, Ángel, nos vamos! ¡Éstos se quedan aquí!

Los colonos que aún se empeñaban en no subir a los transportes, liderados por Tol Finemar, se miraron entre sí al oír la orden chillada por la piloto. Casi todos aquellos que tenían familiares que se habían ido en el primer viaje, estaban ya a bordo de alguna de las tres naves.

—¿Y si es verdad lo que dicen? —preguntó uno de los que rodeaban a Finemar.

Avalancha lo sintió. La inseguridad y el miedo empezaban a cebarse con los colonos que estaban a punto de ser dejados atrás. Eso era lo que estaba buscando. Sí, otra vez el miedo. El miedo era la única cosa que podría obligarles a moverse, si es que ella podía hacer que fuera lo suficientemente intenso.

Vais a morir, vais a morir, vais a morir…

El hombre que acababa de hablar y dos más echaron a correr como si de pronto les quemara el suelo bajo sus pies. El sonido de los motores de las naves se hizo más fuerte al tiempo que empezaban a elevarse sobre el suelo, provocando un remolino de polvo y arena. La veintena de colonos que aún no se habían decidido lo hicieron cuando vieron al propio Tol Finemar trotando hacia las naves sin parar de agitar los brazos.

—¡Eh, Chistes, espera! —exclamó Ángel. Al mirar a través del visor delantero, Chistes vio venir a los colonos que corrían. Les quedaba menos de un minuto.

—Sí que se han decidido con el tiempo justo —dijo entre dientes—. Ángel, Lince, id delante. Yo soy la que tengo más espacio. Alvar, ayúdales a subir. —La piloto volvió a abrir la rampa trasera e hizo avanzar el transporte a medio metro del suelo en dirección a los colonos, contando los segundos en voz alta.

—Uno, dos, tres…

—¡Todos dentro! —chilló Alvar cuando Chistes alcanzaba ya el número treinta.

—¡Pues dile a todo el mundo que se agarren donde puedan!

Chistes empujó la palanca de potencia hasta el fondo y lanzó el Delta Dx9 en persecución de las lanzaderas. A pesar del compensador inercial y de la limitada gravedad del planetoide, se sintió aplastada contra el asiento, mientras los músculos de la cara pugnaban por ponérsele a la altura de las orejas. En el compartimento de carga, más de uno de sus pasajeros iba a vomitar hasta las bilis. *Bien merecido se lo tienen…* Al alcanzar las capas altas de la atmósfera las estrellas se hicieron visibles. Los dos destructores imperiales estaban emparejándose casi justo enfrente de ella, preparándose para abrir fuego.

Esto está a punto de convertirse en un infierno.

[Grupo de Interceptores TIE]

Iceberg fue el primero en verlos venir. No pudo evitar soltar un suspiro de alivio cuando los tres puntos rojos aparecieron sobre su pantalla sensora delantera. Chistes se había quedado un poco rezagada, no obstante, y eso le preocupó. No estaba muy seguro de cómo pensaban los imperiales volar el planeta, a no ser que se guardaran en la manga un súper-láser como el montado a bordo de la Estrella de la Muerte, pero si realmente conseguían hacerlo estallar, la onda expansiva podría alcanzar bastantes kilómetros. Nada que estuviera entre los destructores estelares y el planetoide estaría a salvo.

—Rumbo de interceptación, Duende Cuatro. —El caza de Sombra imitó su maniobra y juntos giraron hacia las dos lanzaderas que se aproximaban. El *Senderis* y el *Disuasor* estaban ya en posición, listos para empezar a disparar en cualquier momento. *Cuando antes nos quitemos de en medio mejo* r.

A través de los auriculares escuchó a Sombra carraspear insistentemente, como si quisiera decirle algo. Iceberg vio enseguida de qué se trataba. Tenía cuatro señales en su

pantalla sensora trasera, indicando otros tantos Interceptores TIE aproximándose desde el *Senderis*.

Cuatro, pensó. *No pueden ser Víbora y Llamarada…*

El dispositivo de identificación amigo-enemigo del caza le dijo lo que quería saber. Esas naves pertenecían al escuadrón Delta. La mirada de Iceberg se posó sobre el indicador de amenaza. No parpadeaba. *Si no vienen a por nosotros…*

…van a por los transportes!!!

[Hangar principal de la *Vigilante*]

Avalancha devolvió su atención a los puentes de los destructores estelares, buscando restablecer el contacto con las mentes de sus capitanes. Para cuando lo consiguió, supo que las cosas acababan de torcerse. No tenía sentido intentar obligar a los capitanes de los destructores a cambiar de idea.

Acababa de comprobar con los colonos que ni siquiera con el apoyo de Joan podía llegar tan lejos. La voz de Rammes se oyó a través del intercomunicador para confirmarle lo que ya sabía.

—Comandante, aquí Rammes. Tenemos problemas. El *Senderis* acaba de enviar cazas a inspeccionar nuestras naves. En este mismo momento están intentando contactar con nosotros, y es fácil imaginar que esta vez no van a ser tan cordiales…

Es el momento, Sherry.

—Lo sé —respondió Avalancha en voz alta.

—¿Comandante?

—Ya conocéis todos el plan. ¡Todos los cazas, lanzamiento!

Capítulo II

[Puente del destructor estelar *Senderis*]

El capitán de navío Perdiggo trataba de que su agitación no fuera percibida por sus subordinados. Tan pronto como el teniente Hagger le había informado de sus descubrimientos, había ordenado que las lanzaderas enviadas por la *Vigilante*, y muy particularmente el transporte Ballard Dos, fueran interceptados e inspeccionados. De paso había pedido que volvieran a abrirle una línea de comunicaciones con el capitán de la fragata. Los pilotos de los cazas TIE tenían instrucciones precisas de derribar sin contemplaciones al Delta Dx9 y a las dos lanzaderas si se negaban a seguirles hasta el *Senderis*. Si el piloto de Ballard Dos era un impostor, como Hagger le había hecho suponer, era casi seguro que la *Vigilante* tampoco estaba aquí siguiendo órdenes de Darth Vader. Al parecer el capitán Legann tenía razón. Perdiggo se sentía enojado consigo mismo, incapaz de entender cómo el miedo que le tenía a Vader lo había empujado a aceptar las palabras del tal capitán Keller con tanta facilidad.

No permitiría que volviera a sucederle. Lo que tenía que averiguar ahora, y seguro que lo haría, es a quién obedecían Keller y el piloto de Ballard Dos.

Sabía muy poco de lo que se estaba construyendo realmente en KS-31, pero lo que sí sabía es que el Gran Almirante Thrawn, el *Alienígena*, estaba detrás de ello. Había oído rumores de que el Gran Almirante Zaarin, su máximo rival, estaba intentando hacerse con el control de parte de la flota, con la connivencia de algunos sectores de Inteligencia Imperial. Perdiggo se preguntaba a menudo a sí mismo cómo pensaba el Emperador que iban a eliminar a la Rebelión, si antes no se terminaba de una vez por todas con las conspiraciones en el propio seno del Imperio. Aunque la sola idea le daba escalofríos, no podía evitar pensar que si fuera el propio Darth Vader y no Palpatine el que ocupara el trono, las cosas serían muy diferentes.

Perdiggo hizo un gesto de fastidio. Estaba empezando a cansarse de esperar a que le pusieran con Keller. Con gesto malhumorado, se acercó al oficial de comunicaciones, aparentemente enfrascado en su consola.

—No contestan, señor —dijo el oficial al verlo venir.

—Ya. No sé si debería sorprenderme. Haga que… —el oficial de comunicaciones dio un bote en su asiento. La voz del supuesto capitán Keller, saliendo de su consola, se dejó oír con fuerza en todo el puente. El mensaje era tal que hizo que Perdiggo dejara momentáneamente de lado sus sospechas para concentrarse en la urgencia que se le presentaba.

—¡A todas las naves, aquí la *Vigilante*! ¡Varios cazas rebeldes acaban de entrar en el sistema, la mayoría del modelo ala-B!

—Confirmado, señor —informó el oficial encargado de los sensores.

—Acabamos de detectarlos también nosotros.

Perdiggo frunció el ceño, considerando la situación. Desde que se produjeran los primeros encuentros con cazabombarderos de ese tipo, los capitanes de todas las naves

capitales imperiales habían sido aleccionados para no despreciar la amenaza que suponían. Con los doce torpedos de protones que podía cargar cada uno de ellos, y su reconocida capacidad para soportar grandes daños y seguir volando, un puñado de alas-B podría llegar a poner fuera de combate a un destructor estelar si se les daba la oportunidad de hacerlo. Perdiggo no estaba dispuesto a consentir que se acercaran a sus naves.

—¡Que todos nuestros cazas intercepten a las naves rebeldes! ¡Concéntrese en los alas-B! —*Más tarde nos ocuparemos de Keller y la Vigilante.*

[En las proximidades de la *Vigilante*]

Víbora escuchó la voz de Rammes por canal abierto avisando de la presencia de naves rebeldes en el sistema y maldijo entre dientes. Eso sólo podía significar que estaban a punto de ser descubiertos. Sus compañeros de escuadrón iban a intentar crear una distracción, con el fin de mantener a los imperiales apartados de la fragata y de los transportes, pero Víbora no se hacía ilusiones. La cosa iba a ponerse fea.

—Aquí Duende Uno —transmitió Víbora, sabiendo que estaba siendo escuchado por los controladores de vuelo imperiales—, somos los que más cerca estamos de los rebeldes, así que vamos a encargarnos de ellos.

—Entendido, Duende Uno —respondió Iceberg—. Duende Cuatro y yo vamos hacia vosotros. —Víbora sabía que Iceberg y Sombra no tenían más remedio que obedecer la orden si no querían arriesgarse a levantar sospechas, *cosa que de hecho tiene que estar ya sucediendo*. Chistes, Ángel y Lince tendrían que quedarse solas, e intentar aprovechar la confusión para salir de allí cuanto antes.

—*Vigilante*, aquí Duende Uno —continuó Víbora según el guión establecido.

—Solicito lanzamiento inmediato del resto del escuadrón Duende.

—Duende Uno, aquí la *Vigilante*. —Esa no era la voz de Rammes, sino la de uno de los técnicos del hangar, haciendo el papel de controlador de vuelo.

—Negativo, los refuerzos tendrán que esperar. Tenemos una avería en la catapulta de lanzamiento, aunque los técnicos ya están en ello.

—Entendido, *Vigilante*. Duende Uno fuera . *—Si tan sólo nos dejaran intentarlo a nosotros solos por un rato…* pensó Víbora para sí.

—Duende Uno, aquí el *Senderis*. Ya hemos enviado a dos escuadrones en su apoyo.

Era demasiado esperar.

—Gracias *Senderis*, pero mis hombres y yo podemos hacerlo sin ayuda.

—Repítame eso cuando hayan derribado ya a los rebeldes, Duende Uno. *Senderis* fuera.

No se perdía nada por probar. Tras comprobar que Llamarada le seguía de cerca, Víbora aceleró en dirección a los cazas del escuadrón Blanco. Según el plan de contingencia que tenían previsto para esta situación, los cuatro Interceptores tendrían que

intentar ganar tiempo persiguiendo a sus compañeros y simulando que intentaban derribarlos, aunque lo que en realidad estarían haciendo sería cubrirles las espaldas. La cuestión era cuánto tardarían los pilotos imperiales en cansarse de esperar a que los Duendes afinaran la puntería antes de decidirse a actuar por sí mismos.

Avalancha se sintió rara a los mandos del ala-B, y eso le sorprendió. Llevaba meses volando y combatiendo en el cazabombardero de Slayn-Korpil, y seguramente estaba entre los pilotos que mejor lo dominaban, pero las respuestas del cazabombardero a sus acciones le resultaban extrañas, casi como si fuera la primera vez que lo pilotaba. Enseguida se dio cuenta de la razón. Se había acostumbrado al MF-21 *Cantante. Te has convertido en una experta en un caza que nadie pilota desde hace ochocientos años*, escuchó decir a Joan. Avalancha sentía su presencia cerca, muy cerca, como si se encontrase sentada a su lado. *Verás como te gusta el ala-B,* le respondió en con el pensamiento. *Es un poco más lento y bastante menos maniobrable, pero está increíblemente bien armado y tiene los mejores generadores de escudos que se hayan instalado jamás en un caza. Ésa es una ventaja que tú nunca tuviste.*

La mayor ventaja es la Fuerza, Sherry. Que sea ella quien te acompañe.

Gracias, Joan. Nos va a hacer falta a todos…

Durante la última hora, Avalancha había estado observando a ratos la flota imperial, decidiendo qué naves deberían escoger como blancos si se veían obligados a hacer lo que estaban haciendo ahora. Debían encontrarse lo suficientemente lejos de la *Vigilante* como para no ponerla en peligro, pero lo bastante cerca para que los cuatro Interceptores pudieran regresar a ella antes de que saltara al hiperespacio. Antes de salir ya había decidido ignorar tanto a los destructores —sería un suicidio atacarlos con tan pocos cazas— como a los dos portanaves de escolta, que estaban demasiado cerca. En la memoria del ordenador de a bordo de su nave tenía preseleccionadas a dos Nebulon-B que se encontraban prácticamente equidistantes respecto a la *Vigilante*. Un rápido vistazo le confirmó que las dos fragatas seguían siendo la mejor opción, así que transmitió los datos a los otros tres alas-B.

—Granito y Alce, tenéis el blanco número Uno. Coloso, tú sígueme a por el número Dos. Psico, haz lo que puedas por cubrir a los transportes, pero intenta que no se note que es eso lo que estás haciendo.

Los cuatro pilotos aceptaron las órdenes y rompieron la formación.

[Destructor estelar *Senderis*, catapulta de lanzamiento de cazas TIE número dos]

—Delta Uno solicitando lanzamiento inmediato —transmitió el teniente Hagger desde la cabina de su Interceptor. Tras hablar con el capitán de navío Perdiggo, Hagger se

había apresurado a despertar a sus compañeros de patrulla y había acudido con ellos al hangar. Había comprobado con no poca satisfacción que sus cazas se encontraban repostados y listos para el despegue.

—Afirmativo, Delta Uno. Lanzamiento en treinta segundos. Las órdenes para su grupo son interceptar al transporte Ballard Dos y a las dos lanzaderas de la *Vigilante*, y traerlos aquí para ser interrogados.

—Creí que ya habían enviado a otra patrulla a hacer eso.

—Así es, pero se les ha ordenado regresar y enfrentarse a los cazas rebeldes.

También podíamos haber hecho eso nosotros, pensó Hagger con fastidio.

—Copiado, Control. Delta Uno fuera.

Al entrar en el hangar se habían activado las alarmas, y todos habían escuchado por la megafonía el aviso de que había cazas enemigos en la zona.

Hagger esperaba haber tenido la oportunidad de verse las caras con ellos, pero en lugar de eso le enviaban a pescar transportes. Al considerar lo que eso implicaba, descubrió que la misión no le disgustaba tanto. Su grupo y él habían interceptado dos veces a ese Dx9. Era de cierta justicia que fueran también ellos los que lo hicieran por tercera vez, aunque en esta ocasión las cosas iban a ser diferentes. Si los pilotos de los transportes, y muy especial el de Ballard Dos, les ponían la más mínima pega, tendrían permiso para apretar el gatillo.

Tenía unas ganas locas de hacerle pasar un mal rato a Sehard o a quienquiera que estuviera a bordo de esa nave. No había nada que Hagger odiara más que el que alguien intentara tomarle el pelo, y al parecer eso es lo que había hecho ese tipo no una vez, sino dos. Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando la catapulta lanzó a su caza hacia el espacio como si fuera un misil. Durante un instante sintió una familiar sensación de náusea a causa de la violenta aceleración, mitigada sólo a medias por el compensador inercial del caza. Pero el malestar pasó enseguida. Hagger viró hacia KS-31, directo hacia la señal que indicaba la posición de Ballard Dos en su pantalla sensora delantera.

Capítulo III

[A bordo del transporte Ballard Dos]

Chistes estaba preparada para comenzar a realizar maniobras evasivas en cualquier momento. De los cuatro Interceptores TIE que se dirigían hacia ellas, dos venían directos hacia su nave. Llegado el caso, quizás Iceberg y Sombra podrían proteger a las lanzaderas, pero ella estaría sola. Le había sido imposible alcanzar a sus compañeras. Los Interceptores enemigos estaban a menos de diez kilómetros de ella cuando se escuchó el aviso del sargento Rammes. Instantes después, tanto Iceberg y Sombra como los cuatro imperiales se habían dado la vuelta. Chistes no sabía si alegrarse o no. Por un lado contaba con un momentáneo respiro, pero por otro, si Avalancha se había visto obligada a ordenar la salida de los cazas significaba que los imperiales estaban a un paso de descubrir lo que estaba pasando allí delante de sus narices.

La piloto abrió una frecuencia privada con las lanzaderas de Lince y Ángel.

Eso suponía correr el riesgo de que la transmisión fuera captada por los imperiales, pero confiaba en que en estos momentos estuvieran demasiado ocupados persiguiendo a Avalancha y a los demás.

—Eh, chicas, parece que no vamos a poder alcanzar la fragata. Tendremos que saltar al hiperespacio por nuestra cuenta tan pronto como estemos lo bastante lejos del planetoide. —Alvar Parix la miró con preocupación desde el asiento del copiloto pero no dijo nada.

—Para eso tendremos que encontrar antes un camino entre todas esas naves… —respondió Ángel. Al consultar la computadora de vuelo, Chistes se dio cuenta de que su compañera estaba en lo cierto. Todas las rutas directas hasta los escasos puntos de salto estaban bloqueadas por naves imperiales. No tenían tiempo de dar un rodeo, y además eso supondría prácticamente anunciar que ya no se dirigían al encuentro de la *Vigilante*, sino que estaban intentando escapar.

—Esto no me gusta —escuchó decir a Lince.

—A mí tampoco, pero algo tenemos que hacer. De momento mantendremos el rumbo como si no pasara nada, y permaneceremos atentas a ver si con un poco de suerte se abre algún hueco.

—Si seguimos acercándonos hacia la fragata, para cuando queramos cambiar de rumbo ya será tarde.

—Esperad, puede que haya una salida —dijo Ángel—. Vector tres cero dos punto siete.

—Ya lo he comprobado y no puede ser —respondió Lince con rapidez—. Nos haría pasar muy cerca de uno de esos destructores.

¿Eran imaginaciones suyas, o la moral de Lince estaba empezando a hundirse? Era ella la que había estado junto a Avalancha cuando fue alcanzada, y ella misma estuvo a punto de ser derribada. Chistes la había estado observando las veces que coincidieron en la enfermería. Entonces le había parecido lógico el que estuviera tan trastornada. Después

de todo, la de la camilla podría haber sido ella. Un rato antes, mientras se encontraban todavía en la superficie de KS-31, le había parecido que Lince estaba aún más cerca de la histeria que ella, *y eso yo estaba a punto de tirarme de los pelos*.

Sí, Chistes tenía que admitir que llevaba al borde de sufrir un ataque de nervios desde que habían despegado de la *Vigilante* por primera vez, pero el darse cuenta de que una de sus compañeras podía estarlo pasando aún peor que ella le hizo serenarse de golpe.

—Tranquila, Lince —dijo mientras introducía el rumbo propuesto por Ángel en la computadora de vuelo. Efectivamente, suponía pasar casi pegadas al *Disuasor*, pero era la ruta más directa posible hacia el exterior del sistema y por tanto también la más rápida. Si sus compañeros mantenían entretenidos a los imperiales durante un rato más, podían llegar a conseguirlo—. Iremos un poco justas, pero podremos salir por ahí.

—No lo veo claro. No, nada claro. ¿Estás segura?

—Claro que sí —insistió, pensando en algo gracioso que decir para que Lince se relajara un poco—. En todo caso, si algo sale mal, acuérdate de que fue idea de Ángel.

—Gracias, Chistes —intervino la aludida—. Eres un encanto… —Al parecer Ángel se había dado cuenta de lo que pasaba y había decidido seguirle la corriente. Chistes aguzó el oído esperando oír aunque sólo fuera una risilla por parte de Lince, pero no escuchó nada. Por lo que veía en la pantalla sensora, ambas lanzaderas seguían volando juntas y tomando el rumbo acordado.

Vamos, Lince, pensó Chistes, *no te rompas ahora.*

Granito echó un vistazo hacia atrás por encima del hombro justo a tiempo de ver cómo un Interceptor TIE se ponía a su cola. Al verificar a toda prisa la señal de identificación amigo-enemigo enviada por el caza, respiró aliviado al comprobar que se trataba de Duende Dos, la nave pilotada por Llamarada. De repente vio pasar cuatro ráfagas láser a medio metro escaso por encima de su cabeza.

—¡La madre que…! ¡Espero que la rubita no se tome su papel demasiado en serio! —Sin esperar a que la piloto volviera a abrir fuego contra él, Granito empezó a maniobrar de forma evasiva, dando bandazos y realizando bruscos y aparentemente aleatorios cambios de dirección, pero sin salirse completamente de la ruta hacia la fragata que Avalancha les había marcado a Alce y a él como objetivo. Por nada del mundo quería Granito dejar de disparar contra ella los torpedos que tan amorosamente había preparado. Los disparos de Llamarada seguían barriendo el espacio, siempre una fracción de segundo después de que el ala-B de Granito hubiera cambiado de trayectoria. Con un poco de suerte, cualquier imperial que estuviera observando la persecución no pondría en duda que el piloto de Duende Dos estaba haciéndolo lo mejor que podía para derribar al caza rebelde.

Eso es, Granito, vuelve a moverte, pensó Llamarada disponiéndose a apretar de nuevo el gatillo. Esta vez uno de los disparos pasó rozando el estabilizador ventral del ala-B.

—Huy —murmuró la piloto entre dientes—, Tengo que tener más cuidado o me lo voy a cargar de verdad…

Alce movió el dial del selector de armamento a la posición de disparo de los torpedos de protones, y lo ajustó para que los dos lanzadores disparasen a la vez. En la pantalla principal de su panel de instrumentos aparecía la imagen de la fragata enemiga junto con los datos suministrados por la computadora de tiro. Los dígitos que indicaban la distancia al blanco disminuían rápidamente.

Muy pronto la tendrían a tiro, pero al parecer el capitán de la nave imperial ya se había dado cuenta de que iban a ser atacados. La Nebulon-B estaba virando para ponerse de proa hacia los cazas rebeldes, de forma que ofreciese el mínimo perfil como blanco, al mismo tiempo que mantenía buena parte de sus baterías láser en posición de disparar tanto contra los dos alas-B como contra cualquier proyectil que éstos le lanzasen. El punto más débil de la fragata, la estructura alargada que conectaba el castillo de proa y los hangares con la sección trasera, donde estaban montados los motores, quedaba oculta.

El indicador de amenaza de Alce estaba empezando a parpadear. Los artilleros de la fragata estaban tratando de obtener soluciones de disparo sobre ellos. En cuestión de segundos la fragata empezaría a lanzarles misiles de impacto. Una mirada a la pantalla sensora trasera le demostró que todo un escuadrón de cazas TIE, doce naves en total, venía en pos de Llamarada, preparados para «ayudarla».

—¿Qué opinas de la situación, Granito?

—Que nos lo vamos a pasar de miedo.

—Debí imaginarme que dirías algo así, caldaniano loco…

Volando en dirección opuesta a Llamarada, Víbora perseguía de cerca a los alas-B pilotados por Avalancha y Coloso. Su situación se presentaba aún más complicada que la del grupo atacando a la otra Nebulon-B. Ellos no sólo tendrían que tener ojos para la fragata y los cazas imperiales que tenían ya encima, Interceptores TIE idénticos al que él pilotaba, sino que tres corbetas rápidas de fabricación coreliana avanzaban a toda velocidad por delante de ellos, disponiéndose a cortarles el camino hacia su objetivo. La más cercana de las corbetas ya estaba empezando a disparar.

Si una de esas corbetas llega a alcanzarme con sus baterías, me convertiré en una bola de fuego en el acto…

Víbora disparó una ráfaga contra el ala-B de Coloso, poniendo el máximo cuidado en errar el blanco una vez más. Ahora volaba peligrosamente cerca de ellos, atacando, o simulando que atacaba, indistintamente a uno o al otro. El hecho de que se encontrara materialmente encima de los cazas rebeldes era seguramente lo único que retenía a los pilotos de los Interceptores para que no abrieran fuego, pues podrían derribarle a él.

—Duende Uno, aquí Épsilon Tres. ¡No le darías a un destructor estelar ni siquiera aunque estuvieras aparcado dentro!

—¿Es este el mismo fulano que decía que no necesitaban ayuda para derribar a los rebeldes?

—El mismo. ¿Quién le habrá puesto a los mandos de un Interceptor?

Estos tipos se están impacientando.

—Basta de cháchara, escuadrón Épsilon. Duende Uno, aquí Épsilon Uno. Quita de en medio y deja que los pilotos de verdad hagamos el trabajo. Muévete ya o te muevo yo a tiros.

Impacientándose mucho.

Psico estaba cada vez más convencido de que no iba a salir de ésta. Sin nadie que le cubriera las espaldas, el primer descuido que cometiera sería el último. El espía pilotaba el ala-A intentando estar en todas partes a la vez, disparando contra cada caza enemigo que se cruzaba en su punto de mira. En los primeros momentos había conseguido destruir a un Interceptor y a un caza TIE estándar, pero había más cada vez. Por fortuna para él, los pilotos imperiales parecían concentrados en perseguir a los alas-B, y eso le había permitido reducir distancias con los transportes. Mantenía a las tres naves permanentemente seleccionadas en la memoria del ordenador de vuelo y les echaba un vistazo cada vez que podía. De momento parecía como si los imperiales se hubieran olvidado de ellos, porque volaban libres de marca, cada vez más cerca de las naves capitales enemigas. La maniobra de distracción ideada por Avalancha parecía estar funcionando.

Hasta ahora, pensó Psico con cierto desaliento, al comprobar que el *Senderis* acababa de lanzar cuatro Interceptores TIE más y que iban directos hacia las lanzaderas. *Cubrirlos sin que se note. Me parece que no voy a poder evitar que se note.* Psico viró en persecución de los Interceptores, listo para disparar sobre ellos tan pronto como consiguiera acercarse lo suficiente. Los sensores del ala-A no tardaron en identificar al caza que volaba como líder. Al ver la signatura en la pantalla, no pudo evitar una exclamación de sorpresa.

—¡Mi viejo amigo Delta Uno!

Psico desvió toda la energía disponible a los motores, elevando la velocidad del ala-A casi un veinte por ciento, aunque fuera a costa de quedarse sin escudos. Aún permanecían activos, gracias a la potencia almacenada en los acumuladores, pero ésta iba decreciendo rápidamente. Lo peor era que había conseguido llamar la atención de varios cazas imperiales, los cuales intentaban ponerse a su cola. El ala-A los estaba dejando atrás poco a poco, pero aún estaba dentro del radio de alcance de sus armas. Psico vio como un disparo rebotaba en su estabilizador derecho, ennegreciendo la pintura a pesar de que la mayor parte del impacto había sido absorbida por los menguantes escudos.

Psico meneó la cabeza y concentró lo que le quedaba de protección en la parte trasera. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a hablar en voz alta con el caza.

—Aguanta, precioso. Por favor, aguanta…

Ángel fue la que dio la voz de alarma esta vez.

—¡Aquí vienen! ¡Otros cuatro *Bizcos*! —*Bizco* era el mote que los pilotos rebeldes le habían puesto al Interceptor TIE, del mismo modo que llamaban *Ojos* a los cazas del modelo estándar.

—¡Los veo! —gritó Lince. El nerviosismo que empapaba su voz dejó paso a una nota de esperanza cuando los sensores de su lanzadera identificaron a una quinta nave—. ¡Un ala-A les va persiguiendo!

Chistes tardó unos segundos más en tener lecturas de las naves que se les aproximaban. Cuando lo hizo exclamó en voz alta

—¡Ese es mi ala-A!

—¿Cuándo has tenido tú un ala-A? —preguntó Ángel.

—En realidad es el que suele pilotar Sombra, pero antes de que apareciera Psico yo me iba a encargar de volar con él, ¿recuerdas? Debe ser él quien lo pilota ahora.

—¿Ese tal Psico es amigo tuyo? —preguntó Alvar. Al mirarlo de reojo, Chistes comprobó que el muchacho estaba muy pálido, pero se esforzaba por mantener la compostura.

—Sí —le respondió—. Avisa ahí atrás que nos vamos a mover un poco…

[Puente del destructor estelar *Senderis*]

—Señor, tan sólo son cinco cazas —informó uno de los controladores de vuelo—. Cuatro alas-B y un ala-A.

—No puedo entender a los rebeldes —dijo Perdiggo sacudiendo la cabeza.

—Éste es un ataque suicida. En fin, nuestros cazas acabarán con ellos. Comunique con el *Disuasor*. Dígale al capitán de navío Legann que vamos a continuar con el plan previsto. Abrimos fuego en siete minutos.

—Sí, señor.

En ese momento entró en el puente el capitán Beroz, su segundo de a bordo. Seguramente se había despertado al oír las alarmas y había decidido volver allí por si era necesario. Perdiggo le invitó a reunirse con él con un gesto antes de volverse hacia el segundo controlador.

—¿Qué hay sobre Ballard Dos y las lanzaderas?

—Están a punto de ser interceptados, como usted ha pedido. El teniente Hagger va hacia ellos al mando de un vuelo de Interceptores TIE. Les hemos enviado a tres transportes con tropas de asalto para que los aborden si es preciso. Si se da el caso, pueden usar sus cañones de iones para desactivarlos.

—Muy bien —asintió Perdiggo complacido.

—Quizás el ataque rebelde tenga algo que ver con ese transporte —sugirió Beroz llegando a su lado.

—No descarto esa posibilidad en absoluto, capitán. Oficial, infórmenos tan pronto como sean capturados.

—Así lo haré, señor.

—Tampoco debemos olvidarnos de la Fragata *Vigilante* —continuó diciendo el capitán de navío—. Keller va a tener que darnos muchas explicaciones en cuanto esto termine.

—Sus cazas están ayudando en la lucha contra los rebeldes, señor —informó el controlador que había estado hablando con la fragata desde el principio.

—Insistían en que sus órdenes venían directamente de Lord Vader —dijo Beroz.

—Lo sé, también me lo han dicho a mí, pero lo cierto es que ya no me lo creo.

—Señor —volvió a intervenir el controlador de vuelo—. El controlador de la *Vigilante* me ha dicho que no se enteraron de que iban a recibir ayuda de Ballard Dos hasta el último momento, justo antes de saltar hacia aquí.

Perdiggo miró al oficial con suspicacia. No se había dado cuenta de que se había mantenido en contacto con la *Vigilante*, pero por otra parte, no le parecía mal que los hombres a su mando mostraran tener cierta iniciativa. Siempre que no se pasaran de listos.

—Mantenga un ojo puesto sobre ellos, oficial. No tenemos pruebas de momento, pero no me fío de ellos. Dígale a su amigo el controlador de la *Vigilante* —al oírle decir esto a su comandante, el oficial enrojeció levemente—, que también vamos a abordar a sus lanzaderas. Que el capitán Keller les ordene que cooperen, si no quiere empeorar las cosas.

—A la orden, señor.

Llamarada no tuvo más remedio que apartarse antes de que los Interceptores imperiales que llevaba a la cola terminaran disparando sobre ella para quitársela de delante. Le habían dado una oportunidad, pero no estaban dispuestos a seguir esperando a que derribara a los dos alas-B. Llamarada maniobró para permitirles el paso y contó mentalmente hasta diez.

Veamos cuántos puedo cargarme antes de que me pillen a mí, pensó para sí sintiéndose un tanto fatalista.

Alce frunció el ceño al sentir varios impactos en la parte trasera de su nave.

Resistiendo la tentación de mirar hacia atrás, compensó los escudos traseros con energía procedente de los delanteros y mantuvo el rumbo hacia el objetivo.

—Parece que Llamarada está empezando a apuntar mejor —comentó en voz alta.

—¡Ésa no ha sido Llamarada, cerebro de mynock! —le respondió Granito, dando muestra una vez más de su falta de respeto por los oficiales superiores.

Alce resopló, pero a pesar de todo le echó un rápido vistazo a la pantalla sensora trasera. Granito tenía razón. En ese momento, su indicador de amenaza empezó a parpadear en color rojo, al mismo tiempo que emitía una señal sonora de aviso.

—Tengo malas noticias, Granito, y no son que te voy a arrestar en cuanto volvamos. —El indicador dejó de parpadear y se quedó encendido de forma constante—. La fragata nos acaba de lanzar una andanada de misiles.

Llamarada apuntó al Interceptor más próximo y apretó el gatillo. Cuando la nave explotó la piloto ya estaba disparando contra un nuevo enemigo. Gritos y maldiciones se mezclaron en sus auriculares cuando los pilotos imperiales se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Cuatro de ellos rompieron la formación, una pareja hacia cada lado, abandonando la persecución de los cazabombarderos rebeldes para ocuparse de ella. Llamarada consiguió acabar con su segundo Interceptor, pero había perdido su ventaja inicial. El tercer imperial que trató de centrar en su punto de mira se evadió antes de que tuviera ocasión de dispararle. Dos de los cazas que se habían dado la vuelta ya estaban detrás de ella, secundados por sus dos compañeros. Dos más aparecieron de alguna parte y se aprestaron a ayudarles. *Seis, maldita sea*, pensó Llamarada con desesperación, *ni en el mejor de mis días podría esquivar a tantos*. La piloto lo intentó a pesar de todo, pero fue inútil. Los cazas enemigos la siguieron a lo largo de su maniobra evasiva, y un instante después los dos primeros empezaron a abrir fuego.

Ambos se convirtieron en sendas bolas de fuego antes de conseguir alcanzarla.

Llamarada comprobó su pantalla sensora trasera sin poderse creer lo que había pasado. Al ver la identificación amigo-enemigo emitida por los dos Interceptores recién llegados lo comprendió. Eran Iceberg y Sombra.

Llamarada pasó a la frecuencia pre-acordada del escuadrón Blanco, y enseguida escuchó la voz de su habitual compañera de vuelo.

—Juntas de nuevo —dijo Sombra.

—¡Gracias por el rescate! Ahora tenéis que ayudar a Granito y a Alce.

Llamarada había perdido momentáneamente el contacto con los dos alas-B, pero no estaban demasiado lejos, apenas a tres kilómetros por delante de ella.

Seis Interceptores TIE seguían tras ellos.

—Pero tú aún tienes compañía aquí —dijo Sombra, refiriéndose a los dos Interceptores restantes. Ambos se habían visto obligados a abandonar la persecución de Llamarada para evitar ser derribados como les había sucedido a sus compañeros, pero no cabía duda de que volverían a intentarlo si dejaban de encontrarse en inferioridad numérica.

—Dejádmelos a mí —respondió Llamarada con confianza. Dos contra uno era una proporción a la que estaba mucho más acostumbrada que a la de seis contra uno—. Coged a sus compañeros antes de que acaben con los nuestros.

—Vale, nos vemos luego —dijo Iceberg zanjando la discusión. Sombra y él se alejaron mientras Llamarada se disponía a enzarzarse con los dos Interceptores restantes. Decidió no volver a la frecuencia imperial. Así se ahorraría tener que escuchar los insultos y amenazas de sus adversarios.

—Alce, Granito, aquí Sombra. —Iceberg y ella estaban consiguiendo reducir la distancia con los alas-B de sus compañeros, considerablemente más lentos que los Interceptores TIE—. Vamos hacia vosotros. ¿Cuál es vuestra situación?

—¡Mala! —respondió Alce al instante—. Además de los *Bizcos* que nos están calentando los cuartos traseros, la fragata acaba de disparar misiles contra nosotros. —El piloto no dio más explicaciones. Sombra e Iceberg ya podían imaginarse el resto, aunque no iban a poder llegar a tiempo para hacer nada.

Los proyectiles lanzados por la fragata les alcanzarían mucho antes de eso. No era del todo imposible esquivarlos, pero era muy difícil hacerlo, especialmente en un ala-B, menos adecuado para las acrobacias que un ala-X o un ala-A.

Granito y él tenían que esperar a que los misiles estuviesen a punto de impactar antes de intentarlo. Si se movían demasiado pronto, las cabezas de guerra no tendrían ningún problema para recortar su ángulo de aproximación y acertarles de todos modos. Eso, si los Interceptores no acababan antes con ellos. Alce se había visto obligado a descargar por completo los acumuladores de energía de sus cañones láser y de iones para mantener levantados los escudos y evitar ser derribado por los cazas imperiales, y Granito debía estar en las mismas. Los tenían tan encima que, a pesar de sus esfuerzos para no ser blancos fáciles, los pilotos imperiales les estaban machacando. *Un momento…*, pensó Alce entrecerrando los ojos.

—¿No crees que estos *Bizcos* están demasiado cerca? —escuchó decir a Granito.

—¡Eso es! —No había tiempo para decir más, ni tampoco hacía falta. Al parecer, a Granito se le había ocurrido la misma idea que a él—. Arriba a mi señal… ¡Tres, dos, uno, AHORA!

Los dos pilotos hicieron elevarse a sus alas-B sobre su actual trayectoria de vuelo tan bruscamente como pudieron, justo cuando la oleada de misiles estaba a punto de hacer blanco contra ellos. A Granito sólo le alcanzó uno y a Alce otro, contenidos a medias entre lo que les quedaba de escudos y el grueso blindaje de sus cazabombarderos. Pero algunas de los proyectiles impactaron en los desprotegidos cazas imperiales que iban detrás de ellos. La explosión fue espectacular, atrapando a los seis Interceptores y al resto de los misiles que no habían encontrado un blanco.

—¿Estáis bien? —preguntó Sombra, con miedo de no recibir respuesta. Con los sensores de sus cazas momentáneamente cegados por la deflagración, Iceberg y ella no tenían modo de saber qué había pasado exactamente.

—¡Sí! —contestó Alce, comprobando que todos los sistemas del ala-B, incluidos los generadores de escudos, seguían funcionando—. Nos han sacudido un poco, pero lo peor se lo han llevado los Bizcos. Los artilleros de esa fragata no han tenido demasiado cuidado con ellos.

—Eso me da una idea —dijo Iceberg—. Vosotros preocupaos sólo de darle a la fragata.

Sin esperar la respuesta de sus compañeros, Iceberg identificó a la Nebulon-B enemiga y volvió a sintonizar la frecuencia imperial.

—Duende Tres a *Portcantell*, ¿qué os creéis que estáis haciendo? ¡Habéis destruido a seis de nuestros cazas! —La exclamación airada de Iceberg fue seguida por varios segundos de silencio. Convencido de que habían tenido que oírle, el piloto insistió en su diatriba—. ¡Alguien va a pagar por esto, os lo prometo! ¡Y ahora dejadnos a los rebeldes a nosotros!

—Entendido, Duende Tres —se escuchó decir por fin—. Vamos a cesar el fuego, pero no les dejéis acercarse más. —Iceberg sonrió. A pesar de la confusión restante, existía la posibilidad de que en la fragata se hubieran enterado ya que los cazas del escuadrón Duende volaban para el enemigo, pero de momento la treta había dado resultado. Iceberg volvió a la frecuencia anterior.

—Listos. Lanzad vuestros torpedos y salgamos todos de aquí.

Alce no había oído la conversación, pero era fácil imaginar que Iceberg había tenido algo que hacer con el hecho que sus indicadores de amenaza se hubieran callado por primera vez en los últimos minutos. Tenían a la fragata a diez kilómetros escasos. Si se acercaban mucho más, y sin apenas escudos que les protegiesen, no durarían demasiado frente a esa nave cuando los artilleros volvieran a abrir fuego. Además, aunque la fragata había dejado momentáneamente de dispararles, había lanzado a sus propios cazas, un escuadrón completo de *Ojos*, en apoyo de Iceberg y Sombra, que simulaban intentar derribarles como antes había hecho Llamarada.

—Granito, los soltamos a dos kilómetros.

—Me parece buena idea —respondió el otro piloto, sorprendiendo un poco a Alce. No le hubiera extrañado que Granito quisiera asegurarse el blanco disparando a bocajarro, pero al parecer el misil imperial había conseguido devolverle un poco de cordura al caldaniano. Alce vio que la distancia a la fragata bajaba de cuatro kilómetros y se preparó para disparar. El puente de mandos parecía la mejor opción. Si no conseguían causarle daños importantes, al menos cegarían sus sensores durante un rato—. ¡Torpedos fuera! —exclamó apretando el gatillo.

No sucedió nada.

Lo intentó una vez más. Los torpedos seguían en los lanzadores.

—¿Pero qué demonios…? —empezó a decir mientras apretaba el gatillo una y otra vez. De repente, los torpedos empezaron a salir disparados por parejas. Aunque levantó el dedo del gatillo, los lanzadores siguieron funcionando sin pausa hasta que los doce

torpedos estuvieron en camino. Afortunadamente Alce había mantenido el blanco centrado en su punto de mira.

—¡Supongo que los montamos demasiado rápido! —exclamó Granito. También él había conseguido lanzar sus torpedos tras varios intentos, encontrándose con el mismo resultado que Alce.

—Ahora ya no importa, ¡Vámonos!

Los dos alas-B giraron casi ciento ochenta grados para alejarse de la fragata, seguidos de cerca por los Interceptores TIE de sus compañeros.

Veinticuatro torpedos iban de camino a la *Portcantell*. Dos impactaron contra otros tantos cazas TIE que no consiguieron apartarse a tiempo. Los artilleros de la fragata, olvidando toda precaución, intentaron derribar el resto, pero se encontraron con un problema con el que no contaban. Sus computadoras de tiro no conseguían fijar el blanco sobre las cabezas de guerra que se acercaban a toda velocidad. Al tratarse de torpedos imperiales, no los reconocían como amenaza, por lo que los artilleros tenían que disparar sin su ayuda. Eran buenos. A pesar del poco tiempo del que dispusieron para reaccionar, consiguieron eliminar tres de los proyectiles. Los otros diecinueve se estrellaron en rápida sucesión contra el puente de mando. Los primeros fueron absorbidos por los escudos, pero muchos consiguieron pasar.

Sombra miró hacia atrás cuando el resplandor de la explosión de los torpedos de protones, colándose por el visor de su escotilla trasera, iluminó la cabina. Llegó a tiempo de ver con asombro como la mayor parte de la sección delantera de la Nebulon-B enemiga se desintegraba entre explosiones encadenadas. La mutilada nave empezó a girar sin control.

—¡Extraordinario trabajo, chicos! —exclamó presa de la excitación, aunque las siluetas que vio recortarse por un instante contra el fulgor generado por la destrucción de la fragata le hicieron volver a ponerse seria. Los TIEs lanzados por la *Portcantell* seguían viniendo hacia ellos, sin duda sedientos de sangre. Por si eso fuera poco, las pantallas sensoras del Interceptor mostraban a otros cazas dirigiéndose en gran número hacia la zona—. Uh, oh, parece que habéis causado demasiada sensación…

—No te preocupes por nosotros —respondió Alce—. Cuando lo veamos muy mal intentaremos escurrir el bulto saltando al hiperespacio. Pero vosotros dos deberíais ir pensando en volver lo antes posible a la *Vigilante*. Tengo la sensación de que no vamos a quedarnos mucho tiempo por aquí.

—Iceberg, Alce tiene razón —dijo Sombra—, pero nada nos impide darles una pasada a todos los TIEs que nos encontremos por el camino.

—De acuerdo. Voy detrás de ti.

—Buena suerte a los dos. Granito, ¿quieres dejar ya de chillar por lo de la fragata y hacerme algo de caso?

Prácticamente en el lado opuesto de KS-31, Víbora había tenido que dejar paso a los pilotos imperiales que le seguían, igual que le había sucedido a Llamarada muy poco antes. Antes de hacerlo, había recibido un disparo de aviso que había ido a impactar contra su tablero solar derecho, por fortuna sin causar grandes daños. El escuadrón de Interceptores lanzado por el *Senderis* se encargaba ahora de perseguir a Avalancha y a Coloso. Sus compañeros se encontraban ahora entre dos fuegos. Con las tres corbetas rápidas situadas justo enfrente de ellos, era casi imposible que los dos alas-B alcanzaran a la fragata que habían elegido como blanco.

Todo sucedió en unos segundos. Víbora había observado cuidadosamente la disposición del escuadrón enemigo antes de disparar contra ellos. La nave del líder iba seguida muy de cerca por su hombre ala por el lado de babor, y una segunda pareja de Interceptores por el de estribor, manteniendo lo que era conocido como formación de *cuatro dedos*. Una segunda *mano* les seguía ligeramente a estribor y por encima, mientras que el tercer cuarteto se encontraba más cerca en relación a Víbora, por abajo y a babor. A pesar de la amonestación de su jefe de vuelo, algunos de los pilotos imperiales seguían haciendo bromas a costa del inútil de Delta Uno. Víbora sonrió y centró la nave del líder en su retícula de disparo. Tras colocar el selector de tiro en posición para que los cuatro cañones dispararan a la vez, Víbora abrió fuego.

Intentando tener una referencia visual de sus perseguidores, Coloso miró hacia atrás por encima del hombro, justo cuando el Interceptor TIE más próximo reventaba esparciendo a su alrededor una lluvia de fuego y fragmentos, atrapando al caza que volaba pegado a su ala izquierda. La escotilla superior de este segundo TIE salió lanzada violentamente hacia arriba, al tiempo que se producía una explosión dentro de la cabina. Al parecer, el piloto había tenido tiempo de activar el mecanismo de eyección y ponerse a salvo antes de que su nave se hiciera pedazos. Un tercer caza maniobró a la desesperada para esquivar el desastre, pero al hacerlo se cruzó con la nave que volaba a su izquierda y ambas salieron rebotadas en direcciones distintas, completamente fuera de control. Aunque no estallaron, ambos cazas habían quedado fuera de combate. Coloso soltó un silbido entre dientes.

—¡Cuatro de una vez! ¡Este Víbora sabe lo que hace!

—Lo he visto —respondió Avalancha sin apartar la vista de la corbeta que tenía enfrente, a menos de tres kilómetros. Como si fuera algo que le hubiera sucedido en otra vida, y no tan sólo dos días antes, tuvo una visión de la que Lince y ella habían atacado. Entonces no disponían de torpedos de protones, pero ahora sí. A lo lejos, la fragata hacia la que se dirigían en un primer momento estaba lanzando a sus cazas. Avalancha pensó a toda prisa. No merecía la pena arriesgar el cuello para intentar alcanzarla, puesto que el objetivo no era tanto dañarla o destruirla como el atraer sobre sí a los cazas imperiales y alejarlos por tanto de los transportes. Desde ese punto de vista, el blanco al que atacaran era lo de menos.

—Coloso, olvídate de la fragata y apunta a la corbeta que tenemos en frente.

Dos torpedos, ¡fuego!

—¡Entendido, jefa! —La computadora de tiro emitió enseguida la señal indicando que había fijado el blanco sobre la nave enemiga. El piloto apretó el gatillo y maldijo en voz alta—. ¡Yo me cargo a Alce y Granito, lo juro!

—¿Qué pasa, Coloso? —Por los auriculares le llegaban las voces de los otros dos pilotos, que al parecer también tenían problemas para lanzar los torpedos.

En ese momento vio pasar los proyectiles lanzados por el ala-B de Coloso, y oyó a este maldecir de nuevo.

—¡Todos, han salido todos!

Avalancha había esperado para lanzar sus torpedos en el último momento.

Al darse cuenta de lo que sucedía, retiró el dedo del gatillo. Doce torpedos ya serían más que suficiente para una corbeta. De hecho, la posición que ocupaba la nave imperial iba a convertirse en un auténtico infierno….

—¡Coloso, intenta pasar lo más cerca posible de la corbeta cuando explote!

—¿Te has vuelto loca?

—¡Tú hazlo y calla!

La corbeta imperial maniobraba con toda la potencia de sus motores para intentar esquivar los torpedos, al tiempo que sus artilleros se afanaban por derribar las cabezas de guerra que tenían ya casi encima. Ambas cosas fueron inútiles. La corbeta explotó antes de que el último torpedo llegara a alcanzarla, llenando el espacio de gases incandescentes pero de muy pocos fragmentos, ya que el casco de la nave prácticamente se había desintegrado. Coloso no pudo evitar el gesto reflejo de cubrirse la cara con la mano izquierda, pero mantuvo la derecha sujetando firmemente la palanca de mandos mientras seguía al cazabombardero de Avalancha a través de la nube de fuego que había dejado atrás la corbeta. Aunque ya comenzaba a desvanecerse, consumido casi por completo el oxígeno que había contenido el casco de la nave imperial, fue aún suficiente para agotar los escudos del ala-B. Saturados por completo, sus sensores dejaron también de funcionar. Al darse cuenta de que perdía los escudos, Coloso creyó que el siguiente disparo de una de las dos corbetas supervivientes o de los Interceptores que aún tenían detrás acabaría con él, pero entonces comprendió lo que había pretendido Avalancha.

No pueden dispararnos si no pueden vernos. Efectivamente, los dos alas-B pasaron a toda velocidad entre las corbetas sin ser molestados. Al igual que ellos, los artilleros imperiales se habían quedado también momentáneamente sin sensores, mientras que los Interceptores TIE, al estar desprovistos de escudos, tampoco habían podido seguirles.

—¡Eres la número uno, jefa! —gritó Coloso entusiasmado.

Como era lógico, Víbora tampoco pudo seguirlos. Tenía una luz roja encendida en su panel de instrumentos. Al parecer el impacto que había recibido había quemado algunas células solares. Aunque todos los sistemas de la nave se encontraban operativos, no estaba captando energía a la misma velocidad que la gastaba. Víbora calculó que le

quedaba media hora de vuelo antes de tener problemas, pero eso casi le hizo reír. No creía contar con tanto tiempo. Cuando sus sensores volvieron a funcionar, se encontró con que estaba rodeado de cazas imperiales empeñados en derribarlo.

—Es un buen momento para enseñarles algunos trucos a estos muchachos… —dijo en voz alta.

—¿Cuánto te pagan los rebeldes, cochino traidor?

Víbora desconectó la unidad de comunicaciones y se dispuso a luchar por su vida.

—Delta Uno, aquí Huésped Uno.

Hagger conocía de sobra la identificación de la unidad de transporte de tropas de asalto basada en el *Senderis*.

—Te copio, Huésped Uno.

—Vamos detrás vuestro. Si se os resisten, sacudidles un poco para dejarles sin escudos y nosotros haremos el resto.

—Lo hemos hecho otras veces, Huésped Uno —respondió Hagger, un poco molesto por el hecho de que el piloto del transporte insistiera en recordarle lo que tenía que hacer—. Delta Uno fuera. *—Si alguno de esos rebeldes decide daros una pasada, a lo mejor les permitimos que os sacudan un poco a vosotros antes de intervenir.* Hagger sabía que jamás haría algo semejante, pero el pensar que podía hacerlo le daba cierta satisfacción. Olvidándose enseguida de todo lo que no fuera la misión que tenían que llevar a cabo, Hagger se dispuso a asignar objetivos a sus pilotos. Las dos lanzaderas sospechosas se encontraban ya al alcance de sus armas. Ballard Dos venía un poco más atrás.

—Delta Tres, lanzadera Uno. Delta Cuatro, lanzadera Dos. Delta Dos, simplemente cúbreme. El Delta Dx9 tiene buenos escudos, así que es posible que te pida apoyo para echárselos abajo.

—De acuerdo, señor.

—Todos vosotros, no os olvidéis de que van a volar ese planetoide de ahí abajo. Si por alguna razón todavía estáis por aquí cuando oigáis la señal, dejad lo que estéis haciendo y poned rumbo hacia el perímetro de seguridad. —Hagger escuchó las respuestas afirmativas de sus tres hombres y pasó entre las lanzaderas sin mirarlas siquiera, directo hacia Ballard Dos. Instantes más tarde ya tenía al Delta Dx9 perfectamente centrado en su retícula de tiro, a menos de quinientos metros de distancia. *Ya te tengo donde te quería*. Reduciendo velocidad para no echársele encima, el piloto imperial acarició el gatillo saboreando el momento— Ballard Dos, aquí Delta Uno. Detén los motores inmediatamente o empezamos a disparar. No habrá una segunda advertencia.

La voz del piloto imperial resonó con fuerza en los auriculares de Chistes, quien se estremeció al escuchar la amenaza. Ese tipo no parecía estar bromeando, pero la suya era una orden que no podía obedecer. Chistes activó la unidad de comunicaciones para

responder, pensando a toda prisa en un modo de ganar tiempo. Entonces se le ocurrió que el imperial seguramente estaba esperando escuchar la voz de Psico, un hombre, y no la suya. Eso le dio una idea.

—Lo-lo-lo siento mucho, señor, pero no-no-no sé có-cómo se para esto. —Alvar se volvió hacia ella y la miró primero perplejo, y después con transparente admiración. Chistes le guiñó un ojo.

La respuesta se demoró un par de segundos. *Parece que se han sorprendido un poco*, pensó Chistes, sintiendo ganas de reírse a pesar de lo dramático de la situación.

—Muy bien, gracioso, ¿te han hecho un cambio de sexo en esa fragata o venías ya preparado con un modulador de voz?

—¿Cómo se llama tu hermana, Alvar? —preguntó Chistes desactivando momentáneamente el micrófono del casco.

—Trinia.

—Me gusta. —Chistes activó de nuevo el micrófono—. Me-me-me llamo Trinia, señor, tengo ca-catorce años, y vi-vi-vivo en la colonia. No-no-no sé nada ni de fra-fragatas ni de cambios de sexo ni de eso o-o-otro que ha dicho usted.

Apenas a cinco kilómetros de allí, Psico intentaba alcanzar el grupo de Interceptores antes de que comenzaran a abrir fuego contra los transportes.

Eso es, Chistes, entretenlos unos segundos más…

—Basta de jueguecitos —respondió el piloto imperial, recuperando el tono de amenaza que había usado inicialmente—. Detén los motores o empezamos a disparar.

A Chistes se le pasó el buen humor tan pronto como le había venido. *Está visto que ese piloto no tiene la menor intención de dejarse engañar*.

—Po-po-por favor, señor, no-no-no nos haga daño. Un hombre no-no-nos recogió en esta nave. De-decía que to-todo iba a volar por los aires y que-que teníamos que ir con él. Pe-pero se ha desmayado y-y-y no-no-no sé lo que le pasa. —*Si al menos le hago dudar, puede que se lo piense un instante antes de hacernos pedazos…*

La nave se estremeció al recibir por detrás la descarga simultánea de los cuatro cañones láser del Interceptor TIE. Desde el compartimento de carga le llegó el grito colectivo de los colonos, apretujados allí atrás sin saber qué estaba pasando. *Mejor para ellos*. Los escudos habían perdido de golpe casi un tercio de su potencia, y Chistes se apresuró a compensar la carga de los traseros con energía procedente de los delanteros. Al hacerlo, se dio cuenta de que los pilotos imperiales lo detectarían y sabrían con total certeza que no había una niña de catorce años pilotando el transporte. Chistes llegó a la conclusión de que aunque se lo hubieran creído eso no hubiera detenido a los imperiales. Después de todo se disponían a volar el planetoide con todos los colonos allí.

—Estamos hoy de mal genio, ¿eh, Delta Uno? —transmitió Chistes, intentando no parecer tan asustada como realmente estaba. Aún sabiendo que jamás podría superar a un Interceptor TIE en capacidad de maniobra con un transporte, lo intentó de todas formas, sin dejar de hablar ni un momento.

—¿Fue algo que te sentó mal en la cena? ¿Es por culpa del café de máquina?

La piloto se llevó no poca sorpresa al escuchar la carcajada del imperial.

—Es por el café.

El comentario vino acompañado de una segunda descarga que sacudió el transporte de forma mucho más violenta que la primera. Los escudos estaban ya por debajo del cincuenta por ciento. Aguantarían otro disparo más, pero el siguiente penetraría ya en el casco.

—Si sólo es eso, dame un respiro y te preparo uno de verdad…

Hagger sacudió la cabeza. La mujer, si es que realmente era una mujer, tenía valor. Ella no podía saber que su intención no era destruir la nave sino simplemente dejarla sin escudos para que las tropas de asalto pudieran desactivarla fácilmente. Estuviera o no a bordo el supuesto traidor, espía, o lo que fuera el piloto con el que había hablado las dos veces anteriores que interceptó a este mismo transporte, se alegraba de que no le hubieran ordenado derribarlo. Según sus sensores, la nave iba cargada de gente hasta los topes. Si, como era de suponer, se trataba de los colonos, Hagger sabía que esas personas estaban condenadas. Se había corrido la voz de que las instrucciones que había recibido el capitán de navío Perdiggo incluían la eliminación expresa de esos desgraciados. Hagger no discutía las órdenes, por sucias que parecieran a primera vista y sin conocer qué las motivaba, pero no tenía por qué gustarle llevar a cabo algunas de ellas. *Que otro se manche las manos con sangre de civiles*. Estaba a punto de apretar de nuevo el gatillo cuando de pronto vio algo acercándose de frente, a toda velocidad.

—¡Cuidado! —escuchó gritar a uno de los pilotos que había dejado siguiendo a las lanzaderas. Sin pensar siquiera en lo que hacía, Hagger golpeó la palanca de mando hacia un lado y empujó hasta el fondo el selector de potencia. Su caza salió disparado apartándose de Ballard Dos. Gracias a sus reflejos sólo recibió un disparo de refilón, que rebotó en uno de sus paneles solares, pero el chillido de dolor y sorpresa que estalló en sus auriculares le dijo que su hombre ala no había tenido tanta suerte.

—Hola, Delta Uno. Ya no quiero tu Interceptor. Al final pude cambiar el dichoso transporte por este ala-A. ¿Qué te parece?

Maldita sea, es él. Me he dejado sorprender como un novato.

—Tenías que ser un asqueroso rebelde. Vas a pagar por lo que acabas de hacer con mi hombre ala, entre otras cosas.

—Caramba, no sabes lo que lamento oír eso. ¿He de suponer que tampoco vas a invitarme a nada, como me habías prometido?

Hagger no contestó. Ya estaba bien de hablar con el maldito mentiroso y traicionero rebelde. Sus pantallas sensoras

—*¿Por qué no me habré fijado antes en ellas?* —mostraban que Delta Tres y Delta Cuatro se habían dado la vuelta para perseguir al ala-A, y otras unidades venían un poco más lejos.

Tendrían que encargarse ellos del transporte y de las dos lanzaderas mientras Hagger y los suyos se enfrentaban al caza rebelde. Esperaba ser él mismo quien le disparara la última ráfaga.

Chistes no perdió ni un segundo. Recuperó su ruta anterior al tiempo que le pedía un informe de daños a la computadora de vuelo. No había ninguno, gracias a los escudos. Apenas tenía ya, pero no podía permitirse el lujo de desviar energía de los motores para recargarlos. Lo que necesitaba ahora era velocidad. A pesar del tiempo que habían perdido en el encuentro con los Interceptores, las lanzaderas de sus compañeras casi habían alcanzado la zona ocupada por los destructores estelares, y estaban a salvo por tanto de la explosión del planetoide. Ella aún tendría que correr bastante para poder decir lo mismo.

—¿Cómo estáis, chicas? —preguntó por la frecuencia del escuadrón Blanco.

—Bien, gracias al tal Psico —respondió Lince.

—A mí me han atizado un poco —dijo Ángel—, pero la nave sigue entera. Por aquí atrás la gente se ha puesto bastante nerviosa.

—Cuéntamelo a mí… —Chistes se interrumpió al ver una gran explosión iluminando el espacio por delante de ella y a la izquierda. Se trataba de la fragata *Portcantell*, que acababa de ser alcanzada por los torpedos de Alce y Granito. Casi de inmediato hubo otra explosión similar, mucho más lejos y hacia su derecha.

—¡Parece que los nuestros están dando todo un espectáculo!

—Pues reza para que todos los artilleros a bordo de ese monstruo estén mirándolo —dijo Lince con un hilo de voz—. Nos tienen a tiro…

La gigantesca silueta del *Disuasor* llenaba casi por completo sus visores delanteros. Chistes escudriñó el espacio a su alrededor y lo completó con un vistazo a las pantallas sensoras. Buena parte de los cazas que venían en pos de Psico habían puesto rumbo hacia las zonas donde se habían registrado las dos explosiones. Si conseguían pasar junto al destructor sin que éste las disparara podrían conseguirlo.

—No lo miréis siquiera —dijo Chistes—. A ver si así tampoco nos miran ellos a nosotros.

—No pasará nada —dijo Alvar a su lado—. Tú nos sacarás de aquí, Chistes.

Ojalá tuviera yo esa confianza.

—Llámame Diana si quie… ¡Oh, mierda!

Alvar dio un bote en el asiento y volvió la vista al frente, siguiendo la mirada de Chistes. Un Interceptor TIE venía justo de frente. Chistes estaba a punto de evadirse cuando el caza hizo un tonel y pasó por encima de ellos sin disparar.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Alvar.

Chistes consultó la computadora. El caza había pasado tan cerca que los sensores del transporte no habían tenido el menor problema en captar su identificación amigo-enemigo. Duende Dos.

—¡Porque ésa era Llamarada!

—Me encanta que tengas tantos amigos.

Llamarada abrió fuego contra uno de los tres Interceptores que acosaban al ala-A de Psico. Cogido por sorpresa, el piloto imperial no hizo el menor intento de esquivarla. Uno de los disparos atravesó la escotilla trasera de su nave y lo mató. El TIE se alejó fuera de

control, trazando una espiral que le llevaría hacia KS-31. Su compañero abandonó la persecución de Psico para enfrentarse a ella.

—Llamarada, ¿has sido tú? —escuchó decir al espía.

—La misma. He perdido contacto con el resto del grupo, y pensé en echar una mano por aquí.

—Me alegro de que lo hicieras, pero debes volver a la fragata mientras aún estás a tiempo.

—Lo sé, lo sé. ¿Podrás quitarme de encima a este *Bizco*? Temo que se empeñe en seguirme hasta el mismísimo baño de señoras.

—Sí. Tú date la vuelta y corre.

—Tanto como pueda con este trasto.

Psico redirigió toda la energía de los escudos a la parte trasera de su nave y se puso a cola del Interceptor que perseguía a Llamarada. Se mantuvo volando en línea recta el tiempo suficiente para hacer blanco en uno de los motores iónicos del caza imperial, mientras Hagger le disparaba a él. Tan pronto como Llamarada quedó libre, Psico cambió de trayectoria para esquivar a su rival.

—Por fin solos, Delta Uno.

[Puente de la *Vigilante*]

Los sargentos Rammes y Dengar habían estado observando la batalla en los monitores con gran preocupación. Hasta ahora habían podido mantener la posición sin ser amenazados por nadie, pero eso podía cambiar en cualquier momento. Los colonos que habían traído los transportes en el primer viaje habían sido conducidos a los comedores de la nave, donde estaban siendo atendidos por el androide médico de la enfermería, el único tripulante de la *Vigilante* que podían dedicarles en estos momentos. Por lo que les había dicho el 2-1B a través del intercomunicador, esa gente estaba bastante hambrienta.

Durante años habían dependido de los suministros imperiales, y éstos habían cesado por completo tras la destrucción de la fábrica. A pesar de eso, casi ninguno estaba comiendo. Estaban demasiado preocupados por los familiares y amigos que habían dejado atrás, y el hecho de que todo lo que les rodeaba fuera de manufactura imperial no contribuía ni a tranquilizarles ni a hacerles creer que realmente habían sido rescatados. Ninguno de los dos técnicos podía permitirse pensar demasiado en eso.

—Mira —dijo Dengar—, el Delta Dx9 y las lanzaderas van a intentar pasar junto al *Disuasor*. Parece que han renunciado ya a volver hasta aquí y van a intentar escapar por su cuenta.

—Eso nos pone las cosas un poco más fáciles. Ya sólo tenemos que esperar a los Interceptores para saltar también nosotros. ¿Siguen todos en vuelo?

—Creo que sí. Y también los cinco cazas del escuadrón Blanco.

—Increíble.

—¿Crees que los transportes podrán pasar tan cerca de ese destructor sin ser molestados?

—Me estaba preguntando lo mismo, Lailha. Puede que necesiten ayuda. Vamos a acercarnos un poco más al *Disuasor*.

—¿Te has vuelto loco o qué?

Como si no hubiese oído siquiera a su compañera, Rammes activó la megafonía de la nave y se dirigió a la tripulación.

—Aquí el sargento Rammes desde el puente. Todos aquellos que podáis dejar lo que tengáis entre manos, corred a las baterías láser de proa. No disparéis contra nada hasta que os lo pida.

—Espero que sepas lo que estás haciendo…

—Yo también.

[Puente del destructor estelar *Senderis*]

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Perdiggo mirando a través de los visores del puente. El brillo de las dos explosiones había desaparecido tan pronto como había surgido, pero su origen era inconfundible.

—Acabamos de perder contacto con la *Portcantell* y con una de las corbetas de apoyo, señor. Ambas naves han sido alcanzadas.

—¿Cinco cazas rebeldes han hecho eso? Cómo es posible que no hayan sido derribados aún?

El controlador parecía estar escuchando algo por sus auriculares.

—Parece ser que los Interceptores de la *Vigilante* han disparado a traición contra nuestros cazas, abortando la persecución de los rebeldes…

—¿Qué? —El capitán de navío Perdiggo y su segundo de a bordo se miraron el uno al otro—. Maldita sea, debí haber ordenado abrir fuego contra esa fragata tan pronto como entró en el sistema, pero aún no es tarde para eso. Avise a todos los jefes de escuadrón para que consideren a los Interceptores de la *Vigilante* como objetivos prioritarios. Que salgan de inmediato nuestros bombarderos TIE. Su blanco es la *Vigilante*. Me gustaría capturar a esa nave, pero si eso no es posible la quiero destruida. Dígale eso al comandante de los bombarderos.

—Sí señor.

—¿Han abordado ya nuestras tropas a esos transportes?

—No, señor. Huésped Uno reporta que ni siquiera han tenido ocasión de desactivarlos. Al parecer el grupo del teniente Hagger está siendo atacado.

—¿Es que no vamos a hacer nada bien? —gritó Perdiggo. El controlador de vuelo se encogió en su asiento, perdiendo el poco color que le quedaba en la cara—. Rápido, muéstreme sus posiciones en la pantalla táctica, y obtenga una proyección de rumbo a partir de los vectores que estén siguiendo ahora.

—Enseguida, señor. —Casi de inmediato, tres puntos rojos empezaron a parpadear en la pantalla principal del puente, muy cerca de la posición ocupada por el *Disuasor*. Líneas amarillas marcaban las trayectorias más probables que la computadora de vuelo del *Senderis* había calculado para ellos. Incluso sin esas líneas, su única ruta de escape estaba bastante clara.

—Oficial de comunicaciones, avise al capitán de navío Legann. Que empleen los rayos tractores del *Disuasor* para atrapar a los transportes antes de que se les escapen. Que empiecen por ese condenado Ballard Dos.

—A sus órdenes, señor.

—Señor —intervino el segundo controlador—. La *Vigilante* se está moviendo. Se están aproximando al *Disuasor*.

—Intentan cubrir a los transportes en su huida.

—Eso parece, señor. Si me lo permite, tengo algo más que podría interesarle.

Perdiggo enarcó una ceja. Al parecer estaba a punto de presenciar una nueva muestra de iniciativa del controlador de vuelo. La mirada de reojo que le dirigió su compañero no le pasó desapercibida.

—He estado rastreando a los cazas rebeldes hasta el punto en el que fueron detectados por primera vez por nuestros sensores, pero su salida del hiperespacio no quedó registrada. Todo apunta a que no hubo tal salida, sino que ya estaban dentro del sistema.

Perdiggo se permitió una sonrisa.

—A bordo de una nave. Y déjeme adivinar el resto: ese punto en el que fueron detectados coincide con la posición que ocupaba en ese momento la *Vigilante*.

—Así es, señor.

—Podríamos pedirle al *Disuasor* que abrieran fuego contra ellos —sugirió Beroz.

—No. Aún tenemos que cumplir con la misión de destruir KS-31, y para eso necesitamos toda la potencia de fuego de los dos destructores. Que el *Altaner* y el *Richelord* les impidan escapar mientras los bombarderos acaban con ellos.

—Me ocuparé de ello.

El comandante de la *Senderis* se limitó a observar como su segundo de a bordo daba las órdenes necesarias. Una fragata y una corbeta perdidas porque él se había dejado engañar por un rebelde. *Tendré suerte si Vader no me mata por esto…*

… a no ser, quizá, que le lleve debajo del brazo las cabezas cortadas de unos cuantos rebeldes.

Sexta parte

Siempre queda la esperanza

«Siempre en movimiento está el futuro…»
Yoda, Maestro Jedi

Capítulo I

Momentáneamente libres de persecución, Avalancha y Coloso seguían aproximándose a la Nebulon B que era su blanco inicial, aunque la comandante del escuadrón Blanco empezaba a preguntarse si merecía la pena proseguir con el ataque. Sabía que era muy poco probable que consiguieran causarle daños de consideración a una nave de esas características con la carga de torpedos de un solo ala-B. Tras vaciar sus lanzadores sobre la corbeta, lo único que podría hacer Coloso sería tratar de cubrirle las espaldas mientras ella atacaba, y desde luego no iba a tenerlo fácil. La pantalla sensora frontal estaba llena de puntos rojos. A causa del tiempo que habían perdido intentando sortear al trío de corbetas, la fragata enemiga había conseguido lanzar sus cazas con la antelación suficiente. Todo un escuadrón de TIEs les interceptaría mucho antes de que ella tuviera a tiro a su nave nodriza. De Víbora no podía esperar ayuda. No había señal alguna de su Interceptor. Por todo lo que sabía, podría haber sido derribado ya, o incluso haberse visto atrapado en la explosión de la corbeta.

Avalancha se mordió el labio inferior. Tenía que decidirse ya, antes de que los cazas TIE se le echaran encima. Avalancha no pudo evitar acordarse del enfrentamiento con los cazas de asalto dos días antes. Al igual que entonces, se dirigían justo de frente a la formación enemiga, y cualquier cosa podría pasar. Los TIEs eran mucho más frágiles que los cazas de asalto y eso trabajaba a favor de sus posibilidades de pasar a través de ellos y alcanzar el objetivo, pero por otro lado sus alas-B apenas habían tenido tiempo de recargar los escudos y serían vulnerables ante los cañones láser de los TIEs. Cuando escuchó la voz de Joan en su mente, le pareció que ya daba igual lo que hiciera.

Os han descubierto. Tanto los transportes como vuestra nave nodriza están amenazados.

Una mirada a la fragata imperial confirmó las palabras de Joan. Sin esperar a que sus cazas suprimieran la amenaza que podrían suponer los dos alas-B rebeldes, la nave se había puesto en marcha. Quemando prácticamente sus motores al máximo de su potencia, su rumbo estaba perfectamente claro. Iba directa hacia la posición que ocupaba la *Vigilante*. Seguramente otras naves se disponían ya a cerrarle el paso, negándole cualquier posibilidad de escape.

Habían estado a punto de conseguirlo. Tan sólo unos minutos más y hubieran podido escapar, pero ahora…

¡No te rindas, Sherry! el pensamiento sonó como un grito. *¡Siempre hay algo que puedes hacer!*

—Y es tan poco lo que he hecho hasta ahora… —murmuró Avalancha entre dientes. Pero no, no podía rendirse todavía. Joan tenía razón, algo podría hacerse. Y ella aún tenía sus doce torpedos.

—Coloso, nos volvemos hacia la *Vigilante*. A toda velocidad.

—De acuerdo, jefa —dijo Coloso mientras seguía en el giro al ala-B de Avalancha, tomando una ruta que los llevaría a las proximidades de la fragata capturada sin volver a

pasar entre las dos corbetas enemigas que habían dejado atrás—. ¿Tienes alguna nueva sorpresa en mente?

Avalancha estaba a punto de contestar cuando algo le hizo mirar hacia arriba. Un solitario caza TIE venía directamente hacia ella, y en ese mismo instante comenzaba a escupir fuego por la boca de sus cañones gemelos. Con un rápido movimiento de la palanca de mando, hizo rotar el ala-B en torno a su eje, volviendo el ala mayor hacia el enemigo y ofreciéndole un mínimo perfil sobre el que hacer blanco. Los primeros disparos pasaron a escasos centímetros de su nave sin llegar a tocarla. Empujando el pedal derecho de golpe, al tiempo que tiraba de la palanca hacia atrás y hacia la derecha, sacó al ala-B intacto fuera de la trayectoria del TIE, evitando su segunda andanada de rayos láser y una posible colisión en la misma maniobra. Al terminar el giro el caza enemigo estaba en el centro de su punto de mira. Mientras una parte de su mente se concentraba en pilotar la nave, la otra se sorprendía al comprender que el piloto imperial se había lanzado contra ella sin importarle si terminaba chocando o no.

¡El Imperio recluta ahora a sus pilotos en los manicomios! Avalancha apretó una sola vez el gatillo. El panel solar izquierdo del TIE se rompió limpiamente en el punto de unión con el pilón, al mismo tiempo que el motor iónico de ese lado dejaba de funcionar. La nave se alejó dando vueltas, completamente fuera de control.

—¿De dónde ha salido ese tipo? —A Coloso casi no le había dado tiempo a ver al TIE.

—Pensaré en algo por el camino —le contestó Avalancha. Coloso se quedó perplejo por un momento, preguntándose que había querido decir Avalancha con esa respuesta, hasta que se dio cuenta de que la comandante estaba contestando a su pregunta anterior acerca de cuáles eran sus planes. Daba la sensación de que Avalancha se había quitado al TIE de encima como el que espanta un insecto con la mano, casi sin darse cuenta. A pesar de que conocía a Avalancha hacía muy poco tiempo, Coloso no podía dejar de notar que había algo extraño en ella desde que había despertado del coma. Era como si no estuviese del todo allí. *Y sin embargo vuela como nadie a quien yo haya conocido*. El piloto sacudió la cabeza.

—¿Rammes, puede oírme? —transmitió Avalancha, ajena a la confusión que había generado en su hombre ala.

—Sí, señora. Estaba a punto de pedirle instrucciones. Hay movimiento en la flota imperial. No creo que tarden en venir a por nosotros, pero de momento estamos bien.

—No corra riesgos, sargento. Quiero que estén preparados para saltar en cualquier momento. Si la *Vigilante* es atacada, es preferible retirarse antes de que sufra daños de importancia. Al menos habremos salvado a la mitad de los colonos.

—No corra riesgos, sargento —repitió Lailha Dengar en voz alta—. ¡Y tú estás acercándonos a un destructor estelar! ¿Has omitido decírselo por alguna razón en particular?

—Ambas cosas no son incompatibles. Si lo vemos muy mal, saltamos y punto. Pero si antes de eso podemos ayudar a que escapen los transportes, habremos salvado a todos los colonos, y no sólo a la mitad.

—La intención es loable, pero puede que estés literalmente jugándotelo todo a doble o nada.

—Te prometo que nos iremos antes de vernos realmente en peligro —dijo Rammes, sabiendo que por el simple hecho de estar donde estaban lo que acababa de decir ya era mentira. También estaba el hecho de que hacer saltar al hiperespacio a una nave del tamaño de la *Vigilante* no era cosa de chasquear los dedos. Podían pasarlo muy mal durante el tiempo que tardaran en alcanzar la velocidad de salto, volando en línea recta y prácticamente a merced del enemigo. La mirada de su compañera dejaba patente que ella era perfectamente consciente de todo eso—. Ahora comprueba otra vez cuál es la posición exacta de los transportes y la nuestra respecto a los destructores, por favor.

—Las dos lanzaderas están a menos de un kilómetro de la proa del Disuasor, y completamente dentro del radio de acción de sus armas. El Delta Dx9 va unos quince kilómetros más atrás. Nosotros estamos en el peor sitio que pueda imaginarse, a diez kilómetros del *Senderis* por un lado, y a sólo seis de la popa del *Disuasor* por el otro.

—Vale. Nos acercaremos al *Disuasor* hasta tenerlo al límite del alcance efectivo de nuestras baterías y ni un milímetro más. Nos quedaremos ahí todo el tiempo que podamos…

—¡Pues puede que sea el resto de nuestra vida!

Rammes se volvió alarmado hacia ella.

—¿Qué pasa?

—¡Mira a esos dos portanaves de escolta y dímelo tú!

—¡Oh, mierda…!

Granito y Alce pugnaban por seguir vivos ante el acoso constante de los cazas TIE. Los alas-B no estaban diseñados en absoluto para el combate cerrado entre cazas, pero ambos pilotos hacían todo lo que podían. Hasta el momento, habían hecho descubrir a cuatro imperiales lo que pasaba cuando los cañones láser de un ala-B, pensados para hacer mella en naves capitales, hacían blanco sobre el casco de bajo blindaje de un TIE. Alce hacía ya rato que no veía a los Interceptores de Sombra y de Iceberg. Si habían tenido suerte, tenían que estar ya a medio camino de la *Vigilante. ¡O quizá más cerca aún!*

Alce tuvo que mirar dos veces la pantalla antes de creerlo. Por lo que le decían sus sensores la Nebulon-B se estaba aproximando a los destructores.

—¡Granito, deberíamos ir hacia la *Vigilante*! ¡Tengo la sensación de que la cosa se va a calentar por allí!

—¿Más que aquí? ¡Intentaré zigzaguear en esa dirección! ¡Ya no me acuerdo de cómo es el indicador de amenaza cuando ni pita ni parpadea!

—¿Y todavía te diviertes con eso?

—¡Demasiado! ¡Preferiría poder aburrirme un poco!

Iceberg miró hacia su derecha. Sombra seguía volando pegada a su panel solar de estribor. Ambos libraban una auténtica carrera hacia la *Vigilante*, perseguidos por al menos media docena de cazas enemigos que intentaban impedirles alcanzar la meta. Iceberg estaba forzando los motores iónicos del Interceptor TIE tanto como se atrevía a hacerlo, pero eso era ya muy por encima de lo que sería seguro en condiciones normales, dado el estado en el que se encontraba el caza tras cruzarse con el escuadrón de TIEs que iba en busca de los alas-B de Alce y Granito. Sombra y él habían conseguido diezmarlos, pero la hazaña no les había salido gratis. Los dos Interceptores habían sufrido daños, pero era con mucho el de Iceberg el que había salido peor parado. Su computadora de vuelo se había apagado con el último impacto, y casi todos los instrumentos de su panel de mando habían dejado de funcionar. Las pantallas sensoras estaban a oscuras. Iceberg estaba seguro de que si se quitaba la mascarilla respiratoria olería a plástico y a circuitos quemados. El piloto echó una ojeada a su alrededor, esperando ver abrirse una brecha en cualquier momento. No necesitaba la computadora para saber que la integridad del casco de la nave corría peligro. *A ver si aguanta cinco o diez minutos más…* Justo al frente, cubriendo casi por completo el espacio visible a través de su visor frontal, el *Disuasor* estaba entre ellos y la *Vigilante*. Al volver a mirar hacia su derecha, vio dos naves a lo lejos, una de ellas parcialmente oculta por el Interceptor de Sombra. Parecían lanzaderas clase Alpha, seguramente las pilotadas por Ángel y Lince. Iceberg les deseó suerte mentalmente y volvió a concentrarse en lo que tenía delante. Más allá de *la Vigilante* estaba el segundo destructor imperial, el *Senderis. Un momento…* Le había parecido ver movimiento bajo el gigantesco navío. Iceberg entrecerró los ojos. Sí, sí que había algo. Diminutas figuras grises salían de los hangares del *Senderis*. Sin sensores ni computadora era imposible saber qué tipo de naves eran aquellas, pero Iceberg tenía un mal presentimiento.

—Sombra, tú todavía tienes lecturas de los sensores, ¿verdad?

—Sí.

—Aquellos puntitos, ¿son lo que creo que son?

—¡Bombarderos TIE! —exclamó Sombra al cabo de un instante—. ¡Se dirigen hacia la *Vigilante*!

Iceberg se golpeó la cabeza contra el respaldo del asiento un par de veces.

—Me alegro de haberte conocido, Sombra.

—Lo mismo digo —contestó su compañera. No había ninguna necesidad de decir nada más. Tenían que intentar interceptar los bombarderos a toda costa.

El camino más corto para ello, el único válido si querían tener alguna oportunidad de llegar a tiempo, era pasar exactamente bajo el primer destructor. Sombra apretó los dedos

con fuerza en torno a la empuñadura de la palanca de mandos. Incluso si los cazas que les perseguían no conseguían alcanzarlos, no creía que pudieran conseguirlo, pero aún así mantuvo el control de potencia en la posición máxima. Iceberg y ella no tenían otra opción. No sólo por los colonos y por sus compañeros a bordo de la fragata, sino por ellos mismos. Si la *Vigilante* era destruida ellos estarían perdidos también. Y a pesar de lo inevitable que aquello resultaba, Sombra sentía un nudo terrible en la boca del estómago, le costaba respirar y tenía la garganta reseca. Tenía miedo. El miedo era parte de su trabajo y estaba acostumbrada a convivir con él, pero nunca lo había sentido con tanta fuerza como ahora. *Pues claro que tengo miedo, maldita sea. No quiero morirme aquí, no quiero*. La distancia entre ellos y los bombarderos estaba disminuyendo rápidamente, pero eso significaba que estaban alcanzando el primero de los dos destructores. *El miedo no te ayudará a sobrevivir, Jane. El miedo te hace cometer errores.*

Imagínate que estás en el simulador, en una de esas misiones imposibles, y que el único objetivo es sacar más puntos que Avery. Sombra relajó la presión sobre la palanca y empezó a manejarla con mayor suavidad. *Eso está bien.*

Vas a necesitar toda tu habilidad para pasar por ahí en medio, y una mano agarrotada es una piloto derribada. Sombra sonrió al recordar el viejo dicho.

Los detalles de la parte inferior del enorme destructor estelar eran perfectamente distinguibles a simple vista, incluyendo la multitud de torretas y baterías láser repartidas por su quilla. Al fijarse en ellas, Sombra se dio cuenta de que todas estaban apuntando en la misma dirección.

Hacia el planetoide.

Llamarada no estaba a más de cuatro kilómetros de la Vigilante cuando vio a los bombarderos. Se las había apañado para llegar entera hasta allí, pero era evidente que esto no había terminado aún. Sin pensárselo dos veces hizo girar al Interceptor y se dirigió en línea recta hacia la formación atacante.

De pronto el espacio se llenó de luz. Hasta la última partícula de materia flotando en el vacío entre los destructores imperiales y la atmósfera exterior de KS-31 quedó inmediatamente incinerada ante la potencia combinada de docenas de baterías láser disparando a plena potencia.

Capítulo II

El equipo científico del *Senderis* había lanzado varias sondas en las últimas cuarenta y ocho horas con el fin de obtener todos los datos geológicos pertinentes sobre KS-31. Tras realizar un análisis exhaustivo de esa información y ejecutar varias simulaciones por computadora, habían determinado el punto óptimo de la superficie sobre el que aplicar el poder de las armas de las que disponían. El *Senderis* y el *Disuasor* dispararían repetidamente todas sus armas láser concentrándolas en esa zona, una falla tectónica entre dos placas de corteza, alcanzando prácticamente hasta el núcleo del planetoide. La inmensa cantidad de energía generada por los cañones láser de los destructores se abriría camino fácilmente por allí, creando una brecha artificial de varios kilómetros de profundidad. A través de ella serían guiadas varias bombas espaciales de gran potencia, armadas con cargas de fisión nuclear. Cuando hicieran explosión, el núcleo de KS-31 estallaría de dentro hacia afuera, y décimas de segundo más tarde la reacción en cadena se habría consumado. El planetoide entero reventaría en pedazos, como en su día lo hiciera Alderaán a manos de la Estrella de la Muerte.

Al finalizar la cuenta atrás, el capitán de navío Perdiggo dio la orden de fuego y el plan se puso en marcha. Aunque todo el mundo sabía el minuto exacto en el que sucedería, casi nadie dejó de sobresaltarse cuando el *Senderis* y el *Disuasor* abrieron fuego al unísono. La mayoría de aquellos que tuvieron la oportunidad de contemplar aquel espectáculo infernal sintieron la sangre congelársele en las venas, sin importar si eran imperiales o rebeldes.

Alvar Parix miró asombrado la lluvia de fuego, pasando por encima de ellos en dirección al lugar en el que había pasado más de la mitad de su vida. Al volverse hacia Chistes, la piloto le devolvió una mirada de tristeza.

—Tenías razón —dijo Alvar sintiendo que la voz se le quebraba—. Están haciéndolo.

Chistes se limitó a asentir con la cabeza. No había nada que ella pudiera decir.

—Ése era nuestro hogar… —continuó el muchacho—. Pero dejó de serlo cuando llegaron los imperiales.

Chistes podía imaginarse, o eso pensaba, cómo se sentía Alvar, pero en esos momentos tenía algo mucho más inmediato de lo que preocuparse. La piloto no dejaba de mirar con aprensión al cada vez más cercano *Disuasor*. Las lanzaderas de Ángel y Lince ya comenzaban a alejarse de él. Si tan sólo una de esas torretas láser se volvía hacia ellos, serían polvo estelar antes de darse cuenta siquiera.

—Espero que estén demasiado ocupados para fijarse ahora en nosotros… —susurró sin dirigirse a nadie en particular.

De repente el transporte empezó a temblar violentamente.

—¡Un rayo tractor! ¡Nos han cogido con un rayo tractor! —gritó Chistes con desesperación. Intentó zafarse, peleando con los mandos que se le escapaban de las manos, pero los motores del Delta Dx9 no tenían ni una sola oportunidad contra un rayo tractor diseñado para retener naves del tamaño de una corbeta.

Al escuchar el grito de Chistes, Ángel miró hacia atrás a tiempo de ver cómo la nave pilotada por su compañera se salía completamente de su trayectoria y se dirigía hacia los hangares del *Disuasor*. Sintiendo que el corazón estaba a punto de salírsele por la boca maniobró con brusquedad para evitar que su lanzadera pudiera ser fijada y atrapada por un segundo rayo tractor.

Suponiendo que quien estuviera manejando el rayo esperaría que intentara alejarse del destructor, ella hizo lo contrario y viró hacia su derecha, directamente hacia los motores de la nave imperial. El chorro de salida de las toberas del destructor podía sin duda causarle daños, pero también estorbarían la labor del operador del rayo tractor. La lanzadera se zarandeó por lo que pareció una eternidad, pero finalmente consiguió soltarse. La maniobra le llevó a menos de veinte metros del casco del destructor, pero ni se estrelló contra él ni se metió de lleno delante de las toberas al dejar atrás la nave imperial.

—¿Lince?

—¡Vo-voy detrás tuya!

Por el modo en que había brincado la nave, había estado realmente a punto de ser capturada como le había sucedido a Chistes. De no ser por su grito de aviso no habría tenido ni la menor oportunidad.

—¡Escapad! —escuchó decir a su compañera, aunque la calidad de la transmisión empeoraba por momentos, seguramente por la interferencia causada por el propio rayo tractor—. Ahora tenéis el camino despejado…! —Casi sin poder creérselo del todo, Ángel comprendió que Chistes tenía razón. No había ninguna otra nave delante de ella, y estaban a distancia suficiente del todavía existente pozo gravitatorio. La idea de marcharse dejando atrás a Chistes le hizo sentirse enferma, pero no había absolutamente nada que Lince o ella pudieran hacer. Si esperaban más, el destructor podría fulminarlas con una sola ráfaga de sus baterías traseras, tan pronto como los operadores de los rayos tractores comunicaran su fracaso al puente. La computadora de vuelo emitió una señal sonora. Estaban en posición. Ángel empujó la palanca del motivador de salto e inmediatamente se sintió aplastada contra el respaldo del asiento, al tiempo que la luz de las estrellas se alargaba y difuminaba hasta convertirse en un cono borroso que rodeó la lanzadera por un instante antes de que abandonara el espacio normal.

Habían escapado.

Lince vio cómo la otra lanzadera aceleraba delante de ella y saltó casi al mismo tiempo sin mirar atrás. Tan pronto como se sintió a salvo, se dejó caer sobre su asiento, cerrando los ojos y sintiendo que las fuerzas le abandonaban junto con la tensión del peligro ya pasado. Se sentía como si hubiera envejecido diez años en los últimos diez minutos. Desde que se había incorporado al escuadrón Mantiss, con apenas las horas de

vuelo suficientes para pilotar un ala-B, había estado a punto de morir o ser capturada demasiadas veces. Era difícil entender cómo había gente que parecía estar acostumbrada a esto. La lista de camaradas caídos en combate se había ido haciendo más larga cada día, y ella ni siquiera había tenido tiempo para lamentar cada una de esas pérdidas. Pero tarde o temprano tendría que echar fuera todo lo que se estaba guardando dentro, antes de que acabara con ella.

Quizá las manos temblando encima de los mandos eran una señal de que ya no podía aguantar más. Quizá lo eran también las lágrimas que sentía pugnando por caer de sus ojos, tan pronto como parpadeara una sola vez. Tan sólo cuando sintió una mano posarse sobre su hombro ofreciendo consuelo, fue verdaderamente consciente de la presencia de cinco de los colonos apretujados junto a ella en la cabina de la lanzadera.

—Estoy bien. De verdad, estoy bien…

Avalancha había oído también el grito de Chistes. Cada piloto del escuadrón lo había oído y sabía lo que significaba. No había esperanza para su compañera ni para las personas que transportaba.

No todo está perdido… susurró Joan en su mente. Avalancha sentía la preocupación de la Dama Jedi, preocupación que en parte era por la situación, pero también por ella. *Temes que me venga abajo, ¿verdad?* Avalancha estaba acostumbrada a sentirse responsable por otros desde que se convirtió en jefe de escuadrón, pero esa carga nunca le había parecido tan pesada como ahora.

Ni siquiera en los peores momentos del viaje de regreso con el escuadrón Mantiss desde los mundos del Núcleo, mientras iba perdiendo piloto tras piloto y al final hasta a su nave nodriza. La decisión final de intentar este rescate había sido suya, aunque Llamarada y los demás parecían dispuestos a haberlo intentado de todas formas, aún en el caso de que ella no se hubiera recuperado. Avalancha sentía que tenía que estar a la altura del valor y la entrega de sus subordinados, hacer que su más que probable sacrificio sirviera realmente para algo, y no tan sólo para que alguien escribiera una nota al final de sus respectivos expedientes, citando brevemente su heroísmo antes de pasarlos a la base de datos de fallecidos o desaparecidos en combate.

También sentía que tenía que responder a las expectativas de Joan cuando la eligió para hacer esto. Pero ella no era Joan. No era una Dama Jedi. Era una piloto de caza. Una buena piloto, y probablemente también una buena jefa de escuadrón, pero eso no parecía suficiente ahora. Por un instante esperó que Joan añadiera algo más, que dijera que no tenía que preocuparse por lo que ella pensara o algo por el estilo, pero Joan permaneció en silencio. *Supongo que no quieres distraerme más aún, ¿no es así? O quizá es que has decidido ya que te equivocaste conmigo…*

—Líder Blanco, aquí la *Vigilante*. —Ésa era la voz de Rammes—. El transporte ha sido atrapado por un rayo tractor —*cuéntame algo que no sepa*—, pero las dos lanzaderas acaban de saltar al hiperespacio.

Avalancha sintió como si la hubieran abofeteado.

—Gracias, sargento —respondió, saliendo de su momentánea parálisis. Al menos parte de los colonos se habían puesto a salvo, junto con sus dos pilotos más jóvenes. Con eso ya habría merecido todo la pena. Habrían conseguido hacer algo, aunque no pudieran salvar a nadie más. La comandante del escuadrón Blanco se enojó consigo misma . *¿Y por qué razón no vamos a salvar a nadie más? Aún estamos a tiempo de sacar de aquí a la Vigilante, con la tripulación y la mitad de los colonos*. Avalancha se agarró a esa idea, obligándose a sí misma a no seguir pensando en Chistes. Tenía que concentrarse en lo que todavía podía hacerse.

Al mirar a su alrededor se dio cuenta de algo de lo que hasta ese instante no había sido consciente. Realmente podía sentir a las naves que la rodeaban, sin necesidad de sensores artificiales. *Como hacía Joan*. Aunque por un instante Avalancha había llegado a creer que la había dejado sola, la Dama Jedi seguía estando a su lado, aumentando de algún modo su sensibilidad a la Fuerza hasta unos niveles que jamás había sentido antes. Hacía sólo un momento, había presentido al caza TIE que estaba a punto de atacarles a Coloso y a ella.

Había percibido su rumbo, su velocidad, la dirección que seguían sus disparos, y de un modo instintivo había sabido lo que tenía que hacer para no ser alcanzada por él y posteriormente derribarlo. Si se relajaba lo suficiente como para no interferir en el flujo de la Fuerza en torno suyo, cada nave era como una burbuja de energía que ella podía sentir e identificar con facilidad. Los dos destructores estelares, la *Vigilante*, los bombarderos TIE que acababan de entrar en escena, la otra fragata enemiga a sus espaldas, los cazas de ambos bandos, los dos portanaves de escolta avanzando para cortarle la ruta de escape a la *Vigilante*…

—Comandante —continuó el técnico—, hay algo más. Tenemos a dos portanaves de escolta que…

—Lo sé —le interrumpió Avalancha. Al oírse a sí misma, se dio cuenta de que en su voz no quedaba ni rastro de la inseguridad ni el fatalismo que hasta muy poco antes sentía. *Eso está muy bien*—. Prepárese para salir de ahí y olvídese de los portanaves, sargento. Ya nos ocupamos nosotros. —En la cabina de su ala-B, Coloso se alegró de que su jefa de escuadrón no pudiera verle la cara que estaba poniendo en esos momentos.

Antes de que Rammes se lo dijera, y gracias a la intensa percepción con la que Joan la estaba dotando sin duda, Avalancha ya se había dado cuenta del peligro que suponían esos portanaves. Tenían que hacer algo muy pronto o la fragata rebelde quedaría atrapada, completamente a merced de los destructores imperiales tan pronto como terminaran con el planetoide.

Avalancha estaba segura de que la *Vigilante* había cambiado de posición, pero eso era lo de menos. Si Rammes había ordenado mover la nave tendría una buena razón para

ello. Pero si esos portanaves de escolta terminaban la maniobra, ya no tendría la menor posibilidad de salir de allí saltando al hiperespacio. Poniendo rumbo directo a las dos naves imperiales, Avalancha se esforzó por dar con una solución al problema. Los recuerdos de Joan eran ahora también sus recuerdos. No sabía si era cosa suya o si era Joan quien se los estaba poniendo en la mente, pero le daba igual. Se acordó de su última batalla, aquella en la que Joan fue capturada. De aquel transporte pesado, con las toberas de maniobra izquierdas dañadas, chocando con otra nave. La confusión resultante dándoles un respiro que sus pilotos pudieron aprovechar para escapar… Los portanaves de escolta eran básicamente hangares volantes dotados de potentes motores. Tenían buenas defensas anti-cazas, pero no destacaban por su capacidad de maniobra.

—Coloso, cúbreme durante quince segundos y entonces sígueme. Quiero que uses tus cañones de iones contra el portanaves que tenemos más cerca.

Coloso pensó que era inútil recordarle a Avalancha que los cañones de iones servirían de muy poco mientras esa nave mantuviera levantados sus escudos. Ella tenía que saberlo.

—De acuerdo jefa. Ten cuidado. —Tan pronto lo había dicho, dos Interceptores TIE enemigos le rebasaron a toda velocidad viniendo desde atrás. Sin dedicarle ni un segundo de su tiempo, ambos se lanzaron en pos de su comandante. *Habéis cometido un error, chicos*. Coloso abrió fuego sobre ellos, viendo recompensado su esfuerzo al destruir uno y conseguir que el otro abortara la persecución. Dos más se le estaban poniendo en la cola, pero se obligó a sí mismo a ignorarlos por el momento. Redirigiendo toda la energía de sus recuperados escudos a la parte trasera de la nave, Coloso se concentró en no perder de vista a Avalancha y hacer lo que le había ordenado.

Capítulo III

Víbora niveló el Interceptor centrando al caza restante en su retícula de tiro y apretó el gatillo dos veces. Nada más ver explotar los motores gemelos de su enemigo y a sus paneles solares saliendo despedidos en direcciones opuestas, verificó sus pantallas sensoras en busca de otros blancos hostiles.

Pero estaba solo. Las únicas señales que detectaba en las proximidades eran las de las boyas de socorro instaladas en los asientos de los pilotos imperiales que habían conseguido eyectarse antes de que sus naves fueran destruidas. Al pasar de la media docena dejó de contar los cazas que derribaba, y tampoco le importaba. Había conseguido impedir que la mayoría de los TIEs que perseguían a Avalancha y a Coloso pudieran continuar la caza después de que la corbeta resultara destruida, pero entonces aparecieron nuevos enemigos y desde entonces Víbora había estado demasiado ocupado manteniéndose con vida como para pensar en qué había sido de los dos alas-B.

Al principio, cuando se vio rodeado de TIEs por todas partes, había sentido el roce del pánico, pero poco a poco terminaron imponiéndose en él otras sensaciones. Sensaciones viejas y familiares, que casi le hicieron creer que había vuelto atrás en el tiempo. Parte de ello era el hecho de que se sentía bien volviendo a estar a los mandos de un Interceptor TIE, su montura preferida cuando era piloto imperial, pero eso era lo de menos. La sensación más fuerte era la de que en esos momentos no estaba luchando por causa alguna, ni siquiera por el simple y puro deseo de sobrevivir, sino por el puro placer del juego que en cualquier momento podía traerle la muerte. Muerte cruel, muerte salvaje, muerte ardiente.

Muerte bienvenida.

Al mirar a su alrededor casi lamentó no encontrar más enemigos. Era como entonces. Había vuelto a sobrevivir contra todo pronóstico razonable. Su Interceptor estaba tocado, pero aún respondía a los mandos. Víbora suspiró pesadamente e intentó alejar los viejos sentimientos que pensaba haber superado hacía ya mucho tiempo, desde que comprendió que nada que hiciera podría traerle de vuelta a Lisandra. Daba miedo pensar que todo aquello seguía acechando dentro de él, agazapado en la oscuridad de sus pensamientos, listo para salir y tomar el control a la menor oportunidad. El piloto se levantó la placa frontal del casco y se limpió el sudor con su mano enguantada. El momento había pasado. Lisandra estaba muerta y él estaba vivo. Ahora luchaba para el que creía era el bando justo. Tenía que concentrarse en el presente. Víbora le pidió a la computadora de vuelo que le mostrara la posición de la *Vigilante* sobre la pantalla sensora. Estaba lejos.

Incluso desde esa distancia podía apreciarse un intenso fuego de láser en el área. La destrucción del planetoide había comenzado, y eso significaba que se estaba quedando sin tiempo. Si no conseguía alcanzar la fragata antes de que saltara al hiperespacio, más le valía estrellarse contra una cualquiera de las naves imperiales. No le importaba nada de lo que le había pasado por la cabeza o de lo que había sentido minutos antes. No quería morir. No ahora. No aquí.

Víbora empujó el control de potencia hasta el fondo y comenzó la larga y desesperada carrera hasta la nave nodriza.

Vaya. Ahora sí que tengo buenas razones para estar asustado.

Iceberg y Sombra volaban justo bajo la quilla del *Disuasor* cuando los dos destructores estelares empezaron a descargar su tormenta infernal contra el planetoide. El interior de sus cabinas se llenó de luz, haciendo que ambos pilotos sintieran un escalofrío recorrerles la espalda, congelando el sudor a su paso. Afortunadamente para ellos todas las armas de los destructores estaban concentradas sobre un mismo objetivo, pero aún así necesitaron de toda su pericia para evitar ser alcanzados. Para ello tuvieron que volar literalmente pegados al casco del *Disuasor*, esquivando los puntos donde había montadas torretas y baterías láser. Uno de sus perseguidores fue menos hábil o tuvo peor suerte. El caza TIE fue rozado por una descarga de uno de los cañones del destructor, que le arrancó de cuajo la mitad de un panel solar y lo mandó rebotando hacia una segunda batería. Ésta le cogió de lleno. El resto de pilotos imperiales tomaron en cuenta el aviso y decidieron ser más prudentes, aunque fuera a costa de perder terreno respecto a los Interceptores a los que perseguían. Sombra ni siquiera se dio cuenta de lo que acababa de suceder a sus espaldas, tan concentraba como estaba en lo que tenía al frente. Aunque no podían haber pasado más que unos pocos segundos, cuando alcanzó por fin el otro lado del destructor le parecía como si llevara toda la vida ahí abajo.

Pero todavía no era momento de alegrarse.

—¿Sombra, sigues ahí?

—Sí, Iceberg, detrás de ti, cerca de tu panel de estribor.

—Tú los de la derecha y yo los de la izquierda.

—De acuerdo.

Tras dejar atrás al destructor, no había nada entre ellos y los bombarderos, y los Interceptores estaban logrando reducir la distancia que los separaba rápidamente, siguiendo un vector de aproximación prácticamente perpendicular a la ruta que llevaban sus enemigos. Seguían teniendo TIEs detrás de ellos, pero un poco más lejos que antes de pasar bajo el *Disuasor*. Dispondrían de medio minuto escaso para hacer lo que tenían que hacer, y Sombra sabía que no sería suficiente. A pesar de estar muy cerca cuando Chistes fue atrapada por el rayo tractor, no habría podido hacer nada por ayudarla aunque lo hubiera intentado. Lo único que la aliviaba en parte era el que las lanzaderas hubieran logrado pasar. Ahora Iceberg y ella tenían que intentar eliminar a la mayor parte de la formación de bombarderos TIE antes de que tuvieran ocasión de disparar sus torpedos contra la *Vigilante*. Si no derribaban o incapacitaban los suficientes, o no lo hacían lo bastante rápido, la fragata sería destruida o capturada.

Sombra apretó los dientes hasta hacerse daño. Los bombarderos estaban ya a menos de seis kilómetros de la fragata. Eso significaba que la tenían dentro del alcance efectivo

de los torpedos, aunque seguramente esperarían a estar un poco más cerca, con el fin de reducir las posibilidades de que los proyectiles fueran derribados por los artilleros de la nave. *Si supieran que no tenemos artilleros…* La única ventaja que Iceberg y ella tenían era que las computadoras de vuelo de los bombarderos seguramente no identificarían a sus Interceptores como amenaza potencial, y por lo tanto sus indicadores de amenaza no empezarían a inmutarse hasta que ellos abrieran fuego. Cuatro kilómetros y medio de los bombarderos a la fragata. La retícula de tiro de Sombra se puso verde y ella apretó el gatillo.

El bombardero TIE se salió de la formación con daños graves en el casco.

Sombra lo ignoró y pasó a seleccionar un nuevo blanco. Esta vez falló el disparo, pero antes de poder volver a intentarlo tuvo que virar bruscamente para evitar chocar contra la formación enemiga. Lo hizo de forma que al final del giro volviera a tenerlos delante. Iceberg, que ya había conseguido derribar a uno, terminó la maniobra un instante antes que ella, reduciendo la velocidad tanto como pudo para quedarse a cola de los bombarderos. Una de las naves Imperiales explotó exactamente en el centro de la formación.

—Buen tiro, Iceberg.

—¡Yo no le he dado a ése!

—¡Pues claro que no!

—¿Llamarada?

El fuego láser de los destructores cesó de repente. Por un instante, Psico pensó que todo había terminado. Con semejante descarga de fuego, no podía quedar nada de la factoría, de la colonia ni de sus alrededores. Pero de pronto su computadora de vuelo le informó de que los sensores habían detectado el lanzamiento de varios proyectiles contra el planetoide. Al ver sobre la pantalla la identificación ofrecida por la computadora como más probable, Psico dejó escapar una exclamación. Bombas espaciales de fisión. Realmente iban a volar el planetoide.

Tenía que alejarse de KS-31 cuanto antes o no lo contaría. Pero Delta Uno había resultado ser un adversario más duro de lo que esperaba. Por tres veces había conseguido acercarse a él lo suficiente y centrar al Interceptor en sus miras. Dos de ellas había conseguido tocarle incluso con un disparo láser, aunque sin causarle daños de importancia. En todas las ocasiones Hagger había logrado escabullirse y mantenerse en el combate, buscando incansablemente ponerse a cola de su ala-A. Los habían dejado solos. Eso sólo podía significar que los mandos imperiales habían notificado a sus pilotos de caza que se apartaran de KS-31, y al parecer habían obedecido todos menos Delta Uno. Sin ayuda, era poco probable que Hagger consiguiera derribarle, ya que los escudos podían absorber sin demasiados problemas los ocasionales impactos conseguidos por el piloto imperial. Por el contrario, era cuestión de tiempo que Psico lo derribara a él.

Pero no tenemos tiempo ninguno de los dos.

—Hagger, ¿puedes oírme?

—Te oigo, rebelde.

—Creo que sería prudente salir de aquí. Si no lo hacemos de inmediato, ninguno de los dos vivirá lo suficiente para ganar este combate.

—Seguro. Márchate tú primero y yo te sigo.

—¿Estás de broma? ¿Y que me frías tan pronto como te dé la espalda?

—Por lo que he visto hoy, sois vosotros los rebeldes quienes acostumbráis a engañar primero y a disparar por la espalda después.

Psico se quedó callado por un momento. Hagger tenía razón. Habían hecho exactamente eso, aunque no habían tenido otra opción si querían rescatar a los colonos y salir con vida de allí. Pero no había tiempo para explicaciones, ni para intentar llegar a un acuerdo dialogado. Era ahora o nunca. Psico viró en dirección al espacio exterior y empujó hasta el fondo la palanca del selector de potencia.

—Está bien, Delta Uno, tú ganas. Espero que no aproveches la ocasión para mandarme al infierno. Antes de que respondas, quiero decirte que siento de verdad lo de tus compañeros. Ojalá las cosas no fueran como son.

—Cállate de una vez, maldito charlatán. No te dispararé. Acabaremos esto en otra ocasión, ¡pero para entonces espero estar pilotando un TIE Avanzado con hiperimpulsores y escudos!

—¡Hasta entonces, teniente! —A pesar de lo que acababa de decir Hagger, Psico no dejó de observar su pantalla sensora trasera hasta que el ala-A, con toda la energía de las armas y parte de la de los escudos reinvertida en aumentar su velocidad, empezó a dejar atrás al Interceptor TIE.

Segundos más tarde el planetoide explotó a sus espaldas.

La onda expansiva barrió a través del espacio con una fuerza increíble.

Fragmentos del tamaño de edificios eran lanzados en todas direcciones como auténticos proyectiles, en medio de una nube de polvo ardiente que se iba consumiendo a sí misma a medida que se extendía. Todo lo que no estuviera lo bastante lejos del centro de la explosión sería desintegrado sin remedio.

Psico se mantuvo volando en línea recta, sintiendo cómo su caza se estremecía al ser alcanzado por la parte exterior de la onda, que acarreaba consigo los gases incandescentes que hasta unos instantes antes habían formado parte de la atmósfera de KS-31. Sin atreverse siquiera a mirar atrás por encima del hombro, rezaba en silencio para que se hubiera puesto en marcha a tiempo. Psico se sorprendió a sí mismo rogando también para que ninguno de los compañeros de Hagger hubiera logrado eyectarse.

Sería horrible sobrevivir tras ser derribado para luego morir así…

En un momento dado el ala-A dejó de temblar, y Psico comprendió que lo había conseguido. Poco más tarde una luz roja se apagó en su panel y sus sensores traseros empezaron a recuperar su capacidad. Después de unos segundos un solitario punto rojo

apareció sobre su pantalla sensora trasera, a unos tres kilómetros por detrás de él. Hagger también lo había logrado. Psico sonrió y puso rumbo hacia la *Vigilante*.

Los dos portanaves de escolta llenaban el espacio delante de ella. Avalancha sabía que había llegado el momento de hacer su parte, de jugarse el todo por el todo con tal de que los colonos y aquellos que habían arriesgado su vida por ellos tuvieran una oportunidad de escapar. De alguna forma sabía también que toda su vida se había estado preparando para hacer esto.

Pero no estaría sola. Joan y ella harían esto juntas. Sí, esa era la respuesta, lo que Joan había intentado decirle todo el tiempo. Ninguna de las dos podría hacerlo sin la otra. Se necesitaban y se complementaban, y al comprenderlo de ese modo sintió la presencia de la Dama Jedi más fuerte que nunca a su lado.

Casi tanto como cuando se había encontrado dentro de ella, contemplando su vida a través de sus ojos y aprendiendo con ella todo aquello que quizá nadie más podría haberle enseñado. Ambas se entendieron sin necesidad de articularlo en palabras. Tampoco las necesitó Joan para explicarle a Avalancha lo que tenía que hacer. Daba un poco de miedo, pero confiaba en ella tanto o más que en sí misma.

Ahora, Sherry.

Estoy lista. Supongo…

Las mentes de Avalancha y de Joan d'Arc se unieron en una sola conciencia. Por un instante Joan creyó que iba a experimentar lo mismo que cuando ella se introdujo en Joan, o mejor dicho, en la memoria de Joan. Pero no fue así. Aquellas seguían siendo sus manos, sus ojos eran sus ojos. Esta vez era Joan quien vivía en ella y sentía lo que sentía ella. Avalancha se relajó y permitió que la Fuerza fluyera libre a su alrededor. Alrededor de las dos. De pronto parecía fácil. Era como si Joan y ella fueran la misma mujer. *Sí, y también la piloto más mortal que jamás se haya visto*. ¿Eso lo había pensado Joan o ella? *Qué más da*. Movió la palanca de mando de forma imperceptible a ambos lados y sonrió. Podía percibir el ala-B como si fuese una extensión de su propio cuerpo, tal y como le pasaba a Joan con su *Cantante*. Y no sólo al caza. Podía sentir todo lo que la rodeaba con una claridad increíble. Las naves enemigas disparaban hacia ella con todas sus armas, pero no se asustó.

Estaba preparada para enfrentarse a ellas.

Avalancha hizo pasar al ala-B a través de la barrera de fuego levantada frente a ella por los dos portanaves de escolta disparando al unísono. Sabía, mejor dicho, *presentía* lo que tenía que hacer en cada instante para evitar ser alcanzada, esquivando cada rayo láser y cada misil de impacto que era lanzado contra ella. Cada disparo causaba un efecto en el flujo de Fuerza que ella percibía e interpretaba sin pensar.

Ya casi estaba encima de la primera de las naves.

Coloso no entendía lo que estaba pasando. Al transcurrir los quince segundos que Avalancha le había ordenado que esperara, la había seguido hacia el portanaves enemigo. Coloso estaba seguro de que el plan de su comandante consistía en disparar todos sus torpedos contra el portanaves y debilitar lo suficiente sus escudos como para que los cañones de iones del ala-B de Coloso pudieran causar algún efecto en sus sistemas electrónicos. Pero en lugar de eso, Avalancha seguía acercándose al navío imperial. Cuando se dio cuenta de lo que pretendía hacer, Coloso abrió la boca de par en par, completamente pasmado.

Avalancha disparó furiosamente contra la apertura situada en la proa del portanaves, donde se encontraba el portal de entrada y salida de su vasto hangar principal. Si quería entrar en él por la fuerza, antes tenía que atenuar cuanto pudiera la intensidad de los escudos en la zona del portal, pues de lo contrario sería casi como estrellarse contra una pared. Avalancha se preparó para el impacto. Al entrar en contacto sus propios escudos con los del portanaves se produjo un intenso fogonazo, que la hubiera cegado de no ser por la rápida polarización de sus gafas. El ala-B se estremeció salvajemente de un extremo al otro al cruzar a través del portal y su todavía activo campo de protección. Avalancha tuvo que esforzarse para conservar el control de su nave y no precipitarse contra la cubierta de vuelo.

Ya estamos dentro.

Tirando hacia atrás de la palanca del selector de potencia, Avalancha cortó de golpe el impulso de los motores y activó los repulsores para reducir su velocidad y finalmente quedarse detenida en el aire, a un metro escaso de la cubierta. De inmediato abrió fuego contra las lanzaderas, transportes ligeros y otros vehículos allí estacionados, los contenedores de combustible y de munición, todo valía. Los sorprendidos tripulantes se lanzaban al suelo por doquier, en busca de un inexistente refugio. El hangar era un infierno de fuego y explosiones dónde no había lugar para esconderse. Cuando el cazabombardero rebelde se dio la vuelta y salió del hangar entre el rugido de sus motores, dejó detrás el más terrible de los caos.

Coloso estaba seguro de que Avalancha se había matado en el intento, pero decidió obedecer su última orden de todas formas. Frunciendo el ceño en un gesto de determinación se lanzó hacia el portanaves enemigo, al que su computadora había identificado ya como el *Altaner*. Para su sorpresa, la mayoría de las defensas de la nave habían dejado de disparar, y según sus instrumentos los escudos estaban fluctuando, a punto de caer. Quizá Avalancha se había estrellado contra algo importante.

—Espero que haya merecido la pena, jefa —dijo en voz alta, al tiempo que seleccionaba los cañones de iones y empezaba a disparar. Las descargas azuladas se estrellaban contra el casco de la nave, envolviéndola en un resplandor de tonos eléctricos. Estaba funcionando. Desde el segundo portanaves hacían lo que podían por derribarle, pero no podían hacer gran cosa sin acertarle a su nave gemela. Cuando ya estaba a punto de girar para evitar chocar contra su objetivo, vio salir algo por la proa del *Altaner*. Era el

ala-B de Avalancha, seguido por una impresionante llamarada procedente del interior del hangar.

Coloso se quedó sin palabras. Su computadora le informó de que todos los sistemas primarios del *Altaner* estaban desactivados. La nave había quedado completamente fuera de control, girando en el espacio en la dirección hacia la que había sido empujada por sus toberas de maniobra antes de que dejaran de funcionar. La otra nave, el *Richelord*, que se había acercado lo máximo posible en un intento de prestarle ayuda, intentó maniobrar para evitar el choque. Casi lo consiguió, pero a pesar de todo el mortalmente dañado *Altaner* se estrelló contra el lado izquierdo del *Richelord,* penetrando parcialmente en su estructura. El aire se escapaba de la primera de las naves a través de varias brechas que se habían abierto en el casco, extinguiendo los incendios declarados en su interior, pero matando a todos los tripulantes que estaban zonas abiertas. La fuerza del impacto había sacado a ambas naves de su ruta anterior. Los motores del *Richelord* seguían funcionando, pero le era imposible realizar maniobra alguna llevando al *Altaner* literalmente incrustado en su casco.

Coloso comprobó que las cámaras de vuelo de su ala-B estuvieran funcionando. Si aún salían de ésta, necesitaría su ayuda para creerse lo que acababa de ver.

Capítulo IV

[Puente de la *Vigilante*]

—¿Has visto eso? —medio preguntó, medio chilló Lailha Dengar, en un tono de voz que le salió mucho más agudo de lo que era normal en ella—. ¡Da la orden de saltar y vayámonos de aquí!

—Todavía no —contestó Rammes señalando al monitor en el que ambos contemplaban cómo lo que quedaba del escuadrón de bombarderos TIE del *Senderis* seguía acercándose, atacados furiosamente por tres de los Interceptores TIE del supuesto escuadrón Duende. La imagen era transmitida por una de las holocámaras instaladas en el casco de la *Vigilante*—. Tenemos que esperar a esos pilotos.

—Que lo dejen ya y aterricen. Entre los tres han conseguido reducir el número de bombarderos a la mitad. Seguro que nuestros escudos pueden aguantar los torpedos del resto.

Rammes se mordió el labio mirando de reojo a un segundo monitor. Sobre él se veía al transporte Ballard Dos acercándose irremisiblemente a la bahía principal del *Disuasor*, a punto ya de ser introducido en uno de sus hangares.

El técnico no quería moverse de donde estaban antes de estar seguro de que el transporte era capturado, aún sabiendo que no tenía la menor oportunidad de escapar al rayo tractor que lo sujetaba. Pero tanto su compañera como la comandante Krenzel tenían razón. No podían seguir corriendo más riesgos. Ya habían conseguido más de lo que esperaban.

—Está bien. Llama a los Interceptores.

Dengar había activado la unidad de comunicaciones antes de que Rammes terminara la frase.

—¡Unidades Duende, olvídense de los bombarderos que quedan y aterricen inmediatamente en la *Vigilante*! —Mientras lo decía, vio cómo dos de los bombarderos acababan de soltar sus torpedos de protones. La joven sargento se puso en tensión. Ojalá no se equivocara al estimar que los escudos de la Vigilante podrían resistir el ataque.

—A toda la tripulación. Prepárense para el impacto de varios torpedos de protones. —Al transmitir el mensaje miró a Rammes, pero éste había devuelto ya su atención a lo que estaba sucediendo con el Delta Dx9 y no se dio cuenta.

[A bordo del transporte Ballard Dos]

—¿No podemos hacer nada? —preguntó Alvar sin apartar la vista del hangar, profusamente iluminado, al que estaban siendo dirigidos. Para el joven colono aquello bien podían ser las fauces de un gigantesco monstruo a punto de tragárseles.

—No, lo siento —respondió Chistes con voz serena. *Debería estar histérica*, pensó. *Estaba mucho peor hace un rato, cuando me di cuenta de que no había cargado las*

coordenadas de salto en la computadora, o cuando estaba discutiendo con los colonos, pero ahora… Nunca sabes cómo vas a reaccionar ante el desastre hasta que llega de verdad—. Para escapar de un rayo tractor de esta potencia —explicó en beneficio de Alvar—, necesitaríamos motores mucho más grandes que los que tiene esta nave.

—¿Dónde está el rayo tractor?

—¿El rayo? Ah, bueno, supongo que te refieres al generador. Un destructor estelar clase Imperial II, como éste, tiene varios repartidos por el casco, y al menos uno en cada uno de los hangares. —Chistes recorrió con la mirada la quilla del *Disuasor*—. El nuestro debe ser ése de allí —dijo señalando hacia una protuberancia en forma de cono—. De un momento a otro pasarán el control al del hangar al que nos dirigimos.

—No lo veo…

—Está allí, justo enfrente. Mira hacia el morro de la nave y luego levanta un poco la vista… —Chistes se calló de repente. Alvar notó que había abierto mucho los ojos, pero antes de que pudiera preguntarle si le pasaba algo, la piloto siguió hablando. Alvar no pudo decidir sin embargo si seguía dirigiéndose a él o si más bien estaba pensando en voz alta.

—Enfrente, justo enfrente. Esto es un transporte de tropas de asalto clase Delta, y todas las naves de ese tipo están armadas… ¡sí, con doce torpedos de protones en lanzadores externos, como un ala-B! —Alvar percibió la esperanza en la voz de Chistes y sintió que el corazón empezaba a latirle a toda velocidad. La mirada de la piloto iba de un sitio a otro, del panel frontal de instrumentos a los controles instalados en el techo y de vuelta al panel, como si estuviese hipnotizada. Cuando su expresión cambió de repente a una de una intensa fiereza que Alvar no le había visto hasta el momento, el joven dedujo que Chistes había encontrado lo que buscaba.

—¡Aquí está, aquí está todo, y según este indicador vamos cargados! —Chistes miró hacia adelante. Estaban a punto de cruzarse con el generador. No había forma de que pudiera maniobrar para cambiar la orientación del morro de la nave, así que si dejaba pasar tan sólo unos pocos segundos más ya sería tarde. Pero sus manos volaban ya hacia los controles de los lanzadores y armaban los torpedos de protones. Desconectó el seguro y apretó el gatillo disimulado en la parte posterior del volante de control. No levantó el dedo hasta que el último torpedo salió disparado por los laterales del transporte.

Uno tras otro, todos los proyectiles se estrellaron contra la zona del casco que albergaba el generador del rayo tractor. A esa distancia, los escudos del destructor no podían ya detenerlos. Los dos primeros habían conseguido su objetivo, destruyendo el generador y liberando al transporte. El resto explotaron sobre el casco, dañando el blindaje pero sin causar grandes daños, excepto uno que se coló en el hangar y destruyó la catapulta del lanzamiento de TIEs más cercana. Nada más notar que recuperaba el control de la nave, Chistes aceleró para alejarse de la zona de hangares siguiendo la misma ruta que habían utilizado minutos antes Ángel y Lince. El casco del destructor desfilaba por encima de sus cabezas a velocidad creciente, a medida que se acercaban a

su popa. Chistes se apartó del destructor para evitar ser alcanzada por la salida de las toberas de la nave, y puso la mano sobre la palanca del motivador de salto.

Y la volvió a quitar al aparecer prácticamente de la nada tres Delta Dx9 como el suyo, cortándole el paso.

—Huésped Uno a *Disuasor*. Los tenemos.

—Copiado, Duende Uno. Esta vez no correremos riesgos. Desactívenlos.

Aunque Chistes no pudo escuchar el breve intercambio entre el líder de la fuerza de asalto y el destructor estelar, no le hacía falta para saber que había salido de un pozo para caer en otro. La piloto dejó escapar una maldición.

—Estúpida de mí. Debí haber guardado algún torp…

La primera descarga iónica impactó directamente sobre el visor delantero, deslumbrando a Chistes y a Alvar y haciéndoles saltar de sus asientos. Tras el repaso que les había dado el Interceptor TIE poco antes, los escudos del transporte apenas habían tenido ocasión de recuperarse. No harían falta demasiados disparos como ése para dejar la nave totalmente incapacitada.

[Grupo de Interceptores Duende]

—Ya lo habéis oído, gente —transmitió Llamarada—, ¡Hay que irse!

Iceberg torció el gesto y siguió al Interceptor pilotado por la oficial ejecutiva del escuadrón por encima de la formación de bombarderos TIE, con Sombra pegada a su panel izquierdo. *Nos van a freír*, pensó para sí. No tenían más remedio que rebasar a los bombarderos que quedaban, seis en total, para poder llegar hasta la *Vigilante*, pero eso significaría que quedarían expuestos al fuego de sus cañones láser. De hecho ya estaban empezando a disparar.

—Esos tipos deben estar deseando mandarnos al infierno —dijo Sombra, expresando en voz alta lo que Iceberg estaba pensando—. Después de todo acabamos de derribar a sus compañeros…

Iceberg no respondió. Maldiciendo su suerte se retrasó para interponerse entre sus dos compañeras y los bombarderos imperiales, sabiendo que no podría cubrirlas por mucho tiempo. Un solo impacto y su más que tocado Interceptor se convertiría en una nube de fragmentos.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Sombra al darse cuenta de la maniobra.

—Calla y sigue corriendo, por lo que más quieras. —El piloto rebelde miró hacia atrás, esperando ver venir su propia muerte a través de la escotilla trasera.

Pero lo que vio fue al bombardero TIE más cercano explotando en mil pedazos.

—¿Quién…?

—¡Sigue tu propio consejo y corre! —le interrumpió la voz de Alce.

—¿Nos echabais de menos? —añadió Granito.

—¡Os quiero, realmente os quiero a los dos! —Iceberg sonrió. El hangar principal de la *Vigilante* parecía estar de pronto muchísimo más cerca.

[Puente de la *Vigilante*]

—No hay daños —informó la sargento Dengar. Su rostro estaba muy pálido, pero eso no tenía nada de particular considerando que acababa de experimentar por primera vez lo que se siente cuando se ve venir una andanada de torpedos de protones dirigidos hacia la nave en la que uno se encuentra—. Los escudos han aguantado esa primera oleada, aunque han bajado al sesenta y tres por ciento. En condiciones normales se recuperarían en unos quince minutos. —Dengar no dijo el resto de lo que estaba pensando.

Que en quince minutos, las naves que tenían alrededor podrían haberlos machacado al menos una docena de veces.

—Nos iremos enseg… Espera, algo está pasando debajo del *Disuasor*. Una explosión… —Rammes abrió la boca de par en par. La holocámara que apuntaba al Delta Dx-9 lo siguió por unos instantes mientras salía disparado hacia la popa del *Disuasor*, pero lo perdió cuando su piloto decidió volar pegada al casco del destructor para no convertirse en blanco fácil de sus armas o de un segundo rayo tractor—. ¡El transporte ha conseguido escapar!

—No, creo que no —dijo Dengar detrás de él, señalándole a las tres naves de su mismo tipo que se dirigían a interceptarlo. Rammes sabía que ninguno de los cazas del escuadrón Blanco estaba lo suficientemente cerca como para prestarle ayuda, pero la propia *Vigilante* sí que tenía a tiro a sus atacantes, aunque fuera a costa de estar ella misma al alcance del *Disuasor*.

—¡Rápido, envía los datos de telemetría a todos los puestos de artillería! ¡Todas las baterías, disparad contra los transportes identificados como Huésped Uno, Dos y Tres!

Casi al instante, varias torretas láser cobraron vida en la sección frontal de la Nebulon-B.

[A bordo del transporte Ballard Dos]

Los tres transportes enemigos fueron alcanzados casi al unísono, con distintos resultados. Uno de ellos explotó de inmediato. El segundo tuvo mejor suerte, y fue capaz

de evadirse con escasos daños. El tercero recibió un impacto directo en uno de sus motores, lo que hizo que el piloto perdiera momentáneamente el control. Chistes vio cómo la nave se le echaba encima, pero saliendo de su estupor consiguió reaccionar a tiempo y evitarla por un par de metros. A su lado, Alvar dejó escapar un chillido, pero ella casi no le oyó.

Frente a ella sólo se veían estrellas. Tenía el camino despejado. Con un grito salvaje de alegría que ahogó lo que quedaba del de Alvar, Chistes empujó la palanca del motivador de salto y el Delta Dx9 se internó en el hiperespacio. El familiar torbellino de luces y sombras jamás le había parecido tan bello. La piloto se abrazó al joven colono hasta casi estrangularlo, pero Alvar no se quejó. Estaba demasiado contento.

—¿Esto es lo que haces normalmente para ganarte la vida, Diana? —preguntó cuando consiguió retener suficiente aire.

—Oooooh, no. Esto es sólo los días buenos —contestó Chistes encogiéndose de hombros.

Alvar se rió con ganas, por primera vez en mucho, mucho tiempo. El lugar en el que había pasado la mayor parte de su vida ya no existía, convertido en una nube de polvo y fragmentos, pero en ese momento no le parecía tan importante.

[Puente del destructor estelar *Disuasor*]

—¡Señor, el grupo Huésped ha sido atacado desde la *Vigilante*! ¡Ballard Dos acaba de saltar al hiperespacio!

El capitán de navío Legann sabía lo que había sucedido sin necesidad de que nadie se lo contara. Lo había visto todo por sí mismo en los monitores y en la pantalla táctica. Tuvo que reprimirse para no dejar escapar una obscenidad en voz alta. *Ese imbécil de Perdiggo…* pensó no por primera vez. *¿Cómo permite que un puñado de rebeldes nos esté haciendo esto? ¿Cómo es posible que se infiltren en nuestra flota y se deje engañar por ellos, a pesar de que la presencia de esa nave aquí era de lo más sospechosa?* Lo que más le molestaba y sorprendía de todo, era que él mismo no hubiera hecho nada para impedirlo, a pesar de que había sido plenamente consciente de los errores de Perdiggo a medida que éste los cometía. Pero eso era lo de menos. La responsabilidad de las pérdidas que habían sufrido hasta el momento, así como del hecho de que un número indeterminado de colonos hubiera conseguido escapar, recaería plenamente sobre él. De eso Legann estaba convencido. No obstante, este desastre aún podía convertirse en una victoria, aunque fuera parcial, y sería él quien lo hiciera. Ya estaba bien de esperar órdenes de semejante inepto.

—Capitán Ibis —dijo dirigiéndose a su segundo de abordo—, fuego a discreción con todas nuestras armas contra la *Vigilante*, y que salgan nuestros propios bombarderos TIE. —Hasta hacía un momento, hubiera sido demasiado arriesgado lanzar el escuadrón de

bombardeo del *Disuasor*, mientras ese Delta Dx9 era remolcado hacia la zona de hangares, pero ahora ya no había ninguna razón para no emplearlo.

—Al instante —respondió su subordinado con visible satisfacción.

—Señor —dijo el oficial de sistemas sensores volviéndose hacia él—. La *Vigilante* está girando. Según las lecturas de energía provenientes de sus hiperimpulsores, están preparándose para saltar al hiperespacio.

—¡Entonces dense prisa, maldita sea! —exclamó Legann dándose un puñetazo en la palma de la mano.

[A bordo de la *Vigilante*]

El Interceptor de Llamarada entró en el hangar principal de la *Vigilante* llenándolo con el aullido de sus motores iónicos. La piloto necesitó de toda su habilidad para no estrellarse con nada. Iceberg y Sombra atravesaron la apertura externa inmediatamente detrás de ella. Iceberg consiguió detener el suyo apenas a un metro de uno de los mamparos. En esos momentos, la fragata estaba empezando a volverse hacia el espacio exterior, acosada por un grupo de bombarderos TIE, aunque los escudos seguían resistiendo.

Llamarada se quitó su máscara con un suspiro de alivio y abrió la escotilla para salir del caza, pero apenas puso un pie sobre la cubierta de vuelo el hangar entero tembló a su alrededor. La máscara se le cayó entre los pies. Al levantar la vista y mirar hacia el exterior de la nave, pudo comprobar que el *Disuasor* acababa de abrir fuego contra ellos.

—Espero que no nos quedemos demasiado tiempo por aquí… —dijo en voz alta sin dirigirse a nadie en particular. A su derecha, Sombra salía ya de su Interceptor. Llamarada le saludó con la mano—. Es increíble que hayamos vuelto enteros volando en estos trastos, ¿verdad?

Sombra resopló antes de permitirse una sonrisa.

—Sí, es verdad… —La piloto miró a su alrededor—. Falta el de Víbora. ¿Le has visto?

—No desde que empezó el jaleo…

[Batalla alrededor de la *Vigilante*]

Además de a los TIE enemigos, los pilotos rebeldes se enfrentaban ahora al fuego de los cañones del *Senderis*, acercándose a máxima potencia por el lado opuesto al *Disuasor*, en un intento de poner la *Vigilante* a su alcance. Todas las naves del escuadrón Blanco estaban tocadas en mayor o menor grado, y algunas ni siquiera tenían ya escudos. Un escuadrón de refresco de bombarderos TIE se unía a la batalla, procedente del *Disuasor*. La fragata Nebulon-B *Grannia*, a la que Avalancha y Coloso no habían llegado

a atacar, alcanzaba al *Senderis* y se disponía a unir sus baterías a las de las dos naves capitales principales. La *Vigilante* podría haber saltado al hiperespacio antes de que el *Senderis* y la *Grannia* la tuvieran a tiro, pero no podría escapar del *Disuasor*. Los cañones del destructor estelar estaban machacando literalmente a la fragata. Los escudos de la *Vigilante* no resistirían hasta el punto de salto, y el puñado de pilotos rebeldes no podrían hacer nada para evitar su destrucción o su captura. La realidad era que sus propios cazas no podían soportar el castigo que estaban recibiendo por más tiempo. Si permanecían allí, estarían muertos muy pronto.

La voz de Avalancha resonó en los auriculares de todos y cada uno de ellos.

—Todos vosotros, saltad ahora mismo! ¡Es un orden!

—¿Y qué pasa con…? —empezó a decir Coloso.

—¡SALTAD AHORA!

El grito de Avalancha no admitía argumento alguno. Con una mirada angustiada a las lecturas de los escudos de la *Vigilante* captadas por los sensores de su ala-B, puso rumbo hacia el espacio exterior y activó el motivador de salto. Granito, Alce y Psico le siguieron.

Nada más verles desaparecer, la comandante del escuadrón Blanco hizo girar su cazabombardero hasta que la zona de la superestructura del *Disuasor* que albergaba el puente de mando quedó en el centro de su retícula de disparo. Un ala-B contra un destructor estelar. *Si tiene que haber un sacrificio hoy, será el mío…* La parte de ella que era Joan no contestó.

[Puente del destructor estelar *Disuasor*]

—¿A qué están esperando los artilleros? —preguntó Legann con enojo—. ¡Que derriben a ese loco del ala-B mientras acabamos con la *Vigilante*!

Algunas de las torretas láser montadas en la superestructura del destructor dejaron de disparar contra la fragata en fuga y se orientaron hacia el cazabombardero rebelde que se aproximaba.

[Puente de la *Vigilante*]

El sargento Rammes no podía apartar los ojos de los indicadores de los escudos. Mostraban un seis por ciento en la sección de los motores, y un diez por ciento en el resto de la nave. Estaban a punto de colapsarse. Si los motores resultaban dañados antes de que alcanzaran la velocidad de salto jamás lo lograrían. *Parece que Lailha tenía razón. He metido la pata creyendo que podíamos salvar a los transportes y también a nosotros mismos. Y ahora todos mis compañeros y los colonos que llevamos a bordo van a pagar por mi error.* Escudos traseros al cinco por ciento. Cuatro.

—¡Un Interceptor TIE viene por estribor! —exclamó Dengar, ajena a sus funestos pensamientos aunque fuera la primera en predecir lo que iba a suceder—. Un momento, es el del capitán Stauber. Parece que se dirige al hangar secundario, pero viene demasiado deprisa.

Rammes hizo una mueca. Ojalá ese piloto alcanzara la fragata a tiempo.

Ojalá no saltaran todos por los aires inmediatamente después de eso. Treinta segundos para el salto y nada que él pudiera hacer por adelantar el momento.

Veinticinco segundos.

—¡Los escudos han caído!

Rammes cerró los ojos y cruzó los dedos. Su compañera hacía varios minutos que tenía cruzados los suyos.

[Espacio alrededor de la *Vigilante*]

El ala-B de Avalancha parecía evadir los rayos láser que venían hacia él desde el *Disuasor* como si fuera cosa de magia. O más bien cosa de Jedis.

Avalancha jamás había experimentado tal conexión con la Fuerza. El puente en forma de cruz del destructor estelar llenaba todo su visor frontal. Con el selector de armamento colocado en la posición correspondiente a los lanzadores de torpedos de protones, Avalancha acarició el gatillo. La pared de fuego delante de ella era terrible, pero aún así continuó acercándose hacia su objetivo, bailando entre lanzas de energía mortal que la desintegrarían literalmente en caso de alcanzarla, inventando un camino imposible a través de un laberinto hecho de rayos láser. Con toda la energía de la nave concentrada en los motores, sus escudos habían desaparecido y sus cañones eran incapaces de disparar.

Un poco más cerca… pensaron al unísono Avalancha y Joan.

Cuando ya podía distinguir a simple vista los visores frontales del puente, Avalancha hizo presión sobre el disparador. Los lanzadores no funcionaron a la primera, pero ya contaba con eso tras haber visto lo que le sucedía a Coloso.

Siguió apretando una y otra vez hasta que el ala-B dejó escapar su carga mortal, doce torpedos de protones, en rápida sucesión. Para entonces, Avalancha se encontraba tan cerca de su objetivo que pudo ver fugazmente a los oficiales imperiales que se encontraban en el puente, levantándose de sus puestos y tratando de ponerse a salvo. Al frente de todos ellos, el capitán de navío Legann abrió la boca para gritar, pero jamás llegó a hacerlo.

Al igual que había sucedido cuando Alce y Granito dispararan contra la *Portcantell*, el poder combinado de los primeros torpedos creó un agujero en el campo de fuerza que protegía al *Disuasor*. El resto de las cabezas de guerra lanzadas por el ala-B rebelde alcanzaron el blanco antes de que los generadores de escudos tuvieran ocasión de volver a cubrir el hueco. Toda la sección del puente de mando desapareció en una tremenda explosión.

Temporalmente fuera de control, el destructor estelar empezó a girar lentamente a babor, escorándose hacia ese mismo lado. Sus baterías láser seguían aún haciendo fuego, pero sus disparos se perdían en el espacio. Un agujero humeante en la superestructura, sacudida todavía por explosiones secundarias, era lo único que recordaba dónde se había encontrado el puente principal de la nave. Tarde o temprano, la tripulación recuperaría un control casi total de la nave desde el puente secundario, localizado en el casco principal…

Pero no a tiempo de detener a la *Vigilante*.

Víbora apretó los dientes con la mirada clavada en la entrada del hangar secundario, acercándose a él tan deprisa que apenas era un borrón azulado.

—Vamos, vamos… un poco más, por favor… —La fragata estaba iniciando el salto. Sólo tendría una oportunidad. Si fallaba, el Interceptor TIE se estrellaría a toda velocidad contra el casco de la *Vigilante* y reventaría como si fuera un huevo de mynock. El piloto sostuvo la palanca de mandos con las dos manos y vio cómo el umbral iluminado se hacía más y más grande ante sus ojos. Víbora dejó escapar un grito cuando el caza penetró limpiamente en el interior del hangar. Inmediatamente cortó motores y activó los repulsores, pero a pesar de eso su primer contacto con la cubierta de vuelo fue muy violento. Ni siquiera se molestó en abrir el ciclo de aterrizaje. A esa velocidad se habría roto nada más tocar la cubierta, desestabilizando aún más la ya de por sí errática trayectoria de la nave. Víbora se cubrió la cabeza con los brazos y esperó a que el caza se detuviera. Afortunadamente para él, los otros tres Interceptores habían aterrizado en el hangar principal y éste estaba vacío. Rechinando contra las rugosas planchas metálicas que componían en suelo y haciendo saltar una tremenda estela de chispas, el baqueteado Interceptor TIE siguió arrastrándose hasta chocar contra la pared del hangar, conservando todavía una velocidad considerable. Víbora escuchó el estruendo causado por los paneles solares al ser arrancados de cuajo por la fuerza del golpe, y el panelado frontal haciéndose añicos. Sintió como los cortantes fragmentes de transpariacero le laceraban los brazos, y la pierna derecha se le doblaba en una dirección anormal, en un punto en el que no existía articulación alguna. Además del dolor, lo último que percibió antes de perder el conocimiento fue la familiar sensación en la boca del estómago producida por un salto al hiperespacio. Su último pensamiento fue de alivio.

El ala-B de Avalancha salió de la inmensa bola de fuego provocada por sus torpedos con todos sus sensores definitivamente quemados y sin un solo resto de pintura sobre su casco, pero el resistente y correoso ala-B seguía siendo capaz de volar. Sudando por todos sus poros, la piloto vio cómo la *Vigilante* aceleraba y desaparecía del espacio

normal dejando atrás un último fogonazo de luz. Avalancha se echó a reír. Se rió a carcajadas, como una loca, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Jamás en su vida se había sentido tan bien.

Un momento después también ella saltó al hiperespacio.

[Puente del destructor estelar *Senderis*]

Cuando el capitán de navío Perdiggo comprendió que sus bombarderos no bastarían para impedir que la fragata rebelde escapara, había ordenado que el *Senderis* se uniera al ataque, pero para entonces era ya tarde. Aunque en el momento en el que el *Disuasor* fue alcanzado ya habían empezado a disparar contra la *Vigilante*, estaban aún demasiado lejos como para que sus disparos fueran eficaces. Perdiggo contempló horrorizado como el *Disuasor* se salía de rumbo, sin poder apartar la mirada de su mutilada superestructura. Alguien le informó que la fragata enemiga acababa de saltar al hiperespacio, pero él apenas oyó la voz. Ahora Beroz se empeñaba en presentarle un informe preliminar del resultado de la batalla. Como si le hiciera alguna falta. Perdiggo se esforzó sin embargo por adoptar una pose neutral y mantener una expresión serena mientras escuchaba a su segundo recitar las pérdidas que habían sufrido. Fragata *Portcantell* con daños muy graves, probablemente irreparable.

Corbeta rápida *Ursula* destruida, sin supervivientes. Portanaves de escolta *Altaner* destruido. Portanaves de escolta *Richelord* con daños graves.

Destructor estelar clase Imperial *Disuasor* con daños graves. Las pérdidas en los escuadrones de caza y bombardeo todavía estaban siendo calculadas, pero eran considerables. Ni una sola nave enemiga había sido destruida, ni una sola capturada, ni un solo rebelde había sido hecho prisionero. Aquello desafiaba a la razón. ¿Cómo podían haber salido las cosas tan mal para ellos y tan bien para los rebeldes? Perdiggo pensó que si el capitán Legann no hubiera estado muerto, ahora estaría oyendo sus recriminaciones. Afortunado Legann. Se hubiera cambiado por él sin dudarlo en ese mismo instante.

—Señor —escuchó decir al oficial de comunicaciones—, estamos recibiendo una transmisión desde el *Ejecutor*. Lord Vader quiere saber si la misión ha sido cumplida según lo planeado…

Beroz parecía de pronto estar muy ocupado contemplando el brillo de la cubierta, al igual que la mayoría de los oficiales del puente, con excepción del encargado de las comunicaciones que le miraba esperando una respuesta.

Perdiggo tragó saliva.

—Dígale al Ejecutor que el planetoide KS-31 ha sido destruido como nos había sido ordenado. Añada que yo personalmente redactaré un informe completo para enviárselo a Lord Vader.

—Eeeer, enseguida, señor…

Perdiggo caminó hacia uno de los visores y se quedó allí, contemplando el espacio y dándole la espalda a todo el mundo. No podía pensar en otra cosa que no fuera en la máscara siniestra de Darth Vader, en su respiración metálica, que ya creía estar oyendo. En el rostro del capitán Menadi, a bordo del *Formidable*, mientras era estrangulado por sus manos invisibles, suplicando con la mirada que alguien le ayudara, y sabiendo sin duda que nadie lo haría.

En toda su vida, el capitán de navío Perdiggo jamás se había sentido tan asustado.

El teniente Hagger dejó escapar una maldición al ver como, una tras otra, todas las naves rebeldes saltaban al hiperespacio dejándole a él y al resto de pilotos imperiales con un palmo de narices. Las lecturas obtenidas por sus sensores demostraban lo cerca que estaban las naves enemigas de quedarse sin escudos, cuan castigados se encontraban sus blindajes, y por tanto, lo poco que faltaba para destruirlos. Cuando las cosas se ponían mal para ellos, los pilotos rebeldes no tenían más que activar sus hiperimpulsores y tener una oportunidad de escapar. Ese ala-B era el último. La batalla había terminado, y no habían conseguido derribar ni a uno solo de ellos.

—Menudo desastre, maldita sea —exclamó en voz alta, sin importarle si era escuchado o no a través de las intercomunicaciones. Hagger le pidió a la computadora de vuelo de su Interceptor un informe de daños, y comprobó que había tenido suerte después de todo. Otro impacto más y habría estado frito. Sus compañeros en cambio no podían decir lo mismo. No eran los primeros a los que había visto comprar el billete para el último viaje, y seguramente tampoco serían los últimos. La academia de pilotos de Carida recibía muchas más solicitudes que cadetes podía entrenar, y por sus puertas salían cada tres meses más oficiales de vuelo recién graduados que los que el Imperio necesitaba. Los pilotos no eran por tanto imprescindibles, y eso hacía preferible el seguir fabricando cazas de las series TIE estándar, sin apenas blindaje, sin generadores de escudo ni hiperimpulsores, y por consiguiente económicos y fácilmente reemplazables. La teoría decía que la carencia de escudos obligaba a los buenos pilotos a esmerarse y sacar lo mejor de sí mismos, mientras que los mediocres eran eliminados. La teoría decía también que el no disponer de hiperimpulsores evitaba a los pilotos la tentación de huir en mitad de un combate, como los rebeldes acababan de hacer aquí. Para un piloto de TIE, la victoria era la única forma posible de volver con vida. Aquellos lo bastante buenos como para sobrevivir a uno o dos años completos en servicio, dependiendo de las veces que hubieran entrado en combate y la cantidad y calidad de los derribos acumulados, tenían la posibilidad de volver a Carida como instructores o reincorporarse a una unidad de combate, para pilotar por fin un caza de asalto o lo mejor de todo, un TIE Avanzado.

Hagger decidió que no tenía razones para sentirse tan mal, a pesar de la pérdida de sus compañeros. Después de todo lo había hecho bastante bien, incluso si no se tenía en cuenta el hecho de que había sido él quien había puesto en evidencia la operación

encubierta que estaban llevando a cabo los rebeldes. Las cámaras instaladas en su Interceptor demostrarían que se había enfrentado a un probable as enemigo, pilotando nada menos que uno de esos mortíferos alas-A, y había llegado a ponerle en aprietos. Tendrían que reconocerle eso al menos. Estaba al final de su primer periodo de servicio y en su haber se contaban una docena de victorias. Quizá la próxima vez que se enfrentara a los rebeldes lo haría realmente a bordo de un TIE Avanzado.

Hagger sonrió. *Olvidé preguntarle a ese condenado embustero si al menos lo del café coreliano era cierto…*

El piloto imperial puso rumbo al Senderis, dispuesto a no beber más café a menos que pudiera conseguir algo mínimamente digno de ese nombre.

Capítulo V

[Hangar secundario de la *Vigilante*]

Llamarada fue la primera en llegar hasta lo que quedaba del Interceptor de Víbora, cubierto por la espuma rociada sobre él por los dispositivos antiincendios del hangar. Apenas habían pasado dos minutos desde su terrible aterrizaje cuando ella consiguió abrir a duras penas la deformada escotilla trasera. Después intentó sacar el cuerpo del piloto de la cabina, pero desistió al darse cuenta de que estaba atrapado. Víbora estaba doblado hacia delante, con la cabeza reposando sobre el destrozado panel de instrumentos.

—¡Michael, di algo, por favor!

Llamarada se introdujo con gran dificultad a través del hueco que quedaba entre el asiento y el tablero lateral izquierdo. Tras liberar el cierre hermético del casco de Víbora, apartó cuidadosamente la mascarilla y levantó sus gafas oscuras. Se quedó prácticamente de piedra al ver una sonrisa pintada en su rostro, aunque eso no terminó de tranquilizarla. Un hilillo de sangre le bajaba por la frente antes de pasar entre sus ojos cerrados. Inclinándose sobre Víbora, poniendo el máximo cuidado en no apoyar ningún peso sobre él, se quitó un guante y colocó la mano sobre el cuello del piloto inconsciente, palpando la arteria carótida. Su pulso era firme. Bajando la mano hasta el pecho, comprobó que su ritmo de respiración era profundo y sostenido. Entonces y sólo entonces, Llamarada dejó escapar un suspiro.

—¡Vas a ponerte bien, amigo mío! —Al decirlo en voz alta comprendió que todos sus amigos estaban vivos, que los colonos estaban vivos, y que ella misma estaba viva. Hacía tan sólo unos minutos no hubiera apostado un crédito por ello. *¡Supongo que esto es lo que se siente cuando uno es feliz!*

Antes de volver a salir de la cabina para esperar a que llegara la ayuda que había pedido, le echó un último vistazo a Víbora. El tipo era tan serio algunas veces que la desconcertaba, y otras era de un cínico que ponía los pelos de punta, pero no le cabía duda de que era una buena persona. Lo suficientemente como para haber abandonado una carrera más que prometedora en la Armada Imperial y encontrarse ahora aquí, jugándose la vida con ellos. A Llamarada eso le parecía razón más que suficiente para que alguien le cayera bien.

—Dichoso cabeza cuadrada… ¡Casi me dan ganas de perdonarte por la vez que me derribaste!

La piloto escuchó pasos y volvió la cabeza para ver de quién se trataba. Al comprobarlo le dieron ganas de echar a correr.

—¿Dónde está Víbora? ¿Dónde? —rugió una voz que parecía de trueno. El corpachón de Granito asomó en la entrada del hangar como si fuera el de un bantha desbocado. Se detuvo un instante al ver el Interceptor TIE despanzurrado al final de la cubierta de vuelo, pero un instante después echó a correr con mayor brío aún. A continuación apareció Alce, con aspecto de encontrarse prácticamente sin respiración. Llamarada no pudo dejar de notar el cambio que se registró en su expresión al verla allí,

como si se le hubiese quitado un gran peso de encima. Al momento volvió a ponerse serio, y señaló con la barbilla hacia el Interceptor. Llamarada le hizo un gesto indicando que las cosas no eran tan graves como parecían.

—¡Eh, tú, ¿me oyes? —gritaba Granito asomado a la escotilla trasera del caza, por la que Llamarada acababa de volver a salir—. ¡O das señales de vida o te hago daño de verdad!

Llamarada le dirigió una mirada a Alce, que se encogió de hombros antes de acercarse hasta ellos. Granito parecía fuera de sí. Al parecer, Víbora y él se habían hecho mucho más amigos en el escuadrón Rojo de lo que el poco respeto con el que se dirigía al antiguo piloto imperial hacía suponer. Claro que Granito trataba igual de mal a todo el mundo. Llamarada no podía evitar sentirse un tanto conmovida ante la preocupación demostrada por el caldaniano, pero temía que las suyas no fueran precisamente las atenciones que precisaba el piloto herido.

—Granito, quizá deberías esperar a que llegara el androide médico… —El otro no dio muestras de haberla oído siquiera. Tras apartar la escotilla que le estorbaba, estaba intentando arrancar el asiento de Víbora de la cabina con sus manos desnudas.

—¡Ten cuidado, Granito! —le gritó Alce tratando de sujetarlo. En esos momentos llegaban ya Iceberg y Sombra con el 2-1B de la enfermería y un par de androides de carga, a los que alguien había considerado prudente volver a activar. Uno de estos últimos iba empujando una camilla flotante, mientras que el otro acarreaba un equipo de soldadura—. ¡Vas a matarlo si sigues así!

—Dadme un caza, por favor… —escucharon mascullar a Víbora—. Recomponed este mismo aunque sea con cinta de embalaje y dejadme volver con los imperiales. Allí estaré más seguro…

—¡Está bien! ¡Víbora está bien! —exclamó Granito. Para alivio de todos, y especialmente del propio Víbora, dejó de zarandear el asiento.

—Eso es, grandullón —dijo Alce al que los labios empezaban a curvársele en una inevitable sonrisa—. Y ahora deja que estos dos androides hagan su trabajo. —Dejando a un lado la camilla, los androides se situaron a ambos lados del grupo de pilotos, esperando pacientemente a que Granito se quitara de en medio para comenzar a desmontar la escotilla y el asiento. En lugar de eso, Granito se dirigió al que llevaba el equipo de soldadura y se lo arrancó de las manos.

—Trae eso aquí, bidón con patas. No me fío de ninguno de vosotros. ¡Cualquiera sabe qué instrucciones os han dejado grabadas vuestros últimos amos!

—Ambos han pasado los tests, Granito —intervino Iceberg. Yo mismo les eché una mano a los técnicos antes de que tuviéramos que salir.

—Incluso si es verdad eso, ninguno de ellos tiene que enseñarme cómo manejar un soldador verpine.

Mientras Iceberg levantaba las manos dándose por vencido, Llamarada decidió que aquel era un buen momento para apartarse. Aquello empezaba a estar atestado. Unos

pasos más allá, se unió a Alce, quien estaba usando un intercomunicador para informar al puente sobre lo que estaba pasando.

—¡Me alegro de verte de una pieza! —dijo Alce al terminar.

—Gracias, Lewis —contestó ella con una gran sonrisa—. Yo también me alegro de verte.

—Ya… Es que, cuando miré hacia atrás y vi que ya no estabas allí, y había un escuadrón entero de Interceptores ocupando tu lugar, realmente temí por ti…

—Llevas ya una temporadilla por aquí —contestó Llamarada, dejando que la sonrisa se convirtiera en una mueca—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que las chicas de este club sabemos cuidar bastante bien de nosotras mismas?

Eso es, ponte colorado, muchachote.

—Pero siempre es agradable saber que alguien se preocupa por una. Especialmente si se trata de un alto y apuesto piloto de caza como tú. —Llamarada volvió a sonreír, esta vez de forma más intensa aún. El color de la cara de Alce hablaba por sí solo. A ella casi le dio lástima haberse metido de esa forma con él. Estaba a punto de añadir algo más, tal vez de ofrecerle una salida airosa, como dejarle invitarla a una buena cena la próxima vez que bajaran a tierra, por ejemplo, pero los gritos que venían del Interceptor de Víbora le interrumpieron. *Quizás en otro momento…* pensó sonriendo todavía, mientras se daba la vuelta para ver qué estaba pasando a sus espaldas. Sus compañeros habían logrado sacar por fin a Víbora de la cabina del caza, e Iceberg y Granito estaban subiéndolo a la camilla. Era sorprendente la delicadeza que estaba empleando el caldaniano para eso, después de la que acababa de armar. Mientras administraba a Víbora un sedante, el 2-1B instruyó a uno de los dos androides de carga para que llevara la camilla hasta la enfermería. El otro comenzó de inmediato con la tarea de despejar el hangar de chatarra procedente del Interceptor.

—¿Qué os parece si nos volvemos al hangar principal a ver cómo les ha ido a los demás? —propuso Iceberg acercándose con Sombra—. Aquí ya no pintamos nada.

—Os veré allí —medio respondió medio gruñó Granito, sin dejar de vigilar al androide que empujaba la camilla y al propio 2-1B—. Primero me aseguraré de que estos dos saben realmente lo que están haciendo.

—Si vas a la enfermería procura no romper nada… —le dijo Sombra cuando ya se alejaba. Sonriendo aún, cogió del brazo a Iceberg para que esperara un momento mientras Alce y Llamarada se alejaban por el pasillo.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada. Quería que supieras que aprecio muchísimo lo que hiciste ahí fuera.

—Lo mismo que todos, supongo…

—No te hagas el loco. Me refiero al final, cuando te quedaste rezagado a propósito para así podernos cubrir a Llamarada y a mí de los bombarderos. No sé si Llamarada llegó a darse cuenta, pero yo sí.

—Era lo más lógico, ¿no? —Iceberg se encogió de hombros—. Mi Interceptor estaba a punto de hacerse pedazos de todos modos, así que tampoco se perdía nada si… En realidad lo hice casi sin pensar.

—Gracias.

—De nada. —Iceberg sonrió y Sombra le devolvió la sonrisa. Iceberg se sorprendió a sí mismo pensando que Sombra se volvía incluso más guapa cuando sonreía.

Cuando Avalancha, escoltada por Psico, aterrizó en el hangar principal de la *Vigilante*, el ambiente allí era festivo. El Delta Dx9 de Chistes acababa de posarse sobre la atestada cubierta de vuelo poco antes de ellos, y ya no quedaba ninguna nave por recuperar. Colonos, miembros de la tripulación y pilotos andaban de aquí para allá, mezclándose entre sí y abrazándose unos a otros. La agotada comandante del escuadrón Blanco se dejó caer desde la cabina del ala-B hasta el suelo, sin esperar a que Coloso terminara de colocar una escalerilla junto a la nave.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —le espetó a bocajarro a su más reciente hombre ala. Su tono seco y su expresión seria hicieron que Coloso se retrajera visiblemente, sin saber si seguir sonriendo o no.

—Compréndelo, jefa —dijo el piloto un tanto inseguro—. Estamos todos bastante contentos porque hemos conseguido rescatar a los colonos y no hemos sufrido ni una sola baja…

—¿No hemos perdido… a nadie?

—A nadie. Víbora está en la enfermería con una conmoción, una pierna rota y algunos cortes, pero eso es lo peor de lo que el 2-1B tendrá que encargarse.

—Semejante batalla y sólo eso… —Avalancha echó a andar a grandes zancadas camino de un turboascensor y Coloso la acompañó. Psico les seguía unos pasos más atrás—. Perdona, Coloso, supongo que hay razones más que suficientes para montar esta fiesta —Avalancha hizo un gesto con la mano abarcando el tumulto que les rodeaba—, pero es que aún no estamos a salvo. No hemos dejado atrás el sistema de Kessel, y los imperiales podrían interceptarnos en cualquier momento. Busca a Llamarada y dile que se reúna conmigo en el puente. Tenemos que verificar si nuestra ruta de escape sigue siendo segura, aunque no tenemos mucho donde elegir…

—Quizás yo pueda ayudaros —le interrumpió Psico poniéndole una mano en el hombro. Avalancha se detuvo y alzó la cabeza hacia el espía.

—¿Tú? Sí, claro, supongo que tenías alguna ruta prevista para tu salida del planetoide. Acompáñame entonces —dijo poniéndose de nuevo en marcha.

Psico la cogió por el brazo haciéndola detenerse.

—Espera, Avalancha. Lo que necesitas está ahí —dijo señalando el Delta Dx9 que Chistes había traído de vuelta. La pintura gris oscura aparecía desconchada y ennegrecida en varios puntos, tanto a causa de los disparos que había recibido como de la explosión

que lo liberó del rayo tractor del *Disuasor*. Avalancha se quedó mirando a Psico, invitándole a que se explicara—. En la computadora de vuelo del transporte he almacenado una ruta segura a través de las Fauces.

—¿A través de las Fauces?

Psico se permitió una sonrisa a costa de la sorpresa que expresaban los rostros de Avalancha y de Coloso.

—Es una larga historia, ya te la contaré con más tiempo. Esa ruta me salvó la vida una vez, y pensé que podría volver a serme útil.

—¿Y a qué estás esperando entonces, agente secreto de pacotilla? ¡Corre y transmítesela al sargento Rammes, en el puente!

Psico se quedó un instante petrificado y después echó a correr hacia el Delta Dx9 sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Cuando Coloso se volvió a mirar a su comandante, le pareció que se trataba de una mujer diferente. Con los brazos cruzados sobre el pecho, relajada y de evidente buen humor, Avalancha se reía viendo a Psico correr.

—Incluso los espías saltan cuando escuchan una buena voz de mando. Anda, vamos a reunirnos con los otros. —Coloso sonrió y caminó con ella en dirección a un grupo de pilotos que se encontraban no muy lejos de ellos. Llamarada, Iceberg, Sombra y Alce estaban comentando la batalla a voz en grito y con gran profusión de gestos.

—En serio, Llamarada —estaba diciendo Alce—, tenías que haber visto a esa fragata después de que hicieran blanco nuestros torpedos…

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó Granito uniéndose en ese momento al grupo.

—¡Aún tenía motores, pero muuuuuy poco más! —Un coro de risas celebró la frase.

—No deberíais estar tan orgullosos de esos lanzadores vuestros —dijo Coloso al llegar hasta ellos—. Estamos con vida de puñetera casualidad, porque con la chapuza que hicisteis, los torpedos lo mismo podían habernos explotado en la cara. —Coloso tuvo que salir corriendo para evitar ser alcanzado por los dos cascos que fueron lanzados hacia él al mismo tiempo por sus indignados propietarios. Avalancha soltó una carcajada y siguió caminando. Un poco más allá, Chistes, Lince y Ángel estaban siendo besadas y abrazadas por lo que parecían ser los trescientos colonos de KS-31 al completo. Cerca de ellas, Psico se bajaba del Delta Dx9 y le hacía una señal con el pulgar, indicándole que su ruta milagrosa ya había llegado al puente. Encontrando un hueco entre la multitud que la rodeaba, Chistes llegó hasta Psico y le hizo agacharse para plantarle un beso en la mejilla. Avalancha se preguntó si eran imaginaciones suyas, o si estaba en lo cierto al pensar que el joven que se encontraba detrás de Chistes se había puesto lívido al mismo tiempo que Psico enrojecía. La comandante se rió para sí y se fue en busca de un lugar más tranquilo para sentarse a descansar un rato. Un rincón despejado en la parte más alejada del hangar, detrás de un contenedor de suministros, le pareció el sitio perfecto.

Avalancha se dejó caer pesadamente al suelo y apoyó la espalda en el contenedor, cerrando los ojos. Qué cansada se sentía. Y extraña también, como si le faltara algo… *Es Joan, me falta Joan*. En algún momento, después de que ambas consiguieran neutralizar

al *Disuasor*, la Dama Jedi había salido de su interior, pero hasta ahora no se había dado cuenta.

Y sin embargo, Joan no estaba lejos. En realidad, sentía su presencia muy cerca…

—¡Lo conseguiste, amiga mía!

—No habría podido hacer nada sin ti —respondió Avalancha dejando escapar un suspiro—. Ni tampoco sin mis pilotos, y esta maravillosa tripulación…

Avalancha cayó en la cuenta de que estaba hablando con Joan en voz alta, y se preguntó por qué.

—Porque me has escuchado no con tu mente, sino con tus oídos.

Avalancha abrió los ojos sobresaltada y entonces la vio, de pie frente a ella.

La misma cara que recordaba haber contemplado al mirarse en el espejo durante algo más de un año, aunque sabía que esos recuerdos pertenecían en realidad a Joan. Estaba tal y como la recordaba, con el cabello rubio cayéndole descuidadamente sobre la frente, dándole aspecto de niña buena pero un poco traviesa, vistiendo un gastado mono de vuelo naranja oscuro, con el símbolo del escuadrón Milagro cosido en la manga. Su imagen era ligeramente transparente, como si fuera un fantasma. Rodeada de luz, como si fuera un ángel. *Seguramente eres ambas cosas*. Joan se echó a reír.

La dama Jedi se sentó en el suelo enfrente de ella. Seguramente ni estaba realmente sentada allí ni tenía por qué aparecer vestida de esa forma, pero todo ello ayudaba a que Avalancha se sintiera más cómoda.

—Tienes razones para hablar maravillas de tu gente. La tripulación de esta nave es de lo mejor que he visto, y tus pilotos son todos increíbles —dijo Joan—. Los habría aceptado a todos en el escuadrón del Milagro con los ojos cerrados.

Avalancha le devolvió la sonrisa.

—Eso es todo un halago viniendo de ti.

Permaneció callada durante unos instantes, contemplando la imagen de Joan ante ella. Tenía tantas cosas que preguntarle… Joan lo sabía, por supuesto, y si estaba allí, debía significar que este era un buen momento para hablar. La dama Jedi asintió con la cabeza. *Pregunta y te responderé*. Avalancha respiró profundamente y decidió empezar por la cuestión que había dejado en el aire, ¿cuándo? Tan sólo unas horas antes, no podía ser más, pero sin duda parecía una eternidad.

—¿Por qué me escogiste, Joan?

La Dama Jedi la miró a los ojos por un momento, enarcando levemente las cejas, como si estuviera pensando por dónde empezar. Entonces empezó a hablar.

—El dolor y la injusticia me trajeron de vuelta. A mí y a algunos otros. Hubo grandes perturbaciones en la Fuerza cuando el Emperador y su mano derecha, Darth Vader, empezaron a masacrar a los Jedis, pero lo peor fue cuando destruyeron Alderaán… —Joan volvió a detenerse, con la voz quebrada por la tristeza. Avalancha creyó comprenderla, sin necesidad de que Joan se explicara, pero ella lo hizo a pesar de todo—. Alderaán, sí, el planeta al que quise ayudar hace ya tantos años. El lugar donde mi vida cambió para siempre, y donde comencé a ser de verdad yo misma. El mundo en el que

renació la esperanza, en un momento en el que parecía perdida, destruida por la violencia, la ambición, la mezquindad y el miedo…

—Un lugar cuyas gentes alcanzaron tal nivel de civilización —continuó Avalancha—, que después de tu tiempo, decidieron renunciar para siempre al uso de las armas…

—… confiando en que su pacifismo ejemplar se extendiera a otros sistemas estelares, y que la guerra terminara convirtiéndose en algo perteneciente al pasado.

—Un planeta que fue capaz de creer en la utopía…

—… y de vivir conforme a ella. Sí. —Avalancha percibió el dolor de Joan como si fuera suyo, recordando lo que había sentido ella misma cuando sucedió lo impensable, y Alderaán fue convertido en cenizas por la Estrella de la Muerte del Emperador. Hacía de eso menos de un año, y para la Alianza Rebelde significó el punto de no retorno. Para Avalancha y para todos los seres inteligentes que formaban parte de la Rebelión, era preferible perecer a permitir que un Imperio que era capaz de cometer un crimen semejante siguiera existiendo. *O ellos o nosotros*, pensó Avalancha, y Joan asintió lentamente pero con firmeza, al tiempo que volvía a hablar—. La conmoción en la Fuerza fue tan intensa y desgarradora que todos nosotros, seres sensibles a ella que habíamos abandonado este plano de la existencia cuando a cada uno nos llegó la hora, la sentimos. Supe que tenía que volver. Volver para hacer todo lo que estuviera en mi mano por ayudar. He estado aquí y allá, intentando motivar esta Rebelión vuestra dondequiera que encontraba a un ser sensible a la Fuerza. Es un empeño en el que no estoy sola, es todo cuanto puedo decirte.

—El asesinato de los colonos habría sido una atrocidad, una injusticia tan grande como la sufrida por el pueblo de Alderaán. Igual que entonces, el Imperio no tenía ninguna razón, ni la más pequeña, que justificara el asesinar de esa forma a los habitantes de KS-31. Se trataba sólo de crueldad, de maldad fría y pura. Ese Lord Vader y su Emperador Palpatine son… monstruos. Peores aún de lo que fue Calhuch, más inteligentes y más despiadados. Yo quería impedir que mataran a los colonos, pero no podía hacerlo por mí misma, y no tenía a quien recurrir… Hasta que te percibí a ti. No fue sólo el que tuvieses una considerable sensibilidad a la Fuerza, lo cual me permitiría comunicarme contigo. Tampoco el que estuvieras en el sitio justo en el momento exacto, aunque todo eso ayudó. Al encontrarte, descubrí que odiabas la injusticia tanto como yo, y que habías comprometido tu vida a luchar contra ella. Supe también que deseabas con todas tus fuerzas hacer algo por los colonos. En el fondo de tu corazón, estabas más que dispuesta a sacrificar tu vida si era necesario. Era el miedo a sacrificar también las de tu gente lo que te retenía. Para decidirte, tan sólo necesitabas creer que teníais una oportunidad de éxito, algo que quizá yo pudiera darte. —Joan sonrió al tiempo que se encogía jovialmente de hombros—. Por si todo eso fuera poco, además eras piloto de caza, una comandante de escuadrón, como yo lo fui, y todo junto hizo que me sintiera inmediatamente identificada contigo.

—No obstante, la misión iba a ser tan difícil que no bastaría con darte un pequeño empujón, como había hecho otras veces, y ayudarte después sin que tú lo supieras, dentro

de mis posibilidades. Sabía que iba a hacer falta algo más, y entonces caíste herida. Me acerqué a ti con la intención de acelerar tu curación, con el fin de que te recuperaras a tiempo para salvar a los colonos. Estaba prácticamente convencida de que sin ti no habría misión de rescate, aunque la iniciativa que mostraron después tus pilotos superó todas mis expectativas. —Avalancha sonrió complacida—. Al tocar tu mente, sentí el repentino impulso de compartir mi vida pasada contigo, contarte mi historia y permitirte decidir si había algo en ella que pudiera ayudarte. Ahora sé que aquello estuvo bien, y que probablemente la Fuerza guió mis pasos. No, Sherry, no me equivoqué contigo. La Fuerza no se equivocó.

—Gracias, Joan. Muchas gracias.

—Gracias a ti, mi querida amiga. Yo sí que no lo habría logrado sin ti.

Avalancha sonrió antes de cerrar los ojos de nuevo. Quería preguntarle más cosas a Joan, pero le costaba trabajo permanecer despierta. Sentía que necesitaba descansar aunque sólo fuera un momento…

Después de buscarla por todas partes, Llamarada la encontró cinco horas más tarde, profundamente dormida en el suelo detrás del contenedor en el que se había apoyado.

[Superdestructor Estelar *Ejecutor*, aposentos privados de Lord Vader]

—Disculpas aceptadas, capitán de navío Perdiggo —dijo el último Señor de los Sith dejando caer su mano derecha, que hasta ese momento había sostenido en alto, sobre el amplio reposabrazos de su sillón de mando. Frente a él, el más reciente capitán del destructor estelar *Senderis*, al mando de la flota combinada enviada al sistema Kessel, se desplomó inerte en el suelo. Una expresión de terror se había quedado congelada en su rostro. Sus ojos seguían abiertos, pero ya no había vida en ellos.

Dos soldados de asalto, pertenecientes a la escuadra de élite asignada permanentemente al servicio directo de Darth Vader, se acercaron para llevarse el cuerpo, pero el Señor Oscuro lo previno con un gesto imperativo de la mano.

—Déjenlo ahí. Ya se lo llevarán más tarde. Ahora quiero estar solo.

Los dos soldados asintieron respetuosamente y abandonaron la sala.

Cuando el eco de sus pisadas se desvaneció, Vader apretó un botón en el reposabrazos y el holo-proyector instalado en el techo de la cámara cobró vida.

Había observado esas grabaciones muchas veces, pero aún las encontraba interesantes.

Tenía que haber supuesto que los rebeldes intentarían algo así. Ellos siempre hacían esta clase de heroicas estupideces, pagándolo con la vida muchas veces, pero consiguiendo en otras aquello que parecía imposible. Y ahora habían vuelto a hacerlo otra vez… A pesar suyo, Vader sonrió bajo su máscara. *Qué valor*, pensó para sí. *Qué temeridad ir allí y plantar cara a semejante fuerza enemiga tan sólo para rescatar a un grupo de piojosos colonos*. Durante un instante admiró a los rebeldes. Él había sido como

ellos hacía mucho tiempo, casi más un piloto que un Jedi, joven e idealista, empeñado en salvar a la galaxia desde la cabina de su caza…

Vader se interrumpió a sí mismo con ira. Últimamente había estado pensando demasiado en los viejos tiempos. Sí, desde que se enteró de que tenía un hijo, y de que había sido precisamente él el piloto que había destruido la Estrella de la Muerte con sólo dos torpedos de protones. El Emperador tenía razón. Su hijo era peligroso, muy peligroso. Incluso tan asustado como estaba la última vez que lo había visto, herido e indefenso en lo alto de esa plataforma en Bespin, había tal desafío en su mirada… Algo había despertado en su interior en esos instantes, sentimientos e inquietudes que creía largamente olvidadas, pero al parecer eso no era del todo cierto. Esas emociones eran tímidas, casi ridículas e insignificantes, pero estaban allí. Debía tener mucho, mucho cuidado, y no permitirle al Emperador notar este cambio… Vader se revolvió en el asiento, inquieto y disgustado, furioso consigo mismo. *¿Cambio?*

¿Qué estoy pensando? No hay ningún cambio, ninguno en absoluto. Si Luke lo cree así, muy pronto comprenderá cuál es el verdadero poder del Lado Oscuro.

Sí, en cuanto volvamos a vernos…

El señor de los Sith se deshizo de sus molestos pensamientos y volvió a concentrarse en el holograma. Estaba llegando a la mejor parte. Reclinándose hacia delante con interés, contempló una vez más cómo el ala-B rebelde penetraba en el portanaves de escolta y volvía a salir poco después, incólume tras haber herido de muerte a la nave capital. Vader hizo saltar la grabación unos minutos, seleccionando un punto de observación diferente. Ahí estaba, el mismo ala-B, lanzándose en solitario contra el *Disuasor*. Había estudiado esta parte varias veces, a cámara lenta y desde múltiples ángulos. Había algo sobrenatural en la forma en el que el cazabombardero rebelde evitaba los disparos, y en la exactitud mortal en el lanzamiento de sus torpedos. El único modo en el que alguien podía haber hecho algo semejante era mediante el uso de la Fuerza. Vader se había sentido excitado con la idea de que ese piloto pudiera ser su hijo, pero el personal de Inteligencia la había identificado como una tal comandante Sherry Krenzel. Krenzel había estado al mando del tristemente famoso escuadrón Mantiss, y era una de las pocas pilotos que sobrevivieron a su destrucción. Sí, esa mujer conocía la Fuerza. Sin duda, la había utilizado para engañar a los capitanes Perdiggo y Legann, pues de otra forma no encontraba explicación a su estupidez. Vader miró de reojo al cuerpo que yacía a sus pies. *Ni siquiera tú podías ser tan idiota*. El Señor Oscuro reflexionó, no por primera vez, sobre aquel descubrimiento. Para ser capaz de ejercitar la persuasión a distancia sobre dos o más personas, y pilotar además un caza de la forma que acababa de ver, esa Krenzel tenía que tener un considerable dominio sobre la Fuerza. Al parecer, su hijo no era el único Jedi en potencia de la galaxia. *Ya le dije a Palpatine que no podríamos exterminarlos por completo, pero prácticamente se rió de mí. No debería subestimar a los Jedi, ni tampoco a mí. Quizás ése termine siendo su gran error. Mantendré un ojo sobre esa piloto, sin descartar la posibilidad de que surja alguno más. Además de Luke, también puedo encontrar una utilidad para otros… aspirantes*. Vader

hizo retroceder la grabación y se dispuso a revisar otra vez las escenas finales de la batalla.

—Impresionante, joven Krenzel, francamente impresionante…

Capítulo VI

[A bordo de la fragata del escuadrón Blanco, rebautizada *Joan d'Arc*. Una semana después de la batalla en torno a KS-31]

El hangar principal volvía a ser una auténtica locura. Desde donde se encontraba, Avalancha podía ver grupos de colonos andando de un lado a otro, repitiendo la ordalía de besos y abrazos de hacía una semana, pero en esta ocasión a causa de su despedida. Para ellos había llegado el día y la hora de su partida, y ésa era la razón principal del caos monumental que reinaba en toda la nave, pero especialmente allí, en el hangar. Algunas de las familias volverían a sus planetas de origen, pero una buena parte habían expresado su deseo de permanecer juntos y probar suerte en otro lugar. La Alianza les había encontrado un lugar en el cinturón de asteroides de Korpil, cerca de las colonias verpine donde se había llevado a cabo en el mayor de los secretos el proyecto Shantipole para la fabricación del ala-B. Además de presentar condiciones de habitabilidad semejantes a KS-31, si no mejores, en el nuevo asentamiento estarían mucho mejor protegidos. En caso de necesidad, los propios verpine estarían encantados de prestarles su ayuda. Había, no obstante, un grupo de personas que no harían ni una cosa ni otra. A Avalancha le parecía especialmente significativo y, por qué no, también un motivo de orgullo, el que varios de los colonos de KS-31 hubieran solicitado su ingreso en la Alianza Rebelde, con la intención de recibir entrenamiento técnico y militar y convertirse en soldados u oficiales tan pronto como les fuera posible. Alvar Parix, quien le había sido presentado por Chistes, era el más joven de todos ellos. El más viejo era un tal Tol Finemar, aunque en su caso, no estaban muy seguros de qué hacer con él.

Había otras cosas que también habían salido mejor de lo que cabía esperar, aunque no a la perfección. El Alto Mando Militar de la Alianza había decidido hacer la vista gorda en lo referente a la manifiesta desobediencia de Avalancha al emprender el, a priori, descabellado intento de rescate. La razón principal para mirar hacia otro lado cuando los informes oficiales mencionaban la particular rebelión de la comandante del escuadrón Blanco era, por supuesto, que el salvamento había sido un completo éxito. Era un secreto a voces que no pocos de los almirantes y generales que formaban parte del Alto Mando se sentían más que satisfechos y aliviados de que alguien hubiera intentado salvar a los colonos, aún a costa de desobedecer las órdenes que ellos mismos habían impartido. Avalancha suponía que, después de todo, esas órdenes habían sido dadas con la cabeza, pero no con el corazón. Tampoco se podía desdeñar el hecho de que el rescate había llevado aparejado una victoria impresionante sobre la Armada Imperial, que contribuiría a incrementar el prestigio militar de la Alianza, así como la moral entre sus propias filas. La valerosa acción del escuadrón Blanco y de la tripulación de la *Vigilante* era puesta ya como ejemplo por Mon Mothma, líder político de la Alianza, para convencer a los representantes de sistemas planetarios neutrales hasta el momento acerca de cuál era «el auténtico espíritu de la Rebelión». Avalancha lo sabía por boca de la propia Mon Mothma, que le había enviado sus felicitaciones personales y había aceptado todas sus

peticiones, incluyendo la promoción del sargento Rammes a Teniente, condecoraciones y menciones de honor para varios de sus pilotos, y la oficialización del nuevo nombre para la fragata: *Joan d'Arc*. Al tratar ese último punto, Mon Mothma había demostrado ser mucho mejor estudiante de Historia que ella, recordando bastantes más detalles sobre la vida y hazañas de la Dama Jedi de los que Avalancha sabía antes de su particular encuentro con ella.

Lo único que estropeaba en parte todo aquello, era que le habían llegado rumores de que el Alto Mando había decidido también tomar medidas para hacerle abstenerse de cometer nuevas «imprudencias». La principal de ellas tenía rango, nombre y apellido: capitán de fragata Rahne Orris, designado como nuevo comandante de la *Joan d'Arc* y, por añadidura, como superior inmediato de Avalancha. Orris tenía fama de ser un hueso duro, de no pasar por alto insubordinaciones ni excesos de iniciativa, y de seguir al pie de la letra las órdenes del Alto Mando. Avalancha frunció el ceño al pensar en que a partir de ahora iba a tener que dar explicaciones antes y después de cada misión, acostumbrada como estaba a operar con casi total independencia. Por otro lado, lo que había oído decir de Orris incluía que era un gran táctico, y que su habilidad gobernando una nave en el combate rozaba la genialidad. *En fin, no tendré que esperar mucho para conocerlo…* La lanzadera que traía a bordo al nuevo capitán acababa de acoplarse al casco exterior de la *Joan d'Arc*, por falta de espacio en el hangar. En teoría, de un momento a otro podría pasarse por allí, y eso hacía que la tripulación se afanase más de la cuenta intentando acelerar la operación de desembarco de los colonos. Los oficiales de cubierta se desgañitaban intentando que cada uno subiera al transporte que le correspondía, mientras que los técnicos tropezaban unos con otros en su prisa por reaprovisionar las naves para el viaje y revisar sus sistemas antes del despegue.

Por si la marcha de los colonos y la llegada del nuevo capitán fueran poco, los pilotos de refresco para el escuadrón acababan también de presentarse a bordo de sus propias naves. El recién ascendido Rammes las había acoplado a todas en el hangar secundario, aprovechando que dos días antes se habían llevado a los Interceptores TIE que lo habían ocupado. Los nuevos miembros del escuadrón eran cinco humanos varones y una mujer twi'lek. Avalancha acababa de conocerles. Media docena de jovenzuelos decididos a dar lo mejor de sí mismos por el escuadrón y por la Alianza Rebelde. Todos empezarían formando parte de la nueva Ala de Entrenamiento que se había creado en el seno del escuadrón, aunque para algunos de ellos, pilotos veteranos a pesar de su juventud, su paso por la misma sería un simple formalismo y estarían volando inmediatamente con el grupo principal. Alce sería el oficial al mando, y también el principal encargado de la instrucción. Avalancha sonrió al pensar en que tendría que darle algunas clases a Chistes y al imposible Granito, que aún no estaban graduados en el ala-A. Afortunadamente, era de esperar que ninguno de ellos fueran alumnos de Alce por mucho tiempo, o lo volverían loco entre los dos. Alce había prometido descorchar una botella muy especial, recuerdo al parecer de sus días en Infantería, durante la fiesta que seguiría a la ceremonia «oficial» de creación del Ala de Entrenamiento. *Miedo me da la fiestecita*, pensó

Avalancha entre divertida y preocupada. *Han tenido toda una semana para prepararla y me puedo encontrar cualquier cosa. En fin, antes de nada tendremos que despejar este lío.*

Encogiéndose de hombros, Avalancha se acercó hacia los transportes en los que estaban embarcando poco a poco los colonos. Varios de sus subordinados se encontraban ya allí, despidiéndose de ellos.

—Voy a echarte de menos, Diana —le estaba diciendo Alvar Parix a Chistes.

—Lo mismo digo —contestó la piloto sonriendo—. Lo vas a hacer divinamente en la Infantería, ya lo verás. Y si te cansas algún día de patear barro y polvo, ya sabes, siempre puedes solicitar un traslado a la flota, o incluso al cuerpo de cazas, como cadete. Si te decides, no dejes de llamarme.

—Te llamaré de todas formas, haga lo que haga. —Alvar la abrazó y la besó antes de que ella tuviera ocasión de escabullirse. Tampoco es que ella hiciera un esfuerzo terrible por apartarse. El ex-colono se separó de ella sin decir nada más, subió corriendo a la lanzadera y le dijo adiós con la mano antes de desaparecer en el interior. Chistes se quedó de pie sobre la cubierta, mirando ensimismada cómo se alzaba la rampa de acceso.

—¿He visto lo que creo que he visto? —preguntó Lince detrás de ella.

—Eso depende de lo que creas haber visto —respondió Chistes de forma evasiva.

—¿Cuántos años tiene Alvar? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho?

—Le faltan dos meses y medio para cumplir diecinueve.

—Huy, huy, huy… ¿tienes algo que contarme?

—Menos de lo que crees, so chismosa. En todo caso ya te lo diré cuando le haya echado un par de tragos a la famosa botella de Alce. Ah, hola, Sherry.

Avalancha notó divertida que Chistes estaba realmente agradecida por la interrupción.

—Hola Chistes. Lince. ¿Sigue en pie tu petición de traslado?

Chistes se quedó mirando a Lince con la boca abierta cuando la vio asentir con la cabeza.

—¿Traslado?

—Sí, al servicio de Búsqueda y Rescate. Me parece que voy a seguir pilotando lanzaderas a partir de ahora.

—¿Pero por qué?

—Sencillamente, creo que no tengo lo que hay que tener para ser piloto de caza. Casi me derrumbo cuando volvíamos con los colonos…

—¡Qué tontería! Un ataque de nervios lo tiene cualquiera. ¡Fíjate yo, que hasta me olvidé de programar las coordenadas de salto!

—Lo hiciste muy bien cuando las dos nos enfrentamos a esa patrulla imperial —intervino Avalancha.

—No digo que no pudiera seguir volando con vosotras por un tiempo, pero a la larga sé que me desmoronaría. No es que en Búsqueda y Rescate no vaya a correr riesgos, puede que a veces incluso más, pero creo que encajaré mejor allí, de verdad.

—Sentiremos que te vayas, Lince —dijo Avalancha—. Ahora disculpadme las dos, tengo que hacer un par de cosas todavía antes de que aparezca el nuevo mandamás.

Lince y Chistes se despidieron y Avalancha retomó su camino. Antes de alejarse lo suficiente, no pudo dejar de escuchar como Lince esquivaba las preguntas de Chistes acerca de su decisión, y se empeñaba en retomar la conversación en el punto en el que estaba cuando ella llegó.

—Te has cortado el pelo, ¿verdad? Ahora tienes un aspecto más… sofisticado. ¿Qué le pareció a Alvar?

—Acabo de decidir que no te voy a contar ni una sola palabra. Ni siquiera después de beberme la botella de Alce entera.

—Oh, Diana, por favor, por favor…

Avalancha soltó una carcajada mientras dejaba atrás a las dos amigas. Tuvo una nueva ocasión de reír cuando vio al resto de sus pilotos. Salvo Psico, que se había marchado al poco de que cruzaran las Fauces, todos estaban en el hangar, y al parecer de un humor excelente. La relativa excepción podría ser Víbora, quien no lejos de allí se afanaba intentando recuperar sus muletas.

Ángel y Sombra se las habían cogido y estaban utilizándolas para jugar a una especie de hockey, con una caja de cartón como improvisado disco. Granito e Iceberg acababan de incorporarse al juego, para desesperación de Víbora. A pesar de todo, el antiguo piloto imperial tenía un aspecto mucho más relajado de lo que había sido habitual en él desde que se incorporara al escuadrón. Casi parecía contento, como si sintiera que empezaba a encajar en el grupo.

Avalancha se alegraba sinceramente de eso. Una preocupación menos. Un poco más allá, Alce y Llamarada conversaban animadamente, ajenos al tumulto que les rodeaba. En el tiempo que hacía que la conocía, Avalancha no había visto nunca a su oficial ejecutiva coquetear con nadie de un modo tan descarado. Casi se atrevería a decir que el amor estaba en el aire…

Todos ellos están bien, pensó abandonando el hangar sin rumbo fijo, decidiendo que el follón que dejaba a sus espaldas terminaría arreglándose solo. *Rescatamos a todos los colonos y no perdimos a ninguno. Fue de verdad un milagro...*

—Esa parece haber sido mi especialidad toda mi vida —dijo a su lado una voz conocida.

—¡Joan! Debes dejar de aparecer así, de repente, o vas a provocarme un ataque cardíaco uno de estos días!

La translúcida y brillante figura se echó a reír, aunque enseguida adoptó una expresión más seria.

—No tendrás que preocuparte más por eso. He venido a decirte adiós.

Avalancha suspiró, sintiéndose repentinamente muy triste.

—Sabía que sucedería más pronto o más tarde, pero esperaba que te quedases cerca de mí algo más de tiempo. Hay tanto todavía que podrías enseñarme…

—Ya sabes todo lo que necesitas, amiga mía. Simplemente, sigue trabajando tus habilidades.

—Me da un poco de miedo hacerlo sola. ¿Qué pasa con el Lado Oscuro?

—El Lado Oscuro, sí. —Joan asintió sin dejar de mirarla—. Mi experiencia con él también es la tuya. Acuérdate de lo que decía Yoda: el miedo, la ira, la agresividad, el Lado Oscuro ellos son. Piensa las cosas con la cabeza, pero deja que tu corazón te guíe para hacer lo que es más correcto en cada caso. ¿Te has preguntado cuántas personas murieron a bordo de las naves imperiales que destruisteis o dañasteis para salvar a los colonos?

Avalancha se quedó paralizada por un instante.

—No, no lo he hecho.

—Más de cuatro veces el número de personas que rescatasteis. ¿Todavía piensas que hicisteis bien al salvarlos?

—Sí —contestó Avalancha enseguida—. Aunque el saber que matamos a tantos no me hace sentir nada bien, tengo que admitirlo.

—Ése es el sentimiento correcto. Como ves, el bien y el mal no son una cuestión de matemáticas. Mientras seas capaz de distinguir entre el uno y el otro, mientras evites utilizar la Fuerza para salirte siempre con la tuya, estés en el lado que estés, no correrás peligro de caer en el Lado Oscuro.

—Dicho así casi parece sencillo, aunque sé que no lo es.

—No, no lo es, pero hasta ahora lo has hecho muy bien.

Avalancha se quedó mirando a su amiga, intentando retener cada detalle en su memoria, aunque estaba segura de que jamás podría olvidarla. A pesar del uniforme de combate que había elegido para aparecérsele, y del aspecto sobrenatural que le daba el aura brillante que la rodeaba, Joan seguía pareciendo la misma muchacha que era cuando se marchó de Gerillia. *Es tan extraño verla tan joven y saber que es tan vieja en realidad*… Joan volvió a reírse.

—No puedo ocultarte ni uno solo de mis pensamientos, ¿eh? Voy a echarte mucho de menos, Joan.

—Yo también a ti. Pero no tienes que pensar que me voy para siempre. Nadie se va para siempre.

—Eso me recuerda algo más que quería preguntarte. —Avalancha tragó saliva.

—En realidad, no sólo te echaré de menos a ti. Por extraño que parezca, echo de menos al almirante Rickermoon, a Trillian y a los demás, a Yoda… y sobre todo a Tobb. Sí, me acuerdo mucho de él. No me mires así o me sonrojaré…

—Supongo que es natural. Cuando decidí compartir mis experiencias contigo, en realidad no imaginé hasta qué punto iba a unirnos eso.

—Pues ya lo ves. Mira, lo que quería preguntarte… En fin, si seguro que ya me lo estás leyendo en la mente. Lo que quiero saber es si… ¿Volviste a verles en… tu otra vida?

—Yo estoy aquí, ¿no es así? ¿Necesitas algo más para creer en fantasmas?

—Oh, vamos Joan, no me tomes el pelo. Te lo estoy preguntando muy en serio.

Joan asintió.

—Lo sé. —Avalancha le devolvió la mirada en silencio por algunos instantes, esperando y confiando que le dijera algo, aunque Joan parecía estar dudando si hacerlo o no. Al final pareció decidirse por una respuesta ambigua.

—Yoda aún vive. Respecto a los demás, no puedo responderte, Sherry. La falta de certeza sobre qué hay después de la muerte es algo con lo que todo el mundo tiene que vivir.

—Pero tú estás aquí, como acabas de decir… —insistió Avalancha.

—Mira que eres cabezota, comandante —Joan se rió—. En el fondo no necesitas que te responda a tu pregunta, ¿no es así?

Avalancha volvió a suspirar. Estaba segura de que Joan no le iba a dar una contestación clara, y sin embargo, esa mueca traviesa de su amiga, casi burlona, podía considerarse como una respuesta en sí misma.

—Sí, supongo que sí —dijo al fin devolviéndole a Joan la sonrisa.

—En ese caso, creo que es hora de que me marche…

—¡Espera, tengo otra! ¡Sólo una pregunta más!

Joan soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás de un modo tan natural que a Avalancha le resultó difícil creer que no estuviera allí físicamente.

—Dispara.

—¿Qué pasó después? Quiero decir, después de que murieras. Ya sabes, la guerra con los bretalianos y todo eso…

—Eso no es una pregunta, Sherry, me estás pidiendo que te escriba un libro, y eso ya lo han hecho otros por mí. Está todo en los textos de Historia, amiga mía. Léelos. Ahora tengo que ir a ver a otro viejo amigo, uno al que hace mucho que le debo una visita.

—Adiós, Joan.

—Adiós Sherry. Que la Fuerza te acompañe. Por siempre.

—Y a ti también…

La imagen desapareció como si Joan nunca hubiera estado allí, y Avalancha dejó escapar su tercer suspiro, éste de resignación.

—Muy bien, tendré que ver esos libros, los registros históricos de la computadora o lo que sea. —Nada más decirlo miró a su alrededor, dándose cuenta de que si alguien se acercaba pensaría que estaba hablando sola. *Y eso no sería nada bueno para mi reputación como comandante*. Riéndose de sí misma, se puso en camino hacia su camarote. Desde su consola podría acceder a todos los documentos almacenados en los bancos de datos de la nave, donde seguramente podría encontrar lo que buscaba. *A lo mejor también encuentro algunas imágenes para enseñárselas a los chicos. No sé cuánto de todo esto les voy a contar, pero sí que me gustaría que supieran algo de Joan. No, tendré que contarles la historia completa, aunque me tomen por chiflada. Es justo que sepan lo que ella ha hecho por nosotros… Sí, lo de las imágenes puede ser buena idea. A ver si hay alguna en la que se vea el caballo alado del escuadrón Milagro.*

Quedaría precioso en el casco de esta nave, aunque una cosa es segura: no voy a pintarlo yo misma…

Capítulo VII

[Pantanos de Dagobah]

Yoda pasó la mano suavemente sobre la caja, deteniéndose un rato sobre los nudos y rugosidades de la madera apenas trabajada. Según le habían contado, la original, depositada en un museo de Coruscant, estaba hecha de plata y era una auténtica obra de arte. Pero para Yoda no había arte mayor que el de la propia Naturaleza, así que estaba seguro de preferir ésta, basta y sin adornos, pero que retenía aún una parte de la esencia del árbol al que un día perteneció. Lo que estaba haciendo era ya como una ceremonia, una que el viejo maestro llevaba a cabo de vez en cuando, desde hacía casi ochocientos años. Yoda abría esa caja cada vez que le daba por recordar. Al hacerlo ahora, contempló largamente el objeto que había dentro antes de cogerlo en su mano.

Un sable láser de sencilla pero cuidada factura. El sable láser del maestro Jonderiis. El sable láser de Joan d'Arc.

Ah, Joan, mi dulce Joan. Cómo había querido Yoda a su jovencita, como a él le gustaba llamarla. Cómo la quería todavía. Como si hiciera apenas un momento desde que se había separado de ella. *Joan, mi dulce Joan*… Todo lo que sucedió antes, durante y después de aquellos días volvió a él, como siempre sucedía cada vez que tocaba ese viejo sable.

Yoda lo robó de los aposentos de Calhuch antes de escapar de la fortaleza de Compadigne. Jamás había pensado que el hacerlo le resultaría tan fácil.

Siempre había temido que lo atraparan, ser sorprendido en el acto por Calhuch o por alguno de sus discípulos. Que lo encerraran en una de las celdas y luego tiraran la llave. Que le sometieran a todo tipo de humillaciones. Pero Yoda había aprendido la lección, la que en su caso era más importante que ninguna otra. Su queridísima Joan se la había enseñado con su ejemplo. *El tamaño no importa, nada en absoluto*. Qué simple y qué fácil era cuando por fin lo comprendías. La Fuerza era la misma, fueras grande o pequeño. Si ella era tu aliada, todo estaba a tu alcance, siempre que pusieras en ello todo tu empeño y estuvieras dispuesto a asumir los riesgos. A sacrificarlo todo si eso era lo que hacía falta. La fuerza de voluntad era lo que contaba. Voluntad para defender las causas justas, para hacer lo que sabes que debes hacer, aunque para ello tengas que dar tu vida. Joan se había enfrentado a un dolor terrible, más allá de lo que ningún ser que no fuera sensible a la Fuerza podía entender. En algunos momentos se había sentido asustada, claro que sí. Yoda lo había percibido. Pero se había enfrentado a su miedo y lo había vencido. Ni un solo instante había puesto en duda qué era lo que tenía que hacer. Había entregado su vida para destruir el mal que representaban Calhuch y los suyos, y acabar con la guerra misma.

Yoda se prometió a sí mismo que Joan no habría muerto en vano.

Empezó a usar sus habilidades de un modo en el que nunca hasta entonces se había atrevido. Las empleó para saber a qué personas debía dirigirse en cada momento sin necesidad de preguntar, para distinguir en quién podía confiar y en quién no, para obtener

lo que precisaba sin necesidad de emplear violencia alguna. Yoda consiguió un transporte que le sacara de Loira, y viajó en primer lugar a Gerillia, el mundo natal de Joan. Buscó y encontró a sus padres y les contó todo cuanto quisieron saber acerca de Joan. Lo que vio en ella, las cosas de las que hablaron, las que ella le contó, todo cuanto sucedió en el tiempo que compartieron. Yoda omitió tan sólo los peores detalles acerca del modo en que fue asesinada. Les entregó las pocas cosas que Joan había dejado, pidiéndoles su permiso para quedarse él con el sable, cosa a la que ellos accedieron. Dalian y Marillia lo estaban pasando muy mal, enfrentándose a la clase de sufrimiento que sólo los padres que han perdido a un hijo, a su único hijo, podían llegar a comprender. Yoda trató de hacerles saber que Joan estaría siempre cerca de ellos, acompañándoles aunque no la vieran, dándoles su cariño aunque ya no pudieran sentir sus besos. Ambos deseaban creerle, y se dejaron consolar y convencer en parte por sus palabras. Yoda deseó con todas su fuerzas poder ofrecerles algo más, pero lo que de verdad necesitaban no estaba en su mano ni en la de nadie. Desde que Joan se marchó, no habían tenido más remedio que aprender a vivir sin ella, siempre extrañándola, siempre sintiendo su falta, aunque sin dejar de esperar ni un momento que la guerra terminara y su hija pudiera volver a casa. A partir de ese instante tendrían que seguir echándola de menos toda su vida. Yoda se despidió de ellos diciéndoles que, de algún modo, Joan no estaba más lejos ahora que la última vez que salió por la puerta. Simplemente seguía… de viaje. Y ningún viaje duraba para siempre.

Cuando partió de Gerillia, Yoda emprendió la misión que se había encomendado a sí mismo. Existían grabaciones piratas de la ejecución de Joan en Compadigne. No era imposible conseguir copias en el mercado negro si sabías dónde y a quién preguntar, y si, por supuesto, tenías el dinero que hacía falta para comprarlas. Yoda utilizó sus habilidades para conseguir todo eso.

Con las pruebas que necesitaba bajo el brazo, viajó por los mundos de la República contando la historia de los últimos días de Joan, ofreciendo la verdad a todo el que estuviera dispuesto a escucharla. Consiguió ser recibido por el Canciller Carless y prácticamente le obligó a que viera las grabaciones, en presencia de su ahora esposa, Sorelnei, y del hasta entonces fiel almirante Rickermoon.

—Por mucho que se le desprecie —le dijo Yoda al hombre que, tembloroso, apartaba su vista de las imágenes mostradas por el holocubo—, ningún traidor recibe un pago semejante por parte de aquellos que supuestamente sus servicios han comprado. No en público, al menos. De hacerlo, jamás a otro podrían comprar, ¿no lo cree usted así? —Ante los ojos de Yoda, poco dispuesto en esos momentos a ser piadoso, el humano que tenía en sus manos el poder para gobernar una República constituida por millones de mundos, se derrumbó. Carless no pudo soportar el peso de la vergüenza y los remordimientos y dimitió de su puesto como Canciller Supremo de la República. Antes de hacerlo, no obstante, se aseguró de que el tratado de paz que estaba negociando en secreto con los bretalianos jamás fuera firmado, y le dio al almirante Rickermoon carta blanca para actuar en el plano militar según lo considerase necesario. El viejo almirante

había palidecido mientras veía la grabación del tormento de Joan, pero su mano no tembló en los días que siguieron a la visita de Yoda a Coruscant. El entramado de mentiras tejido por los agentes bretalianos alrededor de la figura de Joan d'Arc estaba deshecho antes de que el pequeño ser abandonara el planeta. Sorelnei intentó por todos los medios convencer a su marido para que no abandonara el cargo, pero esta vez no la escuchó. Cuando Septim Carless se retiró a su mundo natal de Yaga Minor, su esposa no fue con él. Al final había perdido el poder que tanto había anhelado. Había sido Joan d'Arc, después de muerta, quien se lo había quitado.

Inmediatamente después de entrevistarse con el todavía Canciller Supremo, Yoda se presentó ante el Consejo Jedi y solicitó una audiencia. Ésta le fue concedida sin necesidad de decir ni una sola palabra. A los Caballeros Jedi que custodiaban la entrada les bastó con leer su aura para saber que era de la más extrema importancia que la voz de aquel ser fuera escuchada. Aunque Yoda decía no ser un Jedi ni tampoco lo parecía por su aspecto, la Fuerza a su alrededor era de una intensidad tal que hacía mucho que no se recordaba haber percibido nada parecido dentro de esas paredes. Todos los miembros del Consejo presentes en Coruscant en esos momentos fueron convocados con la mayor celeridad. La reunión se celebró en la sala que coronaba la torre de la Sede de la Orden de los Caballeros Jedi en el planeta capital.

Y Yoda les habló.

Aunque la Orden estaba perfectamente al corriente de los avances de la guerra entre los mundos bretalianos y el resto de la República, seguían manteniéndose aferrados a su decisión inicial de permanecer al margen. El suyo no era el camino de la política ni el de las armas. Pero tras escuchar a Yoda y enfrentarse a la verdad contenida en sus palabras y refrendada en sus sentimientos, después de revisar las mismas grabaciones que habían hecho llorar al Canciller Carless, todos los presentes se sintieron primero sorprendidos, y después profundamente avergonzados. Los emisarios del Consejo enviados a Loira en diversas ocasiones habían vuelto siempre satisfechos con las explicaciones que les había dado Calhuch. El que ahora se rebelaba como un Señor Oscuro, había conseguido engañarles a todos, convenciéndoles de que él y los suyos estaban trabajando para acabar con el conflicto desde el lado bretaliano. Cuando Yoda les preguntó, en tono humilde pero incisivo, cómo habían podido ignorar las perturbaciones en la Fuerza causadas por un uso semejante del Lado Oscuro, la media docena de Maestros Jedi que le escuchaban se hundieron un poco más aún en sus asientos. Habían creído que la culpable era Joan d'Arc, y también habían creído a Calhuch cuando les dijo que él se encargaría, de un modo u otro, de neutralizar la amenaza que ella suponía.

Los miembros del Consejo comprendieron que habían pasado demasiado tiempo sumidos en su contemplación mística de la Fuerza. Sin darse cuenta, habían estado escondiéndose de las cosas que realmente importaban, de los billones de seres sensibles en la galaxia que les necesitaban, y que eran la verdadera razón de su propia existencia. La Orden de los Caballeros Jedi volvió a unir sus fuerzas a las de la República, como siempre habían hecho en el pasado cuando ésta se había visto amenazada, y juntos se

enfrentaron a los invasores, a aquéllos que habían traído el miedo y la injusticia. Los bretalianos fueron derrotados en menos de dos meses, sin que apenas tuvieran lugar batallas dignas de ese nombre. La verdadera lucha se libró entre Calhuch y sus acólitos y los auténticos Jedi, y en ella encontraron su fin todos los seguidores del Lado Oscuro de la Fuerza. Un joven Jedi llamado Miquelus, el mismo que se había dirigido a Joan en Alderaán, fue el que acabó con el antiguo Maestro, aunque el hacerlo le costó la vida también a él. Quizás era así como Miquelus había querido que sucediera.

Libres de la invisible influencia de Calhuch y los suyos, y acosados por las fuerzas del almirante Rickermoon, los propios ciudadanos y soldados bretalianos terminaron rebelándose contra los abusos de sus gobernantes. La democracia fue reinstituida en Loira y en el resto de los mundos bretalianos, y con ella la paz volvió a reinar en la galaxia. Por un tiempo…

Al cumplirse el primer aniversario de su muerte, Joan d'Arc fue reconocida oficialmente por la Orden de los Caballeros Jedi como una de ellos, y sus acciones fueron añadidas a las *Crónicas de los Jedi*, mantenidas escrupulosamente por la Orden durante los milenios que habían transcurrido desde su fundación. También a Yoda se le concedió de inmediato la categoría de Caballero Jedi, y años más tarde, la de Maestro. Durante siglos rechazó los diversos ofrecimientos que le fueron hechos para convertirse en Presidente del Consejo, prefiriendo trabajar en las sombras y dedicarse a la enseñanza de los aprendices más prometedores detectados por la Orden. Sólo durante el último siglo había aceptado, siguiendo una premonición que le indicaba que se acercaban males mayores aún que los que había conocido en su juventud, sabiendo de antemano que ni con todas sus fuerzas podría enfrentarse a ellos y vencer. Finalmente, cuando la Orden de los Jedi se vio obligada a dispersarse a causa de la persecución emprendida por el Emperador Palpatine y Darth Vader, Yoda buscó refugio en el remoto planeta de Dagobah. Allí había esperado durante tres décadas la llegada de aquel que debería devolver el equilibrio a la Fuerza, y a quien él debía entrenar para que fuera capaz de triunfar donde ni él ni el resto de los Jedi pudieron hacerlo.

El hijo de Vader, qué tremenda ironía. El muchacho ni siquiera sabía quién era su padre, y Yoda creía que quizá fuera mejor así. Era tan grande el peligro de que siguiera sus pasos y se dejara tentar por el Lado Oscuro… Pero eso no tenía por qué suceder. Luke le inspiraba una confianza que jamás le había transmitido su padre, cuyo negro futuro él había presentido sin llegar a verlo. El chico le recordaba al padre, cómo no, pero también a Joan. La primera de sus aprendices, pero al mismo tiempo su verdadera maestra. Luke compartía su juventud, su valor, su bondad, la manera de mirar…

¡Ay, si tan sólo ese chico fuese un poco más paciente!

Yoda sacudió la cabeza riéndose de sí mismo y cerró la caja. Luke estaría allí muy pronto, y él debía estar listo para éste, su segundo y probablemente último encuentro como seres mortales. La hora más decisiva de todas se estaba acercando. Hacía años que la sentía llegar.

El olor de la comida le hizo olvidarse momentáneamente de sus pensamientos. Apoyándose en su bastón, se acercó cojeando hasta el fuego y metió una cuchara de madera en el guiso para catarlo.

—Casi preparado está, sí…

De repente, con el corazón latiéndole mucho más rápido de lo que estaba acostumbrado a sus años, Yoda sintió una presencia conocida. Una a la que llevaba echando en falta desde hacía mucho, mucho tiempo.

—¡Joan! —exclamó mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos. El pequeño ser sonrió ampliamente exhibiendo los pocos y gastados dientes que le quedaban—. ¡Precisamente pensando en ti estaba hace un momento, mi querida jovencita!

—¡Hola, Yoda! —le saludó ella jovialmente. Su figura se materializó en mitad de la casa brillando bajo el bajo techo, construido por Yoda a su altura. Joan se le apareció sentada sobre el suelo, en el mismo sitio que había elegido Luke para colocarse la primera vez que estuvo allí—. Veo que has conservado ese viejo sable. —Yoda se dio cuenta de que aún lo tenía en la mano—. ¿Qué hacías con él? ¿Te sientes nostálgico esta noche?

—¿El sable? ¿El sable dices? Hmmm… ¡Limpiando! ¡Sí, limpiando estaba! ¡No imaginas la cantidad de polvo que acumularse puede encima de las cosas, si tan sólo uno o dos siglos te olvidas de pasarles un trapo!

Joan se rió con ganas. Yoda siempre había sido capaz de provocar su risa, incluso en los peores momentos.

—En los peores momentos, sí —dijo su amigo y antiguo mentor poniéndose serio. Yoda seguía pasando de la carcajada a la seriedad con una facilidad que a Joan siempre le había dejado pasmada—. Éstos también son tiempos terribles, ya sabes.

—Sí, Yoda, pero siempre nos queda la esperanza de que las cosas mejoren, siempre que no nos limitemos a esperar de brazos cruzados a que así sea. Eso es algo que tú me enseñaste.

—¿Eso dije? Hehehe… ¡Bien, entonces imagino que debe ser cierto! Sí, jovencita, verdad es. Incluso ahora, sigo creyendo que no está todo perdido, que esta era de tinieblas puede tener un fin. Este nuevo estudiante mío, Luke su nombre es, me ha devuelto esa esperanza.

—Su presencia es poderosa en la Fuerza —dijo Joan—, casi tanto como la de su padre. —Yoda no respondió, ni tampoco se extrañó de que su amiga supiera eso, pero pareció encogerse un poco más sobre sí mismo. A pesar de lo que acababa de decir, estaba profundamente preocupado por el destino de su pupilo. No tenía sentido tratar de ocultarle eso a Joan. Volviéndose hacia el fuego, se puso a remover el guiso con la cuchara. Esas raíces tenían la mala costumbre de pegarse en el fondo si uno no tenía cuidado…— Podría decirse que yo también he tenido una discípula —escuchó decir a Joan a su espalda.

—Ah, sí, presentido la he, y supuse incluso que algo que ver con ella tenías. Hmmm, ¿quizá también a ti te presentí? Si sientes la Fuerza, las noticias llegar pueden hasta allá

donde te encuentres. Hasta estos pantanos, sí, o como dijo Luke una vez, hasta este agujero lleno de barro… —Yoda intentó reírse de nuevo, pero un repentino y violento ataque de tos se lo impidió.

—¿Cómo estás, mi viejo amigo? —preguntó Joan en un tono de sincera preocupación.

—¿Preguntarme necesitas para saber eso? ¡Vaya una Dama Jedi que estás hecha! —Yoda se encogió de hombros sonriendo—. Viejo. Viejo me siento y también cansado. Sí, muy cansado. Ochocientos años te dije, sí, que aquéllos de mi especie viven, pero algo más de novecientos es lo que he vivido ya. Demasiado tiempo, sí, demasiado. Aunque trabajo tengo aún por hacer aquí antes de poder descansar. Mi alumno es importante… ¡Ah, pero pase lo que pase, a tu lado pronto estaré, jovencita!

Joan le contempló con indisimulada ternura antes de responderle.

—Será cuando llegue el momento y sólo entonces. Yoda, hay algo que nunca te he dicho, ¡y por favor, déjame terminar antes de hacer otro chiste! —Yoda soltó una de sus peculiares risitas y guardó silencio—. Tú fuiste mi amigo en aquellos momentos en los que más necesité tener uno. Sé que siempre has pensado que podrías haberme salvado si te hubieras decidido a actuar antes. —El anciano Maestro Jedi adoptó una expresión compungida y agachó la cabeza.

El antiguo sentido de culpa, tan viejo casi como él mismo, seguía dentro de él.

Siempre había estado allí, desde aquel día fatídico.

—Pero yo nunca he creído que fuera así —continuó Joan—, ni que nada de lo que pasó fuera culpa tuya, ni siquiera por omisión. Era mi destino morir así, como el tuyo era adiestrar y enseñar a generación tras generación de Jedis durante siglos. Yoda, tú eres mi más querido y entrañable amigo. Te quise entonces, y todavía te quiero.

Yoda suspiró y alzó la cara hacia ella sintiendo que, en su interior, una herida muy honda se cerraba por fin. El anciano asintió lentamente.

—Gracias, jovencita. Más de ochocientos años esperado he para eso oír.

—No sabes cómo quisiera haber podido decírtelo antes… Pero tú tenías que encontrar tu propio camino. Sin mí.

—Cierto es. Pero fuiste tú quien el comienzo del mismo me mostraste.

—Puede, pero tan sólo después de que tú me lo enseñaras a mí. —Joan sonrió con dulzura, y los ojos de Yoda adquirieron el brillo que sólo pueden dar las lágrimas un instante antes de ser derramadas—. Ya sólo me queda una cosa más por decirte antes de marcharme, amigo mío.

—¿De qué se trata?

—Pues que, como tú mismo dirías, ¡más de ochocientos años han pasado, pero tus verduras cocidas siguen teniendo tan mal aspecto como siempre!

Joan desapareció tan de repente como había aparecido, dejando tras de sí los ecos de su carcajada, vibrando aún en el aire por algunos instantes. Yoda se echó también a reír, moviendo la cabeza de un lado a otro. Luego dejó escapar un suspiro, más de cansancio que de añoranza, mientras miraba al lugar dónde su amiga había estado sentada.

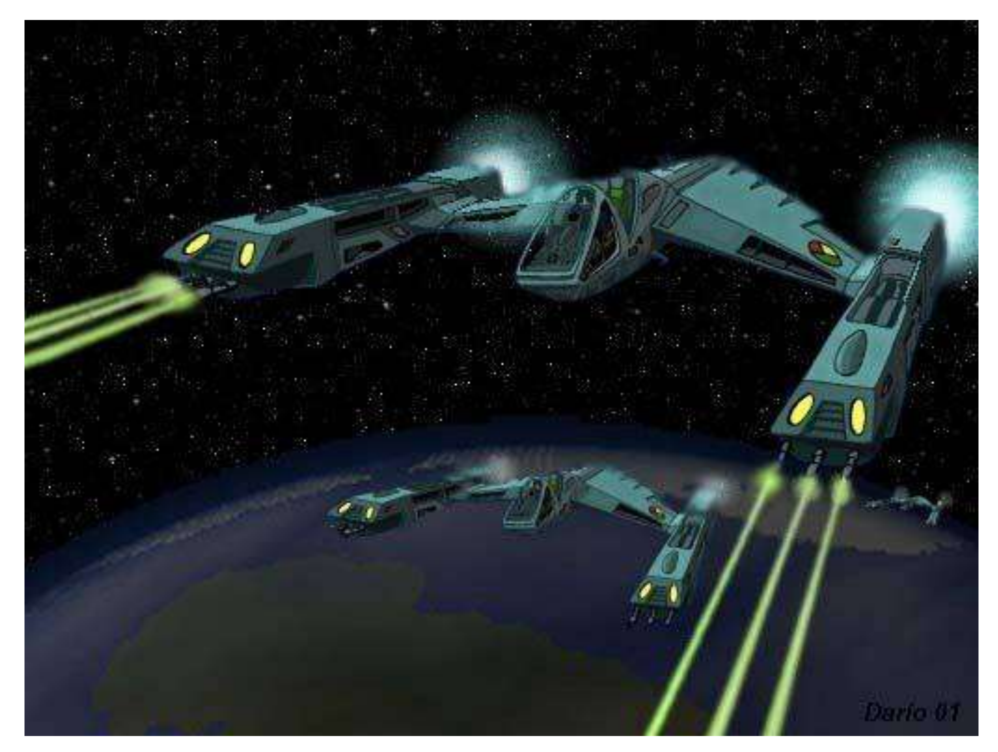
—Ah, mi Joan. Mi querida Joan d'Arc…

FIN

ILUSTRACIONES



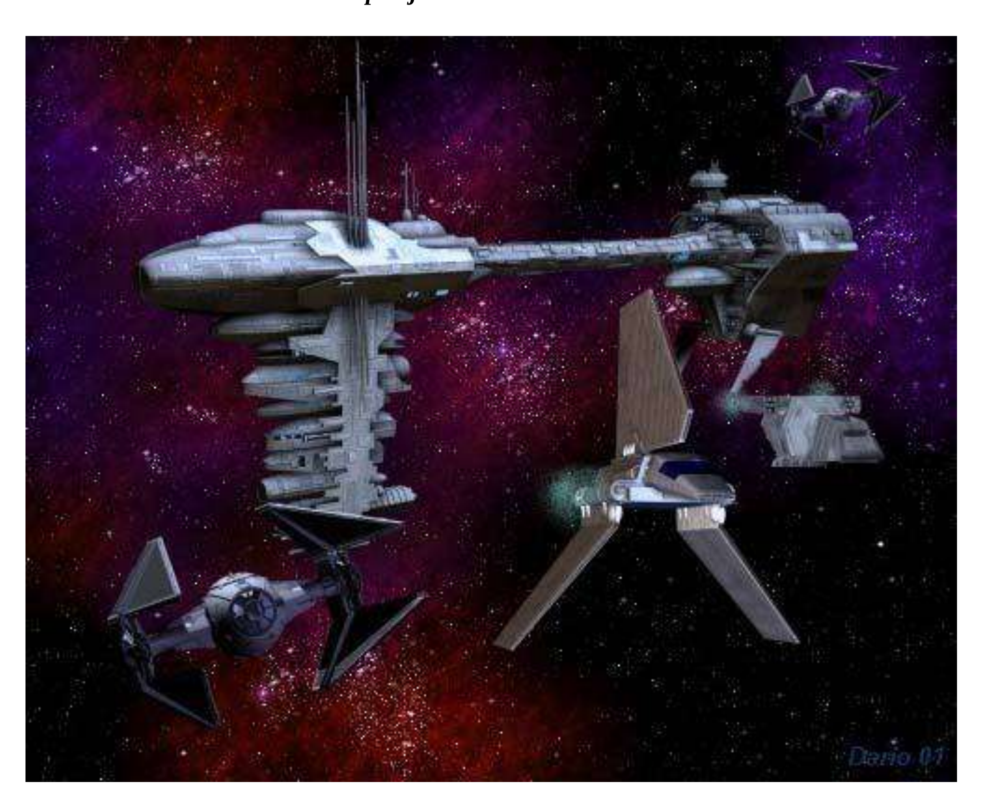
Xatafi MF-21 «Cantante»



BretalTec BT-11 «Tridente»



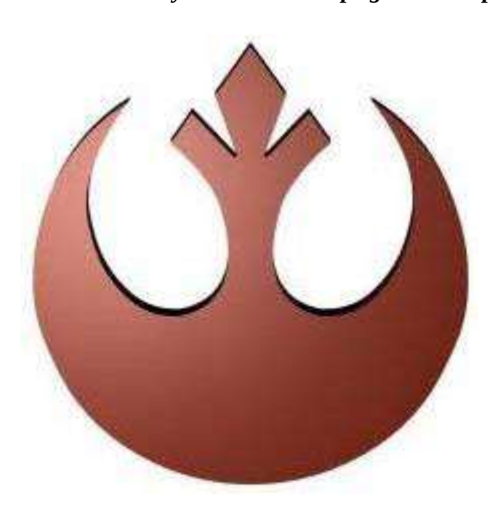
Un Ala-A y un Ala-B rebeldes evaden el fuego procedente de una corbeta coreliana imperial, perseguidos por una pareja de cazas de asalto.



Una lanzadera clase Lambda y el transporte clase Delta Dx9 «Ballard Dos» dejan atrás la fragata Nebulon-B «Vigilante» escoltados por dos Interceptores TIE



Los destructores estelares «Senderis» y «Disuasor» desplegando una patrulla de cazas TIE.




Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...
STAR WARS
JOAN D'ARC
El escuadrón Blanco de la Alianza Rebelde se enfrenta a una misión imposible: el rescate de los colonos de KS-31, un insignificante planetoide del sistema Kessel, a punto de ser reducido a cenizas por la Flota Imperial. La comandante del escuadrón Blanco, Avalancha, sabe que si intenta intervenir estará condenando a sus pilotos, a su tripulación y a ella misma a una muerte tan segura como inútil. Pero aún así se resiste a abandonar a los colonos a su suerte...
Lo que Avalancha ignora es que su destino y el de aquellos a los que pretende salvar está unido al de una muchacha que vivió ochocientos años antes de que ella naciera, en los días de la Antigua República. También ella tuvo que enfrentarse a lo imposible, poniendo en juego no sólo su vida y la de los que la rodeaban, sino incluso su propia alma. Al intentarlo su nombre se convirtió en leyenda.
Se llamaba Joan, y era una Jedi.